

00466

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

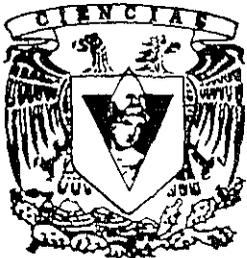


Una mujer columnista: Marcela Guijosa
y su "Querido Diario" en revista Fem

T E S I S

Que para obtener el grado de Maestra en
Ciencias de la Comunicación presenta
María de Lourdes Ruiz Pavón

Asesora: Mtra. Elvira Hernández Carballido



México, D. F.

2001



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Para Arantxa, mi hija,
que es mi corazón
Para mi madre Columba,
con todo mi agradecimiento*

Contenido

Introducción	5
1. La prensa y las mujeres en el periodismo	11
A. Cronistas, reporteras y columnistas	12
B. La revista <i>Fem</i>	18
2. Semblanza de Marcela Guijosa	28
A. Su ser femenino	29
B. Vida	31
C. Trayectoria	44
3. Análisis del contenido de la columna de Marcela Guijosa	49
A. El diario de Marcela	50
B. Los temas del "Querido Diario"	50
a) Femenismo	55
b) Clase media	60
c) Vida literaria	62
d) Vida cotidiana	66
e) Ciclo de vida	68
f) La madre y el padre	69
g) Relación madre-hijos	72
h) Política	75
Conclusiones	76
Fuentes consultadas	80
Anexo	86

Introducción

*El hombre ha creado la palabra
para nombrar al mundo y mostrar su rostro,
pero en México empleamos la palabra para escondernos
porque en nuestra cultura mostrar se es perderse*
JUAN JOSÉ ARREOLA

Marcela Guijosa narra y describe parte de su hacer social con aspectos de su vida cotidiana en la revista *Fem*, en la que expone sus necesidades de clase mediera, su relación con los hijos, con sus padres, con la pareja, con el feminismo, con su quehacer literario y con ello nos muestra otra parte de lo que acostumbradamente se publica en los medios, nos revela la capacidad de una mujer columnista para cuestionar la condición humana y la historia contada por el poder.

Así como algunos asuntos son relegados en la Gran Prensa, es importante destacar que en algunos medios impresos es práctica persistente la apertura de espacios a una gran diversidad de voces. Es reconocido que el periodismo mexicano en su conjunto, al igual que el de otros países, se ha nutrido de la escritura no sólo de profesionales de la información (periodistas), sino de personas provenientes de distintas disciplinas como la política, la sociología, la historia, el derecho, la filosofía, la medicina, la literatura, entre otras. *Grosso modo*, esta práctica obedece principalmente a dos de las principales funciones que suelen atribuírseles a los medios de comunicación en general, a saber las funciones de entretenimiento y educación.

Pero no se debe soslayar que los medios impresos, además de haber enriquecido el contenido de sus páginas con la aportación de este tipo de profesionales, en sus filas se han formado connotados escritores y escritoras como son Rosario Castellanos, Gabriel García Márquez, Elena Poniatowska, Vicente Leñero, Cristina Pacheco, José Saramago y Fernando Benítez.

Marcela Guijosa, sin ser periodista de profesión, ha enriquecido con sus textos esta práctica y el tema de la investigación que presento surgió a partir de mi interés por rescatar las aportaciones o las voces de mujeres feministas en el periodismo. Mujeres, muchas de ellas, que han permanecido o permanecen prácticamente en el anonimato. Ese anonimato puede obedecer a varias causas, tales como publicar en impresos de circulación y distribución limitada, colaborar en revistas altamente especializadas y dirigidas a un público específico o selecto, escribir o ser incluidas en secciones de menor jerarquía de importancia de acuerdo a la organización y la línea editorial del medio y abordar temas aparentemente irrelevantes, ya que no tratan sobre los asuntos considerados de trascendencia nacional o del supuesto "interés público".

Mi atención me condujo a la revista *Fem*, particularmente a una de sus columnistas, Marcela Guijosa. Esta es una mujer que en 1987 en el periodismo de manera fortuita, con textos en los que aborda algunos aspectos de su vida cotidiana:

Asumiéndose como feminista, perteneciente a la clase media, y ama de casa, Guijosa trata de innovar dentro de los contenidos y el tratamiento informativo prevalecientes en la citada publicación feminista. Según ella, *Fem* tenía abandonadas a las mujeres de la clase media, amas de casa como ella. Así, con la expresa invitación de la directora en turno, Bertha Hiriart, se incorpora al equipo de colaboradoras de la revista.

Guijosa, al igual que *Fem*, representa una opción en el periodismo en México, en la llamada Gran Prensa. La mayor parte de los estilos, los temas, los asuntos y las perspectivas de las mujeres que ahí escriben no corresponden a los modos establecidos del quehacer periodístico ni a las agendas preestablecidas en los periódicos y revistas nacionales y capitalinas, pues sus intereses están enfocados a informar, analizar, reflexionar y cuestionar sobre la situación de las mujeres en el país y en el resto del mundo.

Algunas investigadoras han detectado en la historia del periodismo en México que las escrituras y las publicaciones hechas por y para mujeres han sido minimizadas o de plano rechazadas por ser consideradas superficiales o triviales e, incluso, mal hechas. Además de que se les ha etiquetado con el lugar común "son cosas de mujeres". Aún cuando existen publicaciones como *Fem* y mujeres como Marta Lamas, Sylvia Marcos, Marcela Lagarde, Teresita de Barbieri y muchas otras teóricas con formación y experiencia que incursionan en el periodismo, sus aportaciones siguen relegadas en el ámbito de la prensa y poco reconocidas por las instituciones oficiales encargadas de premiar los trabajos periodísticos.

Por tales motivos, decidí aproximarme a la columna de Guijosa, particularmente a sus temas y formas discursivas con el fin de sustentar las innovaciones que realizan mujeres que como ella han incursionado en el periodismo. En mi trabajo de investigación me interesa también analizar el contenido de la columna. Guijosa inaugura este espacio en la revista *Fem* en 1987, año en que irrumpe con temáticas de la vida cotidiana narradas por un personaje de la clase media y feminista, que es ella misma. La contribución de Guijosa al periodismo mexicano es valiosa pues comparte su visión del mundo y sus vivencias con lectoras/es especializadas/os básicamente en temas relacionados con el feminismo y la situación de las mujeres, tal como ya lo había hecho desde las páginas de *Excélsior* la destacada escritora mexicana Rosario Castellanos.

Guijosa crea una peculiar columna a manera de diario (sin ser un escrito diario), en el cual aborda temas que se refieren al hacer social en la red de las relaciones de intersubjetividad, concretamente, los que están directamente vinculados con la llamada esfera privada, dentro de la que invariablemente se ubica a las mujeres. En este sentido, no hay que soslayar que los medios de comunicación también contribuyen en la producción de cuerpos sexuados, de mujeres y de hombres, de acuerdo a la visión dicotómica de la ideología dominante y sexista.

Sin constreñirse a la exigencia de la objetividad, Guijosa lleva a la práctica el postulado feminista que señala que "lo privado es público". La escritura de Guijosa es una muestra clara del rescate del sujeto, de la subjetividad, como ser actuante y constructor del mundo y la sociedad. Conscientemente aunque la conciencia "le duela", y desde una postura feminista y una posición de clase media, Guijosa narra

asuntos que, en la cotidianidad, atañen y afectan a muchas mujeres debido a los roles que cultural y socialmente les han sido asignados, ya sea como madre, esposa, ama de casa e hija

Aunque la filósofa-escritora elige un discurso narrativo-literario, tan íntimo y personal como es el diario y narra en primera persona, es evidente que existe una preocupación por abordar asuntos que sean de interés para un público específico, porque sabe que su columna-diario está destinado a la lectura

Considero que en este momento, cuando los estudios sobre las mujeres (y de género) se encuentran en franco desarrollo en nuestro país, el trabajo que me propongo realizar resulta oportuno tanto en ese ámbito de los estudios de género como en el de la comunicación social

Por una parte, los estudios de las mujeres y género dieron paso al surgimiento de nuevas líneas de investigación en el ámbito de las ciencias sociales. Desde la década de los sesenta, investigadoras/es desarrollaron varios temas primero para demostrar la invisibilidad de las mujeres dentro del análisis de las investigaciones sociales; luego, para hacer “visible” lo “invisible”, es decir, destacar el trabajo, la participación de las mujeres en todos los niveles; posteriormente, mostrar las diferencias, entre mujeres y hombres y actualmente, encontrar explicaciones del porque las diferencias se transforman en desigualdades.

En cuanto a la comunicación social a través de la prensa, este trabajo puede contribuir a fortalecer los instrumentos de investigación y análisis de datos sobre los diversos discursos en la prensa, por ejemplo, en el periodismo alternativo, en el que se inscriben publicaciones feministas como *Fem*

Con esta indagación no sostengo, de ninguna manera, que el tema queda agotado, al contrario, creo que apenas representa una aproximación al trabajo en prensa de una mujer feminista. Mi investigación es una aportación más a este temática escasamente explorada. Busco también rescatar y hacer visible las aportaciones de mujeres en el periodismo. Pretendo incidir en la democratización de los espacios periodísticos y de comunicación en general, en donde frecuentemente se empieza por el *quién*, regularmente referido a personajes o actores legitimados y reconocidos por las macroestructuras sociales, políticas y culturales y reproducidas o reflejadas, a su vez, por la Gran Prensa. Propongo abrir más y nuevos espacios en los medios impresos y en los medios de comunicación en general, para dar cabida a actores sociales regularmente sin voz ni rostro, aquellos que los discursos institucionalizados e institucionalizadores denominan “las minorías”, entre las cuales sitúan a las mujeres. Propongo la apertura de espacios que, como el de Gujosa, permitan a las mujeres reflexionar sobre sus condiciones de opresión y formas de liberarse de esas ataduras que las mantienen recluidas con argumentos como el que la mujer es el pilar de la familia y estas, a su vez, los elementos imprescindibles para el adecuado funcionamiento de la sociedad. Considero que es necesario que las mujeres tomen las riendas de nuestras propias vidas y actuemos para el cambio de nuestra realidad y nuestro entorno social.

Otro de los referentes que me llevó a hacer esta tesis son las batallas peleadas por Sor Juana Inés de la Cruz, quien encerrada “debajo de 30 llaves” como ella misma decía, cultivando las dulces dotes de su femineidad, la cocina, las labores de

manos, además de la poesía, la música, las matemáticas, la cocina, la astronomía, la teología, entre otras materias. llevó al mundo la palabra de una mujer libre, liberada, expuso su talento y pudo vencer desde su celda a quienes querían callarla, enterrarla.

La escritora Margo Glantz narra:

"Hace ya varios siglos, en 1690, el obispo de Puebla Manuel Fernández de Santa Cruz imprimió un texto de Sor Juana intitulado por ella *Crisis de un Sermón*, al que el decidió (sólo porque era obispo y además varón) cambiarle el título, y le puso *Carta Atenagórica*, nombre con el que aún sigue publicándose. Lo sabemos, o por lo menos, yo creía que lo sabíamos, ¿no circula nuestra "monjita" de mano en mano en los billetes de a 200 pesos? En ese texto, Sor Juana se excusa de su "desproporcionada soberbia", pues desde la celda de su convento (sus cuatro paredes), se atreve a disentir de un grandísimo orador, magnífico teólogo, el padre Vieyra, ella que pertenece, humildemente, 'a ese sexo tan desacreditado en materia de letras con la común acepción de todo mundo'.

"Sor Juana que, como Débora o Judith, o como Onfalia derrotó desde su encierro a los gigantes. Ella bien guardadita en su celda donde el padre Núñez de Miranda (antecesor de nuestros actuales y furiosos protectores de la dulzura femenina) quería que permaneciese 'muerta para el mundo'".¹

Que sirva pues este trabajo para honrar a las mujeres, cada vez más, por fortuna, que se atreven a escribir con inteligencia, talento y genio y a veces sólo con el valor a cuestras cuartillas desafiantes, cuestionando el poder de unos cuantos y sobre todo denunciando la discriminación, la desigualdad, la inequidad y la diferencia.

Esta tesis se desarrolló en tres capítulos. En el primero, expongo el marco y una breve historia relacionada con la prensa y las mujeres en el periodismo, así como de la revista *Fem*. Aquí, hablé de la participación femenina en el periodismo nacional con base en investigaciones realizadas por Fortino Ibarra de Anda, María del Carmen Ruiz Castañeda, Elvira Hernández Carballido y Xóchitl Sen Santos.

En el primer capítulo también trato sobre la trayectoria de varias mujeres columnistas en México como Adelina Zendejas, Magdalena Mondragón, Rosario Sansores, Elvira Vargas, María Luisa "La China" Mendoza, Manu Dombierer y Cristina Pacheco.

Hablo también de los medios que dieron cabida al periodismo feminista como *La Revuelta*, en el *UnomásUno*, *El Día* y *Fem*, que es donde se desarrolla el trabajo de Gujosa.

En el segundo capítulo expongo la semblanza de Marcela Gujosa, con la que conocemos su vida y trayectoria, desde sus orígenes, marcada por el mestizaje, pasando por sus etapas de esposa, madre, mujer madura y sus diferentes pasiones: el oficio de escribir, el feminismo y la amistad.

En el tercer capítulo analizo los temas del *Querido Diario*. En este caso, se hizo una relación de las columnas y los temas de 1987 a 1997. Durante este periodo Gujosa va de los 37 a los 47 años de edad. Posteriormente se hizo una clasificación

¹ M. Glantz, Sor Juana: A la casa de la mujer que se nos fue 29 de mayo de 1991, p. 10.

por categorías, que se denominaron feminismo, la clase media, vida literaria, vida cotidiana, ciclo de vida, la madre y el padre, relación madre-hijos/as y política.

En esta clasificación pude observar que la categoría de feminismo abarca el mayor número de columnas escritas por Guijosa y, además, marca un punto de vista presente en la mayoría de las publicaciones de esta escritora.

De acuerdo con el teórico Klaus Krippendorff, comúnmente el análisis de contenido produce datos a partir de estructuras simbólicas, que se estudian dentro de la expresión inmediata y no preconcebida.

“Las historietas, apuntes privados o diarios íntimos, obras literarias y teatrales, telenovelas, anuncios publicitarios, películas cinematográficas, discursos políticos, documentos históricos, interacciones en pequeños grupos, entrevistas o acontecimientos sonoros tienen cada cual su propia sintaxis y semántica, y rara vez es posible analizar estos fenómenos en su manifestación original”.²

² Klaus Krippendorff, *Metodología de análisis de contenido*, editorial Pretext Comunicación, 39 págs.

*1. La prensa y las mujeres
en el periodismo*

*Cuando se ponen en peligro las imágenes
de la identidad, empieza la violencia*
MARSHALL McLUHAN

*En una región famosa por el vigor intelectual de sus ciudadanos
el desafío a los periódicos es muy grande. El esfuerzo
para ponerse a la altura del mismo es siempre enriquecedor
y la respuesta suele resultar espectacular*
**JOHN COWLES, PRESIDENTE DEL
MINNEAPOLIS STAR AND TRIBUNE**

A. Cronistas, reporteras y columnistas

En los hechos existen pocos estudios sobre la participación femenina en el periodismo nacional. Sin embargo, el presente apartado se redactó basado en las investigaciones que hasta la fecha existen sobre el tema: Fortino Ibarra de Anda y María del Carmen Ruiz Castañeda presentaron un panorama general sobre las mujeres periodistas en México desde el siglo XIX hasta 1950. Por su parte, Elvira Hernández Carballido presentó con mayor detalle los nombres y colaboraciones de las periodistas mexicanas del siglo XIX así como las primeras reporteras del país. En tanto, Xóchitl Sen Santos rescató los testimonios de las reporteras que trabajaron en *El Día* durante la década de los setenta.

Las primeras colaboraciones de las mujeres mexicanas en las publicaciones periodísticas se remontan al año de 1805, entre estos periódicos se pueden mencionar *Diario de México* y *La Gaceta de Valdés*. Los textos insertados se caracterizaron por ser poemas, la mayoría de ellos firmados con seudónimos, anagramas o iniciales, ya que el periodismo no era considerado un espacio femenino.

Al poco tiempo, los hombres periodistas del siglo XIX vieron en las mujeres las lectoras objetivas de alguna publicación dirigida especialmente a ellas. Fue así como surgieron *El Calendario de las señoritas mexicanas* (1838), *Presente Amistoso dedicado a las señoritas mexicanas* (1847) y *La semana de las señoritas* (1851). Las citadas publicaciones, según Hernández Carballido, se caracterizaron por presentar traducciones, descripciones de moda, cuentos y novelas de corte romántico, así como artículos que enfatizaban la relativa inferioridad del sexo femenino respecto al masculino.

Fortino Ibarra de Anda consideró que el público femenino rechazó esos contenidos lo cual fue expresado en cartas enviadas a las direcciones de los periódicos y que fueron publicadas en los mismos diarios. Si bien, el desdén demostrado por las mexicanas de la época fue un motivo importante para motivarlas a escribir, también debe reconocerse que editores, directores y periodistas les abrieron

sus espacios para publicar primero sus inspiraciones literarias y poco a poco artículos relacionados a la economía doméstica y las crónicas de sociales

En este contexto surge el primer periódico fundado por mujeres, *Las Hijas del Anáhuac* (1873) dirigido por Concepción García Ontiveros, posteriormente, *El Álbum de la Mujer* (1883-1890) dirigido por Concepción Gimeno de Fláquer y *El Correo de las Señoras* (1883-1894) dirigido por José Adrián M. Rico, pero en el que trabajaban principalmente mujeres. A la muerte de éste, su esposa Mariana Jiménez se hizo cargo de la publicación.

Las Hijas del Anáhuac fue un periódico creado por las alumnas de la Escuela de Artes y Oficios. Las colaboradoras firmaban sus escritos con seudónimos, sólo dura un año en circulación. A juicio de Elvira Hernández Carballido en esta publicación puede encontrarse una de las primeras columnas escritas por mujeres, fue "Revista de la semana". En este espacio, una joven que firmaba con el nombre de Ilancuetl ofrecía comentarios o narraciones de algunos sucesos destacables del momento, desde un baile en el Castillo de Chapultepec hasta el suicidio de Manuel Acuña.

El estilo de la autora era muy sencillo así como las ideas que planteaba. De igual manera sus narraciones se basaban en expresiones coloquiales, pero sus descripciones permitían aproximar al lector al ambiente y a los personajes a los que hacía referencia:

"El día 24 llegó y la multitud de hermosas niñas y elegantes pollos indudablemente se alegraron y sintieron latir sus corazones de una manera más acelerada que de lo ordinario. Cuántas ilusiones pensarían ver realizadas en esa noche de alegría. Los papás al contrario, la han de haber esperado con una especie de repugnancia, porque ¿cuántos pesos sería necesario sacar de la bolsa para los trajes de las niñas, y no sólo los trajes sino los abanicos, los botines y qué sé yo cuántas más cosas que se les ocurren".³

Precisamente las reflexiones que hizo en torno a la muerte del poeta Manuel Acuña provocaron una serie de críticas de sus colegas, que desaprobaban duramente el contenido del texto:

"Una joven baja de inspiraciones que no son desconocidas y con una arrogancia propia sólo de quien no tiene talento ni experiencia, se había atrevido en un mal forjado artículo a hablar de nuestro inolvidable Manuel Acuña. Gran petulancia se necesita cuando una joven sin sociedad, sin conocimientos y cuando todavía no acaba de abandonar las muñecas, quisiera aparecer autora de un artículo en que se trata uno de los actos del hombre sobre el cual no han podido fallar aun los mismos sabios."⁴

Después esta crítica, *Revista de la semana* dejó de publicarse y a los pocos meses el mismo semanario no circuló más.

Otra publicación de la época que tuvo una columnista constante fue *Las Violetas del Anáhuac* (1887-1889) fundada por Laureana Wright de Klemhans, aquí había una columnista que firmaba con el seudónimo de Titania y su espacio se llamó

3. Homeno, E. "Ella 24 llegó", en *Revista de la semana, Las hijas del Anáhuac*, p. 1.
4. Homeno, E. "Ella 24 llegó", en *Revista de la semana, Las hijas del Anáhuac*, p. 1.

"Crónica de la semana", donde sintetizaba los eventos culturales del momento, desde obras de teatro hasta óperas

En las *Violetas del Anáhuac* se planteaba el problema del sufragio femenino. sobre todo a nivel de noticias de Estados Unidos, trataba la igualdad de derechos para los dos sexos, se abogaba por la instrucción de la mujer y por la protección de la infancia

Al llegar el siglo XX las publicaciones femeninas que más destacaron, a juicio de María del Carmen Ruiz Castañeda fueron: *La mujer mexicana* (1904), *Vesper* (1903) y *La mujer moderna*. Pese a tener datos del nombre de sus directoras y colaboradoras, existe poca información que analice sus contenidos y enfatice los géneros periodísticos que se utilizaron.

Algunas periodistas de esa época, poco conocidas y mencionadas, son: Concepción García Ontiveros, Mateana Murguía, Concepción Gimeno de Fláquer. Vestina, Ilancuentl, María del Pilar Sinúes, Laureana Wright, Titania, María del Alba, Ignacia de Padilla de Pina y Rosa Navarro, ente otras.

Después de la Revolución Mexicana un buen número de mujeres comienza a colaborar en diarios como *El Universal* y *Excelsior*, ya que el incremento del industrialismo en los periódicos así como la primacía del periodismo informativo motivaron o presionaron a las mujeres para integrarse a las filas del periodismo posrevolucionario, lo cual creó el tipo de periodista multiforme que, además de dedicarse al oficio periodístico, también eran "escritoras, poetisas, novelistas, maestras, oradoras y funcionarias".⁵

Fue así como durante la década de los veinte, la mayoría de ellas encontró espacio en las páginas editoriales y tuvieron oportunidad de redactar artículos de fondo, ensayos y columnas. Son pocas las mujeres periodistas que han escrito o escriben columnas en los diarios.

Adelina Zendejas es hasta 1993, año en que muere, la última sobreviviente de una generación de mujeres —Concha Michel, Refugio García, Ester Chapa, Josefina Vicens, Frida Kahlo— que desde jóvenes tuvieron un papel importante en el México posrevolucionario. Adelina, al igual que sus contemporáneas, se incorporó a los proyectos de reforma social impulsados por el gobierno en esos años de reconstrucción nacional

Estas mujeres, que alzaron la voz, lucharon en una época en que los derechos políticos femeninos no se reconocían. Entre las demandas estaba la de conseguir la igualdad jurídica

Adelina Zendejas nació en la Ciudad de México en 1909. Fue licenciada en letras y Maestra en Ciencias de la educación y en Historia por la UNAM. Dio clases en diversas escuelas secundarias y preparatorias. Dentro del periodismo colaboró en *El Universal Gráfico*, *Revista de Revistas* (en estas publicaciones cubrió la fuente policial), *El Nacional*, *Excelsior* (donde redactaba la columna "Binomio"), *El Populista* y *El Día*, en el que publicó la columna "Ellas y la Vida", con el seudónimo Yola

⁵ María del Carmen Ruiz Castañeda, "Las mujeres en el periodismo", en *Revista de Filosofía*, UNAM, México, 1984, p. 20

Fue precisamente *El Día* la publicación que dio a conocer la columna "Tribuna de mujer", espacio compartido por varias mujeres periodistas en la década de los treinta. Entre las colaboradoras estaban Adelina Zendejas, Carmen Báez, Gudelia Gómez, Emma Pineiro, Isabel Farfán, entre otras.

De acuerdo con la investigación de Elvira Hernández Carballido, en las décadas de los veinte, treinta y cuarenta destacó el trabajo periodístico de Magdalena Mondragón quien, en 1924, durante el ejercicio de Plutarco Elías Calles, fue la primera mujer en cubrir la fuente de presidencia

Mondragón, junto con Elvira Vargas, fue de las pioneras en la dirección de un diario y de una jefatura de prensa. Nació en Torreón, Coahuila, en 1913 y murió en el Distrito Federal en 1989. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Se inició en el periodismo a los 14 años de edad. Colaboró en los diarios *El Siglo de Torreón*, *La Prensa* del Distrito Federal y en *Revista de Revistas*. Fue corresponsal en San Antonio Texas de los diarios *La Opinión*, de los Ángeles y de *El Universal*, *La Prensa* y *Excelsior* de la capital mexicana.

Magdalena Mondragón fue la primera reportera en cubrir la fuente policiaca para el periódico *La prensa*, en el que colaboró 30 años. Fue la primera también en ocupar la dirección de un diario en la Ciudad de México: el vespertino *La Prensa Gráfica*, el cual dirigió durante 12 años. En 1983 recibió el Premio Nacional de Periodismo.

Como columnista, de acuerdo con Elvira Hernández Carballido, se dio a conocer en 1939 con "La Política en Solfa", que solamente se insertó una vez a la semana durante un mes. En 1940 apareció "Más allá de las Fronteras", que tuvo la misma duración que su antecesora. A los pocos meses se publicó "Los Políticos en Broma", que existió durante dos años.

Rosa María Valles Ruiz, por su parte, menciona en el texto *Taller de prácticas periodísticas. Opinión periodística e influencia social* que en el área de sociales en las décadas de los cuarenta, cincuenta y setenta sin duda una de las más importantes columnistas fue Rosario Sansores con "Rutas de Emoción", que se publicó en el diario *Novedades*.

En los cincuenta, "Multicosas", insertada en *Novedades* y redactada por Elvira Vargas, fue importante debido a las constantes denuncias que hacía la periodista desde su espacio, al desarrollar un periodismo de lucha política.

Refiriéndose a Rosario Sansores y Elvira Vargas, Elena Poniatowska recuerda:

"En aquella época se disputaban en *Novedades* el título de periodistas para quien el 'periodismo' es toda su vida y a quien le dedican 26 horas de las 24 que tiene el día, dos mujeres: Elvira Vargas y Rosario Sansores. Claro, las dos eran muy distintas. Elvira era una periodista política, lúcida y luchadora, que ganaba noticias a todos, que vio agonizar a Plutarco Elías Calles y dio la noticia de su muerte antes que nadie. Elvira Vargas le daba clases de periodismo a todos los redactores, enseñaba a los que hacían sus pinitos; los mandaba a la oficina y tierna a la vez a hacer los reportajes difíciles que ella logró cuando acompañaba a Lázaro Cárdenas en sus giras agitadoras (hasta le salvó la vida a algún ayudante de Cárdenas que se echó al mar y

ella, que fue profesora de natación, lo sacó de entre las olas, y lo hizo respirar) conoció la República Mexicana de cabo a rabo.

"Nunca tuvo miedo, no le tuvo miedo a nada, a nadie, ni siquiera a la muerte. Aunque quien sabe si a la muerte. Ya en su casa de Coyoacán había mandado a inscribir 'Mi vida es otra'.

"Rosario Sansores también laboraba todo el día y toda la noche. Su público, el de las "Rutas de Emoción", podía ser el de las secretarias que se suenan con su clínex y lo arrojan al cesto de los papeles pero, ¡cuántas secretarias hay!... Rosario iba a reseñar un baile, un matrimonio, y casarse era estar sólo un poco casadito, casado a medias, si Rosario no hacía la crónica de la boda, si no había la ilusión de los ojos irisados de la novia, si no relataba el vuelo del vestido blanco. Siempre hizo sus crónicas con la mayor buena fe, y acompañada por el excelente fotógrafo Panchito Murguía, terminaba hasta muy altas horas de la noche, sólo para levantarse a las ocho de la mañana, y canturreando, sentarse en su 'deshabillé' (Rosario poseía las batas de seda, de encaje y de muselinas más increíbles) para escribir su "Rutas de Emoción" y ayudar a tantísimas personas. Recuerdo que una vez me dijo: 'Suficientes dolores y males hay en el mundo y cada quien tiene su parte. Y no seré yo, la periodista Rosario Sansores, quien vaya a aumentarle la dosis a nadie...'"⁶

En el terreno político, a Elvira Vargas le siguieron otras periodistas, como Sara Moirón. En el ámbito de la columna destacan en el medio periodístico Frida Modak, quien es autora "De aquí y de allá", columna especializada en la problemática de América latina, que aparece en el periódico *El Día* y Guadalupe Hammer, quien da vida, en el mismo diario, a la columna "Vida Obrera", especializada en aspectos laborales. Presenta su trabajo en forma de testimonios de obreros.

María Luisa, la "China" Mendoza, se inició en el periodismo en 1954. Como otras periodistas, en sus inicios escribió para la página de sociales:

"Desgraciadamente tuve que pasar por las páginas de sociales, pero fue un paso tan alegre, tan gozoso; mis columnas eran chistosas, originales y alegres. Tuve una que se llamaba "Solteros codiciables", ¡hágame el favor, qué cursilería! Sin embargo, era espléndida; todo mundo estaba feliz de que yo los entrevistara con tamañas barbaridades"⁷

La "China" Mendoza, diputada federal, Premio Nacional de Periodismo por Divulgación Cultural en 1984, ha colaborado en un sinfín de publicaciones, entre ellas *Cine Mundial*, *Novedades*, *El Universal*, *El Sol de México*, *Excélsior* (con la columna "Frontera a la Uña"), *La Mujer de Hoy*, *Mujeres*, *Siempre*, *Mañana*, *Las Américas*, *Caballero*, *Plavhov* y *Solidaridad*.

De sus columnas hizo el libro *La O por lo redondo*, cuyo título es un homenaje a Ramón López Velarde quien, cuando viajaba al extranjero, dependiendo del país, preguntaba cómo se escribía esa letra para hacer su columna. Otras de sus

⁶ Elena Pomatowska "Un recuerdo de Rosario Sansores", en *El Nacional* México, 3 de abril de 1995, p. 8.

⁷ María Esther Espinosa Calderón, tesis de licenciatura *De la página de sociales a las 8 columnas* México: INEPIA, en UNAM 1995, p. 161.

columnas son "La A por la mañana", "La D de dando y dando" y "Trompo a la Uña"

Cristina Pacheco se inicia en el periodismo en 1960, tan sólo unos años después que Elena Pomiatowska y María Luisa la "China" Mendoza. Cristina Romo Hernández, nombre original de la periodista y escritora, nació en San Felipe Torresmochas, Guanajuato, en 1941; pocos años después emigra al Distrito Federal, en donde realiza sus estudios de letras españolas en la UNAM.

Su columna "Mar de Historias" se publica dominicalmente en el periódico *La Jornada*. Las estrellas de las entrevistas de Cristina Pacheco son los marginados, los niños de la calle, los vendedores ambulantes, las prostitutas y los limosneros. A todos aquellos que no tienen voz, la periodista los deja hablar en sus artículos, entrevistas, cuentos, programas de radio y televisión. Se ha distinguido por realizar un periodismo que hasta hace poco no existía y al que se le ha llamado marginal.

Cristina Pacheco dirigió las revistas femeninas *La Familia*, *La Mujer de Hoy* y ha colaborado en la revista *Siempre!*, *Sucesos para Todos* (con el seudónimo Juan Ángel Real), *El Universal*, *El Sol de México*, *El Día*, *Novedades* y en televisión conduce *Aquí nos tocó vivir*, en canal 11.

A lo largo de su carrera, Cristina Pacheco ha obtenido varios reconocimientos como el premio Nacional de Periodismo, el internacional que concede la Federación de Periodistas Latinoamericanos y el Premio Manuel Buendía, ha publicado nueve libros, entre ellos dos de entrevistas.

En los setenta, cuando el feminismo en México ganó la atención de la opinión pública, las mujeres involucradas en la lucha obtuvieron un espacio en el periódico *UnomásUno* que apareció como *La Revuelta*, que tuvo como antecedentes el periódico del mismo nombre, que crearon Eli Bartra, María Brumm, Chela Cervantes, Bea Faith, Lucero González, Dominique Guillemet, Berta Huriart y Angeles Necocheca. Los nueve números del periódico *La Revuelta* circularon a lo largo de dos años, de septiembre de 1976 a julio de 1978.

Isabel Inclán narra en su tesis *Doble Jornada* que, luego de dos años del periódico *La Revuelta*, el colectivo logra un espacio semanal dentro de las páginas de *UnomásUno*, apoyadas por el entonces subdirector Carlos Payán Velver.

El primer artículo que publicaron como Colectivo *La Revuelta* en *UnomásUno* fue el titulado "El aborto como defensa de la vida", el domingo uno de abril de 1979.

Su participación en un medio periodístico e industrial las obligó, en primera instancia, a tener que firmar sus artículos. Sin embargo, poco a poco fueron ganando más espacio y además de los artículos de opinión publicaron su columna "Tiaspatio", en la que escribían pequeñas notas acerca del movimiento de las mujeres. Finalmente consiguieron publicar una página completa, pero por diferencias con el director Manuel Becerra Acosta tuvieron que cerrar este espacio luego de cinco años de conformar un estilo propio de hacer periodismo feminista.

En esa misma época el periódico *El Día* se caracterizó por ingresar a sus filas a mujeres que habían estudiado la carrera de periodismo, la mayoría de ellas con el paso del tiempo adquirió prestigio y reconocimiento, lo cual influyó para que tuvieran su propia columna. Ellas fueron María del Carmen De la Vega Gamiz y Edith Jiménez Izudeem, entre otras.

Si bien en la década de los ochenta las mujeres periodistas son reporteris en lo

mayoría de periódicos nacionales, muy pocas logran tener su propio espacio periodístico. Es así como puede mencionarse a Martha Anaya, Manú Dornbierer y Margarita Michelena

Dentro de la censura a las mujeres periodistas, podemos mencionar el caso de Manú Dornbierer, quien, debido a la persecución y amenazas y luego de 30 años de periodismo, en 1991 toma la decisión de no publicar más su columna "Gente", en *Excélsior*, espacio donde lanzó una acusación contra Raúl y Enrique Salinas de Gortari en el sentido de que obtendrían 50 por ciento de la concesión del Hipódromo de las Américas durante 25 años. Esta información la refutaron el entonces Procurador de la República, Ignacio Morales Lechuga y Justo Fernández, gerente general del Hipódromo, por medio de cartas que se publicaron en ese diario en las que decían que la información de la periodista era "falsa, calumniosa e injuriosa".⁸

El periódico no le dio oportunidad a Manú de defenderse, por lo que decide dejar de escribir. Luego colabora para la revista *Quehacer Político*, de la que sale al poco tiempo porque empezaron a amenazar al director de la misma, Carlos Cantón Zetina, por haberle dado espacio para su columna.

Como muchas de sus contemporáneas, Dornbierer se inició en el periodismo en las revistas femeninas en los años sesenta, colaboró en *Cosmopolitan* y *Claudia*. Después ingresa a la revista literaria *El Cuento*. Ha trabajado en diversas revistas y en las páginas editoriales de más de 80 periódicos de México.

Cabe destacar que existen publicaciones que pese a no tener el mismo tiraje y difusión que los diarios capitalinos han logrado sobrevivir y destacar en la ciudad de México, entre ellas se encuentra la revista *Fem*, de la cual se hablará en el siguiente inciso, ya que es en esta revista donde empieza a escribir Marcela Guijosa

B. La revista *Fem*

A lo largo de los años han existido diversas formas de hacer periodismo feminista en México, el cual es una manera de ver el mundo y pretende ubicar a los hombres y mujeres en un plano de igualdad social. No sólo es el ejercicio cotidiano dentro de un determinado espacio, para hablar de las mujeres, sino también una actitud que cualquier periodista hombre o mujer, puede –y debe– tomar frente a los hechos sociales.

Dentro del periodismo feminista en nuestro país destaca la revista *Fem*, que nace en octubre de 1976 con el objetivo de difundir y analizar periódicamente las actividades que realizan las mujeres, así como divulgar la aportación de éstas a la ciencia, la educación, la política, la literatura, la economía, el arte, y analizar su producción desde un punto de vista feminista.

De Margarita García Flores, Premio Nacional de Periodismo 1981 y Alaíde Loppa, exiliada política guatemalteca, periodista, maestra de la UNAM, crítica de arte, traductora y maestra en letras, surge la idea de crear *Fem*, ambas, apoyadas por otras mujeres intelectuales y profesionistas, quienes en su momento hicieron grandes

aportaciones, entre ellas Margarita Peña, Beth Miller, Alba Guzmán, Carmen Lugo, Elena Urrutia, Marta Lamas, Lourdes Arizpe, Flora Botton, Sara Seřhovich, Marta Acevedo, Tununa Mercado, Antonieta Rascón, Mariclaire Acosta, Anilú Elias, Esperanza Brito de Martí, Rosamaría Roffiel, Angeles Mastretta, Hilda Elena Grau, Adriana Ortega, Patricia Morales, Claudia Hinojosa, Elena Poniatowska, Teresita de Barbieri y Bertha Hiriart.

Cada una de las mencionadas con su labor periodística marcan a través de esta revista una nueva cultura del feminismo en el contexto nacional. Todas ellas, interesadas en el cambio social y las condiciones de las mujeres menos favorecidas en la ciudad y en el campo, en América Latina y, sobre todo, en México

En los primeros años de *Fem*, con una periodicidad trimestral, se logró una profundización teórica de lo que se había realizado a través del periódico *La Revuelta* fundado en septiembre de 1976, por un movimiento colectivo de mujeres, que logró a su vez espacios importantes en el periódico *Unomásuno* mediante los cuales hizo de la opinión pública temas que hasta esa fecha se consideraban de interés privado como por ejemplo, la píldora anticonceptiva.

A través de *Fem*, revista independiente, la lucha de la liberación de la mujer se vio mejor consolidada por un periodismo feminista, que no sólo fue una contracultura paralela a la existente (sexista), sino además una modificación de la cultura opresora, con una dinámica feminista combativa, de denuncia y crítica para producir un cambio en los patrones existentes.

Fem nace con una responsabilidad compartida que recaía en Alaide Foppa, quien escribía, sugería temarios y proponía materiales para los números de la revista, mientras que Margarita García Flores con su experiencia de tipógrafa llevaba el material a la imprenta, corregía pruebas, hacía los encabezados y fornaba la revista.

Cabe señalar que en sus primeros números *Fem* incluía información, entrevistas, artículos, ensayo y la creación literaria. El tiraje inicial fue de dos mil ejemplares, mismo, que aumentó gradualmente de la primera edición a la cuarta. En sus inicios el primer Consejo Editorial estuvo formado por Elena Urrutia, Elena Poniatowska, Beth Miller, Carmen Lugo, Marta Lamas, Margarita Peña y Lourdes Arizpe, cada una con un estilo propio en sus respectivos campos de acción profesional.

En el primer número de octubre-diciembre de 1976 encontramos 24 textos escritos por Dacia Marini, "El arte de amar"; Alaide Foppa, "Anatomía no es destino", Simone de Beauvoir, "Entrevista a Jean Paul Sartre" y de Marta Lamas, "Las taquilleras del metro ganan una batalla", entre otros. Se observan algunos anuncios publicitarios y convocatorias dirigidas a las mujeres. El contenido se extiende en 101 páginas

El segundo número enero-marzo 1977 se dedicó a la publicación al tema del aborto, con textos de Frica Jong, Mireya Toto Gutiérrez, Concepción Arroyo, Margarita Peña, Nora Landau y David Ramon, entre otros. Se publica la sección "Cartas a Fem", con un comentario. Presenta 97 páginas.

El número dos de *Fem* se agotó, de dos mil ejemplares repartidos en las librerías pasaron a cuatro mil hasta llegar a 10 mil. En ese número Alaide Foppa escribe una crítica al discurso de posesión de Lopez Portillo, quien pidió a las

mujeres sumisión, sacrificio y pasividad. Carmen Lugo tomó la defensa legal de cinco casos de violación divulgados por *Fem*. Denunció la corrupción en los juzgados y la mofa que se hace de las mujeres agredidas. A partir de esa campaña varios grupos de mujeres se acercaron a *Fem* en busca de orientación y apoyo.

En la publicación del número cinco de *Fem*, con un tiraje de cuatro mil ejemplares, se aprecian cambios estructurales en la misma. Margarita García Flores, decide salir en 1977 de la revista y surge una dirección colectiva formada por Alaíde Foppa, Elena Poniatowska, Elena Urrutia, Marta Lamas y Carmen Lugo. Ellas fueron apoyadas por las integrantes del Consejo Editorial original que no pasaron a la dirección y a quienes se le sumaron Flora Botton, Alba Guzmán y Sara Sefchovich, cada una de ellas se hicieron cargo de la coordinación de un número de la revista, acorde al dominio de información que tenían. Aquí, se agrega al formato de la publicación el diseño de Guadalupe Valdelamar quien decora el contorno del círculo-logotipo de *Fem* con la leyenda "feminismo-feminista-feministas".

En diciembre de 1980 ocurrió un suceso lamentable que marcó la historia de la revista *Fem*: el asesinato de Alaíde Foppa en Guatemala. Sobre este hecho, la periodista Isabel Inclán Perea comenta:

"Un paréntesis luctuoso hizo derramar la tinta de las plumas feministas y convirtió a *Fem* en la herencia más grande que Alaíde Foppa pudo dejar a las feministas, quienes la vieron por última vez en diciembre de 1980 en que Alaíde decidió volver a Guatemala —por una semana— a ver a su madre. A partir de aquel mal día 19 de diciembre, en que dos autos interceptaron al que transportaba a Alaíde Foppa, nunca más se supo de ella".⁹

En efecto, esto marca una nueva historia, tanto para la revista como para quienes se encargan de editarla. Tras la desaparición de la poeta, ensayista, feminista y catedrática que vivía exiliada en México, Alaíde Foppa, la escritora Elena Poniatowska escribió:

"El estupor, la consternación, la indignada protesta hicieron presa no sólo de *Fem*, sino a México, a América Latina y a círculos feministas en Francia, en Italia y en Estados Unidos. Sin noticias, ¿dónde está Alaíde Foppa?, amanezimos al silencio, al frío, al anuncio que publicó todos los días el *UnomásUno* desde el mal día."¹⁰

Rosario Robles, quien fuera Jefa de Gobierno del Distrito Federal, comentó sobre esta pérdida:

"Cuando una mujer muere por pensar lo que piensa y decirlo, nos acerca a todos a una frontera incierta, en la que no sabemos si su muerte significa un límite o un horizonte. La vida entonces, puede llegar a convertirse en una muerte si se detiene en el instante de la pérdida."¹¹

⁹ María Isabel Inclán Perea, *Un estudio por informar y cuestionar la condición de las mujeres*, Tesis de licenciatura, México, 1989, Pág. 126.

¹⁰ Elena Poniatowska, "Fem o el rostro desaparecido de Alaíde Foppa" en *Fem. 10 años de periodismo feminista*, México, Planeta, 1988, Pág. 15.

¹¹ Aurora Jiménez, "Con la muerte de Foppa el tiempo no se detuvo" Robles, en *La Jirafilla*, Cultura México, D.F. MGS, Desarrollo de Medios S.A. de C.V., 2000, p. 81.

Las feministas continuaron trabajando y editando la revista exponiendo temas sin censura. Este hecho le imprimió una nueva dinámica sustentada en el legado de una de sus fundadoras. No obstante, con la desaparición de Alaíde Foppa, el equilibrio que de algún modo mantenía el colectivo, se fue perdiendo. De manera que la publicación pasó a un segundo plano mientras se luchaba por la aparición de Alaíde.

Fue a mediados de 1981 que se confirma su secuestro y luego asesinato mediante la tortura a manos del ejército guatemalteco. Alaíde había perdido ya a su compañero Alfonso Solórzano, en un accidente vial en el D.F. y a Juan Pablo, el más pequeño de sus cinco hijos, guerrillero como su hermana Silvia y rebelde como su hermano mayor, Mario. En *Fem* siguió apareciendo el nombre de Alaíde Foppa en la dirección colectiva hasta el número 24. A partir de entonces la leyenda "Alaíde Foppa siempre entre nosotras" se publicaría en cada número.

Sin embargo, en el colectivo de mujeres empieza a surgir diferencias entre las integrantes, mismo que crea un ambiente tenso y renuncian varias de las colaboradoras, al momento en que Elena Urrutia llega a la dirección de *Fem*.

Al respecto, Marta Lamas comenta:

"A mí la ausencia de Alaíde me volvió inaguantables las reuniones de *Fem*. Para cada número se autopropone una coordinadora para hacerse cargo. Dicha coordinadora imprimía su sello tanto en la selección del tema como en la invitación a colaboradoras. Con ese mecanismo se había intentado resolver las diferencias de criterio, pero había mil detalles que era motivo de roces. Reconozco que veía las cosas maniqueamente. Para mí sólo existían dos grupos: quienes estaban con Urrutia y quienes estábamos contra ella".¹²

Y en efecto, con Elena Urrutia, acorde a textos revisados y citados en la presente investigación, la revista *Fem* da un giro, mismo que originó la salida de muchas de sus integrantes que habían participado en el crecimiento de ésta. Marta Acevedo, Sara Sechovich y Marta Lamas fueron de las primeras en renunciar a *Fem* en tanto ésta estaba en manos de Urrutia, pero posteriormente continuaron en ella.

Mientras, Flora Botton, Elena Poniatowska y Teresita de Barbieri procuraban que el grupo no desapareciera y continuara con la labor alcanzada hasta ese momento a través de la revista. En 1982, para la reestructuración interna de *Fem*, se da oportunidad a otras colaboradoras como Catalina Eibenshutz, Claudia Hinojosa, Itziar Lozano, Angeles Mastretta y Teresa Rendón. Para 1983 ingresan Marielaire Acosta, Josefina Aranda, Mercedes Carrera, Ilda Elena Grau, Bertha Hiriart, Graciela Iturbide y Rosa María Roffiel.

El ingreso de cada vez más colaboradoras indica entonces la ampliación de *Fem*. En 1985, Aníbal Elías, Adriana Ortiz Ortega y Patricia Morales se integran a la revista, no obstante, la dinámica interna no se había transformado. Se habían generado diferencias que hicieron que *Fem* caminara por sendas contrarias a las que en sus inicios estaban planteadas, es decir, se alejaba del proyecto pluralista.

12. Marta Lamas. "Algunas historias de mi relación con la Urrutia de Acosta", en *Urrutia*, Año 20, número 14, México: D. H. S. I. C. O. C. B. I. M. I. S. T. A. C., Noviembre 1996, p. 8.

Para 1986 se planteó una reestructuración con un saneamiento interno, la dirección colectiva llega a su término luego de diez años. Esta transformación permitió a *Fem* convertirse para 1987 en una revista mensual, iniciando esa periodicidad a partir del ejemplar número 50, bajo la dirección de Berta Hiriar y la jefatura de redacción a cargo de Tununa Mercado.

En el número 53, de mayo de 1987, observamos en el índice la columna "Miscelánea Mi Luchita", a cargo de Rosa María Rodríguez, Isabel barranco y Ana María Altamirano, que es precisamente una miscelánea de noticias relacionadas con las mujeres, que tratan asuntos de salud, trabajo, violencia, legislación, entre otros temas. En otra sección, "La entrevista del mes", Isabel Inclán cuestiona a Ana Rosa Domenella; en *Especial*, se desarrolla el tema el 10 de mayo; se presentan también las secciones "Ciencia y Salud", "Vida Cotidiana", "Economía", "Mujer que sabe Latín" y "Arte", así como "Avisos y Correspondencia". Uno de los apartados es "Ex libris" de *Fem* con comentarios de libros.

A mediados de 1987 Berta Hiriar decide renunciar y el reto de la edición corresponde a Esperanza Brito, desde 1988 a la fecha. Con la dirección de Brito se realizan cambios en la línea editorial y como ejemplo de ello, en enero de 1988, en el número 61, la revista presenta en 48 páginas. El editorial está dedicado a las campañas electorales y la próxima elección del Presidente de la República. Se publicaron textos de Patricia Muñoz Ríos, María de Jesús Espinosa Macías, Esperanza Brito, Josefina Hernández, María Isabel Inclán, Helena Salcedo, Michele Murria y Mercedes Charles, entre otras. La revista da cabida a varios géneros periodísticos y literarios, aparecen poemas y la sección de Arte. Entre los anuncios publicitarios encontramos el de Ofunam, Museo de Arte Carrillo Gil (SEP) y del INEGI.

Cabe mencionar que en sus inicios *Fem* estuvo editada por la Asociación Civil Difusión Cultural Feminista, originalmente denominada Nueva Cultura Feminista S.C., concebida a fin de darle representatividad legal a la revista y los eventos organizados por las socias, protagonistas de la nueva forma del feminismo en diferentes áreas de participación. La produce Asesoría en Comunicación y Difusión, S.A. de C.V. El número inaugural fue realizado en la imprenta Madero con un tiraje de dos mil ejemplares.

Correspondió a la Impresora Sánchez imprimir los números 2 y 3 con un tiraje de tres mil ejemplares, la editorial Bodoni realizó el tiraje del número 4 y a partir del ejemplar 5 *Fem* fue editada en los talleres del *Unomásuno*, conforme a un acuerdo de Elena Urrutia con Carlos Payán, en el que se buscaba la impresión de la revista a un precio razonable pero que existiera formalidad en la entrega, cosa que las primeras imprentas no cumplían.

Durante la historia de la revista *Fem*, muchos han sido los temas abordados en cuanto a las problemáticas que aquejan a la mujer en México como en América Latina. *Fem* ha sido un espacio abierto para el reflejo, la crítica y en su momento denuncia sobre lo que atañe a la mujer en todos sus ámbitos y dirigido a todas las féminas sin distinción de clase, credo, o ideología.

Con *Fem* se marca una pluralidad tanto en sus temáticas como en las conceptualizaciones que surgen a través de la revista, con el fin último y principal de

conformar y transformar las relaciones de género existentes. Parte de su contenido correspondió a un rubro particular que en ocasiones fue tratado con amplitud y otras como visión global de lo expuesto en portada.

Muchos han sido los temas tratados en cada uno de los espacios de *Fem*, aunque su principal característica en sus primeros años fue su presentación en forma de monografía variando con el tiempo, pero sin dejar de ser una revista pionera en abordar problemáticas que poco se habían difundido y a través de *Fem* ha podido lograrse desde 1976.

Algunos de los temas son: el aborto, la maternidad, la vejez, la salud de las mujeres, las chicanas, la prostitución, América Latina, el matrimonio, Feminismo en México, Feminismo, movimiento internacional; Mujer y Política, trabajo, La mujer y los partidos políticos, las mujeres escriben ¿qué escriben las mujeres?, la Conferencia y Foro en Nairobi, las campesinas y el silencio, La mujer en Asia, el amor, hombres, la sexualidad, las jóvenes, educación, la familia, las costureras, la mujer en el arte, en la música, Mujer y violencia, Feminismo, cultura y política, etcétera.

Asimismo, la publicación feminista ha mostrado puntos de vista de los partidos Revolucionario Institucional, Acción Nacional, Comunista Mexicano, Revolucionario de los Trabajadores, Demócrata Mexicano, Popular Socialista, Mexicano de los Trabajadores, Auténtico de la Revolución Mexicana y Socialista de los Trabajadores, entre otros; sobre la importancia de la actividad de las mujeres y los planteamientos para el impulso de su desarrollo en niveles que rebasen el ámbito doméstico, proponiendo de esta forma a las electoras la comparación de las alternativas.

Abordando este tipo de temáticas sobre partidos, *Fem* enfatiza la necesidad de integrar el pensamiento feminista a la discusión de los mismos sobre los requerimientos de las mujeres en sus diferentes sectores para, de esta forma, arribar a la propuesta de transformación social más justa para todas y todos.

Además, en la publicación se ofrecen entrevistas sobre aquellos movimientos, análisis de situación de países como Cuba y Nicaragua, testimonios e incluso poesías inspiradas en tales contextos, lo cual, ha enriquecido en mucho la diversidad de temáticas presentadas por *Fem* a lo largo de los años que lleva en circulación.

Es preciso mencionar, que acorde a la coordinación en turno —y en su caso— cuando la editó el colectivo, los temas abordados se marcaban según la ideología de quienes la han integrado. Actualmente y con la madurez que se ha adquirido para su realización, se busca dar continuidad al trabajo que legaron sus principales creadoras, aunque con sus bemoles al respecto, adaptándose a los nuevos tiempos y circunstancias.

Con *Fem* se desarrolló lo relativo a las reuniones de mujeres, resultando un medio veraz y accesible para que toda mujer pudiera enterarse de lo acontecido en cada una de las reuniones internacionales respecto al género, el cuerpo y la salud de las mujeres, la sexualidad, la familia, las organizaciones, las conferencias feministas, los hombres y diversos aspectos ideológicos.

Las temáticas fueron variantes conforme a cada número a través de artículos de opinión, columnas, crónicas, ensayos, notas informativas, análisis documentales, reseñas, relatos testimoniales e informativos, fragmentos literarios y pequeños

reportajes. A partir de 1982, en que se aproxima al estilo de revista comercial, *Fem* ilustra su portada con imágenes alusivas al tema de cada número.

En el contenido temático de *Fem* vemos una clara presencia de la historia de las mujeres, aspectos no feministas fueron relativamente escasos durante las primeras épocas. Problemáticas de grupos marginados se expusieron claramente, así como artículos sobre las situaciones en Europa, Asia, África y América Latina, sobresaliendo el tópico de ideología e historia

Los tópicos son sumamente enriquecedores en todas las épocas de edición de *Fem*, porque éstos varían y van profundizándose cada vez más con características históricas, políticas y sociológicas que permiten a las y los lectoras/es hacer conciencia de los temas abordados con una capacidad de análisis y con una claridad en lenguaje.

En un estudio sobre *Fem* realizado por Santa María Gallegos expone:

“Las aportaciones que constituyeron el cuerpo de la revista las hicieron mujeres con trayectoria y varones que manifestaron coincidencias en los ideales de transformación de las relaciones entre sexos, además de las integrantes del equipo que tuvieron algo que decir sobre el tema correspondiente. Su experiencia desde las filas de la militancia en diferentes grupos, en el periodismo ejercido en medios impresos y audiovisuales, pero fundamentalmente en la academia y el arte, fue vertida en cada una de las páginas de *Fem*”¹³

Muchas han sido las secciones que *Fem* ha presentado, algunas han quedado fijas, aunque no respetadas en cada edición, otras constituían una constante en épocas precedentes entre ellas: Economía, Análisis feminista, Reportaje, Vida cotidiana, En tres palabras, La lucha, Ex libris de fem, Arte, Cuento y Poesía, Espectáculos, Salud, Semblanza de una mujer, Liberación infantil, Política, Las precursoras, Ciencia y Salud, Política, Galería del feminismo, la Miscelánea, El mundo en pocas palabras, La entrevista del mes, Rincón de poesía, Debate feminista, Querido diario, Arte, Avisos y correspondencia, Imágenes de mujer y Música.

Cuando surge *Fem* se encuentra con algunos problemas externos en cuanto a costos, lugares de impresión, distribución, entre otros. Por ello, sus editoras tuvieron que enfrentar situaciones como la falta de distribución de los ejemplares, o bien, que la revista no salía a tiempo porque la imprenta no cumplía con la fecha de entrega, lo cual originó cambio de imprenta en varias ocasiones hasta llegar a realizar el tiraje en Editorial Uno, es decir, en los talleres del *Unomásuno* conforme a un convenio establecido en 1979.

Pese a todas las circunstancias, *Fem* continuó saliendo y entre dificultades económicas, problemas con distribuidores, la imprenta, problemas en el interior del Colectivo Editorial y otros obstáculos, asume la dirección de la revista Bertha Hiriart, a quien correspondió la transición de *Fem*, que había nacido con estilo académico pasando a una publicación de función periodística, aquí se termina el convenio con Editorial Uno, en 1986

¹³ Encicla Hiriart Santa María Gallegos, *Teje de hincapiote: 10 años de revista académica y publicación periodística*, México: UNP Atotonilco, UNAM, 1990, p. 33.

No obstante, en la búsqueda por dar independencia a *Fem*, pese a la publicidad ganada para estas fechas, las suscripciones y las ventas directas, los costos de producción de la revista resultan insuficientes. En 1988 se realizan eventos para reunir fondos que le permitieran seguirse editando. Hechos difíciles como estar en números rojos no han detenido la labor del periodismo que realiza *Fem* en beneficio de las mujeres y de la sociedad en general.

La situación financiera de *Fem* sigue siendo precaria, es urgente activar su circulación y venta para que continúe. El escaso hábito por la lectura hace necesaria una mayor difusión de la revista para que así puedan consolidarse otros segmentos de la población que la conozcan, la adquieran o se suscriban a ella.

Respecto a las problemáticas internas enfrentadas en la revista, existieron divergencias de opiniones en cuanto a la línea editorial que debía seguir la publicación, luego de la desaparición de Alaíde Foppa. Está documentado el enfrentamiento de dos de sus integrantes más importantes: Marta Lamas y Elena Urrutia, lo cual provocó serias divisiones en su estructura.

Toda actividad periodística requiere de un manejo profesional de los hechos para dar cumplimiento a la información y orientación, además de la exposición y argumentación de lo que sucede, así como de las ideas que surgen sobre un tema. En *Fem* se ven reflejadas características de un periodismo de opinión con un lenguaje claro y preciso.

Además, entrega a los lectores un conjunto de ideas a través de las cuales busca un objetivo orientador, basándose en una estructura bien cimentada en la mayoría de los textos publicados mediante la utilización de los géneros del periodismo de opinión como son: editorial, artículos, columnas, reseñas y ensayos. Sin por ello dejar de usar la nota informativa, en menor proporción, así como la entrevista y la crítica.

El editorial forma parte de *Fem*, que de manera sucinta refleja la opinión sobre los temas que trataron por número, en ocasiones esta sección se dirigió a los acontecimientos más sobresalientes periodísticamente, aún cuando estos hechos no fueran el tema central de la publicación, otras, la mayoría, presentó una visión global y centrada en una línea definida, acerca de la problemática desarrollada en los ejemplares respectivos.

Las pocas veces que no apareció el editorial fue sustituido por la sección de Presentación, en la cual se hacía un resumen y la justificación del tema a tratar.

Los artículos plasmados en la revista son vastos en cuanto a las temáticas abordadas en cada uno de ellos. La utilización de éste género periodístico mostró con énfasis la expresión y el estilo particular de las autoras con artículos de opinión y de fondo al darles amplia libertad de analizar situaciones o temas a través de formas de expresión lingüísticas como la exposición y argumentación de situaciones recientes o de interés social e inmediato.

La sección "Debate Feminista" es un claro ejemplo del uso de este recurso periodístico, siendo una sección dedicada a polemizar ante los conceptos o argumentos del feminismo en sus diferentes tendencias, pues en un mismo artículo se han presentado varios puntos de vista respecto a un tema determinado.

fundamentalmente de la actuación de las militantes del movimiento de liberación y de las opiniones de algunas teóricas del feminismo.

La utilización de reseñas también ha sido importante en la revista como el espacio dedicado al arte, mediante el cual se muestra la producción plástica de las mujeres, la poesía, el cine, el teatro, la danza; la presentación de la crítica de obras de arte y los comentarios sobre cintas cinematográficas relacionadas con el proceso de liberación de las mujeres.

A través de secciones como "Libros y Revistas", *Fem* promueve la producción teórica sobre temas relacionados con la emancipación de las mujeres; la literatura, que ofrece un testimonio de reflexión; la crítica a textos literarios, así como poemas, cuentos y música.

El ensayo es uno de los géneros aplicados en *Fem* mediante textos breves sobre temas muy diversos reflejando la actitud personal y subjetiva de las escritoras ante el aborto, salud sexual y reproductiva, medio ambiente, violencia intrafamiliar y los derechos humanos de las mujeres, entre otros.

La columna juega un papel preponderante en *Fem* y se refleja particularmente en "Querido Diario" de Marcela Gujosa, quien con amplia libertad escribe, incluso, utilizando el lenguaje en primera persona, hecho que anteriormente en el periodismo era mal visto, pero que dentro de esta columna encuadra bien, ya que tiene preponderancia en el estilo de su autora.

Cumple con todas las características en su presentación: Nombre fijo, lugar, periodicidad, autoría, así como con una presentación uniforme y estilo característico de Marcela Gujosa, quien viene publicando su columna desde 1987.

Cabe señalar que es notoria la inconsistencia en el estilo de *Fem* y la aparición de secciones fijas, pues el estilo de la revista fue variando conforme a la coordinadora en turno pero en lo relativo a la producción intelectual, pocos números omitieron la crítica o el comentario.

Después del análisis que realicé, considero que *Fem* es una revista plural, abierta, independiente que permite la expresión de todos los géneros dentro del movimiento de mujeres feministas y no feministas, así como de grupos homosexuales y de hombres interesados en las masculinidades.

Fem continúa dando un gran peso al periodismo de opinión, no se hace un trabajo reporteroil, los aspectos periodísticos, noticiosos son retomados desde el trabajo y el estilo de cada colaboradora.

En la actualidad *Fem* cuenta con las secciones "Política", a cargo de Ana M. Fernández Poncela, "Los Medios", Mercedes Charles; "Entrevista", "Vida cotidiana", por Lucía Rivadeneira y Marcela Gujosa; "Niños", por Elsa Lever; "Bitácora de la Mujer", por Guadalupe López García, "Literatura", por Francesca Gargallo; "Espectáculo", por Alicia Lozano Mascarúa, "Fem Libris"; "Nosotras en el Escenario", por Livia Hernández Carballido y "De Atletas", por Elna Hernández Carballido, además de diversos artículos y ensayos.

Como en sus inicios, continúa con los objetivos de difundir el feminismo, el rechazo a los abusos sexistas, la denuncia de la discriminación a las mujeres, la violación a sus derechos, el tratamiento abierto a temas antes intocables como la sexualidad y la homosexualidad femenina y masculina, la demanda del aborto libre,

la asesoría médica, legal y psicológica a las mujeres que han sido atacadas y la necesidad de aumentar la participación de las mujeres en la vida pública.

Para Elena Poniatowska ninguna publicación trata los temas de *Fem*: el trabajo invisible, la doble jornada, el hostigamiento en el empleo así como las aportaciones que las mujeres han hecho al arte, a la ciencia y a la técnica.

2. Semblanza de Marcela Guijosa

*El feminismo ha sido mi otra columna vertebral,
mi otro corazón, mi otro motivo de vivir "*

MARCELA GUIJOSA

A. Su ser femenino

Marcela Guijosa es una mujer especial porque desde pequeña, tal vez debido a sus vivencias y pugnas entre lo español y lo indígena, aprendió a batallar contra la incertidumbre, contra el estar parada entre dos tierras. Desde de sus primeros años entendió su condena, mejor dicho su destino: el tratar de encontrar el camino en el que confluyeran sus herencias, sus culturas, sus familias, sus dolores y alegrías. Es especial, repito, porque tuvo la capacidad, y la lucidez, de entenderse híbrida, de aceptarse, a pesar de las negaciones y las certidumbres, mestiza. Este es su gran mérito y una de las cuestiones por las que en su actual madurez su columna "Querido diario" contiene la sensibilidad de la mujer que hace su bandera el feminismo, sin caer en los juegos fáciles de la lucha sin razón contra los hombres, sin perecer en la contienda ni dejarse vencer por los trucos de una sociedad, que aunque no lo acepte, es mayoritariamente machista.

Marcela no es partidaria de un feminismo misántropo, no persigue la igualdad ni la competencia, a ella le interesa la alteridad de los sexos. Desde sus primeras experiencias –éas que plasma en el libro *Altar de muertos*, con el que ganó el Premio Demac¹⁴ a la mejor Autobiografía de Mujer Mexicana en 1994– aprendió, sin saberlo pero gracias a mujeres esenciales de su familia, como lo fue su tía Chiqui, que la feminidad es una construcción social, lo que produce en las mujeres como individuos y sujetos, el cómo se les exige cumplir ante la sociedad, lo que va generando una necesidad, hasta cierto punto clandestina, de las mujeres de ponerse en contacto consigo misma sin la injerencia de terceros. Aquí mismo trataré de lo que lleva a las mujeres a escribir un diario, a relatar la cotidianidad para volverla historia propia.

De acuerdo con la investigadora Marcela Lagarde. "La condición de la mujer es una creación histórica cuyo contenido es el conjunto de circunstancias, cualidades y características esenciales que definen a la mujer como ser social y cultural genérico."¹⁵ La sociedad construye los roles, moldes, estereotipos, normas con los que sus integrantes deben regirse, guiarse y comportarse a lo largo de sus vidas. Una de las primeras divisiones sociales es la genética, que marca cómo deben ser "los hombres" y "las mujeres".

¹⁴ Documentación y Estudios de Mujeres A.C. es una editorial fundada por la Maestra Amparo Espinosa que desde 1993 convoca al concurso "Biografías y autobiografías de mujeres mexicanas". El premio que ofrece consiste en una cantidad de dinero, diploma y publicación de la obra.

¹⁵ Marcela Lagarde, *Los caracteres de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México: UNAM, 1993, p.

La feminidad es la caracterización cultural e histórica de la mujer a partir de su condición genérica. Está definida de manera contrastada a la masculinidad, que es la distinción de los hombres. Esta diferencia se da como antagonica y excluyente y está fundada en supuestos atributos naturales, inherentes a la mujer.

Estos atributos radican en sus cualidades físicas, sobre todo las sexuales, y determinan las relaciones que las mujeres puedan establecer con su medio, ya sea en el plano erótico, social, económico, procreador, emocional, intelectual, político, profesional, laboral, legal, etc. Si las mujeres quieren desarrollarse como humanas, como su ser mujer, entonces deben plegarse a lo que obligatoriamente se considera como tal, es decir, deben comportarse todo el tiempo como lo exigen los cánones de la feminidad.

Deben desenvolver sus pensamientos, emociones, sentimientos, mentalidad, creencias, comportamientos, relaciones y actitudes según estos preceptos. Entre ellos está el deber de procreación en un rango determinado de tiempo, el deber de tener pareja, de vivir para la familia (parientes ascendentes y descendientes incluidos), el espacio vital en todos los niveles (laboral, ocio, habitación), los tipos de relaciones privadas y públicas. También están las actividades propias, como la noción de "no-trabajo", lo que implica la circunscripción de las mujeres al trabajo doméstico para estar siempre listas y disponibles para cuando los demás necesiten hacer uso de ellas. Incluso se considera que sus únicas redes afectivas válidas son las que se producen en el proceso de su cuidado de los otros. No de ella misma.

Definida de este modo, la feminidad se proyecta como tal en la sociedad, como si fuera no un producto de la cultura y los momentos históricos, sino un hecho natural, determinado por la voluntad universal y/o divina. No se puede ni se debe ir contra esa imagen. La que lo intente va a salir de la línea, va a asomar al mundo su presencia, y como eso no está contemplado en sus roles, será castigada. Cacerá sobre de ella la furia de Dios, la comunidad se encargará de segregarla, atosigarla, hasta hacerla ceder o reventarla.

De todo esto está consciente Marcela y así lo hace ver en su columna, en la que habla desde su individualidad de temas que a cualquier mujer nos dicen algo (o mucho) porque además logra vincular esta postura feminista con la cotidianidad, lo que a simple vista parecería un tanto superficial, pero ella descubre que en las acciones diarias, en los detalles están implícitas acciones que atentan no sólo contra la mujer sino contra el individuo y que trascienden el presente e influyen en la gestación de una cultura. La cercanía que entabla con la lectora es producto de la aprehensión de la vida cotidiana como eje del mundo y de las acciones de la sociedad, en este sentido, Gujosa habla de un entorno conocido, tan conocido que se desconoce en la práctica, que no se considera importante, que no se analiza, no se reflexiona.

Cabe destacar que esta preocupación también existió dentro del marxismo y quizá Marcela se puso en contacto con la conceptualización de lo cotidiano a partir de sus vivencias juveniles "marxistas" y universitarias en las que, tal como lo relata en *Hija de muertos*: "España se me fue alejando. Se me fue convirtiendo en una serie de temas de alta cultura..." y quizá también empezó a ser consciente de su ser cotidiano de su circunstancia como mujer humana, es decir, hija de español y descendiente de indios. Tal vez desde entonces levo aquello de que "La primera tarea, la más

profunda y urgente, es la de romper el silencio que rodea a los problemas de la vida cotidiana".¹⁶

Y así lo hizo. Empezó por ella misma y siguió la ruta de la propia existencia para acercarse al estudio de la sociedad y de sus integrantes, ésa que se encuentra fragmentada por visiones que anteponen el estudio de las estructuras y la ideología al estudio de la acción de las personas, del sujeto, de la subjetividad. Cuestiones nada superfluas, el actuar cotidiano determina las macroestructuras.

Marcela ha sido capaz al entender su femineidad, su feminismo, su lugar mestizo, dentro del cual el mundo habitable es producto de la integración de los aspectos micro y macrosociales.

En sus escritos está presente la delgada línea que divide lo micro y lo macro. ahí muestra las grandes debilidades de esa tajante división teórico-metodológica. ¿Por qué?, porque las mujeres, al igual que otros grupos sociales oprimidos, se mueven entre las grandes estructuras productivas (como obreras, por ejemplo) y pequeñas estructuras (el trabajo doméstico, la maternidad). Y, precisamente, esta división es lo que provoca que se desdibuje el hacer cotidiano de las mujeres y lo que escasamente toman en cuenta las grandes teorías sociológicas, filosóficas, antropológicas, históricas.

Detrás de las historias de Guijosa está un mundo conceptual lleno de propuestas que, lejos de abstraer las "anécdotas" que se relatan en la columna, las hace más concretas, más reales.

B. Vida

Marcela Guijosa nació en 1950, en la Ciudad de México, en el seno de dos familias de clase media, de situación económica no muy desahogada y provenientes de países distintos. Una, la materna, originaria de San Felipe Torresmochas, Guanajuato, y la otra, la paterna, de Madrid, España. Esa fue la primera ambivalencia que experimentará y que marcará gran parte de su vida y de su obra.¹⁷

A pesar de que vive en la patria de su madre, la línea paterna se impuso, por diversas circunstancias, desde los primeros años de su vida. Básicamente se desarrolló en un ambiente social y cultural creado por españolas y españoles llegados por distintos motivos a México. La defensa de su lado español la llevó, incluso, a enfrentar a uno de sus profesores que mostraba hostilidad hacia los españoles.

"En la escuela secundaria tenía un maestro de historia que odiaba lo español. Su clase era muy moderna, comparada con las de las monjitas y otras viejas profesoras de mi primaria que creían que los españoles nos trajeron la Cultura, el idioma, y sobre todo, la Verdadera Religión.

"El odiaba con toda su alma a los gachupines. Y muchas niñas de mi salón,

¹⁶ Leon Trotsky, "El nuevo curso: problemas de la vida cotidiana" en *Cuadernos Pasado y Presente*, México, núm. 27-3a ed. 1978, p. 157.

¹⁷ Los datos y los comentarios de esta primera parte de su historia de vida los tomé de su libro autobiográfico *Una de muchas. Memorias de un mestizo*, México: Demac, 1994.

también. Yo participaba en las discusiones, apasionadamente, defendiendo a los españoles. Creo que aún sigo, todavía hoy. Cómo iban a ser malos mi padre y mis tías y mis abuelos. Si en mi casa la palabra gachupines estaba prohibida. Se dice españoles. Y me defendía a mí, a la mitad de mi propia sangre, con dolor, con furia, y no entendía por qué"

También su lado español la conduce a sentimientos exacerbados:

"Tienes esa parte española. La tienes viva, fuerte, rotunda. Casi como separada. La sientes como inteligencia, como valentía, como agudeza. Crees que significa claridad y fuerza. Pero sientes esa parte tuya también como odio. Como desprecio. Es racismo, intolerancia, soberbia, sequedad. Te hace odiar a México. Te hace sentirte superior a México. Como si no fueras mexicana. No te ves, no te encuentras aquí del todo. Pero también eres. Esa es tu otra mitad. Y la odias. Oodias ese silencio ladino y agachado, el complejo, la devaluación. La oscuridad de la piel y del alma".

Marcela experimenta el desencuentro de dos culturas, el enamoramiento de dos historias, el destino de la cultura que se originó después de la llegada de los españoles. Es en ella misma Malinche y Hernán Cortés, la virgen y Quetzalcoatl, es Bernal Díaz del Castillo y Códice Borgia, es caballo y guajolote. En ella se reproduce la historia de la conquista, las muertes, las vidas, las narraciones entroncadas. Marcela vive la historia de México con la España auestas, con los 800 años de invasión mora, con sus brusquedades y su hablar fuerte, pero también contiene el murmullo del viento en los juegos de pelota, las formas de las pirámides, los sacrificios y los dioses. Es pagana, es católica, es española, india... Es hecha en México.

Estas contradicciones le despiertan su "malinchismo". Desde niña también aprendió que México es racista, es agachado, siente vergüenza por el color de la piel. Es como su país, cabizbaja, es como su clase social: adoradora de la élite y negadora de la plebe. Esta también aquí entre dos tierras y esto acentúa el conflicto interior. Durante su adolescencia siente la ira de la indefinición, la necesidad de encontrar un espacio propio, la urgencia por ser original sin dejar de pertenecer a su grupo. Esa necesidad alocada de pertenencia que la hace relucir su casta española, avergonzarse de su herencia india.

Su orgullo español se robustece cuando en la adolescencia conoce y se integra a un grupo de jóvenes españoles que se autodenominan "La Bola".

"Eran los de 'La Colonia'. Nunca supe muy bien a quiénes comprendía esa colonia. La Colonia, se entendía, eran los españoles en México. Pero no eran todos. Eran más bien los ricos, eran más bien los franquistas. No los pobres ni los refugiados. A mis dieciséis años, por mediación de mis primos, yo conocí a algunos muchachos y muchachas de esos. Se llamaban a sí mismos 'La Bola'. Casi todos iban en la Ibero, y eran muy ricos. O por lo menos me lo parecían, porque eran mucho más ricos que yo. Eran todos juniors de industriales, comerciantes, panaderos, millonarios. Pertenecer a 'La Bola' era un honor para mí. Era pertenecer al mundo español, al mundo refinado y elegante de mis primos, que eran mis ídolos".

Allí está Marcela, con su ser escindido entre España y México, pero, además, partícipe de una época, la década de los setenta, en la que las mujeres empiezan a ser

copartícipes de este modo de vida y de estas creencias. Pero, dado el poder adquisitivo que tienen, el periodo de modernización del país en que viven (se incorporan paulatinamente a trabajos remunerados), los cambios políticos (obtienen el derecho a votar y ser votadas) y los movimientos políticos y culturales que se registran principalmente en Estados Unidos (las protestas en contra de la guerra de Vietnam, el hippismo, la liberación de la mujer), las mujeres, comenzarán a distinguirse básicamente por dos formas de comportamiento: las típicas *clases medias* y las *liberadas*.

Su vida ha transcurrido siempre entre dos tierras. Aquellas visitas de fin de semana representaban viajes por España y por México, como ahora sus escritos son travesías por la añoranza y la actualidad. En su libro *Altar de muertos* recuerda: "Los domingos de mi infancia se repartieron equitativamente entre España y México: un domingo tocaba con la familia de mi padre y otro con la de mi madre".

En ese mismo libro hace referencia a visiones que surgían paralelas de esas visitas. Como el acercamiento a la comida, a las construcciones, a las vajillas, a las canciones, a las maneras de actuar le delataban las herencias. Su idea de México se formó en las reuniones de la familia materna en la casa de los tíos que vivían en Tepexpan, un viejo casco de hacienda del Estado de México, en donde también pasó casi todas sus vacaciones. Para ella, "Tepexpan era intensamente México. Era la libertad, el aire, la tierra. Era abrir tus cinco sentidos y conocer de cerca las vacas, las víboras, las tuzas, los caballos y las hormigas en sus hormigueros. Era poder salirte de la casa y alejarte hasta donde quisieras, y jugar a la comidita con tierra y hojas y bolitas de los pirules. Era poder mirar un horizonte inmenso a tu alrededor. Los cerros. La huerta y el pozo. Era la vida simple, sin dinero, sencilla, feliz: subirte a los árboles, correr, platicar Respirar".

Y sin querer aprendió sus dos naciones desde la mirada del otro. Empezó a amar a México a partir de los ojos castizos de su padre; descubrió las contradicciones de ser mexicano desde la perspectiva del español; y también reconoció la brusquedad española desde la sumisión mexicana, escuchó las canciones en una sala en esta ciudad que fue capaz de contener dos geografías imaginarias: México y España estaban tan cerca y tan lejos dentro de la ciudad y de su entendimiento

Cuando les tocaba convivir con la familia paterna, acudían a la casa donde vivían su abuelo, su abuela y sus dos tías. "El domingo que no íbamos a Tepexpan, íbamos a comer a Artes, con toda la familia de mi padre. Éramos mínimo veinte personas, entre hijos y nietos. Parecía fiesta. Era una gran profusión de gente, de gritos y de comida". Y por si fuera poco, Marcela hace en sus relatos una narración de las transformaciones de una ciudad que cambió junto con ella. Una ciudad que hoy es diferente a la de su infancia. Una evocación que habla de "Artes", por ejemplo, que es ahora la calle Antonio Caso, de la colonia San Rafael.

A los diez años se sentía rodeada por dos mundos, dos culturas y dos familias diferentes en sus costumbres, sus modos de hablar y sus comidas: "y yo en medio, yo hija, yo mezcla, encontrando en mi marcas de los dos lados, a veces cómo te pareces a tu padre pero a veces eras idéntica que tu madre, y yo eligiendo a veces ser más esto que aquello, etiquetando mis pedazos para reconocirme en la boca me parezco a mi mamá y en los ojos a mi papá". Y de mezcla heredada, Guijosa rechazó el exceso de

vello en su cuerpo que le adjudicaba a su lado español. El exceso de vello le provocó una nueva incertidumbre, una nueva dicotomía, luego de que su madre consultó a un médico sobre la causa de esto y le contestó que de seguro era un exceso de hormonas masculinas

No podía quedar excluida de su vivencia infantil cotidiana las contradicciones de dos culturas para entender el sexo. La visión pudorosa de la madre mexicana y la abierta de su padre español; que acentuaron algunas dudas, que sembraron teorías y que sobre todo fueron punto de partida para otros análisis que tiene que ver más con una postura feminista y con una aprehensión de la realidad y en la que se conjugan sus recuerdos.

El sexo, el sexo como el principio básico clasificador de los géneros y que les da estructura, lo que los marca a todos los niveles, desde los humanos como individuos hasta las organizaciones sociales. De allí las tan sobadas "naturaleza femenina" y "naturaleza masculina".

Desde ese entonces, se percató de que el cuerpo de las mujeres es uno de los ejes que define la feminidad. El eje que resuelve el dilema de cómo deben ser las mujeres en su relación social con los otros y su sujeción al poder. Esa dinámica social se plantea como inherente las características biológicas de las mujeres. Así que no debe haber conflicto en ello. *No sospechan de injusticia.*

También ella considera que como seres gregarios, buscamos la aceptación. Así que, ya sabiendo lo que se espera de él y ella, el vástago se esfuerza por cubrir las expectativas. El resultado es que mantiene un modelo social que le daña, en tanto se ignora su verdadero ser:

"A ratos me atacan las vergüenzas y las culpas. ¿Por qué no puedo ser una ama de casa completa, autosuficiente, organizada? ¿Por qué no eduque a los niños para que fueran más responsables y cooperadores en el quehacer doméstico? ¿Por qué no puedo ser como las mujeres gringas o tantísimas mexicanas admirables, que se van a trabajar a la calle y pueden con todo, como verdaderas mujeres? ¿Por qué yo no seré una verdadera mujer?".¹⁸

A ambos sexos les pasa esto, ambos ignoran su verdadero ser, pero unos desde el poder y otros desde la sumisión. Esta situación también ha permeado la vida de Marcela y desde chica ha tenido que saber distinguir entre ser mujer no sólo para los otros, sino para ella misma. Ha tenido que cargar con las situaciones comunes como la de los niños de azul y las niñas de rosa, el que chilla es vieja, las mujeres a la cocina, los hombres son la cabeza de la casa... Estas y otras condicionantes sociales provocan una noción de feminidad que lleva una fuerte carga de inferioridad e incapacidad para llevarse en sus propias manos. Esto las hace incapaces de ser libres. En este contexto, los hombres quedan como ese generoso ser que se apiada de ellas y las ayuda a transitar por la vida, como a una recién nacida, "liberándola" de las responsabilidades que no puede llevar por tratarse de un ser inferior e incompetente. Es muy extraña esta bondad, porque mutila la responsabilidad de las mujeres para consigo mismas, pero la carga de todas las responsabilidades posibles para con los

¹⁸ Marcela Gutiérrez, "Quiero Diario", en *La Jirafa*, No. 30, número 158, México: Difusión Cultural feminista A.C., febrero 1996, Pág. 22.

demás De hecho, todo hombre puede descargar en las mujeres su responsabilidad propia para consigo mismo en términos de vida cotidiana:

"Detrás de un gran hombre siempre hay una gran criada. Con razón los varones divorciados rápido se vuelven a casar. Nosotras podemos extrañar el amor, la plática, la presencia cálida a nuestro lado en la cama, la lana y el estatus que nos daba el fulano. ¿Pero ellos? Cuando se quedan sin esposa seguro se han de sentir espantosamente, doblemente abandonados. Además de lo anterior, se quedan sin casa, sin orden, sin sopita caliente y sin ropita planchada. Qué horror se han de sentir como yo Pobrecitos. Se han de sentir como que se quedan sin muchacha".¹⁹

Marcela sabe que sus lectoras llevan a cuestas, al igual que ella, un peso enorme bajo el nombre del amor. Ese amor que, en el sistema patriarcal, consagra la desigualdad, la obediencia, la exclusión, la dependencia, la posesión, la capacidad de mando y el dominio sobre la vida de los otros, trátase de hombres o mujeres, tras la máscara del afecto.

Su parte mexicana, en mayor porcentaje, y la española le demostraron que las mujeres deben, por amor, disponer su vida para los otros. Para la mujer el amor es renuncia y entrega: significa ser de los otros. Para los hombres, todo lo contrario: el amor es posesión y uso de los otros. Entendió viendo a su madre, escuchando las historias de familia que la vida de las mujeres está diseñada como destinada para los demás. Sea hija, esposa, madre, amante, prostituta, ciudadana, vive para el ámbito externo a ella, no para sí misma, y está controlada por ese ámbito, no ejerce poder sobre sí misma porque no lo tiene. Desde el Estado hasta el esposo, pasando por la iglesia, la escuela y los padres (madres incluidas) se le dice qué hacer, cómo hacerlo, cuándo, dónde, con quién. Se espera de ella que sea buena madre, desde niña cuidadosa de sus muñecas, de joven con sus bebés, hasta mayor, con sus hijos, nietos, sobrinos y, si se descuida, hasta amigos y vecinos. La buena mujer, la que no cuestiona con su hacer al medio, tiene la obligación de adoptar a todo mundo, de socorrerlo, solventarlo, animarlo, impulsarlo... Sobre todo a los hombres, pero también a las otras mujeres.

Al crear la sociedad a la mujer para los otros y al hombre para sí, los mutila. A ambos. Ella se vuelve incapaz de darse a sí misma, lo que la hace dependiente del otro, pues en él está el motivo de su existencia (incluso se llega a veces al suicidio como consecuencia del abandono o el desamor). No es autónoma ni se vale por sí misma. Él se vuelve también dependiente de ella, quien le resuelve la cotidianidad. Mientras el hombre anda conquistando mundos, planetas y montañas, descubriendo vacunas o inventando armas, la mujer resuelve la cotidianidad. Resulta tanto irónico como ridículo ver a un hombre, después de mostrarse apto para la sobrevivencia en el mundo, esperando a que la mujer "le de de comer". No sabe cómo resolverse en el mundo mero, tampoco es autónomo y también es dependiente.

Sin embargo, es más cómodo ser un sujeto a medias desde la posición de poder que un sujeto a medias desde la servidumbre. Es por ello que los cambios en las estructuras patriarcales tienen que comenzar por la desobediencia femenina.

Estas paradojas las ha vivido Marcela y las comparte con sus lectoras a las que les comenta, entre historia e historia, que hasta que la mujer rompe algunas determinaciones, según la visión de los otros, los hombres comienzan a tener que pensarse en otros términos. No necesariamente no machistas o patriarcales sino, tal vez, elaborar su control de una forma más sutil, que permita que la mujer ahora, además de resolver la cotidianidad en términos logísticos (cocinar, lavar la ropa, asear la casa, criar a la descendencia, cuidar a la ascendencia, fungir de maestra, enfermera, vigía, psicoanalista, etcétera), también le resuelva la vida económicamente. Cada vez es más generalizado el fenómeno de las mujeres que mantienen dobles o triples jornadas de trabajo, que incluyen cuidar a la pareja, como si se tratara de un hijo más.

Marcela descubre que no hay salida, que está condenada a vivir con todo lo que esto implica:

“Y así eres toda mitad y mitad, mitad cristiana y mitad pagana y mágica y llena de idolatrías. Mitad masculina y mitad femenina, mitad libre y activa y valerosa, conquistadora, aventurera, evangelizadora, pedagógica. Y la otra mitad de noche, de luna, de agua y de sumisión, oscura y receptiva, fecunda, dormida, cíclica. Y loca, y húmeda, y pasiva (.)”.

Guijosa asistió básicamente a escuelas privadas y de niñas, controladas o dirigidas por personas de origen español o por monjas. También estuvo en una donde acudían hijas de judíos. Disfrutó de las comodidades y el modo de vida de una típica familia de clase media.

“Vivíamos en el gran departamento de cuatro recámaras, en Bahía de Santa Bárbara. No había ni Circuito Interior ni esos enormes puentes. La calle de la esquina se llamaba Melchor Ocampo (...) metida en mi cuarto, devoraba *El Libro de Oro de los Niños*, todos los ‘comics’ —*La Pequeña Lulú*, los de Walt Disney, *Lorenzo y Pepita*— y todos los *Selecciones*. Después serían Julio Verne y *Mujercitas* y *Hombrecitos* y *Quo Vadis* y *Corazón Diario de un Niño* y luego todo lo demás, desde las de Corín Tellado hasta *La Odisea*”.

Al parecer, desde muy pequeña mostró facilidad para la lectura:

“Aunque dicen que cuando entré al kinder yo ya sabía leer. Mi mamá no sabe cómo aprendí. Dice que aprendí sola, como a los cinco años. Parece ser que ella me leía cuentos, yo los oía una y otra vez, y me los sabía de memoria y jugaba a que ‘leía’. Un buen día, en la calle, empecé a leer los letreros de diversos anuncios. Eso dice mi mamá”. En la preprimaria ya se sabía la tabla del siete y por ser la mejor alumna de la escuela fue elegida como abanderada.

El segundo año de primaria y toda la secundaria las cursó en el Instituto Lacordaire “Una escolita pobre a cargo de monjas dominicas, que estaba en una vieja casa de la colonia Escandón” y que estaba dirigida por una de sus tías. En tercero de primaria la cambiaron a la Escuela Inglesa The Helena Herlihy Hall, ahí es donde había niñas judías, pero si se impartían clases de catecismo por las tantes.

“En esa escuela no tuve placeres ni felicitades ni descansos. Pura soledad y puro miedo. Más que miedo, terror. Un estado de terror permanente a la autoridad que seguramente me marcó para siempre. Y me traté de proteger cumpliendo las mejores expectativas de padres y maestros, obedeciendo todo, siendo la más aplicada, primer lugar, puros diezes, calladita siempre, y hasta a techo.”

“Aquí no era como en el Lacordaire, que a fin de año te daban premios por todo: medalla de aprovechamiento, medalla de aplicación, medalla de excelencia, que cuál sería la diferencia, no sé, y además te daban la medalla de religión, de deportes, de asco, de civismo, de inglés, de puntualidad y de conducta, aparte de la posible Banda de Honor. En el Helen sólo daban tres medallas en cada salón, a los tres primeros lugares, todas igualitas: doradas, con un listón rojo, y decían ‘EXITO’. Daban tres para Español y tres para Inglés, y si te daban en Español ya no te podían dar en Inglés. Yo merecía, cada año, ambas. Y no me las dieron, obtuve cuatro cuando merecía ocho”

El nivel medio superior lo cursó en la Escuela Preparatoria número 4, de la UNAM. Al igual que la secundaria y la preparatoria, Guijosa ingresó a la universidad de manera azarosa:

“No conocía yo a ninguna mujer que hubiera ido a la universidad. En mi mundo cercano, todas las mujeres jóvenes y adultas o eran amas de casa o trabajaban de empleadas. Y claro que me gustaba más eso de irse a trabajar, como mis tías, como mi prima mayor. Las veía ponerse muy elegantes, pintarse, con sus tacones, sus collares, su perfume atrás de las orejas, su peinado con espray. Las veía apresurarse, agarrar su bolsa y salir corriendo a un mundo que me parecía maravilloso, ser secretaria, escribir a máquina, saber taquigrafía, tener jefe, qué padrísimo. En cambio el otro modelo no me atraía: estar en bata hasta quién sabe qué horas tendiendo camas y recogiendo ropa y disponiendo la comida en la rutina y en el aburrimiento”. Marcela concluye sus estudios en Filosofía y Letras en la Universidad Iberoamericana, una universidad a cargo de jesuitas. La religión en la que es iniciada es la misma que profesaba con gran fervor su madre y a la que seguía a regañadientes su padre, la católica.

“Como todos los domingos, mis padres discuten por lo de la misa. Mi mamá, que es obligación. Mi papá, que qué monserga (...) Si vamos a misa antes de cualquier plan, aparentemente vamos todos. Llegamos en el coche. Pero en realidad sólo oímos misa mis hermanos, mi mamá y yo, porque mi papá, a los cinco minutos de llegar, se sale a fumar un cigarro y se fuma muchos y jamás vuelve a entrar. Eso sí: en su breve visita se arrodilla, inclina la cabeza, se persigna y luego se ve muy contrito, con una mano despeinándose las cejas, los ojos cerrados, rezando. Han de ser puros padresnuestros. lo único que se sabe”

El comportamiento religioso de su padre le crea grandes angustias y a reflexionar un poco más sobre él:

“No, ateo no ha de haber sido, porque toda su vida nos dio la bendición a sus hijos al despedirse cada noche o cuando nos íbamos a la escuela o a cualquier parte. ‘Ven, que te persigno’. No era una persignada muy ortodoxa: en vez de hacer la cruz grande, que abarcara desde el anteo nuestro pecho y hombros, dibujaba la cruz en nuestra pura cara: el Padre quedaba en la frente, el Hijo en la barbilla y el Espíritu Santo dividido entre los dos cachetes. El amén en la boca, con nuestro beso tronado en su mano. Y al final, decía: ‘San Cayetano’” Y teníamos que contestar: ‘Caridad’”

Cuenta que su padre se convirtió en un devoto guadalupano, quizás motivado por su madre o por un milagro concedido

“Soy un milagro viviente de la Morenita del Tepeyac. Que no podían tener hijos, que a mi mamá le hicieron un montón de tratamientos y curaciones de caballo, dice, y que luego resulta que el que no podía era él. Que por las anginas (.) después de eso encargaron Y fui yo. Y como era promesa, pues así me pusieron. De chica no me gustaba: eso de Guadalupe se me hacía muy corriente. Se me hacía mucho mejor el puro Marcela. Mis hermanos me hacían enojar diciéndome: ‘Chela Lupe’. Muy republicano, muy antifranquista, hasta ‘rojo’ se decía. Pero nunca fuimos a la fiesta de Año Nuevo sin antes pasar a cualquier iglesia a ‘dar gracias’. Y no era mi mamá la que insistía. Era él”

Guijosa expresa que, con el tiempo, su madre se fue alejando de la iglesia:

“Seguramente el gran golpe, el final, fue cuando después del Concilio empezó la serie de reformas y novedades. Hazme el favor, la misa en español. Adiós al latín, que era tan precioso, que se sentía tan sagrado. El credo ya no es como antes. Ni siquiera el Padrenuestro. En vez de ‘el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy’, ahora se tenía que decir ‘danos hoy nuestro pan de cada día’. Y como fueron a quitar el ‘venga a nos tu reino’ o ‘vénganos tu reino’, como se decía, y como fueron a poner ofensas en lugar de deudas, que es mucho más bonito. Si a mí no me gusta el cambio, mucho menos a ella que llevaba cuarenta y pico de años de saberse sus viejas oraciones y su vieja misa. Lo peor fue cuando su hermano, que era jesuita, se salió de padre”.

La moral de la madre de Guijosa se va modificando debido a que le tocó vivir desplantes de sacerdotes que le negaban la absolución, luego de que ella confesaba haberse hecho un lavado vaginal porque no quería embarazarse. Por lo tanto, le toca vivir:

“Estos tiempos en que las muchachas se iban a vivir con su chavo y tomaban pastillas anticonceptivas y donde ya no importaba si comías carne los días de vigilia porque hasta donde don Miguel Darío Miranda, Arzobispo Primado de México, había dado permiso, y donde para comulgar era igual si desayunabas o no y donde hasta podías pagar la misa del domingo yendo el sábado y hasta la absolución colectiva sin importar si te confesabas o no, pues ya qué le quedaba. Si todo en lo que creía, ahora resultaba que siempre no”.

El criterio de la madre de la escritora se amplía también porque le toca lidiar con hijos cuya juventud está en plena florescencia en 1968 y, refiriéndose a ella con:

“Una hija mayor tan independiente y tan retobada, que jamás de los jamases amó el quehacer ni aspiró a ser ama de casa. Puro leer, puro librito, pura guttaria, puro cafecito en la calle, pura bohemia y filosofía y política y puro hacer lo que se les da la gana”

Marcela estudió Filosofía y Letras en la UNAM, pero afirma

“Estoy descubriendo que la filosofía *abstracta* no es mi vocación. Mis verdaderas inclinaciones de hoy son otras. E escribir, sí, pero no del puro mundo de las ideas, sino del de las pasiones. Mis pasiones concretas y las de los demás. O sea, el chisme. Claro que todavía tengo una perversión profesional de querer entender las cosas, de buscar lo verdadero y lo bello, de querer generalizar y cuestionar y relacionar todo con todo: mi vida con la historia y la sociedad y con las teorías de los psicólogos, pero queriendo enseñar y educar y corregir a los demás. El último redacto

de mi vocación filosófica a punto de desaparecer es una preocupación ética; sigo pensando en un mundo más justo, no acabo de renunciar a las utopías.

"Pero mi más entrañable vocación, además de escribir y de ser paciente del psicoanálisis, es la aventura de la amistad. Yo siento, cada vez más, que para eso nací, y que es lo único que realmente me importa. Es mi fin último en la vida. Platicar. Tomar cafés o copas con mis cuates y cuatas. Cantar o bailar o convivir con. Apapachar. Ha de ser que en el fondo sigo siendo muy cristiana: amar a tu prójimo. Y decirse lo, y pensar en ello, y vivir en ese gozo de estar juntos, y solazarme recordando amores grandes y chicos, y buscándolos y enredándome, y añorando y persiguiendo a mis viejas querencias, y procurando reuniones y fiestas y chorchas con mis gentes, porque sí, por amor de Dios, por favor"²⁰

Guijosa dice que, en contra de lo que piensan los críticos literarios, ella es muy cursi y muy azotada, porque le gusta escribir de ese mundo cotidiano y próximo, de ese *mundito* de los sentimientos.

Marcela se define a sí misma como feminista, solitaria, ama de casa, clasemediera:

"Frente a mujeres que sí son especialistas en ciencias sociales, en antropología, en periodismo y en política; frente a verdaderas y aguerridas militantes, a mi no me queda sino asumir mi papel de individua feminista francotiradora, más o menos solitaria, especialista en todo y en nada, humildemente sólo ama de casa, clasemediera ilustrada, profesora durante muchos años y últimamente, bendito sea Dios, medio escritora"²¹

Para Marcela, su situación económica ha sido siempre una preocupación y cuando cumple 39 años dice que se siente huérfana ya que no tiene los recursos que le permitirían vivir con las cosas que necesita tanto para ella como para sus hijos:

"Y si ya sé que no, no quiero ni debo depender de un príncipe. ¿Y entonces? Poner un negocio de qué. Tanto querer ser filósofa y escritora y oh sí profesora universitaria y tanta cultura y todo. Tanto negar que me interese ser rica y tanto hablar de los valores superiores y que el dinero no es lo principal.

"Bueno, millonaria no, pero tantito más rica sí, de que te sobre un poco de lana cada quincena, de que los niños tengan ropa decente y tal vez videocasetera y que yo tuviera para aumentarle el sueldo a Esperanza y para comprarle llantas nuevas al vocho y una guitarra nueva a Tomás y las tejas que le faltan al techo y comprarme los libros que quisiera o discos o brandy español y poder ir al super a gusto, deveras comprar lo que se te antoje de comer, siquiera algún día camarones pero ya nunca, o probar el verdadero cognac qué esperanzas, o una bolsa nueva y no la misma tan preciosa de hace cuatro años que se está cayendo de vieja y no me resigno a comprar una de plástico y no me resigno a dejar de tomar un café en la calle tan caro que sale

²⁰ Marcela Guijosa "Querido Diario" en *Loj*, Año 17, número 77, México: Difusión Cultural feminista A.C., diciembre 1988, p. 74.

²¹ Marcela Guijosa "Querido Diario" en *Loj*, Año 20, número 107, México: Difusión Cultural feminista A.C., Noviembre 1996, p. 63.

como dice mi suegra ni puedo dejar de comprar los periódicos o a dejar de comprar qué el queso o la carne, no me atrevo”²²

Luego de detallar las cosas, los viajes, los beneficios de una mejor situación económica, la columnista expone las contradicciones entre su elección de vida y su sentimiento de orfandad:

“Y no te quejes, es pecado, la gente madura y feminista no dice estas cosas, mejor deberías organizarte, cómo es posible que no te alcance, puras quejas y quejas, mejor consíguete otro trabajo y limita tus gastos y no esperes milagros. Y no seas melodramática”²³

La autora reflexiona en torno a la tolerancia, precepto universal instituido y promovido por organizaciones internacionales como la ONU con el fin de garantizar la buena convivencia de todas las personas que conformamos este mundo y evitar las exclusiones por motivos de sexo (género), raza, creencias, clase social, cultura, entre otras diferencias. Sin embargo, cuestiona la realidad de su aplicación empezando por ella misma, sus hijos y las personas más cercanas a ella:

“A mí cuesta muchísimo trabajo. Soy de lo más intolerante. Odio a los que no piensan como yo. Me enciendo fácilmente, por ejemplo, como te podrás imaginar, con opiniones patriarcales y machistas. Con esos chistes tan “simpáticos” que a veces cuentan en alguna reunión. Con las personas que dicen “los nacos” o se insultan diciéndose “no seas indio”. Con la gente que se refiere a sus trabajadoras domésticas como “las gatas”.

“Odio, *mea culpa*; sí lo confieso a los pendejos en general. A la gente que habla y piensa con puros lugares comunes como de Raúl Velasco y la gente bonita que piensa padre y es muy positiva y vale chorros y sonríe como del canal de las estrellas.

“Odio la ignorancia, la incultura, la vulgaridad. Odio a los ateos –no a ustedes, ateos respetables, honestos, pensantes, que se atreven a ser ateos con responsabilidad– sino a los que son ateos a lo pendejo, a éstos que como no conocen a Dios donde quiera se andan hincando, y hoy creen en su carta astral y mañana en las reencarnaciones y al rato en los cuarzos y ángeles y energías cósmicas y numerologías vanias.

“La lista de mis odios podría ser infinita. Hay tantísimas cosas que me molestan... Por eso, medio en broma, medio en serio, siempre digo que a mí no me gusta la democracia y que prefiero el totalitarismo. Qué cosa tan espantosa es oír y aceptar todas las opiniones ajenas. Es más fácil, mucho más fácil, en la casa, por ejemplo, imponer tu modo de pensar. *Se callan y hacen lo que yo digo*. Cuando uno es la mamá, qué tremendo es eso de criar hijos libres y luego tener que aguantar sus críticas y sus oposiciones. Qué ganas de ser como rey absolutista”²⁴

²² Marcela Gujosá, “Querido Diario” en *Tem*, Año 12, número 70, México, Difusión Cultural feminista A.C., octubre 1988, p. 26.

idem.

²³ Marcela Gujosá, “Querido Diario” en *Tem*, Año 20, número 60, México, Difusión Cultural feminista A.C., julio 1996, p. 6.

Para ella queda mucho por hacer, pero su trabajo en Fem le ha cambiado la vida

"Ni Fem ni las feministas hemos cambiado al mundo todavía. Ni siquiera hemos podido cambiar a nuestro país. Pero muchas mujeres y algunos hombres hemos cambiado, y nos acercamos al nuevo modo de ser, cada vez más humano y libre. Yo soy un ejemplo. Y como yo, deben de andar por ahí otras muchas, con testimonios y experiencias semejantes. Y yo soy yo y mis circunstancias, y he tenido muchos alumnos y alumnas, y tengo una hija y dos hijos y muchas sobrinas y sobrinos, y tengo a mis amigas y mis amigos. Yo y todos ellos hemos sido tocados y contagiados de diferentes maneras por Fem. Y quién sabe a cuántos de ellos y ellas también les ha cambiado la vida".²⁵

Finalmente Marcela parece subrayar su identidad como mexicana, dice que España se le fue convirtiendo en temas de alta cultura, en ganas de viajar, en mito reconocido en parientes lejanos que vivían en Madrid. España fue otro país europeo y los españoles, extranjeros:

"A veces bastante insoportables, y empecé a reconocermé más en las voces queditas y en la cortesía rebuscada que en los gritos y las brusquedades y me fui quedando más bien con lo mexicano como modo natural de vivir".

Marcela fue fanática de las artesanías, de la música folclórica auténtica:

"No creas que la de los mariachis, porque eso era una deformación, y renegué en ese paréntesis hasta de Agustín Lara, y me pasaba mis fines de semana metida en el museo de Antropología descubriendo las maravillas de mi glorioso pasado, gozando pieza por pieza, comentando el arte prehispánico con mis amigas y alternando estas visitas con nuestras idas a los conciertos de la Sinfónica y al Museo de Arte moderno, descubriendo al mismo tiempo a Picasso y a Matisse que a Diego y a Frida y a Orozco y a Tamayo.

"Y luego, me acabé encontrando con el que sería mi marido. Blanco y barbado, por supuesto, aunque mexicanísimo –tataranieto de gallegos y dizque descendiente directo del Virrey Conde de Revillagigedo– y cultísimo, artista, revolucionario, además hijo de folcloristas mexicanos ilustres".

Con el tiempo Marcela se divorció. Años después, su ex marido murió.

"Para decirlo de alguna manera, y es terrible, ahora resulta que tuve la suerte de ser viuda. Recuperé toda la historia, todo el amor. Porque cuando te divorcias no recuperas nada. Por muchos años te quedas vacía. Es horrible. La sociedad no te ayuda. En el divorcio te quedas sola, rota, dolorida. Pero de otra manera que en la viudez. Llena de reñores y de culpas. Oscura, confusa, llena de preguntas que no puedes contestar. Con posibilidades de ver a tu ex pero con ambivalencia de que no lo quieres ver y sí lo quieres ver. Con vergüenza, con odio, con la autoestima por los suelos. Con el horror de tener que aceptar que el amor se acabó. Y cuando eres viuda, como te ayuda la gente. Te está permitido llorar en público, muchísimo, y la gente te consuela, te acompaña, llora contigo. Hasta el luto se puede mostrar abiertamente en tu ropa negra. Todos te admitan, te compadecen, te vienen a visitar.

“Porque el divorcio parecería ser un final más final que la muerte. Esa es la paradoja. cuando te quedas viuda, se te muere el marido, pero es como si la relación se salvara, con toda su dignidad. Es como si quedara el amor vivo. Y frente al golpe de la muerte, frente a la ausencia tan absoluta para siempre, frente a tu gran desolación, ése es tu único consuelo.”²⁶

De su matrimonio nacieron dos hijos y una hija. Sobre ellos también ha escrito. Algunas veces para cuestionar su maternidad y aceptar la difícil tarea del maternazgo:

“En mi casa se respira un ambiente insoportable, tensión, aburrimiento. Las comidas consisten en una madre cansada que acaba de llegar a trabajar y de manejar durante una hora a vuelta de rueda por el periférico. Ella come y tres niños sistemáticamente no quieren comer; no les gusta por supuesto la cebolla, ni la crema de zanahoria ni de ninguna verdura, ni la coliflor ni el hígado ni las espinacas ni nada más que las salchichas y los corn flakes. Y la comida es como una obra de teatro siempre con el mismo texto: Tomás, come. Mateo, come. Dejen de pelear. Deja en paz a Mariana. Deja el transformer. Mamá dile a Tomás que deje mis estampas. Mamá, Mateo ya le hecho sal a mi agua. Mamá, ya tiré el agua.

“Momento éste loco, confuso y difícil para las mujeres. Si yo era mujer, quién me puso a mí el gusto en la cabeza por la libertad, los libros o por la vida en la calle. ¿Soy feliz de ser madre o me arrepiento? ¿Cómo no presentí, que es difícil tenerlos en pareja, es más difícil siendo sola?

“Será cosa de largarme todo el día, todos los días. Conseguir buenísimas ganas, trabajar como loca, comer diario en la calle porque no me daría tiempo de venir hasta acá, y ser encantadora con mis hijos en las noches y los sábados, en los que les compraría helados y juguetes.

“Y tal vez poner un departamento de soltera para poder leer y dormir y coger. Y venir aquí sólo de visita...

“Porque yo ya no soy yo. Ni mi casa es ya mi casa”.²⁷

A la vez, también revaloró la maternidad. Así, en una carta escrita a su hija cuando ésta cumplió 15 años, Gujosa permite atisbar una madre cariñosa pero consciente de la gran responsabilidad del rol elegido:

“Después del ultrasonido sé que eres una mujercita. Y he aprendido y tú también, algo más, después de nueve meses de convivir en la misma temperatura y en el mismo ritmo de nuestras sangres, después de vivir amontonadas, ocupando incómodamente el mismo espacio, carne con carne, tú y yo.

“Viviremos tú y yo, grandes momentos. Seremos esenciales la una para la otra, porque nos tocó encarnar esta extraña relación que nos marcará el cuerpo y el alma. Viviremos millones de instantes de felicidad pura, rotundos y fugaces.

“Y viviremos eternamente encadenadas por más esfuerzos y rebeldías y luchas que meces tú o que mece yo, y algunos días ni siquiera nos daremos cuenta, pero será

²⁶ Marcela Gujosa, “Querido Diario”, en *Leve*, Año 1, número 109, México: Difusión Cultural feminista A.C., agosto 2000, p. 11.

²⁷ Marcela Gujosa, “Querido Diario”, en *Leve*, Año 1, número 83, México: Difusión Cultural feminista A.C., abril 1988, p. 2.

inevitable la repetición y el espejo siempre amenazante que seremos la una para la otra, y la presencia misteriosa en nuestros sueños, y el tema recurrente en nuestras pláticas, y la preocupación siempre y la duda, y el amor, el amor enorme absoluto que aún en contra de nuestra conciencia nos poscerá a las dos hasta nuestra muerte y que acabará de inaugurarse hoy, hija de mi corazón, dentro de un rato, cuando yo acabe de parirte y tú acabes de nacerme”²⁸

De igual manera, la creadora de “Querido Diario” hace énfasis en otras facetas de su personalidad. Hace referencia a sus temores y a sus deseos. Confiesa sus miedos y comparte sus triunfos. Se presenta como maestra y como filósofa. Incluso narra sus peripecias como ama de casa:

“Entras a la cocina. Te da horror el paisaje catastrófico que contemplas. Y eso que sólo son los efectos de la cena y del desayuno. Abres puertas y ventanas porque te huele a encerrado. Aunque haga frío, es necesario que se vaya ese olor tibio, como de leche y de cama, como de pláticas y sudores nocturnos, como de cigarros y de presencias de ayer. Que entre el aire frío con olor a patio barrido y regado. Que se ventile la casa. Que entre el sol nuevo y el espíritu de la mañana.

“Hoy sí tienes tiempo de tender las camas. Guardas toneladas de ropa en el closet y en el canasto de la ropa sucia. Decides cambiar las sábanas, que huelen a carne humana. Después las llevarás a la lavandería”.²⁹

La personalidad de Marcela Gujosa es la de una mujer rebelde, en búsqueda siempre de la libertad. De ahí su identificación con el feminismo, el cual ha definido las distintas etapas de su vida y por lo mismo hace referencia constante al significado e importancia de este movimiento social. Ella misma recuerda el origen de su encuentro con el feminismo.

“Y es que no está fácil definir tu feminismo en 1987, sobre todo cuando no eres militante de ningún partido ni de ningún grupo radical. Cómo explicar esta postura cuando estás poseída por una mezcla de escepticismo, de individualismo, de pragmatismo egoísta. Y bueno, ni modo. Hay que recurrir a la historia. Mi feminismo siempre ha sido más o menos individualista. Fui y sigo siendo autodidacta a leer las obras de otras mujeres y aprender de ella. Pero no hay escuelas ni universidades donde enseñen feminismo. Después, con mis amigas, sí hemos leído juntas, hemos discutido, hemos aprendido entre todas”.³⁰

Desde su propia experiencia define el término y explica la importancia de considerarse públicamente una feminista e incluso los prejuicios que existen en torno al tema:

“El feminismo es un heroísmo, si te lo tomas en serio. La gente, los cuates, los galanes, tu familia, tus compañeros de trabajo te empiezan a ver feo. Como si estuvieras loca. Claro que yo, aparte de lo feminista, estoy loca de por sí. Porque ya no te quedas callada cuando no estás de acuerdo. Porque te les enfrentas a los

²⁸ Marcela Gujosa, “Querido Diario” en *León*, Año 15, número 99, México: Difusión Cultural feminista A.C., marzo 1991, p. 18.

²⁹ Marcela Gujosa, “Querido Diario” en *León*, Año 16, número 113, México: Difusión Cultural feminista A.C., junio 1992, p. 17.

³⁰ *Ibid.*

patriarcas sin tanto miedo, o te burlas de ellos en sus narices. Porque ya no te tragas el ritual de flores-perfumes-restorán-elegantísimos mi reina qué quieres, porque ya sabes que *reina por un día, acostón de por medio, se convierte en humillada, despreciada, esclava para muchos años*

"Como que siendo feminista cambias de papel en el teatro de la vida. 'Ya no puedes' recitar el texto de antes. *si mi vida, si mi amor, gracias por elegirme, sí, lo que tú digas, papá. Ya no puedes chantajear con tu debilidad (porque ya sabes que no eres débil). Ya no te sale tan fácil el tartamudeo de alguna pendeja frente a los señores maestros. Y todo eso implica un cierto aislamiento. ¿Te sales de la norma, te niegas a ser feminista, es decir, dulce, estúpida, abnegada, criada, obediente, devaluada, falsa? Ya te fregaste. Te quedas sola. Ese es el precio*".³¹

Pese a la complejidad y algunas contradicciones que asume Marcela, reconoce a este movimiento como el único camino liberador de las mujeres y que para ella ha sido revelador:

"Quién sabe qué signifique hoy para mí ser feminista.. No dejarme. Por ejemplo, ser selectiva. Amar en abstracto a todas las mujeres, ser solidaria con ellas por principio, tratar de entender el por qué de nuestras broncas y sufrimientos. Pero no soy incondicional en concreto a *todas las mujeres*. Y aunque suene como división y saboteo al movimiento feminista no tengo por qué juntarme con algunas feministas que son horribles, locas, prepotentes, violentas. Busco a las mejores, que las hay, como busco a los mejores varones, *que también los hay*. Hecho mis rollos en la prepa. Trabajo con mis alumnos para que vean las cosas de otro modo. Trata de educar a mis hijos con otros valores que no sean competir para ver quién es el que gana, el más chingón. Trata de ser independiente. Trato de no hacerme pendeja. Trato de vivir en paz. Trato de encontrar y conservar relaciones humanas que sean dignas".³²

C. Trayectoria

De las ambivalencias (española y mexicana, femenina y masculina), de las situaciones indefinidas (provenir de un padre que muestra ciertas resistencias hacia la religión y ser de la clase media pero no muy elevada), de los cambios radicales (el alejamiento paulatino de su madre de la iglesia y pertenecer a la generación del 68), surge lo que hoy es Marcela Guijosa, una escritora feminista de la clase media, cuyas vicisitudes no concluyen luego de que se casa, se divorcia y se queda a cargo de sus tres hijos (*una mujer y dos hombres*)

Mediante su principal herramienta, la escritura, Guijosa continúa construyendo y reconstruyendo su vida, su ser: su identidad o identidades, las que teje en historias que comparte con la lectora asidua de la revista *Fem*, en su columna "Querido Diario" o bien en textos como *Flor de muertos Memoria de un mestizaje*

³¹ Marcela Guijosa "Querido Diario" en *Fem*, Año 11, número 60, México, Difusión Cultural Iberoamericana, diciembre 1987, p. 22.

³² *Ibid.*,

Guyosa crea su columna en 1987 por invitación de Bertha Hirriart, entonces directora de la publicación

“Yo leía *Fem* desde que surgió y me gustaba muchísimo y yo soñaba algún día poder escribir algo ahí, pero lo veía muy lejano. Y luego las cosas sucedieron. Berta Hirriart tomó la dirección de la revista y un día platicando en un café, le enseñé unas cosas de las que había escrito en uno de mis cuadernos y le gustó muchísimo. También empezamos platicando de ciertas críticas que yo le quería hacer a la revista en cierta época y me puse a criticar ciertas cosas y Bertha me dijo ‘todo eso que estás diciendo escríbelo. En realidad el primer artículo de *Fem* (“Mis complejos por ser de la clase media) fue una crítica a *Fem* que yo hice en 1986 cuando todavía estaba la dirección antigua”.³³

Desde su punto de vista, *Fem* tenía abandonadas a las mujeres de la clase media.

“El personal presente en la revista eran investigadoras, doctoras, académicas de muy alto nivel y luchadoras políticas de muy alto nivel. Y luego, el otro personal que aparecía en la revista eran las indígenas, costureras, obreras, las trabajadoras domésticas y yo le decía a Bertha ‘¿y dónde estamos gente como yo, como mis tías, como mis amigas; la gente clasemediera que ni es académica, brillantísima universitaria, ni es trabajadora doméstica. Yo me sentía ofendida por ciertos tratamientos en la revista. Todo eso le gustaba a Bertha, ‘dilo tal cual –me dijo–, escríbete algo’. Y como lo que le enseñe en aquella ocasión fue mi cuaderno que era propiamente mi querido diario. . El primero el que platicamos Bertha y yo, para arrancar la columna fue uno que yo le decía ‘La isla de los niños’, donde me quejo de estar entre puros niños, jugando con una novela de Milán Kundera, ya no me acuerdo cuál, donde había un capítulo que se llamaba ‘En la isla de los niños’, que era una pobre mujer que caía en una isla donde los únicos habitantes eran niños, pero eran unos malvados que la torturaban, no la dejaban en paz; entonces, yo jugaba con ese capítulo, a este artículo le decía ‘La isla de los niños’”.³⁴

En fin, es en esa clase social tan heterogénea donde surge ese tipo de mujeres liberadas que hasta hace no mucho comenzaron a autodenominarse feministas y que tomaron distintas trincheras para el logro de sus objetivos. Marcela Guyosa es una de ellas, cuya principal trinchera es la escritura:

“La incertidumbre, la contradicción, la lucha eterna, la mujer eterna, la negación. Marcela, esa que dice “Historia, memoria mestiza. Castiza. Ceniza. Pesquisa.

“Memoria con color de confesión, autobiografía entretrejida con las otras memorias platicadas y las otras vidas vividas, con las otras negaciones y los otros olvidos y los otros espejos.

“Hipótesis y sospechas. Deducciones y búsquedas.

“Memoria revuelta con inventos inventados, Correcciones voluntarias e involuntarias de los hechos y los mitos, deformación caprichosa, ficción inconsciente

³³ Entrevista con Marcela Guyosa, Ciudad de México, noviembre 2000.

³⁴ Ib. p. 11.

que ya no se acuerda pero bien que le compone a los sentimientos, a las palabras, a las figuras, a los tiempos.

"Mis palabras mestizas Lenguaje híbrido, idioma ecléctico y sincretista. Crónica y fábula, sobre discurso bipolar o ambivalente, andrógino y paralelo. Género ambiguo, polimorfo, polisémico, verborreico, reiterativo, eterno y circular..."³⁵

De esta manera Marcela Gujosa escribe en el capítulo 23 "Memoria mestiza" del libro *Altar de muertos* y ella misma define lo que sería su camino, su escritura, que además de ser "un vicio es algo milagroso, apapachador para el corazón, eso lo he comprobado gracias a los diarios".

Constantemente ha asegurado que los "queridos diarios" la han hecho feliz y que no deja de sorprenderla el éxito obtenido en la revista.

"Yo creo que las lectoras se identifican mucho con mis anécdotas, las conectan con sus propias vidas y por eso los buscan. Sin embargo, no dejo de sorprenderme".³⁶

En la sección "Correspondencia" de la revista *Fem* constantemente aparecen cartas para felicitarla y para agradecer sus colaboraciones. Esta es una de ellas:

"Marcela no oculta sus verdaderos sentimientos ni pensamientos en aras de quedar bien con las lectoras de *Fem*, ni con las diferentes corrientes ideológicas: marxistas, feministas, conservadoras, fanáticos religiosos, ateos. Tampoco le interesa quedar bien con las autoridades o con el poder.

"Dice lo que tiene que decir y lo dice de tal modo que, sin menospreciar el talento de las demás colaboradoras de *Fem*, muchas de las lectoras buscamos, antes que nada, el Querido Diario. Lo buscamos porque podemos identificarnos con muchos de los problemas que se plantean, porque es ágil, ameno y tiene sentido del humor. No conozco a su autora, pero de lejos admiro y respeto y me siento hermanada con ella a través de *Fem*.

"Atentamente: Magdalena del Río"³⁷

Sin embargo, también se han recibido cartas que la critican porque no están de acuerdo con sus opiniones y manera de ver la vida.

"Varias veces he comenzado una nota con mis opiniones a su revista y sobretudo con comentarios a Marcela Gujosa a quien quisiera hacerle notar lo poco fundamentadas que están muchas de sus aseveraciones, cuando éstas van más allá de sus expresiones y sentimientos estrictamente profesionales. Esta muy limitada en sus opiniones siendo palpable el negativismo, en forma de envidia, que refleja en su actitud hacia los demás. Sus generalizaciones son excesivas y erróneas. Por lo demás, no cabe la menor duda de que es una mujer inteligente, su palabra influye, es evidente: pero en mi opinión debería medir con mayor responsabilidad, el alcance de sus comentarios.

"Lo anterior es consecuencia de haber leído un gran número de sus "Querido Diario" En fin, yo podría seguir argumentando, aunque lo mejor y correcto sería, por supuesto, dirigirme a ella directamente, cosa que espeto hacer

³⁵ Marcela Gujosa, *Altar de muertos. Memoria del mestizaje*. México: Duetto, 1994.

En revista con Marcela Gujosa, México, D.F., noviembre 2000.

³⁶ Anónimo enviado a Marcela Gujosa, *Querido Diario*, México: Duetto, Editorial Crea, 1993, p. 2.

“Laura Elena Morales”³⁸

Pese a tal observación, el mayor número de misivas que recibe la publicación son para felicitarla. Incluso durante un tiempo que no escribió, las lectoras exigían su regreso porque “Querido Diario” les ofrecía una visión de mundo compartida y las motivaba cuando coincidían en anécdotas o vivencias.

La misma Gujosa ha valorado su espacio. A su juicio un diario es como un confidente, una especie de amiga íntima, una persona ideal que oye, comprende y quizá hasta juzga. Considera que es una costumbre femenina y al mismo tiempo ofrece la oportunidad del placer de escribir. Aunque también aceptaba sus desventajas:

“Este diario mío va a ser un poco falso, un poco tramposo. Porque lo escribo para ser leído (espero). Y entonces no voy a poder decir todo lo que suelo escribir en mi cuaderno personal; no voy a poder despoticar a gusto, con pelos y señales; de mi mamá (o tal vez sí, porque al fin que mi mamá jamás lee *Fem*), o de mi ex marido, porque va a aparecer con mi verdadero nombre. Bueno; ni modo. Será disfrazado lo que no se pueda decir tal cual, para no herir a nadie”.³⁹

Pese a los obstáculos que podían impedirle plasmar todas sus observaciones personales, para Gujosa el espacio que encontró en *Fem* significó la posibilidad de tener, según sus propias palabras: un cuaderno amado, un receptor ideal de sus tintas, a un entrañable depositario de sus redactadas entretelas, el espejo de sus encabronamientos, el micrófono de sus feminismos y el paño mecanografiado de sus lágrimas.

En uno de sus textos señala que gracias a “Querido Diario” el oficio de escribir es una realidad y la parte más importante de su vida:

“Has sido el chayotito parido cada mes me ha ido haciendo, lenta pero inexorablemente, escritora. Tú has sido el culpable de que yo empezara a publicar, y me diste por primera vez esa vanidosa alegría de ver mis frases en letra de imprenta, y mi nombre hasta arriba. Me has hecho escribir a huevo porque eres un compromiso. De pasatiempo y de desahogo te volviste responsabilidad. Pero qué bonita responsabilidad, un poco juego, un poco descanso. Todas fueran como tú. Porque eres puente, porque me has abierto en doble sentido, de entrada y de salida. Porque me has dado fuerzas para intentar otras aventuras, porque me respaldas en cada nueva cosa que quiero escribir”.⁴⁰

Cuando la columna cumplió cinco años de existencia, la autora no oculta su orgullo y el significado que tiene para ella ese espacio periodístico.

“Hoy llenas sesenta artículos publicados; alrededor de ciento ochenta cuartillas. ¡Tan chiquito que eras, tan guardadito que estabas! Hoy te celebro y te felicito, porque logramos salir del anonimato. Porque del silencio hoy eres testimonio. Porque hemos llegado a ser tú y yo, algo que se oye, aunque sea quedito.

³⁸ *Fem*, Año 17, número 120, México: Difusión Cultural Feminista A.C., febrero 1993, p. 2.

³⁹ Marcela Gujosa, “Querido Diario”, en *Fem*, Año 11, número 50, México: Difusión Cultural Feminista A.C., febrero 1987, p. 38.

⁴⁰ Marcela Gujosa, “Querido Diario”, en *Fem*, Año 16, número 109, México: Difusión Cultural Feminista A.C., mayo 1992, p. 30.

Porque de ser mi voz te has convertido en muchas voces, porque eres espejo, porque me has hecho ser muchas mujeres.

"Fíjate nomás. Me sacaste de mi casa, me obligaste a ver para afuera, me enseñaste a ser solidaria, me cambiaste el discurso. Y me has dado puro cariño y pura fuerza y pura seguridad durante cinco años"⁴¹

De igual manera. Guijosa siempre se ha expresado con admiración y orgullo de la revista que le abrió sus páginas y en donde ha escrito durante más de una década:

"Y como *Fem* no nació chiquita ni débil ni indefensa. Nació hablando fuerte. Era bella, era lúcida. Nació brava e inteligente. Fem nació mujer con historia. Con hijos. Con amores. Con sexualidad. También con soledad, con frustraciones, con abortos. Con trabajos agotadores. Con indignación, Fem apareció con voz, con nuestra voz más profunda, desde el primer número.

"Y *Fem* era yo y era lo que yo quería llegar a ser. *Fem*, espacio entrañable que me ha ido construyendo como feminista, como escritora, como mujer"⁴²

Sumado a su oficio de escritora, Guijosa ha impartido clases en la UNAM, en el Politécnico y en la Universidad Iberoamericana. Da cursos de autoestima e imparte talleres de creación literaria. Ha realizado una investigación sobre la historia de los títeres en México, auspiciado por el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. En 1992 obtuvo el segundo lugar de poesía en el concurso de la Fundación Panamericana de lucha contra el SIDA.

*"El sida es un pleonasma,
es la lluvia sobre lo mojado
con el sida se nos pega
lo más humano de lo humano.
Se nos agudiza lo mortal
Nos contagiamos de nosotros mismos
nos enfermamos de nuestra propia definición"*⁴³

⁴¹ Idem

⁴² Marcela Guijosa. "Querido Diario" en *Fem*, Año 15, número 108, México: Difusión Cultural Feminista A.C., septiembre 1991, p. 16

⁴³ Marcela Guijosa. "Querido Diario" en *Fem*, Año 11, número 59, México: Difusión Cultural Feminista A.C., noviembre 1987, p. 31

*3. Análisis del contenido de la columna
de Marcela Guijosa*

A. El diario de Marcela

El título de la columna, "Querido Diario", proviene de uno de los cómics que Marcela Guijosa leía en la infancia:

"Yo se lo copié a la Pequeña Lulú. La Pequeña Lulú era un cómic extraordinario, y aparecía una página –todo era de monitos como cómic normal– en la que aparecía un textito completo donde ella ponía 'Querido diario' Yo creo que de ahí lo saqué, sin darme mucha cuenta tampoco".⁴⁴

Guijosa explica que hace la columna a manera de diario porque es el género que más le gusta y porque ha sido menospreciado dentro de la literatura:

"Yo creo que en parte porque lo escriben muchas mujeres. Es como género menor, como un librito sentimental... ha sido el refugio de adolescentes y después de muchas mujeres en la historia que no tienen con quien platicar, que no tienen manera de salir de su mundito doméstico. Yo quise jugar con eso adrede, como irónicamente. Aunque suene cursi, o que suene de la Pequeña Lulú y muy femenino y muy sentimental, sí, y muy cotidiano. Acuérdate que hablábamos mucho en los viejos tiempos de que 'lo personal es político' Yo sentía que a *Fem* ese es el pedazo que le hacía falta, de alguna manera. Claro que después yo sentía una enorme responsabilidad".⁴⁵

La escritura para Guijosa ha sido una necesidad, un medio de desahogo, de curación; como oficio:

"... me ha dado muchas satisfacciones. Yo creo que me ha vuelto más fuerte mi identidad. Me ha dado mucha seguridad en mí misma, como cualquier quehacer que te salga bien. Como cualquier trabajo que te salga bien".⁴⁶

B. Los temas del "Querido Diario"

Para la clasificación de los temas y su agrupación en categorías me basé en el texto de Klaus Krippendorff *Metodología de análisis de contenido*.

"El análisis se ocupa de los procesos más convencionales de identificación y representación de las pautas más notables, estadísticamente significativas o que por algún otro motivo dan cuenta de los resultados del análisis de contenido o los describen".⁴⁷

Entrevista a Marcela Guijosa, Ciudad de México, noviembre 2000.

Idem.

Idem.

Klaus Krippendorff, *Metodología de análisis de contenido*, editorial Paidós-Comunicación, 39 fotos pp., 1996.

De esta manera y luego de estudiar detenidamente la totalidad de las columnas de Guijosa de 1987 a 1997, resultaron ocho categorías generales que engloban 121 unidades de datos. En este sentido, tomé en consideración

“Es decisivo que el analista utilice todo el conocimiento del que dispone sobre el sistema que le interesa para interpretar un solo conjunto de datos no estructurados o simbólicos, no se apoya en otros métodos para dar validez a sus resultados ni puede considerar simultáneamente diferentes conjuntos de datos en relación con los cuales podría obtener conocimientos adicionales”.⁴⁸

Así, las columnas mismas me dieron la pauta para su clasificación, trabajo arduo y minucioso ya que las columnas son temáticamente complejas al contener en ellas más de un rubro definido y la autora no acostumbra titularlas. Por ello, opté por englobarlas según el tema predominante y la clasificación final quedó compuesta de la siguiente manera: a) Feminismo, b) Clase media, c) Vida literaria, d) Vida cotidiana, e) Ciclo de vida, f) La madre y el padre, g) Relación madre- hijos, h) Política.

Cabe señalar que los rubros quedaron jerarquizados según la cantidad de columnas contenidas en ellos, de mayor a menor. La categoría “Feminismo” quedó inicialmente no sólo por ser la que más columnas contiene, sino por traer en sí el punto de vista general con que enfoca todos los demás temas. De este modo, “Feminismo” se encuentra de alguna manera en la mayoría de las columnas y tratarlo como primera categoría ayuda a la comprensión de todas las demás.

FEMINISMO (44 columnas)	Número de ejemplares
Búsqueda de pareja	53
Pareja crónica	54
Quisier sola, comer sola	56
Mujeres que aman demasiado	58
Sida, un poema	59
Feminismo	60
Verdaderos valores	62
Virginidad	66
Feminismo y hombres	69
Orfandad	70
Valoración del trabajo doméstico	71
Relación de pareja	73
Mujeres solas	74
Cuerpo	76
Autoestima	79
Anular el discurso de la mujer	81
Contradicciones	82
Machismo	85
Sobre el yo	90

3 Análisis del contenido de la columna de Marcela Guajosa

Estreno de obra de teatro	94
Curso de autoestima a secretarias	97
Embarazo de mujeres en edad madura	101
Concurso Miss Universo	103
Mitos sobre la mujer y el amor	104
Ser mujer, aniversario 15 de <i>Fem</i>	105
Colocación del DIU, sin aviso	106
Relación hombre-mujer	107
Las mujeres al poder	108
Ex relación amorosa	111
Sentimientos de culpabilidad	114
Fabrir la vida que queremos	115
Uso de groserías por mujeres	120
Un sueño sobre "el amor de su vida"	124
Viaje a Acapulco	128
Mujeres que buscan pareja	129
Concierto de Madonna	131
El dolor de tener conciencia	133
Triunfo de la selección mexicana de fútbol	138
Mujeres que buscan pareja	139
Hostigamiento de un automovilista	147
Ventajas de ser hombre	150
Medios y sexismo	158
El desorden	164
Amor	172

CLASE MEDIA (27 columnas)	Número de ejemplares
Complejos por ser de la clase media	49
Vacaciones	61
No tengo tiempo	64
En un embotellamiento	67
Tratamiento de belleza	68
Amistad	72
Consumismo	75
Viaje e infancia	77
La ciudad de México	78
Compra de coche	80
Corrupción, incompetencia	95
Balace de su vida	109
Labores de la casa	112
En un piano bai	113
Adquisición de computadora	116
Viaje, vuelta a la familia	123
Estaciones de radio, cantantes	136
Tecnología desechable	140

Pero en nuestra sociedad, tan actual como antigua (actual con toda la carga post-moderna, y antigua con toda la carga conservadora, posesiva, celosa), no hay lugar para estas actitudes vitales. En realidad ya no es porque "se vea mal" (aunque no se vería nada bien), sino porque ya todo está tan pervertido que la izquierda es de centro, el artista es burócrata, el alternativo es una desilusión ambulante. Antes, el carácter del artista era permitirse tantas licencias como fuera posible. Vivir al margen. Condenarse y volverse maldito por su libertad. Ahora el artista es un ser asalariado, que persigue la tortilla y vende su obra a quien se atraviese en su camino. Anda buscando compradores y remata su creatividad "por lo que sea su voluntad". Ahora no es un maldito moral, sino existencial. Es plano. Soso. Se escandaliza más fácil. Desde esa realidad ya no es intrínsecamente propositivo.

El mundo actual vuelve vulgar lo que toca. Al decir de Gujosa:

"Qué lástima. ¿no? Almas tan extraordinarias, metidas en este pinche mundo tan común y corriente. Dentro de la normalidad, qué dolor."⁵⁵

El reto está, con todo esto, en seguir sintiendo y alcanzar a decir algo, aún en este mundo. La autora vislumbra como su puerta para ello al feminismo. Desde el feminismo se salva de esa merca, porque desde allí no sólo puede cuestionar lo existente, sino que logra, aún, incomodar a las "buenas tradiciones". Es lo más parecido, desde el punto de vista creativo y existencial, que la autora encuentra a ese ideal romántico de artista maldito:

"El chiste es decir algo desde este vulgar *aquí* que nos tocó vivir, con todo y esa '*intima tristeza reaccionaria*'"⁵⁶

Para Gujosa, una de las principales formas de rescatarse de esa inercia, mediante el feminismo, es la autoestima y la relación que las mujeres tienen con su propio cuerpo. Por eso al tema del amor y los amantes es importante en su discurso feminista, cómo la mujer se relaciona con el hombre, es cómo se relaciona consigo misma. Qué tanto se deje usar por el otro implica, de manera inversamente proporcional, qué tanto se quiere a sí misma.

El cuerpo es un importante centro del discurso feminista porque esa postura ideológica tiene que enfrentar y desarticular el otro discurso, el que dice que las mujeres sólo valen por su cuerpo, el cuerpo sólo es valioso si es atractivo, es atractivo sólo en la medida en que se apega a un estereotipo que incluye juventud veinteañera, medidas lo suficientemente maternas para que cualquier hombre quiera ese regazo (no olvidemos que nunca resuelven el Edipo, o casi nunca), pero que sean nulíparas, por aquello de satisfacer la necesidad del hombre de transitar "territorios explorados".

Dentro de las virtudes femeninas no está lo que se preserva con el tiempo, es decir, la sabiduría, el desarrollo intelectual y emocional, las habilidades creativas. Esto significa que las mujeres sólo sirven para una cosa y por corto tiempo. Después de eso, comiera con suerte la que consiga amantes, sobre todo si no se decidió por el modelo familiar del que hablé más arriba. Y si se decidió por ese modelo, tampoco será valorada como persona, como reproductora de individuos y valores.

Todo esto se encuentra en función del hombre y su machismo. Pero, ¿y la mujer? ¿Qué siente, piensa, desea de sí misma?

Por eso es necesario, para Guijosa, cultivar la autoestima y el verdadero cuidado del propio cuerpo.

Se enseña a la mujer (y esto lo retomará la autora cuando hable de la clase media, porque para ella esta forma de relacionarse con la realidad es fundamentalmente clasemediera) a seguir a toda costa la cacería de la belleza según los estereotipos. Como parte de la femineidad se tiene a los cosméticos, maquillajes y demás afteites. Grande es la sorpresa cuando se descubre que, para que una mujer se vea bella, no necesita nada de esto, sino quererse a sí misma:

“Yo creía que si estaba vigilante, muy cuidadora de mi aspecto, y si me hacía tratamientos y cosas me vería más guapa. Y parece que no. Parece que la guapura te sale de adentro; tiene que ver con una libertad especial y no con lo que te echas o te dejes de echar.”⁵⁷

Esa libertad especial a la que alude Guijosa no es otra cosa más que la combinación del tenerse en alta autoestima y sentirse con la libertad de sentirlo, lo cual es consecuencia de lo primero. Es cuando la mujer por fin se ama a sí misma, ya no sufre por encajar o no en las opiniones externas, sino ante sí misma. La autenticidad y el amor propio son los verdaderos productores de belleza:

“Este mi descubrimiento (otra vez el hilo negro), me tiene encantada (...) Y es que yo creo que se me está acabando de romper ese maldito estereotipo, ese como decreto platónico que yo tenía marcado en el alma: ‘tu cuerpo es torpe. Tu cuerpo es feo. Tu cuerpo es estorboso’. Sucio. Malo. Inútil. Pesado. Enemigo.”⁵⁸

Por eso el cuerpo es importante para el feminismo: mientras más acepte y ame la mujer a su propio cuerpo, más será ella misma. Más auténtica. Más libre. Más feliz.

Y por eso es necesario el cultivo de la autoestima:

“La autoestima, que casi todos y todas tenemos tan baja, tan poquita. (...) Porque no es otra cosa que saberte importante, valiosa, capaz. Ocupando un lugar en el mundo. Digna de tomarte en cuenta. (...) Autoestima es lo contrario de esa autodevaluación sistemática que aprendimos y practicamos tanto nosotras las mujeres.”⁵⁹

La autora deja muy claro que cuando se refiere a ‘autoestima’ no se está refiriendo al narcisismo, la egolatría, la soberbia y la vanidad; sino a dejar atrás esa influencia cultural que nos hace sentirnos feas, incapaces, estúpidas, que no valemos nada ni podemos nada.

Sobre las mujeres que viven para los otros, Marcela Guijosa señala en una reseña del libro *Las mujeres que aman demasiado*, de Robin Norwood:

“Pero la autora analiza esta conducta desde su punto de vista de psicóloga, de terapeuta, y afirma que es una enfermedad, exactamente como el alcoholismo o como

⁵⁷ Marcela Guijosa, “Querido Diario”, en *Tem*, Año 13, número 76, México: Difusión Cultural Feminista A.C., abril 1989, p. 24.

⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁹ Marcela Guijosa, “Querido Diario”, en *Tem*, Año 13, número 79, México: Difusión Cultural Feminista A.C., julio 1989, p. 22.

la drogadicción. Ciertas mujeres —casi todas— son adictas a los hombres, pero sobre todo a hombres que no las aman y que son a su vez, enfermos, alcohólicos, drogadictos, adictos al trabajo, al deporte, o a la televisión, indiferentes, lejanos, irresponsables, misóginos. Y se da un fenómeno sorprendente: estas mujeres eligen precisamente a esta clase de hombres, con la intención consciente y clara de salvarlos, de ayudarlos. De tal manera que se convierten en una especie de “madres” o de “terapeutas” de sus amados. Si encuentran un hombre “normal”, afectuoso, solidario, responsable, sin demasiadas broncas, les parece que es aburrido y jamás se enamoran de él. Parece ser que el chiste es encontrar a uno muy necesitado de ayuda, y a base de “amor” y de sacrificios, logra que cambie, gracias a nosotras”.⁶⁰

Gujosa explica que la causa de que haya mujeres que actúen de esa manera se debe a que hay una autodevaluación muy grande y no tienen elementos para discernir entre lo beneficioso y lo dañino. Opina que vivimos en una “cultura disfuncional”, llena de mensajes contradictorios sobre lo que está bien y está mal. Se les enseña a las mujeres que deben ser una especie de madres de todo el mundo: controladoras, servidoras y salvadoras, pero no aprenden a ver para sí mismas, están ocupadas en los otros:

“Creo que el libro, aunque muy gringo en su tono, tiene pistas muy importantes. Aunque al final propone una serie de pasos o recetas para salir de la dichosa enfermedad, que suenan un poco románticas o cursis, como “ser egoístas”, regalarte algo a ti misma todos los días, verte al espejo y decirte sí, sí, Marcela, te quiero mucho, eres padrisima, etcétera, me parece muy respetable el consejo de, sobre todo, formar un grupo de apoyo con mujeres que tengan tus mismos síntomas y que funciona como los grupos de AA. Y que te olvides un poco de querer ayudar y salvar a tu hombre, y a tus hijos. Que te dediques a ayudarte y a salvarte a ti misma, y lo demás vendrá por añadidura”.⁶¹

Marcela disfruta de los momentos en que puede liberarse de la opresión de los quehaceres y de la maternidad, aunque lo vive también con culpa.

A partir de que se queda sola en casa por un día, ya que sus hijos salen a comer con su padre, Gujosa expresa que las mujeres no están acostumbradas a guisar sola y comer solas, no preparan comida para ellas mismas, porque no se quieren a ellas mismas lo suficiente. Dice que las mujeres se complacen en complacer a otros/as, por ello les gusta cocinar para los hijos/as, para el marido y para las visitas o invitados a comer, pero cuando están solas sienten que no vale la pena tanto trabajo:

“Cuando se tienen niños, una se siente en la obligación de hacerles de comer y de comer con ellos. Sobre todo, para que ellos coman. Entonces tiene sentido ir al súper, cocinar, trabajar.

“Los días que tengo visitas, qué felicidad guisar, guisar bien cosas deliciosas. Cuando estoy en casa de mis amigas o de mis hermanas, que placer cocinar entre todas, todas *chefs* y todas galopinas, decidir qué haremos, poner la mesa, comer. Lavar los trastes entre perversos chismes, tollos profunsimos y bromas. Qué placer

Marcela Gujosa, “Querido Diario”, en *Leve*, Año II, número 58, México: Difusión Cultural Femenil A.C., octubre 1987, p. 160.

burlamos de que lenta es ésta para lavar o mira Marcela cómo les está sacando filo a las cucharas o ahí les dejo ese sartén porque yo ni madres que lo lavo y el consenso final, sí, dejémoslo remojando”.⁶²

Marcela hace una reflexión de la vida de las mujeres solas, que no tienen una madre que las cuide, que las alimente, que les guise, que les insista en que tienen que comer bien y agradece que entre semana está su trabajadora doméstica que, en parte, cumple ese papel.

Finalmente, se siente complacida por ese día.

“Y bueno, quedarse en pijama todo el domingo, leer, escribir, oír a Nabuco a todo volumen y comer puros mangos, no está tan mal. Se me hace que hoy fui, para mí misma, una buena madre, aliviada y consentidora”.⁶³

b) Clase media

Marcela Gujosa se define desde su primera colaboración en *Fem* como clasemediera y dice que este sector no tiene cabida en esta revista ya que no es bien aceptado por académicas, que rechazan, según ella a la clase alta y a la media, con algunas excepciones, como Elena Pomiatowska:

“Una de las cosas que yo más admiro de Elenita Pomiatowska es esa valentía que tiene para asumirse, en algunos de sus cuentos, como una mujer 'burguesa'. No es Jesusa Palancares; es esa de la casita de Sololoy, con sus niños peleándose mientras ven el chavo del ocho, la que le da de cepillazos a su hijita del pelo enredado. O aquella que confiesa la vergüenza que le dio frente a las mujeres madres de los desaparecidos porque iba a ir de compras al Palacio

“Pero esto es raro, se da en la literatura con honrosas excepciones como en Ángeles Mastretta, Silvia Molina o Fátima Fernández. Pero ¿en los escritos feministas?”

“La mujer de clase media es un ser abominable. Como en León Bloy, a mí denme una santa o una prostituta: la mujer 'clasemediera' no tiene salvación. En los discursos de las grandes feministas mexicanas, las que sí saben, las que tienen la verdad, yo he sentido a veces un desprecio, un rechazo, una casi discriminación de clase”

Afirma Gujosa que en ciertos ambientes ser clasemediero supone tener la ideología más abyecta, los gustos más chafas, la moral más hipócrita y la más absoluta carencia de una *conciencia política*.

Asevera que ella se ha sentido culpable de no ser indígena o costurera, de tener coche y de tener trabajadora doméstica. Agrega que aunque ella tuvo la oportunidad de ir a la universidad, lo clasemediero se le nota en su insegura forma de hablar, en la ropa y en los modos.

“Yo sé lo que es ser esclava de la moda y de los cosméticos y he vivido el terrible drama del ¿que me pongo? Y aun no estoy tan liberada como para ir a trabajar

⁶² Marcela Gujosa, “Quedado Diario”, en *Fem*, Año 15, número 26, México: División Cultural Feminista A.C., agosto 1987, p. 57.

⁶³ *Ibid.*

sin pintarme o sin rasurarme los sobacos. Yo he tenido —y sigo teniendo broncas de pareja, y me divorcié, con muchísimas lágrimas y muchas depresiones. Y tengo traumas sexuales clasemedieros, no puedo coger con cualquiera. Y no me alcanza el dinero ni el tiempo para ir al super, y a veces sueño con un príncipe azul que me venga a salvar. Y veo la televisión y veo algunas telenovelas (confieso). Como mi mamá y mis tías que están siempre deprimidas. Como mis amigas que son secretarias, que se gastan todo lo que ganan en vestidos chingones para ir a trabajar 'bien presentadas'. Y que se pasan la mitad de la jornada de trabajo *serviéndoles* cafecitos a sus jefes. Y que sueñan con ser esposas de sus jefes”.

Marcela reclama a las feministas el porqué no se interesan por los problemas de las clasemedieras y hace un llamado para abrir espacios destinados a esas mujeres, como en el caso de *Fem*.

Guijosa revela sus intereses, su posición de clase media, en asuntos, por ejemplo, de la trabajadora doméstica y en las dificultades para regularizar los documentos de su auto nuevo.

“Pero es un asunto de clase. Unas mujeres que escribimos, que trabajamos en cosas muy interesantes, que podemos tener una vida humana y un nuevo modo de ser, y otras que nos cargan a pulso. Que nos hacen el trabajo tedioso y pesado. Qué insoportable es descubrir que para que pueda existir el trabajo artístico o intelectual de alguien hay otro alguien que le lava los calzones y el excusado”.⁶⁴

Marcela Guijosa denuncia la corrupción y la incompetencia, que, afirma, es común en México.

“Aquí me tienes, haciendo corajes. Ultimamente me ha tocado *demasiado* seguido tener que lidiar con cada pinche gente... con puras personas corruptas e incompetentes en todos lados. Y me encabrón y me asusto: es como plaga en México. Estamos rodeados de ellos”.⁶⁵

Explica las dificultades para que le compongan la línea telefónica, para regularizar los documentos de un auto nuevo, desde su posición de clase media ella expresa:

“... Y es que todos estos trámites me dan mucho miedo. Por dentro pensaba pinche vieja cabrona, pero si me enoja o le digo algo siento que a lo mejor *nunca* voy a tener placas o que tal vez me da unas placas que están mal o me hace adrede mal mi tarjeta de circulación o me fichan o algo... Me siento encabronada pero desprotegida porque *ellos* son la autoridad, y estamos en sus manos, y sé que en todos lados los burócratas son iguales y está cabrón que me fuera yo a quejar con quién, con el propio regente o con el Presidente de la república o qué”.

“Qué bueno que hay la Comisión de Defensa de los Derechos Humanos. Ojalá y primero atienda los casos más urgentes, contra la tortura o la violación o las muertes por desnutrición. Pero también deberíamos de exigir que nos defendiera de estos pequeños gobernantes, los burócratas que están por todos lados... que tal para

⁶⁴ Marcela Guijosa, “Querido Diario”, en *Fem*, Año 20, número 155, México: Difusión Cultural Feminista A.C., febrero 1996, p. 33.

⁶⁵ Marcela Guijosa, “Querido Diario”, en *Fem*, Año 11, número 95, México: Difusión Cultural Feminista A.C., noviembre 1990, p. 1.

recibirse en la UNAM, qué tal ahora necesita entregar tres copias en rectoría y dos en su facultad y una en el URI y no. ésta no era, regrese usted por el original pero ahorita ya vamos a cerrar— y parece como si hubiera una plaga de sadismo chico y grande en México, y como defendernos de la violencia de un imbécil inepto macho o de una pobre pendeja que se siente dueña de la UNAM o de la SEP o del gobierno de México. Cómo pedir y exigir un trato decente, eficaz, humano”.⁶⁶

Gujosa hace una reflexión sobre la violencia cotidiana, a la que, dice, estamos muy acostumbrados, sobre todo los pobres y las mujeres, por lo que hace un llamado para reconsiderar “en todos lados y a todas horas el principal derecho humano, el básico, que es que debemos ser considerados a la altura de nuestra dignidad”.⁶⁷

c) Vida literaria

En 1994 Marcela Gujosa ganó el premio Demac por su libro autobiográfico *Altar de Muertos*. Para ella este reconocimiento reconfirma su valía como escritora y la anima a seguir escribiendo, a continuar su nueva novela, a preparar sus talleres. Entre sus planes menciona escribir sobre las mujeres, la agresividad y la violencia. Aunque ella se siente animada con este premio y quiere seguir trabajando para ser una buena escritora, también da cuenta de una de las muchas inseguridades presentes en gran parte de las mujeres: el éxito. A pesar de su capacidad intelectual, la autora confiesa su temor al éxito, al protagonismo:

“Otros ratos me he deprimido francamente. Estoy muerta del miedo. Miedo a la crítica, miedo al balcón, miedo al éxito. Fíjate, eso de ganar no es muy cómodo. Eso de que te vaya bien no es algo deseable: no estás acostumbrada

“Sobresalir. Tener éxito ¿No es un poco traicionar a los demás? Es más bonito ser anónima, perdedora, sufriente. Qué de solidaridades se generan en el sufrimiento. Qué de cariños, de apapachos y simpatías cuando estás mal, cuando estás pobre o damnificada, cuando no progresas, cuando te quejas. Porque eso de estar bien puede ser muy agresivo”⁶⁸

Con lo anterior se puede observar que Gujosa es una mujer escritora insegura y ambivalente; es creyente católica; le atribuye milagros a la Virgen de Guadalupe. No se atreve a sentirse completamente feliz dado el contexto en político y económico en que se encuentra el país donde vive (México) la guerrilla en Chiapas, el asesinato del candidato presidencial Luis Donald Colosio y la crisis económica.

Gujosa es aficionada a la lectura de novelas policíacas. Entre sus autores favoritos se encuentran Sir Arthur Conan Doyle, Agatha Christie, Raymond Chandler, Rex Stout y George Simenon:

“Y cada vez que lo vuelvo a leer lo admiro más. Simenon es un extraordinario escritor. Las atmósferas, los personajes, los diálogos, son perfectos. Y Margret se me ha vuelto un personaje entrañable. Le pongo esta de Yves Montand, viejo. Creo que lo

⁶⁶ Idem

⁶⁷ Idem

⁶⁸ Marcela Gujosa, “Querido Dicho”, en *Tem*, Año 18, número 135, México, División Cultural, February / April, mayo 1994, p. 1.

que más me gusta es leer una novela tras otra, con el mismo personaje central. Lo conoces perfectamente, sabes sus hábitos, sus defectos, sus vergüenzas.

Y es que también se parece a mí. Es moralista, romántico pero escéptico, goloso, querendón y apapachador, cumplidor de su deber. Le encanta el chisme, los detalles concretos de la vida de la gente".⁶⁹

Para Marcela, los detectives, protagonistas de sus lecturas policiacas, son como "sus novios" porque comparte con ellos sus noches, sus horas libres y sus ratos de soledad.

La escritora valora mucho su labor como coordinadora de talleres literarios:

"El taller literario, mi taller, qué maravilla. Es como un sueño dorado hecho realidad. Como esas tertulias de artistas que uno leía en las viejas novelas, como esos salones donde se juntaban los intelectuales, como esos atencos de provincia. Yo nunca me hubiera atrevido a hacer una "velada literaria". Qué cursi. Pero que tal si se llama 'taller'.⁷⁰

Ella dice que su vocación favorita es el chisme, entendido como conocer las historias, los sucesos humanos, las vidas y sobre todo, los decires, los modos de hablar, las palabras.

Apunta que no es su interés ser académica:

"Pero que diferencia ahora que mi mente no pretende *entender* ni *resolver* problemas difícilísimos del ser y de la esencia de las cosas, ahora que estoy dedicada a la literatura. Hoy se trata simplemente de asombrarme del ser y la esencia de las cosas, de contemplarlas y de conmovirme con ellas y de decirlas".⁷¹

Sobre los talleres de creación literaria concluye.

"El taller me recuerda a la terapia de grupo o al club feminista. Poder tener un grupo de gente querida que se reúne regularmente es un verdadero tesoro. Y sobre todo cuando hay un quehacer común, una búsqueda, una pasión en la que todos participamos.

"No sé si la escritura de mis amigos ha mejorado en mi taller. Lo que sí sé que ha mejorado es mi casa, mis viernes, mi vida, mi corazón".⁷²

La escritora narra entusiasmada su incursión al taller de ensayo impartido por Guillermo Samperio, que le hace reflexionar sobre su trabajo en "Querido Diario":

"Tú mi querido diario, muy seguido te me sales de tus propios límites, y más que simplemente narrar y describir lo que me pasa te me conviertes en presa de ideas, en interpretación de las cosas, en docta opinión a favor o en contra de algo. Lugar y camino de reflexión, porque qué le voy a hacer, si sigo siendo medio filósofa en el fondo y aquí aventuro hipótesis, ensayo y desarrollo conjeturas, me pongo a veces poética o didáctica y entonces me resultas con esa "hibridez" de la que habla el maestro Samperio y te me vuelves ensayo. Ensayo literario. Ahora ya sé que, toda

⁶⁹ Marcela Gujosá, "Querido Diario", en *J. n.*, Año 18, número 112, México, Difusión Cultural Feminista A.C., diciembre 1991, p. 22.

⁷⁰ Marcela Gujosá, "Querido Diario", en *J. n.*, Año 19, número 115, México, Difusión Cultural Feminista A.C., enero 1995, p. 18.

⁷¹ *Ibidem*, p. 18.

⁷² *Ibidem*.

proporción guardada, eres ensayo *montaigniano* más que ensayo *baconiano*. Bendito seas Dios. Más cerca de lo que hicieron Julio Torri y Salvador Novo y Chesterton y Borges que de los rollos de Kant y de Hegel”⁷³

Marcela afirma que le gusta el ensayo porque une dos partes en ella: la del orden, el sistema, la exactitud, las ideas claras y distintas, el porqué de las cosas, el ser de los entes, la ciencia y su rigor con la del poeta, la intuición, la fantasía, el misterio, la creación artística:

“Y entonces, como no voy a estar encantada con el dichoso ensayo literario, que viene a ser un discurso donde se puede dar la unificación, o más bien, el encuentro entre todas esas dualidades. Es un género que simboliza mi utopía: un mundo donde los seres humanos estén menos fragmentados, un mundo donde lo racional y lo afectivo estén equilibrados, y el cuerpo y el alma, y lo abstracto y lo concreto, sin sujetos que se apropien y dominen a los objetos: un mundo mixto, de hombres y mujeres, de inteligencia y de naturaleza en diálogo y en convivencia”.⁷⁴

Explica Guijosa que en el ensayo se encuentran lo literario y lo filosófico y al ser la expresión de un individuo o individuoa, es un espacio de la tolerancia, de la apertura a las diferencias, de la celebración de la igualdad de las dignidades humanas:

“Y eso sin contar que no tiene que ser serio ni solemne. aquí, sin despreciar la inteligencia, se permite el juego y el humor.

“Es decir que, continuando con mi enésimo descubrimiento del hilo negro, porque ya sabemos desde hace veinte años que 'lo personal es político', encuentro que practicar el ensayo literario puede ser ni más ni menos que una práctica de la democracia, de la subversión, del mejor y más entrañable feminismo. O sea, querido, que vamos a tener que aplicarnos para seguir ensayando”.⁷⁵

Después de hacer una reseña del libro de Rosa Nissan, *Hiso que te nazca*, que narra la vida de una mujer que se libera, que resulta triunfadora “la mariposa se liberó de la telaraña, se echó a volar, y la novela acabó bien”⁷⁶, Marcela asevera que muchas mujeres no son tan afortunadas como la protagonista de esta novela:

“Cuántas mujeres conozco que se quedan en la telaraña (¿Nos quedamos?). No son tan afortunadas como Oshinica. Se quedan en matrimonios grises y opresivos, se quedan obedeciendo a sus tiranos hijos -que casi siempre las desprecian-, se quedan devaluadas y pequeñas para siempre, pensando que no pueden, que no hay remedio. Y nunca dan el brinco, nunca se dicen la verdad”⁷⁷.

Marcela cree que las mujeres deben de escribir su historia:

“Cómo me gustaría que muchísimas mujeres mexicanas escribieran sus verdaderas historias. No cuentos fantásticos ni novelas ubicadas en el siglo pasado.

⁷³ Marcela Guijosa, “Querido Diario”, en *Fem*, Año 30, número 150, México, Difusión Cultural Feminista A.C., marzo 1996, pp. 15-16.

⁷⁴ Idem.

⁷⁵ Idem.

⁷⁶ Marcela Guijosa, “Querido Diario”, en *Fem*, Año 30, número 150, México, Difusión Cultural Feminista A.C., marzo 1996, pp. 15-16.

⁷⁷ Idem.

sino la neta de sus vidas. Seguramente hay muchas heroicas y ejemplares, aunque tengan episodios y colores diferentes. Cómo me encantaría leerlas”.⁷⁸

La escritura, según ella, te obliga a reconocerte, a no mentirte:

“Porque el asunto es reconocerte y reconstruirte y reescribirte todos los días. No haces guaje. Elegir lo mejor que puedas, aunque existan riesgos, dolores y soledades. Dejar de esconderte en la cobardía y en la mala conciencia. Decirte la verdad. Y sola o acompañada, seguir en chunga, eso sí, porque no hay de otra.

“Todo esto, hoy, para mí y para Rosa y para muchas otras mujeres, es ir entretejiendo letra por letra, un buen desenlace. Queremos que nuestras novelas y nuestras vidas acaben bien”.⁷⁹

En ese mismo tono, de aclaración de una misma, Guijosa explica porque se escribe un diario

“La esencia del diario es que no se escribe para ser publicado, ni para que lo lea nadie, se escribe para uno(a) mismo(a). Se escribe para recordar, para llevar un registro ‘histórico’ de lo cotidiano. Se escribe para aclararse lo que le pasa a uno mismo, para entenderse. A mí mi diario me sirve mucho para eso, para entenderme. (Sobre todo cuando estaba en el psicoanálisis, mi cuaderno era continuación de la terapia): Nunca logré aclararme del todo, pero el diario ayudó en algo.

“El diario también ha funcionado como confidente. Es una especie de amigo íntimo al cual le contamos cosas que a nadie le podríamos decir, y hasta nos dirigimos a él de tú, como si fuera una persona. Una persona ideal que nos oye, nos comprende, y, lo mejor, no nos contesta, no nos regaña, no nos juzga. Tal vez por eso el diario ha sido una costumbre muy femenina y por eso también tantos adolescentes tienen un diario. Muchísimas mujeres necesitan expresar sus sentimientos y lo hacen en un cuaderno por no tener con quién hablar ciertas cosas y por temor a la crítica. ‘Expresar los sentimientos’ es algo casi prohibido en nuestra cultura, es algo como lo contrario de pensar, es algo poco importante, cursi y aburrido. Y es algo que nos interesa mucho a las mujeres, algo de lo que nos gusta hablar. Muchas veces no podemos, y escribimos un diario. Y este diario, entonces es aburrido, repetitivo, sentimental, como plática de mujeres. No es literatura”.⁸⁰

Marcela señala porque prefirió este estilo de diario para su columna en *Fem*.

“Pero quiero conservar aquí la forma de un diario, por aquello del tono coloquial, femenino, cotidiano, sentimental, y por aquello de la libertad de estilo, y por aquello de que ‘lo personal es político’, o sea, lo más importante. ¿No crees, querido diario?”⁸¹

Idem

Idem

⁷⁸ Marcela Guijosa, “Querido Diario”, en *Fem*, Año II, número 50, México: Edición Cultural, Ediciones SA, febrero 1981, pp. 38-39.

Idem

d) Vida cotidiana

Para Marcela todos los detalles de su vida diaria son importantes y merecen un espacio dentro de su columna. Frecuentemente toca temas que tal vez para otros no tengan importancia, pero que en ella son recurrentes, tales como su despedida de la preparatoria donde trabajaba, los cambios de clima, su relación laboral con sus superiores, sus depresiones, sus hartazgos, sus deseos, sus ofrendas del Día de Muertos, una carta-cadena que recibió y que reenvió, sus trayectos en el auto cuando va a dejar a sus hijos a la escuela, la compra de un auto nuevo, los documentos de Hacienda que debe poner en orden, la comida navideña de *Fem*, la hospitalización de su ex marido y la fiestas decembrinas, entre otros.

Sobre su despedida al trabajo como maestra de preparatoria dice

“Se me abren otros caminos, sorpresivamente. Cosas nuevas que hacer, otro mundo. Y, sobre todo, más dinero, que bastante falta me hace. Me voy contenta, llena de esperanza, pero con cuánto dolor. Diez años padrísimos de mi vida: de mis treinta y mis cuarenta. Tan fecundos, tan difíciles a ratos, tan velozmente idos. Bueno, idos, pero ganados. Qué de cosas me llevo de aquí”.⁸²

Guijosa también escribe de su cotidiana desde el desempleo, luego que la corrieron de su trabajo:

“Estoy de desempleada. Corrida. Sin trabajo. Se acabó mi puesto de gerente y mi floreciente prosperidad. Mis levantadas tan temprano, mis disfraces, y sobre todo, mi colitis nerviosa y mis almorranas.

“Aquí me tienes, desde hace un mes, en una especie de limbo gris, que algunos días se ilumina con la conciencia del descanso y de la libertad, pero que otros es francamente el mismísimo infierno.

“Qué de cosas mezcladas. Esa sensación permanente de encierro, diez horas diarias. Ese no tener tiempo para *nada más*. Tus hijos, tan lejos. Robarle ratitos a la oficina para medio escribir. Pensar todo el día en lo mismo. Estar siempre exhausta. Y el ambiente ya sabes. Otro mundo”.⁸³

Marcela califica como una cárcel el estar obligada a trabajar por un “sueldito”, y tener que obedecer, silenciarte, cargando un cansancio eterno. De toda esta experiencia aprendió varias cosas y espera no volver a emplearse en esas condiciones:

“Lo que sí veo es que, a través de este embarazo, de este golpe a mi vanidad, he aprendido de nuevo que no soy perfecta ni absolutamente autosuficiente ni la más chingona del mundo. Que necesito apoyo y apapacho y compañía y recargarme en alguien”.⁸⁴

En algunas ocasiones Marcela, fatigada de luchar, desea que nada cambie

“Tanto rollo teórico que doy en mis cursos, tanto que lo hablo con mis amigas y no lo puedo asumir. Tanto hablar del cambio y yo francamente ahorita estoy con

⁸² Marcela Guijosa. “Querido Diario” en *Fem*, Año 13, número 83, México: Difusión Cultural Feminista A.C., noviembre 1989, p. 32.

⁸³ Marcela Guijosa. “Querido Diario” en *Fem*, Año 14, número 92, México: Difusión Cultural Feminista A.C., agosto 1990, p. 29-30.

ganas de quedarme quieta tantito. De dormirme en este viernes y despertar el domingo.

"Que no llegaran los recibos de la luz y del predial y del teléfono y de la tenencia. Que no llegara el gas ni la quincena. Que el sedán no gastara gasolina y que el aceite y la afinada le duraran para siempre. Que el refrigerador estuviera todo el tiempo lleno y que si hubiera leche y jamón y que no tuviera que ir al super".⁸⁵

En noviembre, Gujosa siempre cumple con el ritual del Día de Muertos, pero a partir de esta tradición ella elabora nuevas reflexiones, como la de los muertos que aún están con vida.

"Esta vez mi altar no es un adorno folclórico ni puro pretexto para hacer fiesta, borrachera, escándalo. Hoy la ofrenda es simplemente la presencia rotunda de mis muertos.

"Y pienso en todos aquellos ausentes, que están lejos, y están vivos. Todavía no se mueren. Viven en sus casas. Y cuando los veo de todos modos están lejos de mí, sin podernos unir ni comunicar, separados por unas extrañas barreras de malos entendidos, de cada quien su vida, de somos diferentes, de no me estás molestando, de no estoy de acuerdo.

"Todavía no puedo poner sus fotos ni prenderles su veladora. Todavía no gozan de esta complicidad, de esta entronización que tienen hoy todos estos rostros inmóviles que gozan conmigo de mi cercanía y de mi comida y de mi música y de mis secretos pensamientos que ellos ya conocen".⁸⁶

En varias de sus columnas, Marcela detalla las reuniones y pláticas que sostiene con sus amigas o compañeras de trabajo, por ejemplo, la comida navideña de *Fem*:

"Me dio mucho gusto ver tantas amigas, a las que, desgraciadamente, nomás veo una o dos veces al año (y algunas, como Anilú, sólo cada dos o tres milenios). Después de un vodka- tonic, pedí una sopa de hongos que estaba salada pero tibia, y un elegantísimo filete en salsa de tejocotes que venía a ser la carne y el postre en el mismo plato. Hasta eso, estaba bueno".⁸⁷

En otra ocasión, narra su visita al dentista.

"Que extraña me sentí ahí sentada largo rato en la sala de espera, y luego en el sillón del dentista.

"Él dijo ahorita vengo y está hablando por teléfono en otra habitación. Yo estoy aquí recostada. Es un doctor que acabo de conocer, joven, moreno, Endodoncista. Desconfío de él. Miro su título en la pared: UNAM, 1986. Pienso de lo que se ha dicho de las generaciones perdidas de los ochenta. Cuántos egresados habrán de esos tiempos. Por probabilidades, me va a seguir tocando en muchas ocasiones. Y ayer, con el oculista tan antiguo me paso lo mismo. Son médicos. Y

⁸⁵ Marcela Gujosa, "Querido Diario", en *Fem*, Año 15, número 98, México: División Cultural, Feminista A.C., febrero 1991, pp. 33-34.

⁸⁶ Marcela Gujosa, "Querido Diario", en *Fem*, Año 20, número 151, México: División Cultural, Feminista A.C., febrero 1996, pp. 20-21.

⁸⁷ Marcela Gujosa, "Querido Diario", en *Fem*, Año 20, número 157, México: División Cultural, Feminista A.C., febrero 1996, p. 48.

por anticuados o por modernos o por esto o por lo otro me provocan una profunda desconfianza y no les creo nada. Y los odio porque, además, los necesito. Y acabo de ponerme en sus manos y sonriéndoles y soy muy amable con ellos".⁸⁸

Luego de la visita al dentista, Marcela narra que en el camino de vuelta a su casa sucedió un atropellamiento, que lo vio y se preocupó por sus hijos. Finalmente llega a su domicilio, donde, asevera, se siente protegida, se sienta en el comedor, toma un café y observa su nogal.

Cuando su ex marido es hospitalizado, Guijosa hace una columna para describir paso por paso todos los procedimientos burocráticos que se tienen que cumplir para lograr la atención que se desea. No escatima detalle:

"Busca un teléfono. No traes tarjeta. Recorre el hospital para ver si alguien vende tarjetas. Que aquí, que aquí no, que allá, que tampoco. Que en la cafetería. Que no hay. Que afuera. Salte. Que en el puesto de periódicos. No. Que en la farmacia. Por fin. Primeros telefonazos, a Anita, para que por favor trate de localizar a nuestro doctor. Regresas a ver dónde lo pusieron (a su ex esposo). Segundo piso, hospitalizados de neurocirugía. ¿Por dónde se sube a Neurocirugía? Para volver a entrar, desmadrito. ¿Su pase? ¿Cuál pase? El policía complicadísimo para hablar, tipo cantinflas, explicando reglas y procedimientos, regañando. Finalmente resultó amistoso y cuatísimo, y hasta lo llegué a estimar".⁸⁹

e) Ciclo de vida

La menopausia es uno de los temas tratados dentro de los cambios biológicos que Marcela va experimentando a través del tiempo:

"Por un lado, esa sensación como premenstrual, como de regla atorada, con pechos medio hinchados y con amagos leves, difusos, de cólico. Y de veras un humor negro, como que no me reconozco. Irritable, lágrima pronta, intolerante al máximo, todo me aburre, todo me choca, todo me da flojera. O sea, como deprimida pero como asustada pero también como encabronada".⁹⁰

Marcela relaciona la menopausia con la vejez y con las transformaciones que trae consigo el paso de los años:

"¿Será propiamente la tercera edad? Por eso estoy con tanto miedo. Como queriéndome aferrar a lo antiguo. Por eso me cuesta tanto trabajo prestarles mi coche a mis 'adulitos' que ya manejan. Por eso tengo tanto miedo al futuro y me asusto tanto cuando me veo al espejo. Ahorita tengo dos o tres granitos nuevos que ya han sido elasticados por mí como verdaderos carcomas. Y miedo a la pobreza, a las catástrofes, a leer el periódico. A la debacle nacional. Miedo al trabajo, a lo nuevo, a escribir. Miedo al fracaso y al ridículo. A salir de mi casa. Todo muy disfrazado de

⁸⁸ Marcela Guijosa, "Querido Diario" en *León*, Año 21, número 168, México, Difusión Cultural Feminista A.C., marzo 1991, pp. 17-18.

⁸⁹ Marcela Guijosa, "Querido Diario" en *León*, Año 21, número 175, México, Difusión Cultural Feminista A.C., octubre 1991, pp. 5-65.

⁹⁰ Marcela Guijosa, "Querido Diario" en *León*, Año 20, número 157, México, Difusión Cultural Feminista A.C., abril 1990, p. 8.

“hueva” Tampoco es terror pánico. Simplemente es como una pereza infinita de moverme”⁹¹

f) La madre y el padre

Marcela es hija de español y mexicana. Sus padres le mostraron dos culturas que ella supo conjuntar y rescatar mediante su sensibilidad y aprecio por los valores patrióticos. Con el tiempo lo mexicano opacó a la península ibérica, pero siempre llevó parte de la cultura europea.

Su madre se preocupa por Marcela, de verla tensa, angustiada, sola:

“Y la soledad, claro. Esa preocupación de mi madre por verme divorciada, sola, 'y tan joven'. Ella acaba de enviudar. Mi padre murió hace seis meses, y ella todavía no se acostumbra a su ausencia. (Ni yo tampoco). Pero creo que ella compara su sufrimiento con el mío; cree que son iguales. Cree que yo llevo seis años padeciendo lo que ella ha vivido en estos últimos seis meses. Pero yo creo que no

“Porque en mi caso hubo una cierta elección: en el de ella, no. Además, en ella está todavía muy reciente el dolor de la separación, en mí ya se ha mitigado”.⁹²

Marcela se enfrenta a los viejos mitos, ella ha optado por tomar las riendas de su propia situación:

“Y ¿cómo explicarle a mi mamá y a tanta gente que me mira con lástima por *no tener marido* que no es tan horrible, a pesar de que a veces una se queje? Ya viéndolo bien, casi con estadísticas en la mano, ¿quiénes se quejaron más? ¿Las casadas, las divorciadas, las viudas, las solteras?”⁹³

Gujosa no coincide con su madre en el para siempre del matrimonio. Ella es una mujer divorciada con planteamientos vitales claros, decidida a forjarse una existencia llena de sentido

“Lo que pasa es que siempre de algo se tiene una que quejar. Yo, fuera de ciertos ataques de pánico, de furor uterino, de regresiones edípicas, de iras, de envidias pasajeras y de melancolías varias, me lo paso bastante bien, sola. Igualito de bien que cuando estuve felizmente casada. O igualito de mal. Que no es lo mismo pero es igual. Y lo que pasa es que mi mamá y muchas otras gentes están aferradas al mito de que si tienes pareja, necesariamente tienes que estar más feliz que si no. Yo le recuerdo a mi mamá y a las otras gentes sus quejas cotidianas de su vida matrimonial...”⁹⁴

A diferencia de su madre, Marcela está convencida que la soledad trae consigo aspectos positivos y la invita a centrar su atención en cambiar su recorrido existencial para hallar un mejor sentido a su futuro, para contemplar la vida desde una perspectiva diferente

⁹¹ Idem

⁹² Marcela Gujosa “Quedo Dicho” en *Fem*, Año II, número 55, México, Difusión Cultural Feminista A.C. julio 1987, p. 99

⁹³ Idem

⁹⁴ Idem

“Yo la invito a que vea las ventajas de su soledad, a que descubra ese vivir de sí misma y consigo misma, con todo su tiempo y toda su libertad. A que cultive y goce otras relaciones humanas, porque su soledad no es tan absoluta. A que se olvide de los mitos y disfrute su realidad, con todo y algunos días oscuros y tristes; a que se redescubra como la mujer valiosa que es y ha sido siempre, con marido y sin él”.⁹⁵

Al parecer, en Marcela prevalece el sentimiento de libertad que la lleva a desarrollar una mayor sensibilidad y comprender más claramente su historia personal y los diferentes cambios que está viviendo:

“Y yo misma me invito a dar otra imagen, a aprender a mostrar y a escribir que no estoy en el dolor continuo. Que aunque me sorprenda y asuste, querido diario, ya no sufro por costumbre. Y que también puedo decir, muchas veces, que estoy bien”.⁹⁶

Cuando el padre de una amiga de ella muere, Guijosa recuerda a su papá, cuya ausencia le duele mucho e imagina que regresa a su infancia:

“Mi papá. Que junto a mí hay un hombre guapo, fuerte, trabajador. Inteligente, justo, simpático. Que siempre me va a proteger y a cuidar. Que me puede cargar. Que se va a trabajar, que va a traer dinero a la casa. Que me va a llevar a dar la vuelta en su coche. Que siempre sabe lo que hay que hacer. Que me va a dar mi domingo. Que nos ampara a todos y que siempre nos amparará, como árbol inmenso, fuerte, seguro.

“Porque lo otro, lo real, se vuelve a veces insoportable. Saber que eres adulta, saber que eres huérfana. Que estás al descampado. Que dependes sólo de ti misma.

“Porque el gran hueco, el enorme vacío, jamás se te cura del todo. Yo me consuelo pensando que por ahí anda mi papá. Por ahí anda su espíritu protector, muy cerca siempre, y le rezo y le platico y le pido milagros, y lo reinvento y le quito un poco lo regañón, y lo revuelvo con Dios nuestro señor cuando digo padre nuestro que estás en los cielos y pienso que ahora me entiende más porque puede ver completamente mi corazón. Y mágica e idólatra, pongo su foto en mi recámara y en mi coche, y lo llevo de copiloto en mis viajes y en mis noches y en mi vida, y repito sus dichos y canto las canciones que él cantaba y siento que me acompaña y me cuida siempre”.⁹⁷

Marcela explica que no puede sustituir la ausencia del padre, por lo que guarda un recuerdo muy especial.

“Y medio me conformo, y no les ando pidiendo ya más a los otros hombres. mandos, amores, hermanos, hijos, que lo sustituyan, porque nadie puede. Sólo en pequeños pedazos, sólo en breves momentos, y lo agradezco, porque bastante hacen, pero ellos no son

“El verdadero, el auténtico, el mítico, el perfecto y el imperfecto, mi papá, tu papa, nuestro papá, ya se fue.

⁹⁵ Idem

⁹⁶ Idem

⁹⁷ Marcela Guijosa, “Querido Diario”, en *ELC*, Año 20, número 165, México, Difusión Cultural Feminista AC, diciembre 1996, pp. 33-34.

“Aunque se quede metido en nosotros de otro modo, aunque lo llevemos completito metido en el alma, entonizado para toda la eternidad

“Por lo menos tenemos eso: tenemos su memoria en nuestra memoria. Tenemos miles de recuerdos. Tenemos la certeza de que su amor existió y nos hizo existir. Y algunas de sus células entretejidas en nuestras células y pedazos de su carne en nuestra carne, y todas sus herencias, y tenemos nuestra historia y nuestra vida y nuestros sueños que, orgullosamente, son parte y continuación de su historia, de su vida, de sus sueños”.⁹⁸

A partir de un vídeo, que trata sobre el nacimiento de diferentes animales, Marcela elabora una reflexión sobre los diferentes comportamientos que tienen las madres y los padres:

“Porque en la familia humana, y aunque seamos personas, inteligentes y libres, también hay de todo. Hay padres, muchísimos cuya paternidad se reduce a expeler un poco de semen. Les importa poco a quién fecunden: el chiste es fecundar. Otros, además, compiten, bailando o peleando con otros machos, para obtener los favores de la hembra, y después se desaparecen. Otros pobres se mueren en el intento. Y muchos otros son cuidadores, abastecedores, constructores de nidos, defensores y profesores de sus criaturas.

“Tenemos también en nuestra especie, afortunadamente, muchos tíos y tías solidarios y cariñosos con los niños de otros.

“¿Y las madres? También hay de todo. Hay las marinas y elementales, inconscientes, fecundísimas y abandonadoras. Hay las fieras guardianas de sus cachorros. Hay las que defienden a un hijo predilecto y dejan morir a los otros. Y claro que hay muchas, muchísimas, abnegadas empolladoras y amamantadoras, cargadoras, maestras, compañeras de juego y valerosas abastecedoras y guardianas de sus bebés. También unas que son muy sabias, que saben separarse de los hijos cuando éstos están listos para vivir solos.

“Y hay los ejemplos extremos. Las que sólo fueron un cuerpo usado y violado. Y existen también las que son como la pioja de mar, cuyos vástagos viven de ella literalmente, porque para nutrirse le devoran las entrañas, y al nacer e irse a vivir su vida, en vez de dejar a una querida y venerada jefecita, dejan un pellejo vacío, un cascarón muerto”.⁹⁹

Gujosa expone que desafortunadamente muchos padres y madres no procuran a sus hijos/as, sino que hay un constante maltrato a los pequeños porque muchos no son deseados y sus progenitores no asumen su responsabilidad. Así, narra diferentes historias:

“Mi vecinita, por ejemplo. Ella es madre soltera, aunque el noviecito viene a verla de vez en cuando. Dinero no le trae, por supuesto. La abuela cuida a la bebé, porque ella ‘quiere seguir estudiando’. Estudia para secretaria, y se va toda la mañana. Y cuando llega en la tarde, ella está muy cansada y tiene hueva y le choca

⁹⁸ Idem

⁹⁹ Marcela Gujosa, ‘Querido Diario’, en *La Gaceta del Comercio* (CD, México: Distrito Cultural Fenómista, C. A., mayo 1991), p. 28.

la niña tan latosa, y la trata a puro grito. El también, cuando viene, la maltrata Porque dice que la quiere educar Y le pega Y tiene año y medio la niña".¹⁰⁰

Los casos de divorcio afectan en mayor medida a las/los hijos y la escritora expone un caso.

"Estos chavos se separaron y ella logró en un juzgado que él le pasara una pensión, y se quedó, por orden del juez, con la custodia de la niña de cuatro años mientras se afinaba y se firmaba el convenio.

"Entonces él, muy macho mexicano, le secuestró a la niña. La contrademandó y se dedicó a decirle a las autoridades y a todo el que quisiera oírlo que ella estaba loca, y que además su vida era inmoral y no podía hacerse cargo de la niña porque era actriz. Eso es inmoral y muy mal ejemplo ¿ves? Se cambió de casa, vivió como seis meses escondido, con la niña. Por fin un día ella lo localizó.

"Seguramente este fulano se dedicó a envenenar el alma infantil, diciéndole todo ese tiempo quién sabe qué cosas horribles de su madre, de tal forma que ese día, al ver llegar a la madre, la niña huyó corriendo y se escondió debajo de una mesa. Eso claro que nunca había pasado antes. Qué casualidad, ¿no?".¹⁰¹

Marcela trata de observar el maltrato a los/las niños/as desde diferentes perspectivas:

"Y me asusto y me siento impotente, porque también pienso que pobre de los adultos, que yo misma he caído a veces en eso, que muchos días apenas puede uno con su alma como para también tener paciencia y ser buena madre. A lo mejor simplemente habría que decir: así es la vida. No seas tan romántica. Los niños tienen que aprender a vivir".¹⁰²

g) Relación madre e hijos/as

Marcela adopta un papel más libre y abierto en la educación de sus hijos/a. Ella piensa que en los niños/as existen todas las pasiones y que no sólo son angelicales, tiernos, dulces.

Considera que no es conveniente ocultar a los infantes las cuestiones dolorosas y otras que comúnmente se piensa van a afectarlos y pone como ejemplo el libro *Los años mágicos*, de Selma Freiberg:

"Siguiendo a Freud, hablaba del desarrollo infantil y ponía unos casos de padres que no permitían que sus niños vieran nada horrible. Si se les moría su pollito, rápido les compraban otro y se lo sustituían. Que no vieran la muerte. No dejaban que nadie les contara cuentos de ogros, brujas, monstruos, fantasmas o aparecidos. Observando a estos niños se encontró que tuvieron, de todos modos, miedos y pesadillas espantosas. Como todos los niños. Y también se vio que, si les negaban juguetes bélicos, de todos modos, con un palito o con lo que fuera, jugaban a 'matarse'.

¹⁰⁰ Marcela Guajosa, "Querido Duma", en *Leve*, Año 16, número 118, México: Difusión Cultural Feminista AC, diciembre 1997, pp. 15-16.

¹⁰¹ Idem.

¹⁰² Idem.

“Yo lo que digo es que ya basta de seguir creyendo que los niños son seres angelicales. puros, cándidos e inocentes. En el alma infantil existen, de manera intensísima, todas las pasiones. el odio, las ganas de matar, la violencia, el instinto de destruir, la envidia, los celos, la tristeza, el miedo, el deseo, el amor y la esperanza. Los niños pueden ser muy crueles. Los niños —y los adultos— tienen fantasías y sueños sangrientos y horribles.

Yo, cuando era chica, jugaba con mis primas a que despellejábamos a una, y luego, encantadas, le echábamos limón, sal y chile piquín. Lo actuábamos y hasta llorábamos de la emoción. ¿Y los celos entre hermanos? ¿Y la rivalidad? Son espeluznantes. Son absolutos”¹⁰³

Dice Marcela que esto no se acepta porque forma parte de la prohibición cristiana de tener malos pensamientos, de sexualidad o de agresividad:

“Cuando un día confesé que había habido noches en que, con mi bebé llore y llore, me entraron instintos asesinos, mi mamá y mis tías no lo podían creer. *Ellas nunca habían sentido eso*. Será que con el psicoanálisis una ya puede admitir que a ratos odia con toda el alma a sus madres o a sus hijos, y que esto es normal, y que no pasa nada mientras no los mates de verdad.

“Lo que creo es que la figura del niño, oficialmente, es *sagrada e intocable*. Pero en esta mismísima sociedad mexicana hay miles de niños golpeados, heridos, humillados, pisoteados por padres y madres y maestros”.¹⁰⁴

Cuando sus hijos eran pequeños, Marcela vivió momentos difíciles por la constante atención que ellos demandaban.

“Creo que hay pocos momentos que yo *disfrute* con mis hijos. Disfruto cuando los veo felices, a distancia. En una alberca. O en un juego donde ellos se diviertan. Y yo los mire divertirse. Y esos momentos son tan escasos y tan fugaces.

“Si yo pudiera dejarlos en paz. Pero ellos no quieren que los deje en paz. Si yo me aparto, me pongo a hacer mis cosas, no dejarán de venir cada cinco minutos a preguntar, a platicar, a demandar, a quejarse, etcétera. O si están tres metros lejos de mí, se pelearán y darán de alaridos como si los estuvieran degollando para recordarme mi función, mamá, contrólanos, edúcanos”.¹⁰⁵

Cuando los hijos/a son adolescentes, Marcela vive sentimientos dobles, situaciones ambiguas, ya que, por un lado, acepta que ellos se están independizando, pero por otro, se siente rechazada:

“Y empiezas a sentir que se quieren ir. Y si lo piensas fríamente, dices, bueno, es normal, está bien, quieren conocer el mundo, quieren vivir. Pero también, al tercer permiso que te piden en la misma semana, te sacas de onda. A lo mejor te sientes como rechazada. Sientes como seguramente decía tu propia madre, que no quieren estar en su casa. Que no quieren estar contigo. Nomás pura pata de perro.

¹⁰³ Marcela Guijosa, “Querido Diario”, en *Ucr*, Año 11, número 68, México: Difusión Cultural Feminista A.C., mayo 1988, pp. 24-25.

¹⁰⁴ *Ibidem*.

¹⁰⁵ Marcela Guijosa, “Querido Diario”, en *Ucr*, Año 11, número 53, México: Difusión Cultural Feminista A.C., abril 1988, p. 2.

“Y tú querías educar niños libres. Tú querías no repetir modelos represivos. Tú querías que no tengan el alma llena de moralismos y de miedos y de culpas. Pero de repente te enteras que en las fiestas de niños de catorce años hay alcohol y se empedan y hay mota y no lo puedes evitar, y se te paran los pelos de punta

“Te acuerdas de todos esos lugares comunes qué ganas de encerrarlos, de protegerlos, tenerlos entre algodones, etcétera. Mejor que no vaya a ninguna fiesta ni a ningún concierto ni nada de calle ni a ningún lado. Y lees y oyes de los embarazos de adolescentes. Y te gustaría mejor ni leer ni saber nada”.¹⁰⁶

Sin embargo, Guijosa afirma que es imposible encerrarlos o prohibirles que vivan, lo importante, según ella, es enseñarles a tener una fortaleza interior, templeanza y paciencia.

A diferencia de otras madres que retoman las normas tradicionales o que se desentenden, Marcela combina ambas, tratando de educarlos en la libertad, pero con muchas dudas por la violencia creciente:

“Descubrimos que el mundo está, hoy, mucho más difícil. Tomar un camión en 1965 no es lo mismo que hoy. No había tanta combi asesina. Ni este maestro. En mis tiempos de la prepa había quienes fumaban mota, pero eran como cuatro. Hoy, la presión que tienen los niños es mucho mayor. En aquellos tiempos no había SIDA. Y bueno, el freno que muchos de nosotros teníamos era puro miedo o culpa frente a la sexualidad y frente a todo. Que con trabajo nos pudimos quitar como a los 30 años. O que algunos todavía no se pueden quitar.

“Y, para acabarla de amolar, nos agarran en la pinche crisis de los 40. Nos agarran premenopáusicas o ya francamente menopáusicas. Nos sorprende todo esto en nuestra propia encrucijada existencial, cuando uno está revisando logros y planes y tomando decisiones importantes y pensando que ya va a descansar uno de la niñez de los niños y tratando de combatir frustraciones y arrugas y nostalgias y también envidias”.¹⁰⁷

La escritora también incluye la situación emocional de los padres, de las madres, que, en su parecer, no son nada favorables para ofrecer una educación óptima a los hijos/as

“Porque ni que nosotras, madres o padres, cuarentones, estuviéramos tan claros. Tan maduros. Cuántos de nosotros estamos en el mismísimo rollo. Viendo que si te divorcias o no. Que si te vuelves a casar o no. Viendo que si la pareja, que si la unión libre, que si fulano me echa los perros, que si me quieres o no me quieres. Que si el trabajo y sus exigencias, recortada o reprobada o expulsada, es lo mismo. Que si el condón. Que si estaré embarazada o que si abortaré. Que si creo en Dios o en qué. Que si mi mejor amiga me traicionó. Que si me corto el pelo o me pongo a dieta. Que si sigo siendo socialista o feminista o mejor budista

“Ay, querido. Quién fuera de esos adultos que ya lo saben todo, que están seguros de todo, que lo entienden todo. Que están más allá del bien y del mal ¿no?”¹⁰⁸

¹⁰⁶ Marcela Guijosa, “Querido Diario”, en *Unm*, Año 14, número 89, México, Difusión Cultural Feminista A.C., mayo 1990, pp. 27-28.

¹⁰⁷ *Ibidem*.

¹⁰⁸ *Ibidem*.

Cuando sus hijos se mantienen mucho tiempo ausentes de casa, Marcela empieza a sentirse sola, además de que admira y envidia la facilidad de los jóvenes (15, 16 y 17 años de edad) para ir improvisando en cuestión de actividades los fines de semana:

“Antes me ordenaban la vida, hoy me la desordenan. Ya nunca sé si vienen a comer o no. Siento que no puedo planear nada: me sacan de mi ritmo cotidiano cada cinco minutos. Cuando tengo mucha comida no vienen. Cuando calenté unas sobritas de ayer, pocas, llegan, por supuesto, con invitados.

“Antes me quejaba de, como no tengo muchacha los sábados ni los domingos, tener que hacer de comer cuando estaban los niños.

“Y ahora, cuando iba a empezar a refunfuñar que qué comeremos, me encuentro sola y me entristezco. Estoy loca: de todo me quejo; si están, porque están. Si no están, porque no están. Como la gata Flora, si se la meten grita y si se la sacan llora. Estoy muy regañona, como bruja maldita: los regaño de todo, pobres criaturas. Ha de ser mi premenopausia y el consiguiente síndrome del *midó vacío*”¹⁰⁹

h) Política

Los temas de política no son frecuentes en Marcela Guijosa. Ya ha expresado que ella prefiere tratar otros asuntos. Cuando narra su participación como funcionaria de casilla en las elecciones del 6 de julio de 1997, lo hace desde su experiencia, desde su visión como mujer:

“Y ahorita me percató de que estoy repitiendo una reacción muy antigua. Oída en mi casa cuando yo era chica, por ejemplo, pronunciada por mi madre y por mis tías. Oída en mi ciudad, durante muchos años escépticos donde a nadie le interesaban demasiado las votaciones porque ya sabíamos quién iba a ganar, por las buenas o por las malas. Leída entre líneas en el silencioso desdén de muchas mujeres mayores, cuando gran parte de la verdadera feminidad consistía en no interesarse por la política porque, como el fútbol, era cosa de señores. A muchas mujeres, además, estas cosas les dan miedo. Se imaginan bandoleros con pistolas robándose las urnas o muchedumbres ensordecidas rompiendo puertas y ventanas y coches y camiones el día de la votación. O quién sabe qué más se imaginen”¹¹⁰

¹⁰⁹ Marcela Guijosa, “Querido Diario”, en *Enm*, Año 17, número 121, México, Difusión Cultural Escuintla A.C., marzo 1993, pp. 31-32.

¹¹⁰ Marcela Guijosa, “Querido Diario”, en *Enm*, Año 21, número 133, México, Difusión Cultural Escuintla A.C., agosto 1997, p. 76.

Conclusiones

Los últimos treinta años han sido testigos de una revolución ideológica que, a la manera de los grandes cataclismos históricos, ha cambiado la faz cultural de la tierra. Haciendo visibles a las mujeres y dotándolas de voz propia, es decir, convirtiéndolas en agentes del poder político (aunque todavía muy limitado, queda mucho por hacer), el feminismo ha causado una transformación profunda en la sociedad contemporánea pues las mujeres están consiguiendo que se deroguen leyes anticuadas a favor de nuevas constituciones, que se corrijan convenciones y protocolos obsoletos, que se revisen actitudes vitales equivocadas y que se desechen falsos valores comunitarios. Con ello el feminismo está dando carácter de época a nuestro tiempo y está marcando las pautas a la cultura del porvenir.

La revolución feminista está ocasionando estragos en todos los ámbitos de la vida actual, desde la moda hasta los dogmas de fe y evidentemente ha cambiado los códigos de la comunicación en todos los idiomas.

Se alteran los códigos de la comunicación porque ha habido una modificación en las actitudes vitales, porque se ha adoptado una nueva postura frente a la realidad. En este clima revisionista prolifera la participación femenina. Recibe su impulso inicial del movimiento feminista y de él le viene también su extraordinaria vitalidad. Comprometida a destruir los estereotipos temáticos y formales que la habían falseado, subvierte las convenciones lingüísticas, sintácticas y metafísicas de la escritura patriarcal registrando la totalidad de la experiencia femenina (social, espiritual, psicológica y estética) en textos que van desde la denuncia arada hasta lo lírico-intimista.

Algunas columnistas contemporáneas, entre ellas Marcela Gujosa, rompen con el status quo y crean universos que corresponden a sus propios valores, sin negar su biología y desde su perspectiva de mujer. El resultado es un nuevo canon: una imagen de la realidad captada con ojos de mujer y plasmada con discurso hémbrico. Imagen que no había estado totalmente ausente de la prensa anterior pero que ahora se configura en la publicación de textos, los que han llegado a constituir un corpus con su propio contexto, su propia voz y su propia visión, la cual debe ser juzgada por sus propios méritos.

Las mujeres se atreven ahora a escribir de manera distinta, a hablar de ellas mismas. La columnista Marcela Gujosa trata temas antes prohibidos como la sexualidad de las mujeres y la opresión patriarcal. Ella pertenece a una generación de escritoras y periodistas que, tanto por la temática como por el discurso, se puede calificar de auténticamente feminista. Dentro de estas mujeres que escriben en los medios también figuran María Luisa "La China" Mendoza, Cristina Pacheco, Guadalupe Loeza, Laura Esquivel, Angeles Mastretta, Marta Robles, Margo Glantz, Marta Lamas, Marcela Lagarde y Sara Fovera.

Si bien estas mujeres ya han logrado el prestigio suficiente para publicar en diversos medios y hasta ganar premios de la crítica internacional como es el caso de Pomiatowska con su Premio Alambra, varias escritoras feministas todavía no son bien aceptadas en la gran prensa por los prejuicios que aun existen tanto del trabajo

intelectual de las mujeres como de las cuestiones que se supone interesan a la población, en las que no están incluidos los asuntos íntimos, privados de las mujeres, porque cuestionan el orden existente en cuanto a los roles que deben llevar las mujeres y los hombres, entre otras cosas.

Sin embargo, considero que el trabajo de las escritoras y periodistas feministas cuestionan la condición humana y la historia contada por el poder, en ello hay una reivindicación de lo marginado, del "otro", registrando la historia verdadera, desmintiendo la versión oficial del patriarcado que distorsiona el pasado de la misma manera que hoy falsea el presente con el discurso dictatorial. La mujer se autodefine como sujeto textual y cuenta su historia, independientemente de la que le habían inventado los hombres

Mi sujeta de estudio, Marcela Guijosa, me ofreció un buen ejemplo para dar cuenta de las mujeres que escriben sobre sus deseos liberadores y también sobre sus contradicciones. Su experiencia y cambios que ocurren durante 10 años de su vida (en su madurez) me han servido para conocer los aspectos que tendré que enfrentar, evitar o bien disfrutar o cuidar en la mía propia. Existen entre ella y yo muchas coincidencias y algunos desacuerdos, pero los descubrimientos fueron más importantes, lo que conocí de su privacidad seguramente alimentará la imaginación y la realidad de muchas otras mujeres. Sus temas: desde la opresión de la maternidad, hasta la viudez, pasando por la búsqueda de pareja, el trabajo doméstico, la menopausia, la autoestima, su miedo al éxito, su cansancio, su rebeldía, su melancolía, sus miedos, sus retos y, sobre todo, su labor como escritora, han sido aleccionadores y estimulan mi labor tanto como investigadora como periodista. Denunciar, hablar, comunicar, sin falsos pudores y retando al sistema dominante patriarcal es y será un reto para las mujeres que nos declaramos feministas

Y ya que menciono la palabra que muchos y muchas no dan validez o escuchan con malestar: Feminismo, debo decir que este trabajo también implicó un esfuerzo para convalidar mis convicciones feministas no tan sólo personalmente sino en el área académica.

Espero que haya de alguna manera destacado que contando nuestras preocupaciones, nuestros problemas diarios, nuestras intimitades, nuestras cotidianidades, nuestras casualidades, nuestros retos, obstáculos y frustraciones algunas mujeres que incursionamos en el periodismo queremos dar fe de nuestra potencia creadora, con la que somos capaces de vencer la hostilidad de cualquier sistema patriarcal, siguiendo el ejemplo de Sor Juana Inés de la Cruz, la primera escritora feminista de Latinoamérica

El trabajo de Guijosa demuestra que ya se ha superado el estallido inicial de la protesta feminista que, como el de toda revolución, fue necesariamente estridente; pero ahora la expresión de diversas mujeres en diarios, revistas y diferentes medios de comunicación obligan a los ojos y los oídos de la sociedad contemporánea a fijarse en lo que dicen y hacen las mujeres, a visibilizarlas, el terreno es fértil para formular programas y presentar demandas serenamente

Queda mucho camino por recorrer pero las nuevas generaciones continuarán lo andado por las anteriores. Ese es el contexto en el que escriben las columnistas feministas inventándose a sí mismas e inventando también a los hombres para

descubrir dominios antes no explorados del ser y la existencia, construyendo nuevos signos para expresar su original percepción del universo, liberando al discurso de viejos tabúes patriarcales, inscribiendo su ideología de emancipación para cambiar voluntariamente la historia. Y todo ello en una escritura fabricada desde los ritmos más íntimos de sus cuerpos de mujer.

Dentro de nuestra sociedad hay una necesidad de contar y escuchar historias. A veces esta necesidad tiene como respuesta en los medios emisiones que deforman nuestra percepción de la realidad, como son los casos de los programas televisivos llamados *talk shows* o las famosas y muy gustadas telenovelas. Una opción a este problema podría encontrarse en el mercado editorial, donde existen las autobiografías, las biografías, las memorias, las crónicas, los diarios, aunque sabemos que poca gente lee y mucha gente carece de poder adquisitivo para la compra de libros. Por ello considero que el estilo de Marcela Guijosa y sus temas pueden tener amplia aceptación si se dieran a conocer en otros espacios, no sólo en el de *Fem*, cuya circulación es limitada y llega a nichos muy específicos.

El periodismo feminista, en cuanto está comprometido a reformar las estructuras del poder político, desempeña una función crítica en la sociedad y en este sentido, constituye una respuesta a la consigna que Octavio Paz lanza al continente: "Lo más urgente es que el 'tercer mundo' recobre su propio ser y se enfrente a su realidad. Esto requiere una crítica rigurosa y despiadada de sí mismo y de la verdadera índole de sus relaciones con las ideas modernas. Estas ideas han sido muchas veces meras superposiciones; no han sido instrumentos de liberación sino máscaras. Como todas las máscaras, su función consiste en defendernos de la mirada ajena, y por un proceso circular que ha sido descrito muchas veces, de la mirada propia. Al ocultarnos del mundo, la máscara también nos oculta de nosotros mismos. Por todo esto, el 'tercer mundo' necesita, más que dirigentes políticos, especie abundante, algo más raro y precioso: críticos. Hacen falta muchos Swift, Voltaire, Zaratustra, Orwell. Y como en esas tierras, antiguas patrias de la orgía dionisiaca y del saber erótico, hoy impera un puritanismo hipócrita y pedante, también hacen falta unos cuantos Rabelais y Restif de la Bretonne vernáculos (Corriente alterna 216)." Los Swift, los Voltaire, los Orwell y los Rabelais del siglo XXI serán latinoamericanos, escribirán en español vernáculo y tendrán nombre de mujer.

Bibliografía

Amelang, James y Nash, Mary, *Historia y Género, Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, Ediciones El Magnanim, 1996

Araujo, Nara. "La autobiografía femenina. ¿un género diferente?". en *Debate feminista*, México, año 8, volumen 15, abril 1997, pp. 72-84.

Bartra, Eli, Brumm, María y otras. *La revuelta*, México, Martín Casillas Editores, 1983.

Buendía, Manuel, *Ejercicio Periodístico*, México, Fundación Manuel Buendía, 1996.

Castellanos, Rosario, "La mujer y su imagen" y "La participación de la mujer en la educación formal en México", en *Mujer que sabe latín*, México, Setseptentas, 1973.

Dallal, Alberto, *Lenguajes periodísticos*, México, UNAM, 1989

Díaz Guerrero, Rogelio, "La mujer y las premisas histórico-socioculturales de la familia mexicana", en *Psicología del Mexicano*, México, Trillas, 1990, pp. 266-274.

Edholm, Olivia Harris y Young, Kate, "La conceptualización de la mujer", en *Estudios sobre la mujer El empleo y la mujer Bases teóricas, metodológicas y evidencia empírica*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1982

Leiré, Rosario, "El diario como forma femenina", en *Sitio a Eros*, México, Joaquín Mortiz, 1986, pp 40-51

Gomariz, Enrique, "Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas periodización y perspectivas", en *Istis Internacional*, número 17, 1992.

González Reyna, Susana, *Manual de redacción e investigación documental*, México, Trillas, 1982

González Reyna, Susana, *Géneros Periodísticos I Periodismo de opinión y discurso*, México, Trillas, 1999

Gonzosa, Marcela, *Altar de muertos memoria de un mestizaje*, México, Premio DE MAC' 1993-1994, 1994

- Gutiérrez González, Emma. Cruz Alcalde, María de los Angeles, *Géneros periodísticos de opinión*, Guía de estudio, México, UNAM, SUA, 1995.
- Gutiérrez González Emma. Cruz Alcalde, María de los Angeles, *Géneros Periodísticos de opinión*. Lecturas, México. UNAM, SUA, 1995.
- Ibarra de Anda, Fortino, *Las mexicanas en el periodismo*, México. tomo 2, Imprenta Mundial, México. 1934.
- Krippendorff, Klaus, *Metodología el análisis de contenido, Teoría y práctica*, Comunicación, No. 39, Paidós, fotocopias.
- Lagarde, Marcela, *Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, UNAM, México. 1990.
- Lagarde, Marcela, *Género y poderes*, Instituto de estudio de la mujer, Costa Rica.
- Leñero Otero, Luis y Zubillaga, Manuel, *Representaciones de la vida cotidiana en México últimos 20 años*. Instituto Mexicano de Estudios Sociales. México, 1982.
- Leñero, Vicente y Marín, Carlos, *Manual de Periodismo*, Grijalbo, México, 1986.
- Lombardo, Irma, *De la opinión a la noticia, el surgimiento de los géneros informativos en México*, México, Ediciones Kiosko, 1992
- López Cámara, Francisco, *La clase media en la era del populismo*, UNAM, Coordinación de humanidades, Miguel Ángel Porrúa, México, 1988.
- López González, Aralia, "Patriarcado, sexismo y androcentrismo". en Domecq, Brianda, *A través de los ojos de ella*, Ediciones Ariadne, México, 1999. Tomo Uno.
- Madeo Lengermann, Patricia y Niebrugge-Brantley, Jill, "Teoría feminista contemporánea", en Ritzer, George, *Teoría sociológica contemporánea*, McGraw-Hill, México, 1993
- Martín Vivaldi, Gonzalo, "Esquema de la narración", en *Curso de redacción. Del pensamiento a la palabra*, Madrid. Paraninfo, 1981.
- Martín Vivaldi, Gonzalo, *Géneros periodísticos*, Madrid. Paraninfo, 1979
- Meyer, Lorenzo, "La enucleada", en *Historia general de México*. México, El Colegio de México, 1976

- Miliband, Ralph. "Análisis de las clases", en Antony Giddens, Jonathan Turner y otros, *La teoría social. hoy*, México, Alianza Editorial-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991
- Moles, Abraham A. y Rohmer, Elisabeth. "Hacia un análisis micropsicológico de la vida cotidiana", en *Micropsicología y vida cotidiana, soledad individual y universo colectivo*, México, Trillas, 1983, pp. 79-100
- Montagu, Ashley, *La mujer, sexo fuerte*, España, Guadarrama, 1973
- Musachio, Humberto, *Diccionario Enciclopédico de México*, México, Programa Educativo Visual, 1989.
- Pereira, Armando, "Michel Foucault. política de la vida cotidiana", en *La herencia de Foucault, pensar en la diferencia*, México, UNAM, 1987, pp. 115-124.
- Pogolotti, Marcelo, *La clase media en México*, México, Diógenes, 1972.
- Pogolotti, Marcelo, "La clase media y los prejuicios" en *La clase media y la cultura*, México, B. Costa-AMIC, 1970, pp. 249-254
- Poniatowska, Elena, "Buendía, Manuel", en *Manuel Buendía. LA CIA en México*, México, Océano, 1983, pp. 7-17.
- Poniatowska, Elena, "Fem o el rostro desaparecido de Alaide Foppa", en *Fem, 10 años de periodismo feminista*, México, Planeta, 1988, pp. 7-21.
- Ricoeur, Paul, *El yo como otro*, México, Siglo XXI, 1996.
- Robles, Martha, *Escritoras en la cultura nacional*, tomos I y II, México, Diana, 1989.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen, *El periodismo en México 450 años de historia*, México, UNAM, 1974
- Singer, Leticia, *Mordaza de Papel*, México, Ediciones El Caballito, 1993
- Valles Ruiz, Rosa María, *Valles de prácticas periodísticas. Opinión periodística e influencia social*, UNAM, S.U.A., 1995

Heimerografía

"El ramillete de flores" *El siglo XXI*

- Gujosa, Marcela, "Querido diario". en *Fem*, números 49-177, diciembre 1986-diciembre 1997, México, Difusión Cultural feminista A.C
- González Reyna, Susana, "La crítica periodística", en *Cuadernos del CEC*, número 7, México, FCPyS, UNAM, pp 63-72
- Ilancuetl, "El día 24 llegó. Revista de la semana", en *Las hijas del Anáhuac*
- Jiménez, Alejandro, "El columnismo político", en *Comunicación Media*, No. 9, México, octubre 1994, pp. 34-36
- Jiménez, Arturo, "Con la muerte de Foppa, el tiempo no se detuvo Robles", en *La Jornada*, Cultura, México, DEMOS, Desarrollo de Medios, S.A de C.V., 29 de noviembre del 2000, p. 5^a.
- Lamas, Marta, "Algunas historias de mi relación con la 'hija' de Alaide". en *Fem*, Año 20, número 164, México, Difusión Cultural feminista A.C., Noviembre 1996.
- Martínez, Omar Raúl, "El columnismo no es un poder: Carlos Ramírez", en *Revista Mexicana de la Comunicación*, México, Fundación Manuel Buendía, número 30, julio de 1993.
- Poniatowska, Elena, "En recuerdo de Rosario Sansores", en *El Nacional*, México, 3 de abril de 1995.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen, "Las mujeres en el periodismo", en la *Revista de Filosofía y Letras*, México, número 60, 1956.
- Tercero Gallardo, Luis, "El columnismo es un acertijo insoluble: Buendía", en *Revista Mexicana de la Comunicación*, México, Fundación Manuel Buendía, número 48, abril 1997
- Trotsky, León, "El nuevo curso problemas de la vida cotidiana", en *Cuadernos Pasado y Presente*, número 27, México, 1978.
- Urbe, Hernán, "Sobre el periodismo de opinión y su técnica redaccional", en *Revista Mexicana de FCPyS*, número 86-87, México, UNAM, pp 131-141
- Velazquez, Luis, "Los columnistas y el poder", en *Revista Mexicana de la Comunicación*, México, Fundación Manuel Buendía, número 62, abril del 2000

Tesis

Cassigoli Salamón, Mariela Isabel y Barrios Perelman, María Alicia, tesis de licenciatura, *Poder, medio de comunicación masiva y vida cotidiana*, México, Facultad de Ciencias políticas y Sociales, UNAM, 1983

Espinosa Calderón, María Esther, tesis de licenciatura, *De la pagina de sociales a las 8 columnas*, México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Aragón, UNAM, 1995

González Reyna, Susana, tesis de doctorado *La construcción del discurso periodístico*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1991.

Hernández Carballido, Elvira, tesis de maestría *Las primeras reporteras mexicanas: Magdalena Mondragón, Elvira Vargas y Esperanza Velázquez Bringas*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1997.

Inclán Perea, Isabel, tesis de licenciatura *Doble jornada, un esfuerzo por informar y cuestionar la condición de las mujeres*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1989

Ruiz Pavón María de Lourdes, tesina de licenciatura *Cinac red informativa para mujeres periodistas (1991-1995)*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1996.

Santa María Gallegos, Leticia Elisabet, tesis de licenciatura *Fem, de revista académica a publicación periodística*, México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Aragón, UNAM, 1990.

Sen Santos, Xóchitl, tesis de licenciatura, *A la conquista de la información general*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1998.

Valles Ruiz, Rosa María, tesis de maestría *La legitimación de la opinión periodística (El caso de México)*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1997

Anexo
Selección de columnas de Marcela Guijosa,
de diciembre de 1986 a enero de 1998

Por una Colaboración

Mis complejos por ser de la clase media

Una de las cosas que yo más admiro de Elenita Pomiatowska es esa valentía que tiene para asumirse, en algunos de sus cuentos, como una mujer "burguesa". No es Jesusa Palancares; es esa de la casita de sololoy, con sus niños peleándose mientras ven el chavo del ocho, la que le da de cepillazos a su hijita del pelo enredado. O aquella que confiesa la vergüenza que le dio frente a las mujeres madres de los desaparecidos porque iba a ir de compras al palacio.

Pero esto es raro; se da en la literatura, con otras honrosas excepciones, como en Angeles Mastretta, Silvia Molina o Fátima Fernández-C. Pero ¿en los escritos feministas?

La mujer de la clase media es un ser abominable. Como en León Bioy, a mí dénme una santa o una prostituta; la mujer "clasemediera" no tiene salvación. En los discursos de las grandes feministas mexicanas, las que si saben, las que tienen la Verdad, yo he sentido a veces un desprecio, un rechazo, una casi casi discriminación de clase.

En ciertos ambientes, los del Feminismo, los de los partidos de izquierda, los de La Cultura, ser "clasemediero" es sinónimo de ser lo peor. Supone tener la ideología más abyecta, los gustos más chafas, la moral más hipócrita y la más absoluta carencia de una conciencia política. Y puede ser que sea cierto.

Pero una no elige nacer en la clase media. Una quisiera ser, por supuesto, de las privilegiadas.

¿Que sentimos o qué pensamos las mujeres clasemedieras? Las que pudimos ir a la universidad medio nos salvamos como otra clase. Participamos de algún modo del pastel de los lucrados, del presh-

gio del poder patriarcal. Nos podemos conectar más fácilmente con los medios "políticos". Podemos leer libros. Podemos trabajar por y para los marginados. Así, se nos borra un poco el estigma, lo incon-fesable: somos de la Narvarte; y nos gustan los Panchos: Algunas señoras feministas, muy politizadas, nos dicen: tú no importas, tú y tus idiotas problemas pequeño-burgueses. Los verdaderos problemas son los de la mujer proletaria, doblemente explotada, nuestra compañera es la mujer obrera, y que si la triple jornada y que si las campesinas y que si las compañeras "guerrilleras" de Nicaragua.

Y si una no es campesina? Yo me he sentido como culpable de no ser indígena ni costurera, y de tener coche y de tener una mujer que trabaja en mi casa. Siempre que se habla de las trabajadoras domésticas, las patronas son las malvadas explotadoras. Y en este maniqueísmo, una no quisiera ser la patrona.

Yo soy de la clase media y pude estudiar. Y no se me acabó de borrar la famosa mancha. Se me nota en mi insegura forma de hablar, se me nota en la ropa y en los modos. Tengo cirada sin eufemismos y trato de pagarle más o menos y la necesito porque, sin ser proletaria, trabajo en la calle y tengo tres hijos. Y ni modo, vivo en un ambiente clasemediero: mis hermanas, mi mamá, mis tías, mis compañeras de trabajo y mis amigas son clasemedieras.

Yo sé lo que es ser esclava de la moda y de los cosméticos y he vivido el terrible drama del ¿qué me pongo? Y aun no estoy tan liberada como para ir a trabajar sin pintarme o sin rasurarme los sobacos. Yo he tenido - y sigo teniendo briconas de pareja, y me divorcé, con muchas lagrimas y muchas depresiones. Y tengo traumas sexuales

clasemedieros no puedo coger con cualquiera. Y no me alcanza el dinero ni el tiempo para ir al super, y a veces sueño con un príncipe azul que me venga a salvar. Y veo la televisión y veo algunas telenovelas (confieso) Como mi mamá y mis tías, que están siempre deprimidas. Como mis amigas que son secretarias, que se gastan todo lo que ganan en vestidos chingones para ir a trabajar "bien presentadas". Y que se pasan la mitad de la jornada de trabajo sirviéndoles cafecitos a sus jefes. Y que son amantes de sus jefes. Y que sueñan con ser esposas de sus jefes.

Y algunas feministas nos dice que eso no importa. Que esos problemas son pendejadas. Si no trabajas por un sueldo y eres ama de casa todo el día, peor para ti. Si no lees el periódico ni te importan las noticias del mundo, qué jodida estás. Si ves telecomedias, eres despreciable. Si estás llena de angustia porque no entiendes nada, es lo de menos. ¿Eres campesina, o por lo menos, subempleada? ¿No? Entonces no nos importas.

Claro que hay problemas más urgentes. Pero la mujer de clase media, la inculca, no es el enemigo. Estamos así y somos así por la mismísima clase de causas que explotan al explotado y marginan al marginado. Y la mujer clasemediera está como aislada, encarcelada en su vida cotidiana de sexismo, entre la televisión y Vanidades. ¿Qué espacios, qué oportunidades tiene para salir de ahí? ¿Qué canales de comunicación hay en México para que esas mujeres tomen conciencia de sus esclavitudes?

¿No podria ser esta revista, la única feminista que hay, con sencillez, uno de esos canales?

1971-11-20 20 febrero J

quieren ir. No cabe duda de que las parejas que se están formando actualmente, luego de 5, 8, 10 años de vida misma, están empezando desde otro punto de partida. Esto es muy esperanzador para ir pensando cómo encontrar ese equilibrio entre responsabilidad e independencia, tener cada uno su propia vida y estar sin embargo conectado con su pareja de un modo muy real.

Nunca pensé que la meta del feminismo fuera a ser tan autosuficiente que no necesitara a nadie. Puedes no querer necesitar del mismo modo que necesitaste en el pasado, pero la necesidad de la interacción humana, me parece una de las necesidades más fundamentales; quizás lo más importante después de la comida y el aire.

También, a medida que envejecemos, reconocemos de un modo más claro el valor de las relaciones largas, que se desarrollan en el tiempo; el valor de las personas que conocimos a través de varias etapas de nuestras vidas. Y entonces, empezamos a querer desarrollar esas

relaciones, no solo con una pareja amorosa, sino con dos o tres amigas, por ejemplo, personas que empezamos a asumir como nuestra familia. Creo que las feministas estamos también creando un sentido más amplio de lo que es la familia - Más amplio que el núcleo mujer, marido, niño.

Puede incluir a amantes o maridos, sí, pero también a relaciones que atraviesan esas fronteras y empieza importarse y cuidarse mutuamente.

En mi experiencia como lesbiana he visto el caso de dos o tres mujeres, algunas de las cuales he amado, han sido pareja entre ellas y han sobrepasado la etapa en que eran amantes para asumir un cierto tipo de compromiso con la vida de la otra. He visto casos que una se enferma, queda inválida, y es ayudada por dos o tres mujeres que son parte de su vida de ese modo. Para mí esto es una especie de prueba, de ejemplo de las nuevas posibilidades que incluyen tiempos de gran fragilidad, como es la enfermedad. ✍

Querido Diario:

Marcela Gujosa

Ayer fui al Fondo de Cultura porque Anita me dijo que había novelas policíacas con el 75 por ciento de descuento. No se me antojó ninguna. En cambio sí se me antojaron algunos libros que no tenían descuento: *Diario de una escritora*, de Virginia Woolf. A doce mil ochocientos pesos. Obviamente, no me lo pude comprar, lo cual me dejó de muy mal humor. Ese libro yo lo debería tener. Yo quisiera ser escritora, yo me digo feminista, y era un diario, y era de Virginia Woolf. Me temo que tendré que regresar al Fondo el día que paguen el aguinaldo. Entre otras cosas interesantes, también vi otro diario: *Diario de un genio*, de Salvador Dalí. Ase costó solo ocho mil pesos, también se me antojó, y también se quedó en el librero.

Y parece que voy a empezar a escribir mi Diario. Pero no todos los días, y a partir de mañana, cuando me lo

que son grandes por una u otra razón. Si fuese famoso tu diario será publicado cuando te mueras.

Pero la mayoría de los diarios jamás serán impresos. Se quedarán siendo manuscritos en un cuaderno. Porque de la esencia del diario es que no se escribe para ser publicado, ni para que lo lea nadie, se escribe para uno (a) mismo (a). Se escribe para recordar, para llevar un registro "histórico" de lo cotidiano. Se escribe para relatarse lo que le pasa a uno mismo, para entenderse. A mi mi diario me sirve mucho para eso, para entenderme. (Sobre todo cuando estaba en psicología, mi cuaderno era continuación de la terapia). Nunca lo voy a publicar del todo, pero el diario ayudo en algo.

El diario también ha funcionado como confidente. Es una especie de apoyo mutuo al cual le comparto cosas que a nadie le podría más decir. A veces me da la sensación de que estoy hablando con alguien que me escucha y me presta

idea que nos oye, nos comprende, y, lo mejor, no nos contesta, no nos regaña, no nos juzga. Tal vez por eso el diario ha sido una costumbre muy femenina y por eso también tantos adolescentes tienen un diario. Muchísimas mujeres necesitan expresar sus sentimientos y lo hacen en un cuaderno por no tener con quién hablar ciertas cosas y por temor a la crítica. "Expresar los sentimientos" es algo casi prohibido en nuestra cultura, es algo como lo contrario de pensar, es algo poco importante, cursi y aburrido. Y es algo que nos interesa mucho a las mujeres, algo de lo que nos gusta hablar. Muchas veces no podemos, y escribimos un diario. Y este diario, entonces es aburrido, repetitivo, sentimental, como plática de mujeres. No es literatura.

Sin embargo, también se escribe un diario por el placer de escribir. Como no va a ser leído, no va a ser juzgado ni calificado; y es un descanso, cuando no se es un García Márquez, poder escribir como puedas, sin seguir las reglas literarias de ningún tipo; puedes escribir sobre el tema que quieras, en prosa o en verso, en rollo o en aforismos, bien o mal. No importa. En este sentido, el diario es un maravilloso lugar de libertad absoluta. Porque es para tí sola (o).

Sí, un diario es estrictamente personal. En teoría, por lo menos, porque en la realidad siempre alguien acaba leyendo el diario de alguien. El diario de otro siempre es una tentación. Mi diario de cuando yo tenía trece años tenía una llavecita, por supuesto. Y por supuesto que mi mamá y mis hermanos me robaban la llave y lo leían. Mi diario de los treinta y cinco, que tenía mucho más intimidades que el otro, no tenía llave, y tuve que correr a mi eficientísima empleada cuando descubrí que lo leía y lo comentaba con las vecinas. Al principio me aterró, pero me fui tranquilizando al ver que no pasa nada. Hoy en día ya no pasa nada. Hace cincuenta años, al descubrir a la luz pública el contenido de un diario como el mío, podía significar la ruina y la deshonra de familias enteras. Por lo menos así dice en las novelas. Pero, ¿chóy? Hoy no pasa nada. Fuera de un rato de chisme, a nadie le importa las intimidades de nadie. De cualquier modo yo cuido más mi cuaderno.

Este diario mío va a ser un poco falso, un poco ramboso. Porque lo escribo para ser leído (espero). Y entonces no voy a poder decir todo lo que suelo escribir en mi cuaderno, no voy a poder despotricar contigo, con pelos y seniles de mi mamá (tal vez sí, porque al fin que no me van a poner a leer), o de mi ex marido, porque va a aparecer con mi verdadero nombre. Bueno, al modo. Será de cualquier modo que no se pueda decir tal cual lo escribí en el día. Aunque como dicen, de cualquier modo que se escriba, se va a leer.

mascarate. Nadie ni sus propias esposas, conocerán su identidad.

Pero quiero conservar aquí la forma de un diario, por aquello del tono coloquial, femenino, cotidiano, sentimental, y por aquello de la libertad de estilo, y por aquello de que "lo personal es político", o sea, lo más importante. ¿No crees, querido diario? *z*

fem.

NOVEDADES

PUBLICACIONES
EL COLEGIO DE MÉXICO

Luis Fernando Lara (dir.)
Diccionario básico del español de México

Jorge Padua y Alain Vanneph (comps)
Poder local, poder regional. Editado con el Centre d'Etudes Mexicaines et Centramericaines de la Embajada de Francia.

Angélica Alonso y Roberto López
El sindicato de trabajadores petroleros y sus relaciones con Pemex y el Estado, 1970-1985

Juan José Zapata
El conflicto sindical en América Latina

Francisco Zapata (comp.)
Clases sociales y acción obrera en Chile

Miguel Hales (comp.)
Estrategias de desarrollo tecnológico para países en desarrollo

Problemas metodológicos en la investigación sociodemográfica

El Colegio de México, S. de C. V.
El Colegio de México, S. de C. V. - Universidad Nacional Autónoma de México - México, D. F.

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Estos días me he estado debatiendo entre dos furros: el furor contra el patriarcado y el furor uterino. Los hombres, por un lado los abomino y por otro los deseo. Como siempre, navego en la ambivalencia.

La semana pasada, para una conferencia que di en la prepa, estuve trabajando sobre lo que es el feminismo. Y dije, jubilosa desde el estrado, que la libertad sexual de las mujeres era uno de los núcleos de la lucha feminista. Algunos de mis alumnos varones se asustaron por el desmadre que yo parecía proponer. Y yo, doctamente, explicaba: se trata de que la mujer tenga una vida sexual libre, a partir de su propio deseo y no solamente a partir del deseo masculino. Se trata de que la mujer realmente decida con quién, cómo y cuándo quiere hacer el amor.

Sí, como no. Podemos decretar y quesque decidir. Podemos sentirnos muy libres. Pero, concretamente, ¿podemos elegir? No sé las demás, pero yo siento que no mucho. Para empezar, son muy pocos los hombres que me gustan. Eso del feminismo es una frega, porque te vas volviendo demasiado susceptible, demasiado consciente, demasiado exigente. Y entonces no hay mucho de dónde escoger.

Y como la vida crónica que a mí me gusta y que estoy acostumbrada a practicar es generalmente entre dos personas, surgen otros problemas: no todos los que yo deseo me desean a mí y viceversa.

Bueno, entonces se trataría de tomar la iniciativa y buscar, y elegir. Para esto sería preferible ser joven y guapa. Y moverte en un medio donde pululan los varones disponibles. Pero ni estoy tan joven ni estoy tan guapa ni me muevo en ningún medio de esos. Los varones que me parecen deseables son de mediana edad, y, por ende, están casi todos casados (o arrejuntados). No conozco solterones apetecibles. Los divorciados, por otra parte, tienden en su mayoría a volverse a casar inmediatamente, de preferencia con chavitas de 20 años, inexpertas, dulces y que los veneran como a sus dioses.

Eso significa, entre otras cosas, que mi deseo tiene que constreñirse a horas hábiles de días hábiles. Los encuentros tienen que ser en horas de oficina. Son rápidos, clandestinos, esporádicos y superficiales. Mis amigos me pueden llamar a la hora que quieran, pero yo no. Por supuesto que ni se me ocurre pedirles sus teléfonos particulares. Yo soy la que estoy disponible, a merced de su deseo. Y a merced de su vida familiar ellos no disponen de sus noches, ni de sus fines de semana, ni de sus vacaciones.

Y la soledad. Y la ambivalencia de querer y no querer una pareja. Persistir en la utopía y buscar otro modo de ser. Yo pretendo que nada más quiero amistades, unas eróticas, otras no. Nada de amores eternos, nada de vivir juntos, vemos de vez en cuando pisuri bien y así, así que en su casa.

Pero ni siquiera encuentro fácilmente esos candidatos para ser mis amigos eróticos. Ni en mis trabajos, ni en la universidad, ni en Sanborn's, ni en la Gandhi, ni en el super, ni en el Pe-riférico.

Algunas mujeres se van a ligar a los bares. Y a mí que me pesa tanto mi moral clasemediera, y mi edipo, y mi feminismo. Porque sospecho que en esos lugares las relaciones que se encuentran no son muy amistosas que digamos. Se me hacen más bien de tipo macho-puta, donde de entrada te están menospreciando. Y no me gusta el modelo o no me atrevo. A veces pienso que las casadas tienen mayor libertad sexual, en cierto sentido, que las divorciadas. Por lo menos tienen más a mano una posibilidad concreta.

¿Tú qué crees, querido diario? ¿Que todas las mujeres feministas que no son lesbianas, que son cuarentonas, que viven solas, tendrán más libertad sexual que yo, o que estarán como yo? O seré yo la que tengo la culpa de estar sola. Por fea, o por aburrida, o por rollera, o por neurótica, pues. Me siento como la paloma que se equivocaba. Como que me equivocué de época y de mundo. *MG*

Su casa
alrededor
del mundo



Así es, la casa de usted y toda la amabilidad de una familia, le espera alrededor del mundo con la oportunidad única de que a través de un trato coloquial viva lugares, costumbres, tradiciones y alcance el más alto dominio del idioma que le ofrece el país anfitrión.

Programas en: Bélgica, Brasil, Canadá, Dinamarca, Francia, Reino Unido, U.S.A., Italia, Argentina, Jamaica, Suiza, Barbados, Japón, República Popular China, Australia, Nueva Zelanda y Alemania.

Oficina Nacional en la Cd. de México
Fresas 60 Bis, Tels. 575/2016 559/42/90,
Cof. Tlacoquemecatl, C.P. 03210 México, D.F.

Comités Regionales: Colima Col. Uruapan, Mich. Istmo
Guadalajara, Jit. Matamoros, Tams. Querétaro Oro
Pachuca, Hgo. Oaxaca, Monterrey, N.L.



Intercambios Culturales AFS de México A.C.

Querido Diario:

Marcela Gujosa

De nuevo mi madre. Mi madre-yo misma. Todas nuestras madres, todas las viudas, todas las mujeres viejas solas. Todas nosotras mismas dentro de algunos años.

Ya no podrá seguir viviendo en su viejo departamento de siempre. Hoy lo que conviene es convertir todos los edificios, antes de renta, en *condominios*. O sea, o eres millonaria o te vas al carajo. O lo compra (al contado, trece millones, baratísimo) o se sale. Es decir, se sale.

Sus cuatro hijos estamos pensando qué hacer, dónde vivirá. Estamos buscando algún lugar chiquito que pueda comprar, o tal vez rentar. Haciendo cuentas, tejiendo fantasías, consiguiendo préstamos, tronándonos los dedos.

Y veras cómo entiendo tu angustia, mamá. La muerte de tu mando (tu media naranja, tu media carne, tu media vida), hace pocos meses. Como si te hubieran arrancado un ojo o una pierna. Un miembro que te dolía, que estaba enfermo, pero que era tuyo. Sientes que te lo cortaron de tu carne, y aún no te acostumbras a tu nueva ligereza como de mutilada.

Y cuando te empezabas a parar tú sola, con tantos trabajos, inventando ese nuevo equilibrio que nunca habías vivido, sientes que te quitan, literalmente, *el suelo*. Ese suelo y esas paredes y ese techo que por 30 años fueron tu casa. Te quitan tus viejas costumbres de moverte como te mueves cotidianamente en ese pasillo, en esa recámara, en ese baño azul. Tu ritual de la lavada ya nunca va a ser igual, aunque conserves tu vieja Hoover. Tú hiciste esa casa pero como también esa casa te hace a ti.

Y sientes que tienes que cambiar tanto, en otro lugar. Y es cierto, porque como estamos hechos de rutinas, de manías y de movimientos que dependen de las cosas y los espacios que nos rodean. La gran mesa del comedor que poco a poco se fue convirtiendo en el lugar más sosegado para platicar con tales y

cigarros- nos hizo a todos adquirir la costumbre de nunca usar la sala y yo también recibo a mis visitas en mi comedor.

Y cómo te bañas ahora y cómo te bañarás de otro modo, porque las regaderas nunca son iguales y el lugar del jabón y dónde colgar tu bata. Vestirte y arreglarte en el baño o en la recámara. ¿Tendrás tocador? ¿Lavarás tus trastes a gusto en tu nuevo fregadero?

Tu espacio tendrá necesariamente que ser reducido. Todas tus cosas, todo lo que cabe en tus múltiples closets y cajoneras. Venderlo, tirarlo, regalarlo, te dicen. Es como si te pudieran otra mutilación vende tus ojos y tus recuerdos, te pueden dar una buena lana. Regala tus esfuerzos y tus manos. a tus hijas les servirán mucho. Tira tus dientes y tus venas, para qué guardas tantas mugres que ya ni sirven, la verdad.

Hazte chiquita. Puedes caber en 50 metros, sabiéndote acomodar.

Y lo peor, la siempre presente amenaza de tener que irte a vivir con alguien. La posibilidad de la abdicación forzosa. Tú la Señora, tú la Madre y la Dueña. Tú la Mandamás tal vez tengas que venirte a alguna de nuestras casas o a la de tu hermana. Y entonces abuelita incómoda y criticada o hija de tus hijas o hermana menor de tu hermana menor, callada y prudente en casa ajena.

Ser Ama de Casa. Tanto que renegamos, pero qué terrible dejar de serlo, porque muchas veces es nuestro *único reinado* y nuestro *único poder*: tu cocina, tus carpetitas, tu mechudo, tus plantas. Tu horario, tu estilo, tus recetas. Tu propio orden sobre tus propias cosas.

Cómo no te va a doler renunciar a todo eso, sobre todo si nunca tuviste otra profesión ni otra fuerza ni otra seguridad.

Cómo no me va a dar miedo la vejez, si después de ser adulta te puedes convertir en una especie de niña dependiente y achacosas.

No nos queda otra que seguir buscando un lugar digno para nuestra madre, como se pueda, a pesar de la crisis. Y poner nuestras barbas a remojarse. Necesitamos un lugar digno nosotras mismas, para un tiempo que no está tan lejano.

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Palabra que yo ya mejor quisiera echarme para atrás. Quisiera que esto no se publicara. Quisiera volver al secreto de mi cuaderno. Desde que colaboro en FEM ya casi no escribo mi verdadero diario. Ya siempre estoy imaginando *temas publicables*. Me la paso pensando en los lectores qué esperan de mí, qué dirán, si les gustará o no, si se decepcionarán de mí, si me criticarán. Y es que, no lo puedo creer, pero me han salido muchos admiradores. (Saludos y agradecimientos a mis fans, especialmente a los de Ixmiquilpan, a los de la UIA, a los de Belisario Domínguez, a los de Taxqueña, a la mamá de Pati, al hijo de Marga, a los de la prepa, a mi madrina Chayo, y, por supuesto, a mis hermanos rabos, a mi club feminista y a mi madre). Esto de sentirme *medio famosa* me halaga (soy Leo) pero me obliga, me pesa, me altera.

Este mes me van a perdonar. No tengo tema. O bueno, sí el "no tengo tiempo". Esto lo estoy escribiendo en el último minuto, cuando ya cerraron el número (Perdón, Esperanza). Y es que se me fue el santo al cielo. He estado como loca, en una absoluta confusión mental, afectiva y estomacal. Además, me dio gripa. Siempre con prisa. Me siento como liebre perseguida por los perros. Agotada. Manejo un promedio de cuatro horas diarias. Cuando espero a los niños en la clase de música, estoy sentada en mi vócho, estacionada entre carrazos con un chofer cada uno. Y qué coraje me da no ser millonaria. Pero se me hace que lo que realmente me agota es el rollo que traigo en la cabeza. Cuando salga este número, no sé que más habrá pasado en la UNAM y en el país. Hasta hoy, el panorama se me hace negrísimo. Nos la hemos pasado en la prepa con asambleas diarias. Y eso es más cansado y más tenso que dar clases. Llevamos un mes haciendo las dos cosas. Ha habido discusiones muy buenas, aliadas, alocucionadoras. Y otras tristes, reiterativas, cansadas y aburridas. Nuestro salario, nuestro trabajo, nuestro futuro, nuestra dignidad. Todo se discute, pero se han entremetido tantas cosas... que a veces ya no se entiende nada. Todos quieren cambios y no sabemos concretamente como hacerlos. En el fondo todos tenemos miedo. Y me

cuando tienes mucho miedo es frecuente que mejor escoges lo viejo, lo ya establecido, obedecer. Porque la otra posibilidad es aterradora: pensar, inventar, atreverse a burlar el precipicio, trabajar hacer algo que no está hecho y que no sabes bien como va a salir. Unos días me lleno de esperanza oyendo hablar a la gente con lucidez, con imaginación, con ganas de cambiar, con tanto amor por la UNAM y por nuestro país. Y otras veces me deprimo, cuando gana el miedo y la estupidez y la neurosis y la repetición de las consignas más elementales, patriarcales, tan viejas y sabidas.

Por debajo de todo se siente, por lo menos en mi prepa, una gran solidaridad. Y estamos aprendiendo a discutir y a tolerar las diferencias, hemos aprendido muchas cosas de los chavos, y hemos tenido que oír, afortunadamente, sus críticas. Hemos dialogado con los trabajadores administrativos, siempre tan lejanos, ahora, por fin, más cerca. Por supuesto, algunas gentes me desesperan, me irritan, y me tengo que aguantar. Pero en esa cosa que llamamos democracia habrá que oír de todo y eso a veces qué hueva, resulta cansado, mediocre, aburrido, contrario a lo que tú opinas.

Estoy como obsesionada con estas broncas, y no pienso en otra cosa, me da coraje que me afecte tanto, devero los periódicos, los platico con todo mundo, quiero más información, les explico a los chavos lo que sucede, me enfurezco, me calmo, me asusto, y mi gastritis aumenta.

Total que me la he pasado llena de angustia. Hay días que veo a mis hijos y me dan ganas de llorar. ¿Qué país les va a tocar? He de estar muy reganona. Y ellos no han de entender que lo que traigo encima todo el día es el pacto, y la maldita contaminación, y los corajes en el súper, y el tráfico, y los *Futipaldis* en el periférico rebasándote a mil por hora, por la derecha, claro, y los agravios y desagravios a la virgencita, y los candidatos y la desobediencia civil, y la isla de los niños —ahora musical piano, guitarra, grabadora con rock y TV, todo al mismo tiempo— y tengo que calificar y junta del consejo editorial y cuando vas a acabar la tesis y estás fumando muchísimo y ya mero son las inscripciones y necesitas sesientos mil pesos extras y te tengo que hablar al plomero y mamá me duele la muela y hay jornada cultural en la escuela y que a huevo tenemos que ir y que si no quieres dar una conferencia a del día de la mujer y que dice la mamá que hace mucho que no vas y que le hablaban de FEM que si atiende.

Pero bueno, hasta donde tu misma has elegido esta vida. Si se pudiera ser, como dijo el poeta, "como el árbol que espiga y la fuente, que se dan en silencio sin saber que se dan". Y yo ya mejor me voy a dormir. Que te salga muy bien un día. Te besa tu mamá. (Ella se besa con un niño que le hace

Vida Cotidiana

Querido Diario:

Marcela Gujosa

Son las doce de la noche. Estoy oyendo un disco maravilloso de obras para piano de Manuel M. Ponce. Para estar de acuerdo con esa música, tendría que escribir por lo menos como López Velarde. Bueno, ya mero lo logro

Hoy fue un día cansado, sin embargo la comida con mis amigas estuvo muy divertida. Mientras volvíamos a la vida con unos idemes, platicábamos de aquel artículo de fern que criticaba a las estampas Garbage

Yo decía que la ola de indignación que se levantó por esas pinches estampas me pareció excesiva. Y, cosa rara, no estábamos de acuerdo. Ellas, horrorizadas, las condenaban en absoluto. Hasta acabamos hablando de estética, y, como estábamos discutiendo tan acaloradamente, la cosa se polarizó y yo me encontré en el extremo de que parecía que a mí me encantaban las famosas estampas

Pero por Dios santo que no. Ni me parecen obras maestras del arte contemporáneo ni digo que sean de provecho ni que sean lo más agradable que he visto en mi vida

Lo que yo alegaba es que no es para tanto. A mí me da la impresión —o yo quisiera creer— que no les hacen tantísimo daño a los niños (Por lo menos a los niños de primaria, yo pensaba en mis hijos) Me acordé de un libro buenísimo que leí hace mucho, "Los años mágicos", de Selma Freiberg. Siguiendo a Freud, hablaba del desarrollo infantil, y ponía unos casos de padres que no permitían que sus niños vieran nada horrible. Si se les moría su pollito, rápido les compraban otro y se lo sustituían. Que no vieran la muerte. No dejaban que nadie les contara cuentos de duendes, brujas, monstruos, fantasmas o aparecidos. Observando a esos niños se encontró que tuvieron de todos modos, miedos y pesadillas e pintosas. Como todos los niños. Y también se vio que si les enseñaban cuentos de duendes, de todos modos con el pollito o con lo que fuera morían y se reían.

Yo ya no recuerdo exactamente lo que me pasó



Rosamaria Roffiel

que los niños son seres angelicales, puros, cándidos e inocentes. En el alma infantil existen, de manera intensísima, todas las pasiones; el odio, las ganas de matar, la violencia, el instinto de destruir, la envidia, los celos, la tristeza, el miedo, el deseo, el amor y la esperanza. Los niños pueden ser muy crueles. Los niños —y los adultos— tienen fantasías y sueños sangrientos y horribles, que dejan palidas a las famosas estampitas.

Yo, cuando era chica, jugaba con mis primas a que despellejábamos a una, y luego, encantadas, le echábamos limón y sal y chile piquín. Lo actuábamos y hasta llorábamos de la emoción. ¿Y los celos entre hermanos? ¿Y la rivalidad? Son espeluznantes. Son absolutos.

Las fantasías destructivas y las ganas de desquartizar, matar o desaparecer a nuestra madre o a nuestros hermanos, o a nuestro marido, o a nuestros hijos, aunque le muerda de las veces sean inconscientes, creo que TODOS los hemos sentido alguna vez. Lo bueno es que por lo general duran poco. Pero se ha prohibido que cuando ya duran no sólo llevarlos a la tumba sino sepultarlos. Apenas es. Formeica parte de lo prohibido, esto es de ser niño. Los sentimientos de sexo, de amor, de sexualidad. Pero cuando ya pudiese ser un niño, con los celos, la envidia, la tristeza, el miedo, el odio, las ganas de matar, la violencia, el instinto de destruir, la envidia, los celos, la tristeza, el miedo, el deseo, el amor y la esperanza. Los niños pueden ser muy crueles. Los niños —y los adultos— tienen fantasías y sueños sangrientos y horribles, que dejan palidas a las famosas estampitas.

VIDA COTIDIANA

Querido Diario:

Marcela Gujosa

De qué escribiré este mes. Temas, tengo muchos. Pero son gruesos e impublicables, porque pertenecen a gente querida demasiado cercana. Mis broncas las ventilo alegremente con todo mundo; pero las de mis íntimos me convierten en pudorosa. Y no acabo de aprender a disfrazar las cosas, y me cuesta mucho trabajo inventar, a pesar del excelente taller literario al que acabo de asistir. Y luego, tan criticada que he sido. Que tengo que fundamentar mis aseveraciones. Que tengo una enorme responsabilidad. Que soy muy envidiosa y negativa. Ah, chingao.

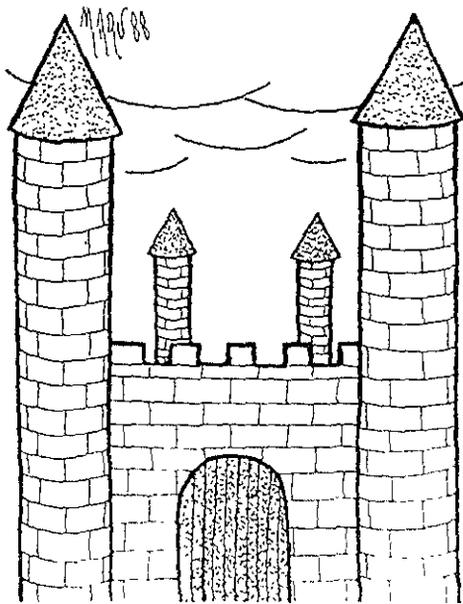
Lo bueno es que también he sido inmerecidamente felicitada. Qué linda esa Socorro. Me deja consolada y agradecida.

Este mes habría mucho qué decir. Que estamos en huelga. Que no me pagan por ser del Sindicato. Que ya empezaron las inversiones térmicas. Que la toma de posesión. Etc. Pero este número sale hasta enero, y en enero ya qué. Qué difícil escribir de temas socio-económico-políticos con un mes y medio de adelanto. O de atraso. Y más cuando no es una (yo diría "uno", pero por ser *ferm* pongo "una", no me vayan a regañar), cuando no es una especialista en ciencias sociales ni económicas ni políticas.

Mejor que se trate de mi subjetividad. Acabo de leer un libro padrísimo, muy impresionante: "Retrato de un matrimonio", de Nigel Nicolson. El autor es hijo del matrimonio tan singular que formaron Vita Sackville-West y Harold Nicolson. Yo, confieso, no sabía quiénes eran. Pues eran una pareja de aristócratas ingleses que nacieron a finales del siglo pasado. Escritores ambos. Lo curioso del caso es que ambos eran homosexuales, y sin embargo, se amaron siempre profundamente, con un amor de amistad o de *benevolencia*, como dirían los medievales. Ella, en su juventud, aunque ya casada, estuvo ciega y arrastrada por una pasión: una tal Violet. El marido lo sabía, y la comprendía. Después de vanos episodios tormentosísimos, de escapadas de las dos, y de persecuciones y escándalos por toda Europa, se acaba el asunto y Vita vuelve a su hogar, con su marido y sus hijos. Después tendrá varios amores, ya no tan escandalosos. El último nada menos que con Virginia Woolf. El Orlando

se lo escribió a ella: Orlando es Vita. El marido, que pertenecía al *Foreign Office*, viajaba continuamente, y también tenía sus amorcitos. Las cartas entre los dos son extraordinarias; siempre amigos, siempre entendiéndose y apoyándose y amándose, hasta la muerte. Me recordaron la pareja de Sartre y Simone de Beauvoir. "Una relación *necesaria* y muchas *contingentes*". Lo principal era el respeto y la libertad, y una fuertísima lealtad entre los dos que no tiene nada que ver con lo que hoy llamamos "fidelidad".

Todo muy loco, muy arrebatado; época victoriana, pasiones gruesísimas. Hasta a mí me parecen desmesuradas. Como si fueran de a mentras. Pero no: así vivían y sentían realmente. Dos almas grandes, finas, *snobs*, que no estaban hechas para lo vulgar. No estaban hechas, por lo tanto, para el matrimonio. Eso de

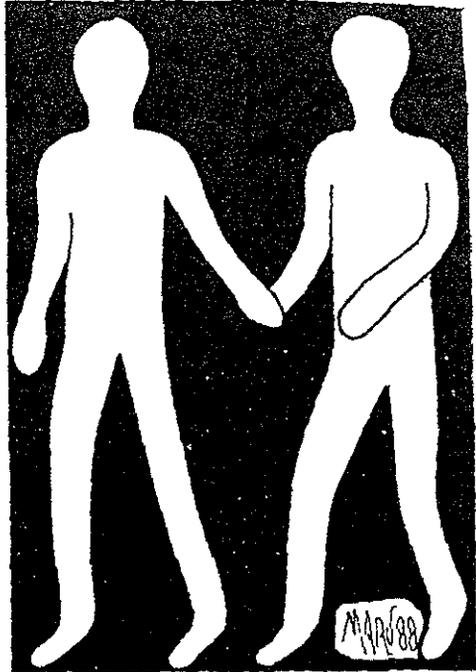


la familia, y el trabajo, y los hijos, es para los mediocres. (Mediocre, es decir, pequeño burgués, vulgar, clasemediero, pinche).

Ellos eran *Artistas*. Los adjetivos con que se califican son "sensible", "arrogante", "deliciosa", "exquisita", "caprichosa", "audaz", "magnífica", etc. Todos van con *ser* y con *alma* y con *criatura*. De ahí debe haber sacado ondas Corín Tellado. Y como eran inmensamente ricos, se podían permitir ser así. ¿Hijos? Sí, pero jamás los atendieron. Ni los veían casi. Tenían bastantes nanas, nodrizas, ayas y preceptores para olvidarse de ellos. Vivían *intensamente*, sin preocuparse de minucias, cada uno por su lado. Cuando se veían, se adoraban. Se leían sus escritos, se rodeaban de la mejor gente de su época: los invitaban unos meses a su castillo con sesenta criados o se iban juntos a descansar unas *temporadas* a sus villas en París o en Montecarlo o en Roma.

Y ya me caché que yo siempre he tenido esa fantasía; en el fondo, a mí me hubiera encantado vivir así. Y a algunos que conozco, también. Nos hemos sentido aristócratas decimonónicos. Hubiéramos querido tener matrimonios abiertos, inmorales, bohemios, millonarios. Cada quien con sus amantes y sus habitaciones. Tú el ala izquierda y yo la torre, con mi encantador estudio para escribir. Seríamos un poco alcohólicos y un poco drogadictos. Tú me hablarías de vez en cuando de tu último capricho, esa criatura deliciosa y diabólica que te enloqueció; yo te describiría mis placeres de la semana pasada. Y viviríamos algunos días de calma (qué prefieres, querido, permanecer aquí en el castillo o descansar en nuestro *cottage* de Escocia). Nos solazaríamos en la seguridad de nuestro viejo y amistoso amor. Y luego, tú te irías a París a seguir trabajando de embajador y yo, después de unas compras y unos reventones en Florencia, regresaría a mi torre a seguir escribiendo. A ratos haría jardinería, y tocaría, lánguida, sonatas de Schubert en las tardes brumosas de otoño.

Lástima que no pudimos. Hoy ya no se puede. Pero, ¿cuántos pretenden vivir así, en el mito del artista bohemio y atontado? Dízque perseguimos el verdadero amor, y cambiamos, oh mediocres, una vulgaridad por otra. Porque no nos queda más remedio que ser mexicanos post-modernos. Como todo el mundo, nos divorciamos y nos volvemos a casar. Cotidianos cotidianos. Y en vez de enfrentarnos a nuestro gran destino, nos enfrentamos a la influencia, nos dedicamos a ver por los hijos, a luchar por el pan con nuestros vulgares suecitos. Pagar la luz y el gas. No matamos en el penférico. Hacer colas en el banco y en el super. Y las grandes pasiones no pasan de ser ligeros idiotas, vacíos, pasajeros. ¿El gran artista? Se pasa más de la mitad de su tiempo haciendo anteala en oficinas gubernamentales para ver si le aprueban su proyecto o para suplicar que ya salga su cheque



Haciendo corajes, regateando centavos, como una cualquiera.

Ni grandes pecados ni grandes destinos ni grandes pasiones. Ahora son vulgares síntomas. Antes, existía La Melancolía. Hoy se llama depresión. Estamos nada más neuróticos, como todo mundo, y vamos a nuestra terapia. Ya ni siquiera los homosexuales son trágicos, heroicos ni escandalosos. Ya no hay juicios como el de Oscar Wilde.

Qué lástima, ¿no? Almas tan extraordinarias, metidas en este pinche mundo tan común y corriente. Dentro de la normalidad, qué dolor. Por esos muchos se inventan (nos inventamos) terribles azotes y grandes y falsas tormentas pasionales, para ser intensos, para no ser alguien que "piensa padre y vale chorros", alguien "la buena onda", alguien simplemente ordinario.

Y sin embargo, lo somos. Pero yo lo veo como reto. No se trata ya de hacerle al Gauguin ni de buscar lo extraordinario en el manicomio ni en los bajos fondos. El chiste es decir algo desde este vulgar *aquí* que nos tocó vivir, con todo y esa "intima tristeza reaccionaria".

VIDA COTIDIANA

Querido Diario:

 Marcela Guijosa

Estoy llena de culpas. Para variar Lo bueno es que este mi querido cuaderno me funciona como confesionario, con absolución y todo. Ahorita apenas voy en el *dolor de corazón* y no sé si llegue al *propósito de enmienda*.

La culpa principal que siento hoy se debe a mi terrible e incontrolable afán consumista. Soy lo más consumista que conozco. Bueno, consumista chica, no muy grande. Lo que me ha protegido, gracias a Dios, es que soy pobretona. Porque si yo fuera millonaria, qué horror, yo creo que ya no podría vivir en esta casa. Ya no cabríamos, de tan llena que estaría de cosas y cosas que seguramente hubiera comprado.



Claro que la otra cara de mi consumismo tiene como causa, precisamente, mi falta de dinero. Me alcanza justito para lo indispensable, y entonces *siempre* estoy deseando cosas, digamos, "superfluas", además de algunas que sí necesito "Cuando cobre el pagaré, el pagare."

Yo creo que en el fondo he de tener vete tú a saber qué sentimiento de carencia, una como indigencia innata, porque siempre estoy deseando comprar. Y en el comprar encuentro muchísimo placer. En el comprar *cualquier cosa*. Aunque me quejo de que me da muchísima flojera ir al super, secretamente me encanta, porque se trata de comprar. Tener dinero me hace sentir poderosa, y tener cosas, también.

Bueno, hay cosas y cosas. No me hace la misma ilusión comprar carne y verduras y *conflakes* que comprar zapatos o perfumes. Tengo mis lugares y mis cosas favoritas. Por ejemplo, una papelería. O un mercado en un pueblo de México: me es totalmente irresistible. Las artesanías. Como cuando estuve en Pátzcuaro, acuérdate. ¿Cómo iba yo a soportar no comprar nada? La primera mañana ya me había yo gastado todo mi dinero. Cómo resistir la exposición de figuras fantásticas y horribles de Ocumicho. Puros diablos y puras sirenas. Y yo, que he sido sirena, cómo no iba a tener *ésta*, de mirada terrible, tan seductora, rodeada de diablos de colores, malvados y libidinosos, con las lenguas de fuera. Y con todas las dificultades del mundo, me la traje. Bueno, es un decir, porque más bien me la trajo en su coche, amablemente, una amiga. Y como ella también era consumista de artesanías, y ella también se había comprado muchas cosas, me animaba, aunque yo me iba a regresar en tren, y pesaba muchísimo, y se podía romper.

Y lo peor es que, después de tanto pedo, me pasó lo que tan a menudo me pasa: me arrepentí de haberme comprado. Lo que me sucedió con la sirena es que cuando por fin la tuve en mi poder, ya viéndola bien, de noche, con las sombras de mi lámpara, me dio muchísimo miedo. La cola bifida, levantada, se proyectaba en la pared como si fuera la sombra de los cuernos de un diablo mayor invisible. Y francamente, no. Eran demasiados diablos y cuernos para tenerlos en mi recámara. Como que preferí en mi intimidad puras buenas vibras. Mejor mis sirenitas ingenuas tocando su guitarra. Mejor la Virgenita de Guadalupe. Y bueno, como le había encantado, le regale la diabólica sirena a mi primer mando.

Otra cosa irresistible para mí son los huipiles y blusas y atuendos folklóricos. Tengo muchísimos, pero si veo uno que *no tengo*, siento que me lo debo comprar. A huevo. ¿Cómo me va a faltar ese bordado de punto de cruz de Cocueho? Y luego la docta explicación cuando me preguntan, qué bonita blusa ¿de donde es?

Y como me encanté en tu momento, llámame la atención. Ser vista. Ser oída. Ser oída. Aunque ser por la top...

Y las joyas. No es que tenga tantas, pero cómo me fascinan. Si pudiera tener cien anillos diferentes, los tendría. O collares. De plata, mexicanos, onda indígena, claro. Lo de la plata es una buena elección cuando uno es de la clase media. Porque imagínate si me gustara el oro y los brillantes. Pura frustración.

Y la ropa en general. O sea, los trapos. O los malditos libros. También tengo consumismo de libros. Con mi gran biblioteca, cuya tercera parte, fácil, no he leído. Pero siento que esos libros *los tengo que tener*. Por si acaso. Y los discos. Ya mejor ni hablo de los discos. Como ya no se pueden comprar los carísimos importados, pues aunque sea de los quince grandes éxitos de los Hermanos Martínez Gil, en el super. Y llego feliz a mi casa, a ponerlos. También aquí, de la mitad de mis compras me arrepiento. (De ese de los Martínez Gil, no: está padrísimo).

Y luego con la crisis, en la prepa *diario* compro cosas. Porque todo mundo vende algo. Y, ¿por qué no? Hay una como solidaridad: todos venden y todos compran. Es muy cómodo: en dos pagos, maestra. En la quincena me da. Me hipnotizan las joyas de la Güera, los plumones gringos, los cosméticos. La fayuca. Estuches de sombras con cincuenta y dos tonalidades, qué maravilla. Rímel transparente. Bilés que son verdes pero te queda morado. Y ya lo peor de todo: los fichús de la India. *Pure silk*. Es lo que más me encanta en el mundo.

También hay comida, pero esa no me da tantas culpas. Será porque mis hijos también comen. Lo mejor es el señor que va cada quincena a vendernos longaniza y cecuna, que él fabrica. Buenísimas. Y los quesos. Y la miel de abeja, de la mejor, que traen de la sierra de no sé dónde. O los chocolates gringos. De la comida casi no me arrepiento.

Pero de lo demás... de mi falda de cuero de León, carísima, que me compré porque los malvados de los profesores me vieron indecisa, que se la pruebe, que se la pruebe, y cuando me la puse los chiflidos, los gritos, te ves a todo dar, guau, etc., y claro, la pendeja se la compró. Ni me la pongo, porque como que no es mi línea. Además, me queda como faja. Lo bueno es que se las presto por temporadas a mis amigas.

O la bolsa roja, de cuero con víbora, baratísima. Y a los dos días que la volví a ver, ni tanto que me gustaba. Además, Coqui y Anita ya dijeron que estaba horrible. Y como a Tere le gustó muchísimo, estoy a punto de regalársela. (Muchas cosas las regalo después: eso es parte del proceso de absolución).

Hasta miedo me da ser rica. Voy a tener que inventar un método de control sobre mis horribles impulsos. Porque si no, mis quincenas se me van a acabar en la pagada de los abonos. Y si no nos aumentan más que el diez por ciento... ¿Me buscaré una terapia para mujeres que compran demasiado? O mejor voy pensando yo qué podría vender... ☹



Librerías de Cristal



En
LIBROS



DISCOS
de compañías independientes

y



REVISTAS
especializadas

¡TENEMOS ALGO NUEVO PARA USTED!

Año 13 no. 78 Junio 89

LA MUJER EN LA CIUDAD DE MEXICO

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Hoy se me pidió hablara de la Ciudad de México. Me gustó la idea; se me hizo como cuando en la escuela nos decían "hagan una composición". Mi ciudad. Este mi lugar que, de tan cercano y presente, me pasa a veces desapercibido.

Me puse a ver a mi alrededor. Y me vi a mí misma. Me vinieron a la memoria pedazos de mi vida que son al mismo tiempo lugares, rumbos de mi ciudad. O momentos que son ciudades. Tengo muchos Distritos Federales, muchos Méxicos míos.

Mi vida actual es, fundamentalmente, el sur de la ciudad. Este momento, como todos los demás de mi historia, está formado por barrios y por caminos. Mi vida actual tiene como centros una serie de lugares conectados por ciertas calles. Esos ejes son como mis propios ejes. Hoy soy Insurgentes Sur y el periférico y la Calzada de Tlalpan. A ritmo lento. Soy el Viaducto y La Viga, con más fluidez y tranquilidad.

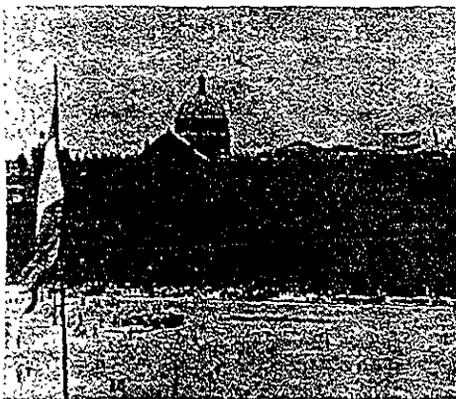
A ratos, soy pequeñas callecitas, llenas de gente, del pueblo de Contreras. Luis Cabrera y San Jerónimo son las vías mágicas que me trasladan de mundo. En unos cuantos minutos se acaba el tráfico, la vida moderna, el calor, y llego a las montañas verdes y frescas, a los pies del Ajusco. A la paradoja vegetal y geográfica de los pinos junto a los magueyes. A las huertas de fruta. Con flores y colibríes. A mi casa de adobes. A mi pueblo donde los vecinos tranquilos se dicen buenos días. A mi calle que no tiene nombre, donde pasan burros cargados de leña y de pulque y cerdos enormes, amarrados del hocico, conducidos al mata-dero. Gallos que te despiertan. Lluvias torrenciales. Frío. Chimenea. Otro termómetro y otra realidad a cuarenta minutos del centro. Peregrinaciones, cantos de concheros, calles adomadas en viernes de Dolores y en La Magdalena. Cohetes. Pueblo, pues. Gente cercana y solidaria, que te trae un plato de calabaza en tacha el día de muertos. Que te avisa si vino el gas. Bandas de chavos que pintan todas las bardas en la noche, presencia amenazante en la paz de nuestras calles. Contreras, mi adultez, mi maternidad, mi trabajo. Mi descanso y mi lugar.

Mi infancia, sin embargo, se construyó en el centro de México. Crecí y me hice, en parte, en una isla de la Colonia Condesa. Avenida Veracruz veintisiete. Niña protegida, no corrí en esas calles. Camión de la escuela

la. Primaria represiva en Puebla y Cozumel. Y algunos sábados en Chapultepec. Paseos tranquilos, ciudad-caminada. Chapultepec de mi abuelito Pedro, *Chapu-* Zoológico de maravilla, algodones de azúcar, cuento intercalados. El Castillo, tan mío, tan conocido, cuando todavía no sabía yo nada de *Noticias del Imperio*. Castillo del carruaje de Don Benito Juárez y del niño héroe que se aventó con la bandera *desde aquí*.

Auditorio Nacional de la Feria del Hogar, que no puedo recordar por qué me gustaba tanto. Monumento a los Niños Héroes (que siempre se me hizo horrible, con esas cosas como garras o como percebes) uniforme de gala, asoleada infernal, paletas heladas; niñas desmayadas algunos trece de septiembre.

Qué distinto ese Chapultepec del de mi adolescencia y mi juventud. Chapultepec de las pintas, del lago y las lanchas y la remada. Amorcitos en el bosque Pandilla, escapada de la prepa, ilusionada con el desayuno de café y molletes en la cafetería del Parque con los primeros Raleigh con filtro, feliz de estrenar



Ana Lina Villareal

el Chapultepec nuevo. Montaña rusa, torbellino, tra vestura

Chapultepec entrañable de mis pinitos culturales. Descubrimiento asombrado de mi orgullo patrio con el Museo de Antropología. Visitas incansables a las salas de abajo y de arriba. Primeras emociones estéticas: verdaderas, mil novecientos sesenta y ocho, con mis amigas *cuerpones*. La escuela de París en el Museo de

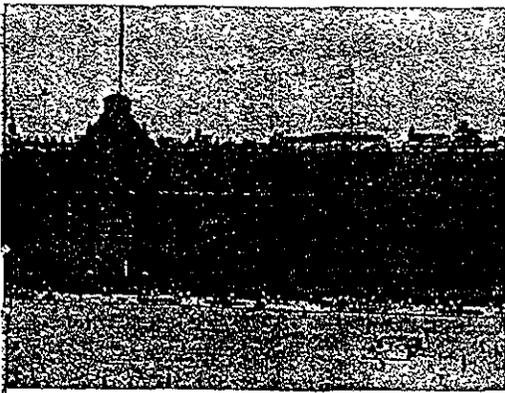
Arte Moderno Ver, con lágrimas, con tus propios ojos. Modiglianis y Picassos y Matisse Y aprender a descubrir y a admirar Tamayos y Cuevas y Diegos y Fridas. Primeras pláticas profundas, entre Lobsang Rampa y León Felipe Sintiéndonos muy cultas asistiendo a conferencias y conciertos en la casa del Lago.

Y nuestra fuente favorita, ¿te acuerdas, Coqui? Don Quijote y Sancho, chiquitos, bronce perfectos. Mosaicos con arenas y fragmentos del texto cervantino. Y un sencillo chorrito de agua. La paz absoluta en esa esquina antiquísima y vegetal de Calzada de los Filósofos y Calzada de los Poetas.

Luego, también, Chapultepec de mamá. Asistencia forzada a fiestas infantiles de sobrinitos, pedazos privados de bosque limitados por cuatro hilos con globos de colores. Juegos, pelotas, payasos ambulantes. Pastel y medias noches. Ya no tanto tu diversión, sino más bien encargarte de vigilar y promover la diversión de tus niños. Mamitas de jugo. Curitas para los raspones. Arbitraje en los infinitos pleitos. Y cargar, siempre cargar. niños y sillitas y pañaleras y cajas de refrescos y miles de bolsas de plástico del super.

Y mi Chapultepec actual, siempre querido, aunque sea de pasada por el periférico o algún museo de vez en cuando. Lejano, pero siempre presente como parte de mi ciudad, o sea, de mi identidad.

Otro punto de referencia de mi vida es el centro. Zócalo de mis entretelas, símbolo de mi patria. Mi orgullo, como si lo hubiera yo misma construido. Es mi Catedral y mi Palacio Nacional. Mi grito del quince



de septiembre y mis campanas y mi Monte de Piedad. Siempre que llego o que paso por él se me acelera el corazón y me dan ganas de gritar. La mejor plaza del mundo, centro del centro, herencia de mi padre.

Mi padre, madrileño, que vivió y murió en esta ciudad, a la que tanto amó y a la que hizo suya. Y que me enseñó a amarla. Cuando yo era chica lo acompañaba a sus trabajos Joyería Kenya, Brasil y Guatemala.

la. No se usaba decur gerente era el encargado. De ahí saco ese su afán de coleccionar y componer relojes de todas las clases, que le duró toda su vida. Más tarde, Librería y Papelería Goya, Cinco de Mayo y Motolinía. Motolinía de los corsets y los instrumentos médicos. Primer "trabajo" mío, de vez en cuando, ayudar, buscar alguna cosa. Y salir a tomar un café y un helado al Chufas, en la calle de López. Centro recorrido con cuidado, sin coche, calle por calle. Saludando a los otros comerciantes. Bromeando siempre con el mesero del café, que le decían *El Chaval*, que creo que todavía sigue ahí.

Y luego, dieciocho años, mi centro propio. Joven e inexperta empleada de cambios y cobranzas, Banco Comercial Mexicano, Avenida Juárez catorce. Atención esmerada a extranjeros que venían a cambiar sus *traveler checks*, orgullosa de mi inglés elemental, coqueteando con los gueros guapísimos. Con el Palacio de Bellas Artes toda la mañana, blanco y pesado, brillando frente a mí. Caminatas agotadoras a la central de Isabel la Católica, a entregar documentos, muerta de hambre con mi portafolio, calor de las tres de la tarde. Dos *tin-larimes* en San Juan de Letrán. Después, una marina de mole y una coca en El Molino de Dieciséis de Septiembre, donde trabajaba mi tía Aurora.

Y tardes universitarias. Tomaba en la esquina el *Uruguay-CU*, que hacía una hora de travesía. Para no dormirse, porque me daba pena ir con la boca abierta y babeando, me compraba a veces un *Vanidades*. Tenía clase de mole y nunca llegaba. Cuando me dormía, me despertaba sobresaltada con la entrada del camión en ese túnel que tiene topes vibradores. Todavía pensaba ser matemática, y me bajaba en la Facultad de Ciencias.

CU, paraíso terrenal. Otra de mis islas favoritas. Desde el salón se veía la explanada. Edificios bellísimos, y árboles, y pasto verde. Encuentros fundamentales, descubrimientos del mundo. Mítines, asambleas. Miedo. Silencio.

Después, amores clandestinos, en la parte de atrás de algún coche. Aguas con las patrullitas. Manos y besos inolvidables. Y muchos años después, filosofía en serio, Facultad bulliciosa, divertida y empapelada.

Y mi Paseo de la Reforma. Tal vez la calle que más amo. Chamba en Crédito Hipotecario, Reforma noventa y seis, primer piso, ventana a los árboles. Hija de familia, vivía entonces en Bahía de Santa Bárbara casi esquina con Melchor Ocampo cuando no había circuitos interiores. Cuando Tiber y la colonia Cuauh-témoc no estaban tan lejos, ni había puentes para cruzar. Arriesgábamos la vida atravesando ese cruce. Había toda una técnica que nos enseñó mi mamá. Primero para acá, ojo al semáforo. Aquí te esperas. Cuando se ponga la preventiva, para allá. Zig-zag peligrosísimo todos los días. A veces me acompañaba mi novio, ese que conocí en la esquina y se me declaró en un *Cin-cin-unvalación*.

A la salida del trabajo caminaba, desde la estatua de Cuauhtémoc hasta el Ángel. El Ángel es como *mi monumento*. Qué horror cuando se cayó, en el cincuenta y siete. Ver los pedazos en el suelo. Igualito que el dolor que me da, ahora, ir por Avenida Juárez y ver los huecos, las cicatrices.

A veces tomaba camión, pero como el *Tiber* se tardaba mucho, mejor me iba caminando. Me encantaba la palmera de Niza. Me tranquiliza y me emociona que siga estando ahí. Y otra palmera que está cerca del Ángel, afuera del Hotel María Isabel. Esta esquina es uno de mis rincones favoritos. Caminar por Reforma me hacía sentir como muy elegante y feliz.

Después, ya en el *mercedes* negro de una amiga que me daba aventón a la Ibero, pasábamos, frente al Auditorio, debajo de una filigrana verde extraordinaria, que me ponía ya toda la tarde de buen humor. Tomábamos el periférico, a cien por hora. Río Churubusco, la Campestre. La vieja Ibero, otra isla clave de mi historia, los blancos edificios que se cayeron con otro temblor.

Mi ciudad, el centro y el Sur. El norte y el oriente no son míos; yo no los amo ni los conozco. Fuera de Insurgentes, que es como mi columna vertebral, del Caminero a los Indios Verdes. La Raza, que yo creía que era una *verdadera* pirámide, de pasada, los domingos, cuando íbamos a Tepexpan.

Y otras islas; la Villa, por supuesto. La vieja. Herencia de mis padres guadalupanos. Marcela Guadalupe, siempre encomendada. Primeras comuniones, mandas, dadas de gracias. Compras chicas, puestos de altar-citos y estampas, gorditas inolvidables envueltas en papel de china rosa y morado.

Islas fugaces, las casas de mis abuelitos, una en Artes noventa y cuatro, otra en Francisco Pimentel. Y qué chustoso: siento que todos los abuelitos de México vivían en la San Rafael o en la Santa María. O claro, en la Roma.

Uno de mis corazones actuales es San Ángel. Sanborns, oficina y consultorio. Cafés interminables, esperas, citas, lecturas y escrituras. Pláticas cruciales en mi vida, matrimonio y divorcio. Meseras con sus faldas almidonadas, amables, conocidas desde hace veinte años. Lugar estratégico cuando no tenía coche: la base de los peseros Escuela-San Bernabé, ruta sesenta y seis, estaba enfrente. Allí, en "mano de Obregón", como decía mi muchacha.

Los peseros y los taxis, tan queridos tantos años por mí. Hoy que soy automovilista los odio. Pero qué tal cuando vas de pasajera. Qué distinto, celebras que vayan rápido, se le cierran a quien se le cierran. Agradeces que se paren a media cuadra para subirte o para bajarte. Odias a los coches que vienen atrás y tocan desesperados el *claxon*. Y cómo no me acuerdo de eso cuando hoy voy en mi coche y se me enfrenan bruscamente.

Y mi viaje larguísimo a la Vega y Fray Servando, a mi estar cotidiano. Ya ahora lo hago como chofer. Me voy a otro mundo, con olor a pescado poco antes de llegar. Mundo vivo y gratificante, rejuvenecedor. mi quenda prepa, donde a veces se te olvida que estás a dos cuadras de la Merced y junto a los Bomberos y Mercado Sonora. Pero cuando vas, qué banquete de colores y dulces y juguetitos, según la época; mulitas en Corpus y nacimientos en Navidad. Y los olores. Las hierbas, paraíso del ofalito. Y la timidez al ir viendo hierbas sabias y otras charlatanas, con sus polvos y amuletos y lociones para todo mal y las chuparrosas benditas. Y la sábila y los ojos de venado con estambre rojo y estampita. Y los pejes-diablos tan horribles y las posibles brujerías que te dan miedo.

O la cantina de Boturini. Invitada por mis cuates profesores, asombrada, comí de maravilla por el precio de una cerveza. Le dicen *botana*, pero es una verdadera comida: caldo de carne, buenísimo, con todos sus ingredientes, y tortillitas y salsa. Ambiente cabrón, puros hombres que ven entre burlones y amenazantes a las *maestras*.

Qué barbaridad, podría yo seguir escribiendo horas y horas sobre mi ciudad. A lo mejor me saldría una novela sobre mi vida. Me faltó toda la época de recién casada, cuando viví en Iztacalco, mis idas a Jamaica a comprar siempre flores, y, en noviembre, lo necesario para mi altar de muertos. Los camiones cargados de flores amarillas y de terciopelos guindas. O aquella vieja emoción de andar por la Zona Rosa. O Coyoacán con sus palomas, cuando mis hijos eran chiquitos.

O esas mis caminatas con mi marido, visitando museos y recorriendo avenida Juárez, buscando artesanías para amueblar nuestra primera casa, o cuando íbamos hasta Santo Domingo, a buscar a nuestro amigo, Daniel, el dominico, y veíamos a los teporocho de Leandro Valle. O aquellos desayunos en Sanborn de los Azulejos o en Lady Baltimore, en Madero, después de ir a misa a San Francisco y antes de irnos a un concierto de la Sinfónica en Bellas Artes, los domingos. Con mi otra pandilla entrañable de mi tiempo católico-tomistas.

Cómo terminar con todo este torrente de calles y lugares y recuerdos. De historias que son al mismo tiempo espacios.

La Ciudad de México. Mi tierra. El suelo donde siempre he estado parada, el telón de fondo de toda mi vida. Aquí nací, y aquí me quisiera morir. No me gustaría vivir en otra parte. Aunque reniego y me quejo y no me gustan algunas cosas de nuestra vida ciudadana actual. Porque, aunque queden pocos, me sigue pareciendo la Ciudad de los Palacios. Y la quisiera seguir viendo como la región más transparente del aire. Y, como Jorge Negrete, yo, francamente, que diga que estoy dormida, y que me traigan aquí, a este valle majestuoso con los volcanes de guardia. A esta tierra bendita, al ombligo del mundo. 

13 de octubre 89

Querido Diario:

Marcela Guijosa

El tema de hoy es *mis contradicciones*. Siempre han estado ahí, pero hoy me parecen mucho más evidentes o más bien me desgarran más que otras veces. Me di cuenta hace un rato, al pensar en una, me percataba de otra. Y otra, y otra.

Qué razón tienen mis amigos cuando me dicen, en alguna discusión, te estás contradiciendo. Pues sí. Siempre. Hoy me entero, apenas, que soy un costal de contradicciones. Y más bien lo que me asombra es cómo pude estar tantísimo tiempo engañada, pensando ser de otra manera. Creyendo que hay un solo modo de ser, creyendo muy segura en algo y negando todo lo demás. Creyendo a pie juntillas que si uno tiene la razón, todos los demás están equivocados. Como si sólo hubiera una razón. Y creyendo, lo que es peor, que de veras uno tiene ideas *claras y distintas*, puras, diáfanas, y en un solo sentido.

Y sobre todo sentimientos, afectos, deseos. Porque chance y las ideas sí pueden ser más o menos claras. Pero, ¿los deseos? Los deseos no están acomodados ni se dan separados, uno por uno, formados en su carril. Ni todos van para el mismo lugar. Y lo que es el colmo, ni se les entiende.

Qué dirán los psicólogos. Que es el hilo negro. Que el inconsciente es cabrón. Que el hemisferio derecho y el hemisferio izquierdo. O que, simplemente, yo soy una pinche indecisa.

Por ejemplo: con lo del *sedán*, ahí me tienes, azotadísima, sin saber qué hacer, si subastarlo o esperarme a que me lo saque en el sorteo. Bueno, ya me estoy decidiendo: me voy a esperar, pero le rezo a todos los santos que me toque este mes.

En lo de mis trabajos, me jalan deseos contradictorios. ¿Qué elegir? El dinero o la vida académica. La ejecutiva o la maestra. O ninguna de las dos cosas y mejor ponerme a escribir en serio. Pero de qué va a vivir la *escritora*. O más bien tratar de hacer las tres cosas, como se vaya pudiendo.

Qué tentación el tarot, el I Ching, o alguna bruja o alguien que me lea la mano.

Anoche tuve un sueño sorprendente. Se trataba de que me iba yo a casar con Cuauhtemoc Cardenas. Me sentía profundamente dichosa, aunque ni siquiera se me había declarado ni lo quería, ni nada. Más tarde me daba cuenta de que la boda no era boda, sino una

ceremonia falsa. Que yo no iba a ser la *verdadera esposa*, sino su concubina. Y no me importaba. Lo curioso es que yo, que en el día me siento tan feminista, tan defensora de la libertad, de que yo debo elegir mi vida, estaba encantada en el sueño con una boda pactada por no sé quién, donde yo me iba, sumisa, a vivir con un hombre famoso y rico que había decidido elegirme. A mi nadie me había preguntado y yo, sin embargo, me sentía muy feliz.

O sea que, aparte de las posibles interpretaciones edípicas del sueño, en el fondo de mi alma yo creo que me sigue encantando el modelito de la Cenicienta. Qué a todo dar ser elegida, ser la princesa silenciosa, ser un adorno, ser un objeto sexual. Que ni se preocupa ni sufre decidiendo nada. Ella nomás está. Se limita a sonreír y a dejarse querer por alguien que le va a resolver la vida.

Y, sin embargo, también el feminismo, el rollo diurno e intelectual es verdadero. Soy las dos cosas. Soy la novia ingenua del sueño y soy la mujer que pretende ser sujeto todas las mañanas.

Es como lo del arete de los chavos. Teóricamente, me parece bien. Mis alumnos que usan arracadita me caen bien, los arumo y los defiendo. Pienso que cualquier cosa que rompa con los estereotipos machistas es digna de aplauso. Pero cuando mi hijo Tomás dijo que si se podía agujerear la oreja, le dije que por supuesto que no. Que ni de chuste. Me horroricé, me encontré con que me daba mucho miedo o mucha vergüenza o algo. Y, otra vez, siento que estas dos "partes" contradictorias me son entrañables, me son verdaderas, son igualmente *mías*. Y por Dios santo que no sé cual es la más "auténtica" o la "mejor".

O como en Michoacán: quería estar leyendo, pero también escribiendo, quería estar sola meditando pero al mismo tiempo me moría por oír la plática en el otro cuarto, quería dormir pero mejor platicáramos o mejor vamos a Patzcuaro pero bueno tal vez quedámonos aquí calentitos en la chimenea pero ya nomas nos queda un día y ya no lumbos a Zrahuén.

Que ganas de ser madura. No acabo de poder aceptar que no se puede de todo. Lo castron es escoger, es decidirte por algo, porque tienes que dejar algo. Y aprender a que si se puede querer y no estar al mismo tiempo. Yo como que *estoy* no puedo. Tal parece que voy a ser un bitito de *auténtica* sumida y mis contradicciones. O bueno... lo mejor no

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Qué trabajo me está dando escribir esto después de leer un libro tan extraordinario. *La importancia de llamarse Daniel Santos*, de Luis Rafael Sánchez.* Yo creo que es lo mejor que he leído este año. Bueno, mejor dicho, es de lo que más me ha gustado leer este año. Y muchos años. Me deleitó casi como Fernando del Paso, que ya es mucho decir.

Me lo prestó Esperanza. Desde que vi el título se me antojó muchísimo. Al autor no lo conocía, pero a Daniel Santos por supuesto que sí. Yo también soy su ferviente admiradora. Y, ahora, también ferviente admiradora de ese Luis Rafael. Que señor tan precioso. Qué manera de escribir.

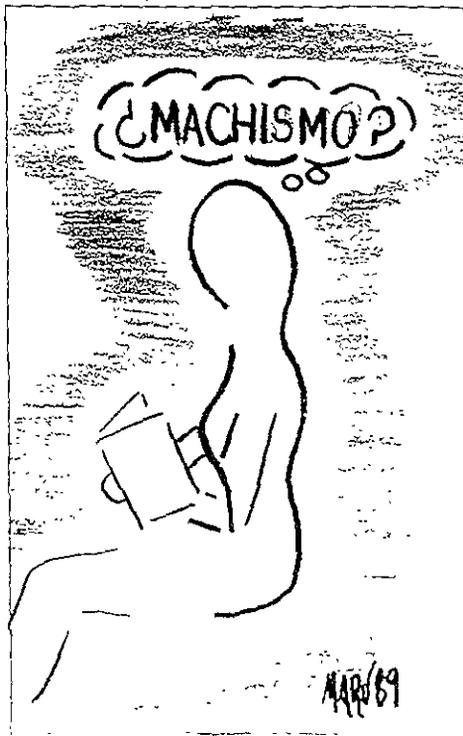
Al principio, me sacó de onda su lenguaje. Se me hizo difícil, loco, rebuscado, pero también divertidísimo, tropical y conmovedor. Y ese no entender qué era, si ensayo, si novela, si biografía. Nada de eso. *Fabulación*, dice. Y resultó ser una cosa nueva, mezcla de biografía y de ensayo y de plática y de análisis antropológico y de mito. Revuelto con canción tropical y arrabalera. Toda una filosofía, una explicación, una crítica tremenda a muchas cosas, y sobre todo, al machismo, pero en un tono tan ameno, tan cariñoso. Y lo más importante: desde la visión de un varón. Un varón inteligente, sensible y honesto.

A partir de su recreación de la figura mítica de Daniel Santos, construye otra explicación del macho, del amor, de la vida, consultándose a sí mismo, puertorriqueño, y a sus hermanos venezolanos, mexicanos, colombianos, cubanos. Expresando maravillosamente *el existir en varón*, sus dogmas y sus ortodoxias, el ser del hombre latinoamericano.

Ciertamente, en el tiempo que comenzaba el libro, di un curso de relaciones humanas a un grupo de doce señores. Como esta vez no había mujeres en el grupo, más que yo, se atrevieron a hablar, un poco más abiertamente que otras veces, de sus sentimientos, de sus broncas, de su vida privada.

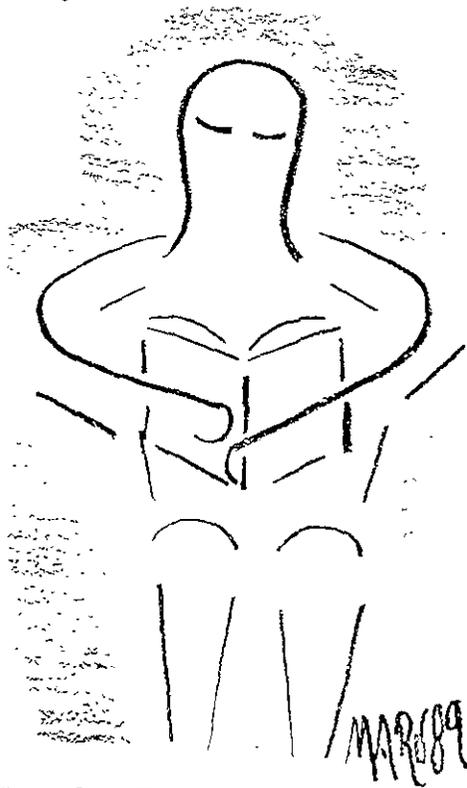
Y, de una manera bastante sincera, planteaban algunos de sus conflictos. El ser "mujeriegos", el ser

muy "borrachos" y el ser "agresivos". Estas cualidades las vivían al mismo tiempo como *virtudes* y como *defectos*. Los hacían sufrir mucho, reconocían, pero por otro lado no querían que se les quitaran. Decían que, si perdían esas características, como que se iban a volver homosexuales. O sea, "mariscos", "puñales". Por supuesto, estas cualidades van acompañadas, ya sabes, con las de ser muy celosos, posesivos de sus mujeres. Jamás mandilones ni cornudos, aunque todo el tiempo hacían chistes "del Sancho", que es el amante de tu mujer.



Su sueño dorado era tener muchísimo dinero, para poder comprar *todo* "hasta el carño". Cuando yo les decía que a mi me parece que el carño no se puede comprar ni vender, y hasta les canté "pero el carño comprado ni sabe queremos ni sabe ser fiel", me miraban sorprendidos. No me entendían, por Dios santo. Yo les decía que el carño o es gratis o no es. Que se puede comprar un rato de sexo o de compañía, pero que eso no es el carño. ¿O qué yo seré muy romántica o muy idealista? Porque me veían como si yo estuviera loca; jamás aceptaron mi punto de vista; decían que "a poco si tu marido te regalara un collar de brillantes no lo ibas a querer más". Nos quedamos sorprendidos ellos y sorprendida yo, porque jamás nos entendimos.

Y ya cuando dije que bueno, que estaba bien que fueran mujerjegos, pero que, en todo caso, sus esposas y yo también teníamos el derecho de tener muchos amorcitos, se pusieron sumamente incómodos, toses, codazos, risitas nerviosas, etc. "Es que tú sí eres feminista, ¿verdad, Marce?"



Y algunos comentarios me hicieron recordar el libro de Daniel Santos. Un muchacho, al hablar del alcoholismo, decía, sincero, que a veces es una presión tremenda el beber, que *tienes* que beber con los compañeros, que no puedes zafarte o te rechazan a todos los niveles. Que incluso tu trabajo se ve amenazado si no le entras a ese juego del albur y de la competencia y del traite unos pomos y unos tacos y unas viejas.

Y me di cuenta de que son rituales esenciales del ser varón. De que no les queda de otra, no tienen para dónde hacerse. Como que de veras no tienen otras muchas posibilidades en este país y en este tiempo. No tienen a la mano imágenes de *otro modo de ser*. Y así como algunas de nosotras buscamos salir del estereotipo de lo "femenino" para tener otra clase de vida, más digna, pienso que ellos tal vez quisieran salir del suyo, de la machería, pero no se lo han planteado seriamente ni lo reconocen ni imaginan siquiera que haya otros modos de ser hombres. Todo lo que seríen es que, si no observan puntualmente esas liturgias machistas, no serán hombres. Serán *puñales*. O sea, viejas. O sea, nada.

Y bueno, claro, tampoco están muy dispuestos a perder sus privilegios concretos. Es una mala conciencia de su parte, heredada de una cultura —profundamente inculta— que no permite generar otros modelos masculinos, más humanos, de vida. Y claro que uno conoce hombres de otro tipo, pero, ¡ay! cuán pocos se escapan.

Qué rollo, ¿verdad? Otra vez el hilo negro, pero hoy lo vi desde otro lugar; vi a estos varones ya no tanto como *pinches machos*, sino como pobres, cómo son víctimas igual que nosotras, cómo cumplen un modelo que se les enseñó desde chiquitos —desde que "emplumaron", desde que "mean dulce", como dice Luis Rafael Sánchez—. Sentí un relámpago de compasión o de simpatía o de solidaridad. Hasta sentí que los quería: el machismo, algo que me oprime, pero que los oprime en igual medida a ellos.

El machismo, cadena, pero también mecanismos de defensa, social, de los varones pobres de nuestro Tercer Mundo: "... machismo latinoamericano visceral que se acentúa, deletéreamente, con la imagen bohemia de Daniel Santos el Duro, Daniel Santos el Jefe, Daniel Santos el Totem. Ruda, zafia, insolente imagen bohemia de Daniel Santos que es repaso obligatorio en los cursillos de parecer varón que ofrecen, libres de costos, los bares, las cantinas, las cervecerías, los grilles, las tabernas, los billares de América amarga, la América descalza, la América en español" (p. 128).

Qué ganas me dan de citar todas sus frases, todo el libro. Pero no se puede. Yo, palabra, que así como él quisiera escribir rompiendo géneros, divirtiéndome, diciendo algo que valga la pena con elegancia y carño y barroque. Hay que seguir tratando, querido. Siquiera que ya empiece mi novela *pa'*

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Hoy, otra vez, en ti me desahogo. No ando muy bien. ¿Te acuerdas cuando me quejaba de "la isla de los niños"? Pues ahora es peor. Hoy estoy asustada de que esa isla creció, y le salieron caminos y puentes, y es como si se hubiera abierto y le entraran vientos extraños de afuera. Es el reino de los hijos adolescentes.

De un día para otro, tus niños cambian. Yo lo primero que empecé a sentir fue una gran irritación cuando me di cuenta que se me exigía que yo fuera el puente con el mundo exterior. Se quieren ir, pero te demandan que *los lleves*. Quieren ir a *todos* lados, a todas las fiestas y cines y conciertos. Ellos solos. Pero tienes que ir por ellos. Quieren ir a esa fiesta, por favor mamá, te lo suplico, y quieren quedarse hasta las dos de la mañana y que vayas por ellos. Y tú, que eres tan miedosa, que no te gusta andar tú a las dos de la mañana — ni a las doce de la noche — en la calle, tienes que ir por los niños o tronarte lo dedos de con quién se regresarán. Y no puedes dejar de pensar en las patrullas y en los judiciales. O sea, la incongruencia, entre que quieren ser independientes y no pueden. Ya sabes, eso de que son muy grandes para unas cosas y muy chicos para otras.

Y empiezas a sentir que se quieren ir. Y si lo piensas fríamente, dices, bueno, es normal, está bien, quieren conocer el mundo, quieren vivir. Pero también, al tercer permiso que te piden en la misma semana, te sacas de onda. A lo mejor te sientes como rechazada. Sientes, como seguramente decía tu propia madre, que no quieren estar en su casa. Que no quieren estar contigo. Nomás pura pata de perro.

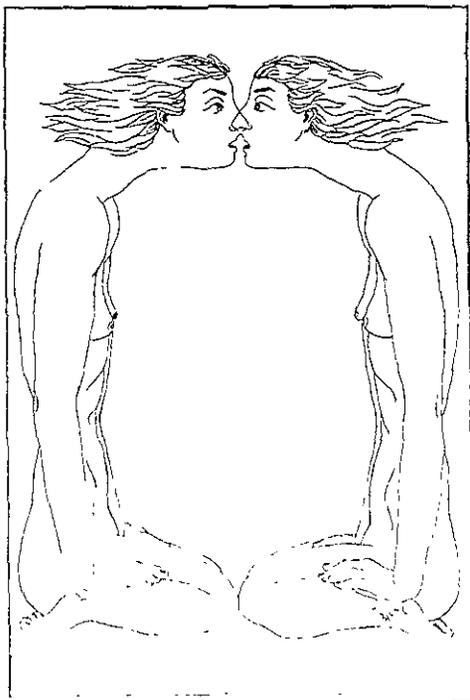
Otra irritación universal es el pleito del teléfono. Si no salen, se la pasan toda la tarde hablando por teléfono. Es increíble que se puedan colgar *dos* horas hablando con su amigo(o). Por supuesto, uno considera que los temas de conversación no son ni tan importantes ni tan profundos que ameriten tal cantidad de tiempo. Y te oyes repitiendo "pero si se acaban de ver en la escuela, pero si mañana se van a ver".

Y luego el miedo. El ver esta ciudad tan cabrona, tan peligrosa. Y tú no irás por calle de los animales en un tercer mes con coche, sólo que también sus

amistades, su pequeño mundo. Sus cuates. Y el pleito de esa niña no me gusta. Y la famosísima respuesta. a mí sí, y es mi amiga.

Y ya del rock a todo volumen, y de los atuendos, y del vocabulario que usan, y de los sustos en la patineta y en la bici, mejor ni hablamos.

Y tú querías educar niños libres. Tú querías no repetir modelos muy represivos. Tú querías que no tengan el alma llena de moralismos y de miedos y de culpas. Pero de repente te enteras de que en las fiestas de niños de catorce años hay alcohol y se empedan y hay mota y no lo puedes evitar, y se te paran los pelos de punta.



Te acuerdas de todos esos lugares comunes que ganas de encerrarlos, de protegerlos, tenerlos entre algodones, etc. Mejor que no vaya a ninguna fiesta ni a ningún concierto ni nada de calle ni a ningún lado. Y lees y oyes de los embarazos de adolescentes. Y te gustaría mejor ni leer ni saber nada.

Pero también sabes que no los puedes encerrar. Su impulso de probar todo está ahí. Y por más que los encadenes, qué ganas. Se van a escapar o se van a quedar encadenados toda su vida.

Se trataría, ya lo sabes, de que aprendan a moverse en el mundo sin ponerse en medio de los peores peligros. Y los ves tan vulnerables, tan chiquitos, tan audaces, tan bravos. Y la verdad, se te cae la baba de que tengan tantas ganas de vivir. Y se te cae la baba de oír a tu hija con sus razonamientos tan bien hechos, y con tanta valentía, y tan bonita. O de ver a tu hijito, aunque esté fachoso, tocando maravillosamente rock en la guitarra. O al otro, improvisando en el piano. Tus hijitos lindos qué cosa tan chula.

¿Cómo chingados se le hace para enseñarles a tener una fortaleza interior? ¿Cómo se enseña la virtud de la templanza? ¿Cómo se les dice que aprendan a decidir cuándo sí y cuándo no? ¿Cómo se logra convencerlos de que se esperen tantito, de que no tengan tantísima prisa? ¿Cómo, si cada vez que hablas te ponen cara de "ay, mamá...?"

Y lees libros como loca. Y preguntas. Y platicas con todas tus amigas. Y resulta que todas las mamás estamos en las mismas. Unas con más agravantes: que el padre no pela, no interviene, o no existe. Y toda esta bronca, algunas la reconocemos. Otras no.

Unas se agarran de las normas que ellas mismas recibieron. Agarran línea dura: eres una puta, mira qué fachas, siéntate bien, qué dirá la gente, y te callas y punto, y no vas, y porque soy tu madre, y no me hables así.

Otras yo creo que se desentienden. No pelan. Sonríen, y hacen como que todo está bien. La mayoría combinamos. Y la mayoría traemos el pinche modelo en la cabeza: los niños perfectos. Que se saquen puros dieces. O bueno, ochos. Que sean alegres y sanos. Que canten viva la gente. Que se bañen y se peinen. Que sean muy obedientes. Comprensivos y maduritos. Que nos ayuden alegremente al quehacer de la casa. Que sean ordenados y alcen su tiradero. Que canten para las visitas. Que tengan puros amiguitos bonitos, decentes, limpios y peinados y que sean aplaudidos y que digan con permiso y gracias y por favor señora. Y que, después, estudien una carrera y luego encuentren la pareja ideal y el trabajo ideal.

Sirve recordar la historia propia. Y nos surge un consuelo y un desencuelo. Consuelo, porque a pesar de todo, a pesar de habernos puesto en situaciones peligrosas, y a pesar de que estamos bastante más pendientes, más conscientes, salimos adelante (más o menos) con todo y otros tres reyes. El desencuelo es por

que descubrimos que el mundo está, hoy, mucho más difícil. Tomar un camión en 1965 no es lo mismo que hoy. No había tanta combi asesina. Ni este metro. En mis tiempos de la prepa había quienes fumaban mota, pero eran como cuatro. Hoy, la presión que tienen los niños es mucho mayor. En aquellos tiempos no había SIDA. Y bueno, el freno que muchos de nosotros teníamos era puro miedo o culpa frente a la sexualidad y frente a todo. Que con trabajo nos pudimos quitar como a los treinta años. O que algunos todavía no se pueden quitar.

Pero, nosotros, ¿queremos este tipo de frenos? Y no acabo yo de saber la mejor manera de educar a los hijos en la libertad. O bueno, más o menos sé, y lo intento. Pero, cómo evitar el riesgo...

Y cómo quitarnos las otras culpas. ¿Lo estaré haciendo bien? ¿Mejor que vayan a Misa? ¿Los dejo ir, o no? ¿Los castigo, o le bajo a mi radio? ¿Realmente la he estado regando durante estos quince años? ¿Le doy una bofetada, o mejor la apapacho, o la cambio de escuela, o le compro un regalito, o platico con ella o quizá lo más importante es hacerme pendeja?

Y, para acabaría de amolar, nos agarran en la pinche crisis de los cuarenta. Nos agarran premenopáusicas o ya francamente menopáusicas. Nos sorprende todo esto en nuestra propia encrucijada existencial, cuando uno está revisando logros y planes y tomando decisiones importantes y pensando que ya va a descansar uno de la niñez de los niños y tratando de combatir frustraciones y arrugas y nostalgias y también envidias.

El otro día, en una fiesta, alguien empezó a cantar viejas canciones de Serrat. Y al oír: "no la educó, ya me hago cargo/ pa' un soñador de pelo largo/ y qué le va usté hacer/ señora..."; sentí horrible. Me di cuenta, de golpe, que yo cantaba eso, muy salsa, muy retadora, hace veinte años. Y que hoy, horror, yo era la señora. Que tuve la carne firme, y que ya no.

Y tuve un sueño en la piel. Pero me di cuenta que lo sigo teniendo.

Y ultimadamente, estamos igual.

Porque ni que nosotras, madres, o padres, cuarentones, estuviéramos tan claros. Tan maduros. Cuántas de nosotros estamos en el mismísimo rollo. Viendo que si te divorcias o no. Que si te vuelves a casar o no. Viendo que si la pareja, que si la unión libre, que si fulano me echa los perros, que si me quieres o no me quieres. Que si el trabajo y sus exigencias, recortada o reprobada o expulsada, es lo mismo. Que si el condón. Que si estaré embarazada o que si abortaré. Que si creo en Dios o en qué. Que si mi mejor amiga me traicionó. Que si me corto el pelo o me pongo a dieta. Que si sigo siendo socialista o feminista o mejor budista.

Ay, querido. Quien fuera de esos adultos que ya lo saben todo, que están seguros de todo, que lo entienden todo. Que están más allá del bien y del mal. ¿No?

Querido Diario:

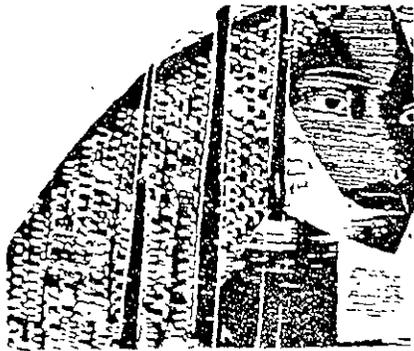
Marcela Guijosa

Estoy de desempleada Corrida Sin trabajo. Se acabó mi puesto de gerente y mi floreciente prosperidad Mis levantadas tan temprano, mis disfraces, y sobre todo mi colitis nerviosa y mis almorranas.

Aquí me tienes, desde hace un mes, en una especie de limbo, gris, que algunos días se ilumina con la conciencia del descanso y de la libertad, pero que otros es francamente el mismísimo infierno

Las primeras semanas fueron —¿o siguen siendo?— la tortura de tratar de entender qué pasó. Me corrieron, pero yo me lo busqué Cuando aprenderás, Marcela, a callarte el hocico. Y cómo, por otro lado, yo ya no quería estar ahí. Tu inconsciente es sabio, tu inconsciente te protegerá y te tracionará.

Qué de cosas mezcladas. Esa sensación permanente de encierro. diez horas diarias Ese no tener tiempo



Enlace de mujer (1989)

para *nada más* Tus hijos, tan lejos. Robarle ratitos a la oficina para medio escribir. Pensar todo el día en lo mismo Estar siempre exhausta. Y el ambiente, ya sabes. Otro mundo

Los únicos oasis eran, a ratos, Laura, y los cursos. Y algunas pláticas decentes con mi jefe, cuando estaba de buenas. En los cursos, aunque eran agotadores, se respiraba otro aire, humano, verdadero El resto del tiempo se trataba de obedecer, de fingir, de callarme, de no ser yo. Siempre tensa, asustada, queriendo quedar bien

Qué ganas de algún día tener más lucidez para poder escribir todo lo que vi, lo que entendí, lo que sospeche ahí adentro. Poder definir la "ley" que se practica, la mentalidad que se conforma, la clase de especímenes que son criados en esta clase de empresas. La enorme inmoralidad que presentí, por debajo de la pureza y la honestidad de sus sonrientes voceros Pero necesito tiempo para que se me asiente ese material, para acomodarme por dentro.

Y claro, el elemento principal, la raíz de todos mis conflictos, mi relación con mi jefe Eso es digno de ser recopilado en un libro aparte. Por lo pronto, ya estoy escribiendo el "Nuevo Manual Empresarial del Patriarca"

Y aquí estoy, como adolescente, pensando qué hacer con mi vida. Asustada Culposa Encabronada. Tratando de sentirme "de vacaciones" Me repito que necesito un descanso, que me lo merezco después de ese año y medio de chunga continua Y sí, ganas dinero, pero tu cuerpo lo resiente, y como que se te seca el cerebro y el corazón. Otros días, sólo me estoy flagelando continuamente por ser una pinche huevona y mantenido Dudando si regreso al sueldito de la "presa" O si, usco, freelance, otros cursos y talleres (Con tiempo para escribir más. ¿Escribiré qué? Si estoy realmente yaderia desespirado)

Y luego, por supuesto, me regano por azotarme tanto Planto, en última instancia, que probablemente Puedo salir el año de reprimirme un mes. O dos. O lo que sea. Y decido y busco. Y me acuerdo el, como que escribir más. ¿Escribiré qué? Si estoy realmente yaderia desespirado)

Y luego, por supuesto, me regano por azotarme tanto Planto, en última instancia, que probablemente Puedo salir el año de reprimirme un mes. O dos. O lo que sea. Y decido y busco. Y me acuerdo el, como que escribir más. ¿Escribiré qué? Si estoy realmente yaderia desespirado)



ta la madre Que no tienen tantas opciones, o, lo peor, que ni cuenta se dan. Que creen que es su destino, o que no saben ni pa' donde.

Berta me dijo que estoy como rocan sáncra de la cárcel. Se asustada deslumbrada al ver de nuevo la luz y el espacio abierto, el firme Haciendo tímidos planes para el futuro entre insegura y esperanzada. Pero, sin poderlo evitar pie'so en los que se quedaron ahí adentro, adentro de todas las cárceles del mundo. La cárcel del único trabajo posible, para siempre. La cárcel del sueldito. Del obedecer. Del silencio. Del cansancio eterno.

Y esas culpas no sé cómo quitármelas. Lo que sí sé es que yo no quiero volver a vivir esa clase de vida, a cambio de ningún dinero. Bueno, espero en Dios no tenerlo que volver a vivir y mejor ni digo, porque uno nunca sabe.

En fin, dijo no sé quién que lo que no te mata, te fortalece. Y, aunque ahorita no lo veo, seguramente aprendí un chingo de cosas, y tengo todo un nuevo abanico de saberes y de recursos y de mañas.

Lo que sí veo es que, a través de este embarazo, de este golpe a mi vanidad, he aprendido de nuevo que no soy perfecta ni absolutamente autosuficiente ni la más chungona del mundo. Que necesito apoyo y apapacho y compañía, y recargarme en alguien.

Y, otra, he recibido la fuerza grandísima y el cariño de *los de siempre*, que, como un horóscopo milagroso, me auguran tiempos — y dineros — mejores.

Bueno, querido, tú perdonarás. Por favorcito sígueme teniendo paciencia. ☺

El Colegio de México

De próxima
aparición

Ilán Bizberg

**Estado y sindicalismo en
México**

Francisco Zapata

**Ideología y política en
América Latina**

Y

**La política siderúrgica en
Francia y México**

Departamento de Publicaciones
El Colegio de México, Col. Politécnico, Santa Fe, C. A.
Nueva Dirección: México, D. F.
Tel. 5 62 30 00



NOVEDADES

TESTIMONIOS DE LA CRISIS VOL. 4

Los saldos del sexenio (1982-1988)

Esthela Gutiérrez y Carlos Novati

LA DOLARIZACIÓN.

Ensayo sobre la moneda, la industrialización y el endeudamiento de los países subdesarrollados

Peter Sjöberg

EL LEGADO DE WITGI NSIEIN

Witgi Nsien

**LA INSTITUCIÓN CORRECCIONAL EN
MÉXICO**

Carlos Novati

Carlos Novati

la quincena Que el sedán no gustara gasolina y que el aceite y la afinada y la verificación le duraran para sie npre Que el refrigerador estuviera todo el tiempo lleno y que si hubiera leche y jamón y que no tuviera que ir al super

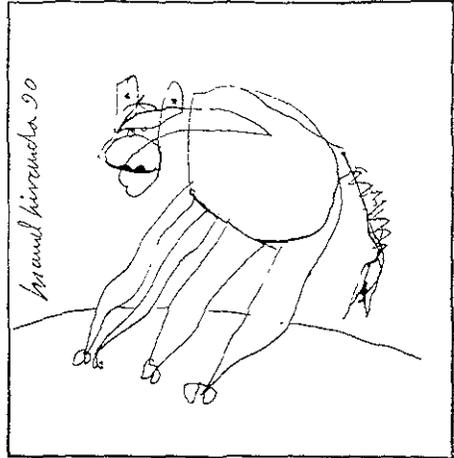
Que yo no fuera como árbol vivo sino como planta de seda artificial sin brotes ni sequedades ni vidas ni muertes ni azotadores ni pájaros ni crecimientos. Nomás tantito polvo Igual durante meses.

Que se me quitara del cerebro la pinche idea de mejorar y de superarme y de progresar y de continuar subiendo a dónde carajos.

Que me pudiera nomás dejar ser. Si fuera yo Aladino, al genio de la lámpara le pediría yo un año sin cambios. Que ni me bajara la regia ni me creciera el pelo ni los bigotes ni las uñas. Que la casa no se ensuciara ni la ropa ni los trastes ni las plantas se secaran.

Estaré muy deprimida o qué. Como si quisiera estar muerta. Pero no, más bien no quiero acercarme a la muerte. Tanto cambio es como muertes chiquitas. Más bien la eterna juventud; más bien quisiera estar como Dorian Grey, siempre fresco. Así, aunque sea cuarentona, quedarme. Así como estoy ahorita y así que se quedara todo.

Que se me concediera un tiempito de engarróteseme ahí o de las estatuas de marfil. Permanecer en algo. Quedarme tantito de algún modo igual. Como foto



Nomás quisiera tantito chance, una recargadita, un poco de eternidad. Mejor ya me voy a dormir. Y me voy a imaginar que me voy a pasar unos cien años como los de la Bella Durmiente. Con sus cortesanos, todos quietos y suspendidos en el castillo hasta que llegue el príncipe azul y nos despierte con un beso.

n.o.v.e.d.a.d.e.s

e.d.i.c.i.o.n.e.s



antropología

ANTROPOLOGÍA DE LA ESCLAVITUD
El vientre de hierro y dinero
Claude Meillassoux

Su conocimiento del terreno africano, la utilización de un abundante material histórico y antropológico, permiten a Claude Meillassoux ir más allá del enfoque jurídico de la esclavitud y hacernos penetrar en las relaciones orgánicas que vinculan a pueblos, bandas saqueadoras y reinos, clases y sexos

psicología y psicoanálisis

PERVERSIONES
Diálogos sobre locuras "actuadas"
Daniel Sibony

Pequeño diálogo sobre lo que se llama: perversión sin razón forzosamente. Dragadictos, homosexuales, místicos terroristas, los temas se abren paso uno por el otro, y vuelven uno sobre el otro, sin que nunca barfueldos

Publicaciones
EL COLEGIO DE MÉXICO

NOVEDAD

*Araha López González,
Amelia Malagamba y
Elena Urrutia*

Mujer y literatura mexicana y chicana



Mayores informes
Departamento de Publicaciones
Camino al Ajusco 20, Pedregal de San Jerónimo
10700 México, D.F. Teléfono 564 60 33 exts. 288 x 297

Querido Diario:

Marcela Gujos

Ahora que recibí una lana por mi renuncia voluntaria a la UNAM, pague unas deudillas que tenía y me aventé a comprar una videocasetera. Por años me había negado a caer en ese "consumismo". No quería ver a mis hijos como idiotas viendo algunos programas y grabándolos para volverlos a ver una y otra vez, como algunas gentes que conozco. Pero por otro lado había podido ver, en casa de mis amigas, algunas buenas películas en su televisión y esa parte sí se me antojaba.

Total que mis hijos insistieron muchísimo y que voy y que me la compro. Rápidamente me inscribí en el Videocentro y rápidamente agoté sus posibilidades a las dos semanas ya había visto las cuatro o cinco buenas películas que había. Luego empecé a ver de todo.

Alguien comentó que *Mujer Bonita* estaba buena y ayer la saqué y la vi. En efecto, vale la pena. Es una muy buena versión de los cuentos de hadas, de los mitos fundamentales sobre la mujer y sobre el amor. Es nuestro inconsciente colectivo. Nuestro sueño dorado, hecho película.

Es exactamente la quintesencia de la mayoría de los argumentos de telenovelas y películas en la línea de *Pigmalión*, desde *My Fair Lady* hasta *Rosa Salva-*

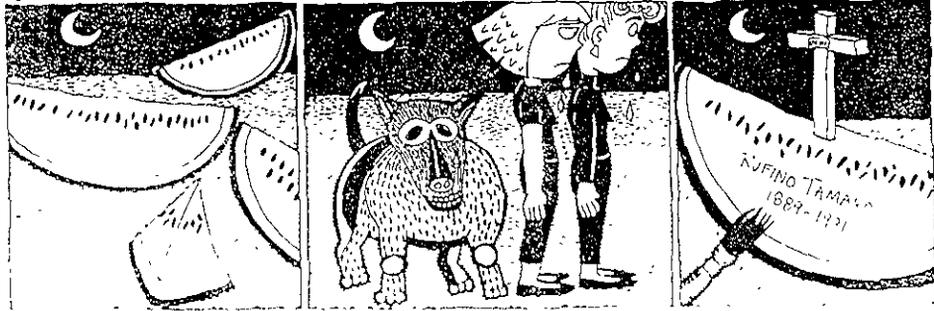
je, pasando por la nunca suficientemente alabada *Simplemente María*. O sea, tantito de la Cenicienta y tantito de *Santa*, porque, además de ser pobre y mal educada, ella es puta. Pero puta buena, por supuesto.

Pues la película, muy bien hecha, me fue agarrando, me fue fascinando y me pegó durísimo. Cómo me fui identificando lenta pero inexorablemente. Primero, eso de ser puta. Qué ambivalente, qué horror a ciertas cosas pero qué padre sería. Ser una mujer dura, fría, seductora, segura de sí misma, cabrona, que maneja a los hombres a su antojo. Que sabe todo de los trucos y las técnicas del amor. Que cobra. Que es sabia y escéptica...

Segundo: ser guapísima y joven. En todo cuento, la Cenicienta o la Bella Durmiente es absolutamente bella y tiene cuando mucho veinte años. Este es el elemento más importante de la película (por eso el título es *Pretty Woman*). Ese es el ideal: así se te perdona todo, que seas ignorante y vulgar, que seas puta, que seas lo que sea. Tu belleza te salva.

Luego, en tercer lugar, el galán. *Es perfecto* (Como hombre, claro). Mujerengo, cabrón, pero guapo, discreto, inteligente. Y sobre todo, *millonario*. ¡Qué maravilla! Así es mi príncipe azul, mi sueño, mi utopía. Que use limusinas con choferes negros. Que se vista elegantísimo. Que tenga un pent-house, escandalosamente lujoso. Que tenga avión particular y te lleve a

IN MEMORIAM



Anna Barreto 1991



era en San Francisco. Que te cuide, te proteja, que tenga un lugar. Que haga que te respeten. Y todo, que te compre todo lo que quieras. Que te ayude a escoger ropa y accesorios.

¿Cada vez lo que más me gusta de esas películas y de los cuentos, es esa transformación. Como las fotos de las revistas que dicen ANTES y DESPUES. Es la misma, pero ya no es la misma. Esa hada madrina cambia tus harapos por sedas y encajes y de fea te hace una princesa. Esas dueñas de boutiques que te enseñan y te venden los atuendos apropiados, ese diseñador que te hace una vestimenta horrible y salir como duquesa, con orgullo y todo, con las miradas asombradas de la gente puesta sobre ti. En todos los casos, el arreglo, el maquillaje, la ropa te saca de tu clase social y te mete en otra. Y yo creo que cada vez que uno se compra un vestido nuevo o un rimel nuevo, cree que va a pasar algo de lo que nunca pasa.

La vida de una criada despreciable, después reina admirada y respetada. Basta con un salón de belleza, una modista comprensiva y un profesor de buenos modales que te enseñe a caminar y a saludar y a cual tenedor usar. Esa es toda la transformación.

Después, los otros mitos presentes. Por un lado, el mito del príncipe que te ayuda a leer que dijo Foucault que el milagro esperado el varón era el de la posesión de todas las virtudes, mientras que el milagro esperado por una mujer era el de la posesión del hombre ideal. O como dijo Wilde: "el hombre desea ser el primero en la vida y la mujer en todo". La mujer quiere ser la última en la vida y el hombre el primero.

En cada uno de estos mitos, el hombre y la mujer se ven como un todo. Y yo creo que cada vez que uno se compra un vestido nuevo o un rimel nuevo, cree que va a pasar algo de lo que nunca pasa.

que ella quiera es que de Don Juan pase a ser fiel marido. Ella cree que lo está haciendo madurar. Él cree que le están poniendo una cadena. Pero en este caso, también gana ella, porque además logra transformarlo de magrate frío y calculador —gracias a lo cual era tan millonario— a ser un hombre bueno, humano, comprensivo.

El final es el típico *happy end*, el caballero en su caballo blanco que rescata a la princesita para casarse y ser muy felices. Y yo suspirando, con lágrimas en los ojos. Yo así quisiera. Qué dolor. ¿Por qué yo no?

Y malvada, me consuelo imaginando la continuación. Se casan. A los dos años, ya están aburridos uno del otro. Él empieza a tener nuevas amantes. Y como ya se volvió bueno y honrado, se empobrece. Ya tienen hijos. No les alcanza el dinero. Se pelean. Ella está hasta la madre del quehacer y de los niños y de estar sola, porque él está bebiendo mucho y nunca llega. Cada vez que discuten él le recuerda que la recogió de la calle y que es una puta. Ella también tiene amantes, pero le va como en feria. Se divorcian. Ella tiene que trabajar en chinga, de empleada, para que sus hijos salgan adelante.

Ella se empieza a volver feminista. Ya no es una *mujer bonita*. Ella a veces se pregunta por qué carajos no aceptó lo del departamento en Nueva York y dinero a su disposición cuando él se lo propuso. Hubiera podido seguir estudiando, hubiera podido trabajar en algo interesante, hubiera podido tener otra vida. Pero no. Ella eligió el cuento de hadas. Como muchas de nosotras. ☹

ediciones era

La vida conyugal

LA NUEVA NOVELA DE

SERGIO PITOL

La vida conyugal junto con
El desfile del amor y Domar a
la divina garza forman el
tríptico **El carnaval**



EDICIONES ERA AVENIDA 102, 08810 MEXICO D.F.
TEL. 517747 • CIRCULARIA 12 60 37

Querido Diario:

Marcela Gujosa

Para Berta Hirart, que me invitó a iniciar este querido trabajo, y después, otros muchos

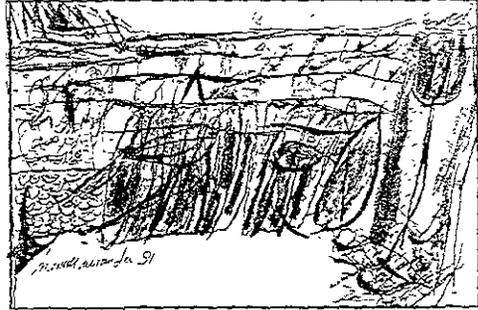
Aorado cuaderno Estimadísimo receptor de mis tintas. Entrañable depositario de mis redactadas entretelas Espejo de mis encabronamientos Micrófono de todos mis feminismos Paño mecanografiado de mis lágrimas

Estas son las mañanitas que cantaba el Rey David. Para ti, querido diario. Hoy, en este número, cumples cinco años de vida pública, gracias a la hospitalidad de fem.

¿Cómo festejarte? ¿Qué te regalaré? Como todavía no me alcanza para la computadora, me voy a comprar un cuadernito nuevo, todo para ti. Y un frasco de tinta Quink para celebrar.

Cinco años, qué de cosas. Te releo todo, revista por revista, y me pongo nostálgica Me gusta repasarte. Me gusta recontar este pequeño resumen de mi última vida

Que lejos parece el primer *Querido Diario* Febrero de 1987. Cómo hacer un breve recuento de todo lo que me ha pasado Parecería que no ha sucedido casi nada. En realidad, muchas cosas permanecen igual. O casi igual Vivo en la misma casa. Escribo en el mismo lugar, en el comedor. Las paredes por dentro tienen pintura nueva. Pero la fachada no. Las puertas del pasillo siguen sin cerrar bien. Las de atrás



necesitan un periódico doblado que las atranque. Las de adelante tienen un tablón por fuera, ayudado por una gran piedra, para que los gatos no entren en la noche.

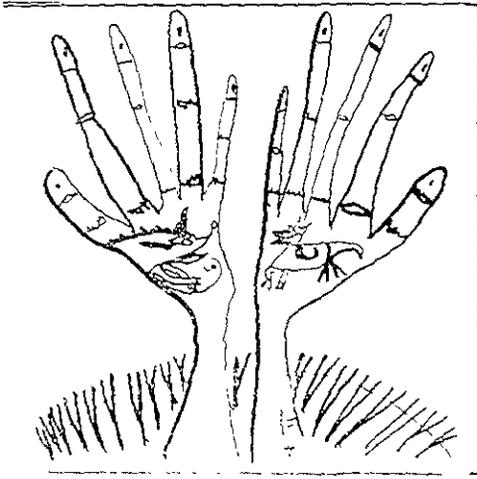
Esas puertas de madera las he cambiado dos veces y nunca quedan bien. Voy a tener que poner algún día puertas de metal. Como en el zaguán hace cinco años eran portones de madera, muy delgaditos y corrientes, pero bonitos. Y como aquí en Contreras llueve lo doble que en la Ciudad de México, se hinchaban permanentemente. Era una odisea diaria abrirlas y cerrarlas. Acabé poniendo puertas de fierro. Se han colgado un poco, pero funcionan aceptablemente.

El patio está, también, casi igual. La bugambilia ha crecido mucho, está cada vez más fuerte y más llena de flores. El nogal, secándose y reverdeciéndose periódicamente, sigue vivo. Pero tengo que comprar macetas nuevas y tierra, porque algunas plantas ya no caben. El tulipán amarillo como que se está queriendo secar. Ha de tener la raíz muy apretada. Lo mismo que la sábila y la nopala, que tienen cientos de hijitos. Esas macetas las voy a tener que romper de plano. A ver si esta semana me meto en serio a la jardinería.

Esta bonito el patio, aunque también lo uso de garaje. Pero se ve bien el secan blanco rodeado de flores. Ya no exitano tanto al vocho azul. Lo que predomina es el color de los ceramios, rojos y anaranjados. Y son hijos, sobrinos y nietos de las mismas plantas, todos.

Y hablando de familia, mis hijos como han cambiado cinco años. En un abrir y cerrar de ojos dejaron de chiquitos y de repente en esta casa se ceba con los puerros, exceptuando a Memo que de un momento a otro se volvió un chico mayor y subidito que me tiene que ir a verme a la casa de los que...

...ante los ojos que...



Año 16 No. 111 Mayo 92

Querido Diario:

Marcela Guijosa

pensar que llegué hasta la locura, como dice el tango, por ese cachivache, por esa facha de hombre, por ese mamahero Viejo, fané y descangallado", iba yo cantando cuando lo allí, en el estacionamiento de Rectoría. Cantando y recordo historias sucedidas hace diez años sí, sí había sido cierto. "Que eso que hoy es un cascajo/ dulce metedura/ donde yo perdí el honor..." Que estuve moradísima, que duramos como cinco años, que todavía con él el mes pasado. Loca como una regadera, chiflada, uiciada por ese hombre.

hoy, todo tan simple, tan seco, tan cortés su sonrisa, tan sus manos, tan cortada y tan insulsa nuestra pequeña versación, y el encuentro tan casual precisamente en ese r, en el mismo lugar donde nos encontrábamos antes,

lentos de ganas, en ese espacio magnífico, entre la Rectoría y la Biblioteca, en medio de la grandeza de esa explanada, en el centro mismo de nuestra alma mater, de nuestra raza y de nuestro espíritu.

Y hoy, qué cosa tan distinta. La universidad ya no era el lugar privilegiado de mi inteligencia ni de mis amores ni de mi juventud. Era simplemente una parada de trabajo, una serie aburrida de trámites y de oficinas. Un lugar donde, hoy, era yo ajena, donde todos me hablaban de usted y me decían "señora".

Y volver a ver a Antonio, tan cambiado, caminando encorvado y caoso rumbo a alguna secretaría administrativa o académica con sus papeles bajo el brazo

- Quiébole, tú. Qué andas haciendo. Qué milagro.

- Tanto tiempo... cómo estás... vine aquí al séptimo piso.

Y mi mirada ansiosa y sorprendida revisándolo palmo a palmo. A poco estaba tan calvo. Y los dientes, ¿ast de feos los tenía? Y la voz... como que se le ha puesto más gangosa... Y el pelo casi blanco, y lo ridículo que se ve, tan fachoso, vestido como chavo... Y hasta la simpatía también se le acabó, porque qué pesado, que mamón... cómo voy a creer que se deje sus pocos pelos tan largos...

Despedida simple, desabrida, nos vemos, chau

Qué increíble. Me sentí eufórica. Ya no me latía desesperadamente el corazón. No más taquicardias, ni más aumentos de temperatura ni de fluidos en ninguna parte de mi cuerpo. Más bien una enorme vergüenza de tiempos pasados y un adiós, un alivio

"Me acabo de curar para siempre", pensé. "Esto fue providencial. Qué afortunada decepción, qué bueno que ya salí de las locuras de la juventud, qué bueno que el enfrentamiento con la realidad me va a quitar para siempre esa nostalgia, esa añoranza de tiempos pasados. A la chingada. Ya me curé"

Me fui alegre, divertida, caminando por Insurgentes, tarareando tangos. Que es un soplo la vida, que veinte años no es nada

Aunque horas después me entraba un gran pesadumbre. Me miré en el espejo. Y me imité a Antonio pensando a esas horas que que vieja me encuentro, llena de arrugas nuevas, con la piel flácida y opaca, y las dobles ojeras, y con el metal de los muelles de la dentadura asomando en mi forzada sonrisa, y eso que me vio vestida porque me y caderas ya no son ton bonitas, más bien unimonidas... y me hubiera visto los pechos

Sí, Me he... mome durandos, siempre... Pero yo, que...



Querido Diario:

Marcela Guijosa
A Pera

Estoy sin muchacha. A las ocho y media de la mañana, regreso de llevar a los niños a la escuela. Llego y veo que por debajo de la puerta de fierro se acumulan hojas secas y unas varitas muy delgadas, que también son hojas secas, pero que no parecen. Se caen de una especie de pino altísimo, que se llama araucaria y que está fuera de la casa, junto a un gran eucalipto.

La banqueta se ve sucia, polvosa, con hojas y hojas y algunos restos de envolturas de dulces o pastelitos chatarra y con cacas de perro por aquí y por allá.

Ni modo: la banqueta también se tiene que barrer. Es una ley, además. Está formalmente establecido en no sé qué código ciudadano que es tu obligación barrer tu pedazo de calle. Luego juntas un montoncito de basura y lo dejas, abajo, en la orilla de la vereda, para que pase el empleado del carrito y se la lleve. Afortunadamente las cacas están ya bastante secas, y al revolverse con la tierra ni se embarran ni huelen: quedan como empanizadas.

Esa barrida, lo mismo que la del patio, huele bien. La clave es regar un poco de agua antes de barrer. No se levanta polvo, y todo se impregna del famoso aroma a tierra mojada, que en este caso es olor a montaña, a sierra fría, húmeda. Con el agua reviven de repente las hojas muertas del pino y las del eucalipto, junto con los pequeños conitos de este último que abundan tirados en el suelo. Por unos instantes sube hacia ti un olor milagroso.

Después riegas todas las macetas del patio. Te sigue llegando el delicioso aroma a barro fresco. Te duele el dedo pulgar

que usas para forzar la salida del agua de la manguera a mayor presión. Ves brillar el líquido, casi pulverizado, cuando vuela a alcanzar las macetas más lejanas, los helechos y la hortensia. Te tranquiliza el sonido del chorro fuerte, vivo, enérgico. Y luego oyes un ruidito más humilde, un suave gorgoteo interior, cuando la tierra de las macetas se va empapando. Ha de ser de agradecimiento, tan secas que estaban.

Entras a la cocina. Te da horror el paisaje catastrófico que contemplas. Y eso que sólo son los efectos de la cena y del desayuno. Abres puertas y ventanas porque te huele a encerrado. Aunque haga frío, es necesario que se vaya ese olor tibio, como de leche y de cama, como de pláticas y sudores nocturnos, como de cigarrillos y de presencias de ayer. Que entre el aire frío con olor a patio barrido y regado. Que se ventile la casa. Que entre el sol nuevo y el espíritu de la mañana.

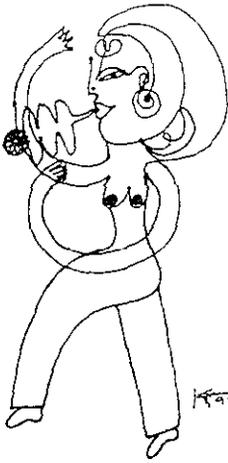
Hoy sí tienes tiempo de tender las camas. Guardas toucadas de ropa en el closet y en el canasto de la ropa sucia. Decides cambiar las sábanas, que huelen a carne humana. Después las llevarás a la lavandería.

Cómo te va asombrando lo pertinaz que es la mugre. Cómo se hace grande, cómo te persigue y te cansa y te culpabiliza. Cómo con dos o tres días que te descuides se apropia de tu casa, y todo se ensucia tanto, se deteriora, se apesta. Se muere y se pudre.

Juntas kilos de basura. Cambias el periódico de las jaulas de los periquitos. Les pones alpiste. Les tiras el agua vieja para ponerles nueva, y te sorprendes de la cantidad de excremento

VIDA DIARIA





os. De la peste. Lo mismo con la arena de la gata, y cuando
arres el patio del perro. Olores intensísimos, desechos y
xcrecencias, todos los días, qué cantidad de sudores, cacas,
elos, orines, sobras, cáscaras, papeles, polvo, pelusas, grasa,

telarañas, hollín cochambroso, realidades que hay que estar
quitando, sacudiendo, tirando, diluyendo constantemente
con zacate y escoba, con agua y jabón, con agua y Maestro
Limpio, con agua y Veí Rosita, con agua y cloro, con agua
pura.

Ritual de la civilización: cambiar la mugre de lugar.

Quitarla de tu vista. Recorrerla, de tu cuerpo y de tu casa
y de tu ropa, al drenaje, al recogedor, a las bolsas de la basura,
al camión de limpia, a los basureros de la ciudad, al canal del
desague, a los ríos, al mar, al cielo, a dónde.

Y algún día que no fuiste a trabajar, logras el milagro: que
la casa no tenga tanta suciedad visible. Las camas tendidas y
el mantel impoluto. Brillan el excusado y el lavabo de blancura
inmaculada. Lucen los alcañales en todo su esplendor, en
armonía con el florero estéticamente acomodado en el centro
de la mesita sin polvo. Huele la ropa a limpio, a aire y a sol.
Reluce el suelo recién trapeado y la cocina se ve impecable,
con su frutero como pintado en un bodegón.

Brilla la casa limpia como si fuera su estado normal, como
si así hubiera nacido, como si siempre se pudiera quedar así,
de manera natural, en ese momento tan falso y tan estático de
utopía desierta y decorada como para una foto, sin gente, sin
movimiento, sin ruido.

Como si no fuera un asunto tan trabajado y tan artificial.
Como si nadie se hubiera pasado horas y horas y horas prac-
ticando el arte interminable y obligatorio de borrar, disminuir
y reparar las consecuencias, cotidianas y pestilentes, de la
vida. ☹

Suscríbete a fem:

Precio del ejemplar:
\$ 3,500.00

Suscripción 6 meses:
\$ 18,000.00



Difusión Cultural Feminista A.C.
Av. Universidad # 1855-4to. piso
Col. Ottopulco-Universidad
C.P. 04310
Delegación Coyoacán
Tel 550-7306

ABRIENDO CAMINOS

ABRIENDO CAMINOS es un video documental que
muestra la vida de las obreras industriales nicaragüenses,
señalando algunos de los principales problemas que, como
mujeres, éstas enfrentan en el hogar, en la industria y en la
organización sindical. El video muestra también los esfuer-
zos y el trabajo de las mujeres agrupadas en la Secretaría
de la Mujer de la CST, para enfrentar y buscar solución a
los problemas planteados y para mejorar la calidad de la
participación de la mujer como sindicalista.

Este video puede ser adquirido o solicitado en préstamo
en:

Secretaría de la mujer CST.
Dirección: Costado Oeste Iglesia El Carmen media
cuadra al sur.
Teléfono: 24121 - 26484
Fax: 674973
Apartado Postal 5152 correo Central Managua

El video está disponible en copias Betamax y VHS.
El video fue producido por la Secretaría de la Mujer de
la CST y contó con el apoyo financiero de SUM de
Dinamarca y de NORAD

Querido Diario:

Marcela Guffosa

ir groserías. Últimamente he estado pensando mucho en eso. En la última reunión de la familia de mi primer papá que fui, tuve que discutir seriamente con ciertos tíos, mis cuñados, más mayorcitos que yo, porque ellos se reían a sus hijos veinteañeros -mis sobrinos- por "su baje". Por supuesto, regañaban fundamentalmente a las mujeres, porque son mujeres, y en las mujeres se oye muy mal, ¿qué es eso.

Entonces me acuerdo qué tanto le dije para que dejara de joder a los chicos. Empecé por revitalizar el asunto, diciendo cosas tipo "¿por qué si naciste en Alvarado o qué tal si tu familia es cubana, argentina, son costumbres, no pecados, etcétera, tratándole de decir que no era para tanto, que le bajara la cabeza". Él me oyó con atención y ya no la siguió regañando, que es lo que yo quería, aunque yo creo que no lo dejé muy convencido. Después más tarde me puse a pensar que en este ambiente una familia como la nuestra que fuimos chavos universitarios en el sesenta y siete y otra cosa los que no. Ahí está la primera diferencia. Después vino la UNAM o del Poli, y ser de la Ibero, es otra diferencia. Después vino lo que siguió después, qué clase de vida llevaste. Algún tipo de terapia, feminista, socialista, hasta de terapia, también marxiista, nuestro lenguaje, nuestro look y nuestra vida. Bueno, ya después vino: todas esas cosas históricas que dividieron las generaciones en un antes y un después. El rock, Atahualpa Yupanqui y las queñas y los charangos anexas, las vestimentas de los años sesenta, las chicas ricas-hippies, los sueños, los Beatles, este puño sí se ve, pero es mucho más que dos, y todas las utopías...

Después vinieron los años sesenta y ochenta, pero los primos y amigos que yo tenía eran un poco mayores que yo, y no vivieron como nosotros ese tiempo tan grandísimo y complicadísimo que yo llamo "los años sesenta y ochenta", simplemente el sesenta y ocho, se quedaron en otra generación. Se quedaron totalmente parecidos a nuestros papás. Y no es que yo fuera militante activísima del movimiento estudiantil, al contrario. Yo era una niña tímida, modesta y cobarde, que no iba a las manifestaciones, porque mis papás no me dejaban. Pero iba a Ciudad Juárez, a la Facultad de Ciencias, aquellos primeros años de ese año. Y antes fui a la prepa cuatro. Con eso bastó, tal vez no. Tal vez también ayudó que conocí, de recién llegada, a gentes que sí habían participado y seguan participando en política y en feminismo. Como Alfredo, como como Peti, como Joaquín. Y como mi propio marido. Después de la primaria decíamos groserías, entre puras chicas, por supuesto -tipo chistes pelados, tipo platicas en el baño- pero empezamos a decir "en esas palabras" frente a los chicos solo de sí de la prepa. Así se fue formando una comunidad nueva y maravillosa, donde los



muchachos no sólo eran posibles candidatos para el matrimonio, sino que podían ser tus amigos, tus hinchérrimos, tus cuadernos del alma. Como Pepe Franco, como Quinterito, mis iguales, mis hermanos.

Y nos contábamos chistes pelados. Y nos decíamos qué onda, pinche Pepe o pinche Marceliux. Empezamos a entender el respeto de otro modo. Y dejó de ser habitual, poco a poco, y en la universidad todavía más, eso de las bolitas separadas de hombres y mujeres, doade ambos decían groserías, pero amos se apenaban si los del otro sexo los oía.

Porque cuando yo era chuca ése era el mandato. Yo hasta me condesaba por haber dicho algún pendejo o algún cabrón. La conducta aceptable era que jamás una mujer decía esas cosas ni un hombre decía leperadas delante de una mujer. Porque las mujeres eran todas unas señoras o todas unas damas. Y ellos, frente a ellas, tenían que ser todos unos caballeros. Las palabras pintorescas las dejaban para cuando estaban solos entre ellos, y podían platicar a gusto, en la cantina o en el fútbol, o ver series divertidas. O cuando estaban entre putas. O cuando estaban en la verdadera vida cotidiana



del hogar, y se les quitaba lo caballeroso, y la presencia de las damas sus esposas o sus hijas les venía valiendo madres.

Claro que por su parte, las señoras solas también se aventaban sus picardías, nerviosas y apenadas, con cierta culpilla, con cierto rubor...

Peroafortunadamente hoy las cosas son distintas. Desde que yo era joven, el mundo empezó a ser un poquito más *mixto* que antes. Poder platicar de todos los temas y de todos los modos. Poder decir chingada madre delante de tus cuates o de tus tías o de tus hijos porque te sientes mal, iracunda, frustrada o desesperada. Sobre todo, furiosa. Fíjate, decir carajo o decir me lleva la chingada es paadrísimo cuando estás furiosa. Cuando de veras te está llevando la chingada no hay otro modo de decirlo. Claro, antes las mujeres nunca podían aparecer furiosas. Eso no era expresable. Nunca se las podía llevar la chingada. Qué pobreza de conductas y de expresiones y por ende de afectos. De vocabulario y de ideas y de sentimientos.

Ya sé que no hay que exagerar. Ya mi mamá me ha regañado bastante porque escribo muchas groserías. Y por Dios santo que cuando doy una clase o una conferencia no las digo. Y, además, sé que a mucha gente le molestan. Aquí sí las digo porque es mi diario, y como decía mi amiga Mónica, las groserías son como eructos del alma, y las damas también a veces necesitamos expulsar uno que otro aire que nos estorba. Cuando estamos en la intimidad. En público soy más correcta.

Pero las groserías son preciosas, a mí francamente me encantan. Son una riqueza del lenguaje, además de ser nec onclistas, democráticas, igualitarias. Como que "parecen de familia". No se te ocurra despintrarle la sangre azul. Si mueva el dedo a la derecha, si la verduleras, claro que son iguales que yo. Si pare, y, o, u. Qué a gusto, ¿no? Lo otro es como pretender que se pimon un "modo coreo". Y por que los ho vibres hunde hablar sabrosos y coadiment. Do y nosotras no. Por qué, entre amigos, no decs. Es cosas con todo su esple pido, sean nombres o colores.

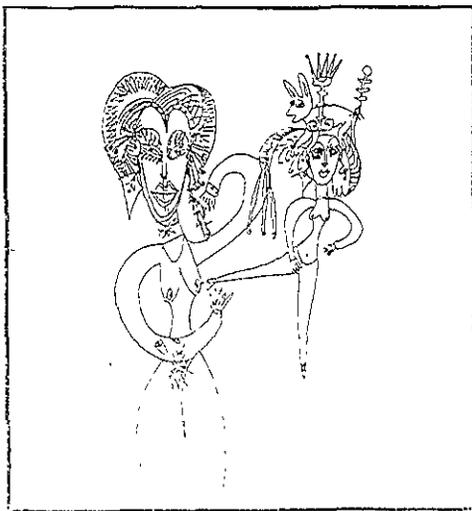
Por que... ocultando ciertos nombres tan corporales con eufemismos, si la mierda es mierda o de perdida caca y las nalgas son nalgas por más que algunas viejecitas insistan en decir popó y pompis o asentaderas, qué cosa tan horrible. ¿Y a los pedos, como les dirán? ¿Los aires, las ventosidades, las flatulencias?

Bueno, y de coger, ni hablamos

Claro que no estoy diciendo que me gusta la vulgaridad o la majadería. Ya lo han dicho algunos teóricos feministas, como J.V. Marques. Habría que inventar otro vocabulario coloquial, cariñoso, en torno a la sexualidad y a las partes del cuerpo, porque el que existe tiene connotaciones machistas insoportables. Como los alibres: denigran a la mujer y denigran a la sexualidad. Y bueno, por otro lado, hablando de vulgaridad, Raúl Velasco o Verónica Castro no dicen groserías en la televisión, y así, que tu digas, qué finos, pues no.

Tampoco digo que las groserías me gusten para insultar. Aunque a veces, cuando voy manejando, claro que las digo. Pero el otro no me oye, bendito sea Dios, porque ya aprendí. Un día que le menté la madre con el elaxon a un ruta cien que se me cerró, me echó el camión encima y me estuvo persiguiendo y por poco me mata... Y esas mismas señoras, las porfirianas, las propias, cuando van manejando y se les cierra un minibus, ¿qué dirán? "Válgame Dios, qué barbaridad... mira este bruto". Está correcto. Pero no podemos negar que, además de brutos, a veces son bastante cabrones.

Prohibirle absolutamente a nuestros jóvenes que digan cualquier "grosería" es enseñarles a ser hipócritas. Es meterles en la cabeza cierto racismo y cierto clasismo y cierto sexismo o machismo oculto y solapado. Es distanciarlos de su propio cuerpo, de sus propios sentimientos y de su propia sexualidad. Es pretender mantenerlos en el siglo pasado, y es impedir una comunicación mejorcita con ellos. Y como de todos modos las dicen, es hacernos pendejos. ☹



Año 17 No 124 Jun 93

Querido Diario:

Marcela Guijosa

oy como que amanecí tristonra, y no sabía por qué. Hasta que de repente me dí cuenta que era por un sueño que a mí los sueños me afectan muchísimo aunque no me acuerdo de que se tratron, pero el humor de cada día tiene que ver con qué soñé.

Ha pasado todo el día, y sigo profundamente tocada, de melancolía. Poco a poco he ido reconstruyendo los rasgos del sueño. No importa tanto de qué se trataba, sino de cómo.

Me parece como si me acordara de algo que me pasó hace como siete años que no lo veo. En el día ni me acuerdo de él, o sí me llego a acordar allá cada dos o tres días, es una cosa tranquila. Es una sonrisa, es alguna escena que me pasó muy rápido. O a veces, es un corajito leve, es como decir qué lástima que finalmente no se pudo, o dónde se fue ese cabrón, pero nada del otro mundo.

Me asombra soñar, como si lo hubiera visto ayer, como si fuera yo enamorada. Era un sueño de amor espeso, y no me acordaba de la primera vez. Me sucede de vez en cuando, me llega su recuerdo mucho más frecuentemente de noche que de día.

El día de anoche era realmente especial, que me dejó un recuerdo como de eternidad, como si se tratara del amor de mi vida, y el despertar era absolutamente triste, era una gran lástima, como si hubiera pasado la noche con el propio recuerdo de Azul y de repente, al amanecer, se hubiera ido para

siempre. Tristísimo. Como de esas veces que sueñas que tienes mucho dinero en las manos, o unas joyas valiosísimas, y te despiertas y te encuentras apretando las manos vacías y como defraudada y como que no lo puedes creer.

Así, tal cual.

Y luego, ni que hubiera sido la gran historia de amor. Si ni me acuerdo de tanto; era más bien una amistad divertida, libre, sin demasiado compromiso y sin demasiadas expectativas. Eran encuentros eróticos y platicados muy a todo dar y luego chau, nos vemos, luego te hablo, nunca frases del tipo "para siempre" o "te amo", nunca finalidades ni futuros planteados, nunca entrega total.

Bueno, por lo menos nunca en mi conciencia -ni en la de él-, nunca en nuestras palabras. Pero qué tal en mi más oscuro corazón, en mi mitad que se despierta cuando yo me duermo.

El asombro es porque me dejó más huella de lo que yo creía, el asombro es lo grande y lo intenso del recuerdo y del sentimiento aún cuando fue tan chica y tan aparentemente superficial la relación.

Pero será que una relación sexual, unos cuerpos que estuvieron carne con carne y piel con piel y manos con manos, tan felices y contentos, tan abrazados y besados, no puede ser nunca un vínculo tan chico ni tan superficial, por lo menos para nosotras las mujeres. ¿Será? Creo que para mí, todos los amorcitos platónicos y no-platónicos, chicos o grandes que he vivido son absolutamente inolvidables. Pero como que éste me dejó más. Será que ese cuerpo, ese hombre, me enamoraron hasta lo más profundo de mi ser y yo con mis defensas y con mi feminismo y con mi midcode nunca lo acepté.

Y yo me pregunto, cuando uno sueña así como yo soñé, él, ¿qué sentirá. ¿No le llegará de repente, en las noches, una sensación, un vienteillo frío, un algo, un recuerdo de mí? ¿No oírá voces o algo? ¿El, me soñará alguna vez? ¿Se acordará de mí así como yo de él?

Me encantaría verlo un día para preguntarle. Pero qué pena uno? A poco me voy a atrever.

Y todos los demás, que forman parte de mí, porque mi carne está amasada con recuerdos y con amores, y la estructura de mis huesos y de mi historia son todas esas gentes queridas y hoy lejanas, ¿qué sentirán. Algo han de sentir, como si un pedazo de ellos no fuera de ellos, porque ese pedazo lo tengo yo.

Y a lo mejor yo, algunos días que me siento muy bien, o que me va muy bien, que siento que que buena suerte o que todo lo que necesito me está dando, debo ser un animal que es severamente algún animal querido, algún viejo animal que me está cuidando que me cuida.



Querido Diario:

Marcela Guijosa

Hoy me levanté muy de malas. No había dormido bien, y aparte, ya sabes, ese cargar encima los mismos problemas de todo mundo y de todos los días, combinadito con mi actual carácter premenopáusico. Ese sentimiento que se puede resumir en el verso de Santa Teresa: "Ay, qué dura es esta vida, qué duros estos destierros".

Iba yo a dejar a los hijos a la escuela. Con mi atuendo de siempre, desde que trabajo en la casa: pijama-pants, chancas, los pelos parados y lentes oscuros.

A vuelta de ruada detrás de un camión, harta de la lentitud, lo intenté rebasar. La calle de San Francisco es de doble sentido, y vi que no venía nadie. Me salí al otro carril y cuando había pasado medio camión, un coche, muy elegante, que acababa de salir de una calle, venía en sentido contrario. Y en vez de darme chance, de esperarme tantito, aceleró con toda su ama para acabar frenando a un centímetro de mí, trompa contra trompa.

Claro que yo ya sabía que estaba en sentido contrario, pero me enfureció su actitud.

Finalmente pasé -detrás del camión, por supuesto- y cuando tuve al chofer del coche a mi altura, -ventana con ventana,

me frené, bajé el vidrio y lo insulté, con voz desentendiada. No me acuerdo ni qué le dije. Creo que estúpido imbécil no te puedes esperar. Era un pendejo joven y relamido. Me dijo sonriendo odiosamente, ay señora, mejor levántese temprano.

Los coches de atrás me apremiaban con sus claxons, y me arranqué necha un basilisco. Pocas veces en mi vida me he dado tanto coraje. Mis pobres hijos no hablaron en todo el trayecto. Y menos mal que llevaban los lentes negros, porque todo el camino, med-a hora, lloré. Primero creía que era de rabia, y claro que tenía mucha rabia, pero lo que más sentí, después me dí cuenta, era vergüenza.

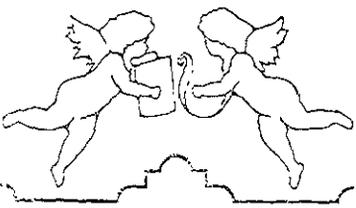
Vergüenza, que sentimiento tan horrible. De ir despondida, fachosa, de haber hecho una imprudencia, de gritar como púche loca, de llorar tanto después. Vergüenza frente a mis hijos, frente a las otras gentes, pero más frente a mí misma.

Santo Tomás decía que la vergüenza era "temor al ridículo". Como cualquier miedo, vendría a ser anterior a los hechos. Pero también es ese sentimiento de después de. Ya hice el ridículo. Qué horror. Cono que te quieres morir. Busco en el diccionario: Vergüenza: f. Deshonor humillante, oprobio // Sentimiento penoso a causa de un acto que rebaja a la persona ante sus propios ojos // Estimación de la propia honra. // Timidez o cortadad para ejecutar una cosa // Castigo o exposición del reo a la afrenta pública. // Pl. partes pudendas. //

La vergüenza se parece al sentimiento de culpa, pero es diferente. No es tan grave lo que hiciste, pero te sientes peor. Humillada, menospreciada, cosificada. La culpa implica una acción u omisión. Por lo menos aparece como motor, como alguien que decidió, como alguien humano. En la vergüenza se te da algo involuntario, que te semejé a un animal o a una cosa, a un ser pasivo, y por eso te sientes rebajada. Como si te quedara que te fuerse pipi en la cama.

Yo sé que he sido muy penosa. Penosa de cortadad y timidez, que no he sido capaz de hacer algo. Penosa de tener miedo al ridículo. Penosa de pensar mis partes pudendas. O penosa de ser un animal, que me da más paja que los deses de lo que hice. Penosa de ser un ser pasivo, como si me hicieran cosas a mi alrededor.

Como, por ejemplo, cuando me voy a casa vieja, tan pronto como me voy lo mismo me voy de regreso. Y me da vergüenza de ir a bailar, que yo sé que bailaré perfectamente, de ir a un lugar que me gusta mucho, que voy a cumplir mis deseos, de ir a un lugar que me gusta mucho, que voy a cumplir mis deseos, de ir a un lugar que me gusta mucho, que voy a cumplir mis deseos.



FONDA SAN ANGEL

RESTAURANTE • BAR

MAS ALLA DE LA BUENA COCINA
EN EL CORAZÓN DE SAN ANGEL

OTSALENO COMIDA Y NA
MAS ALLA DE LA BUENA COCINA

pasión y de les que guardé copia. Lo que daría hoy por no haberseles dado.

O como cuando un día, después de hacer el amor, le dije a un muy querido mono, con voz melodramática: "¿Te puedo decir mi amor?" (Nomás me acuerdo y me pongo roja). Afortunadamente, el asunto terminó en carcajadas, porque él me contestó, en el mismo tono: "Ay, mejor dime pimpollo".

Muchas de mis vergüenzas tienen que ver con episodios amorosos, porque qué cursi me pongo en esos momentos. En general, hasta eso que no soy tan cursi. Pero nomás me enamoro, y válgame. Y lo peor es que en el momento no me doy cuenta. Me siento segurísima de lo que digo. Y la vergüenza aparece sólo después. Casi siempre mucho después. Y cómo me arrepiento, porque digo y escribo cosas grusas.

Porque me dejo llevar por mis impulsos. Es como cuando dices pendejada y media en una reunión por querer quedar bien. Cuando todos cuentan anécdotas chaspeantes y de-trochán ingenio por coquey, y tú, nerviosa, dices algo que quiere estar a la altura. Y mientras más insegura estás, más necesitada de aprobación, peor es la burrada que dices, peor de malo es el chiste que cuentas. Por eso la gente insegura es chismosa. Para que los demás vean cuánto sabe. Jamás le cuentes tus intimidades a alguien muy inseguro: a la menor provocación las va a repetir, presumiendo.

También padezco de pena ajena. Me veo como espejo en ciertas personas y sufro por sus ridículos. Pueden ser personas

cercanizas -que tal cuando te mamá o tus hermanos dicen alguna imprudencia- o puede ser alguien ajeno, como algunas gentes que salen en la televisión. Raul y Suso. Las señoritas México O Verónica Casero, et al que me invitó a Joan Manuel Serrat, que vergüenza las cosas que decía la estúpida.

A pesar de todo, quisiera conservar mi ser vergonzoso en el mejor sentido de la palabra: conservar "la estimación de la propia honra", por ejemplo. Porque son horribles las gentes que no tienen vergüenza. Pero quisiera también evitar ese sentirme chinche, ese trágame tierra.

Y la única solución es, por un lado, tenerme más piedad. Como me dijo un día el maestro Manzur, tan sabiamente: "Chulá, no condones tu juventud".

Y por otro, de ahora en adelante, me voy a hacer el propósito de frenar mis impulsos pasionales. Aunque me quemé la lengua el deseo incontrolable de contar un chisme de alguien, o de insultar a mi exmarido, o de regañar a mis hijos, calma.

Aunque me encabroné con los otros choferes, aunque me urja corregir al que tenga enfrente, aunque me mucra de las ganas de escribirle a mi amado "amorcito corazón" o "capullito de alheñ", o "tuya para siempre".

Para no pasar vergüenzas futuras, antes de cualquier cosa, debo contar hasta diez para pensar tantito, y luego muy probablemente, como diría mi amiga Coqui, mejor callarme el hocico. ☺

Reconocimiento al Dr. Salvador Zubirán, fundador del Instituto Nacional de la Nutrición

* El Secretario de Salud entregó los premios bienales de Oftalmología, Trasplante de Órganos y Educación Médica

El Secretario de Salud, doctor Jesús Kumate Rodríguez, entregó al doctor Salvador Zubirán, fundador del Instituto Nacional de la Nutrición que lleva su nombre el Premio "Elias Sourasky" que le otorgó la Fundación Mexicana para la Salud en un merecido reconocimiento a su dedicación y aportación científica.

En una emotiva ceremonia efectuada en la sala "Bernardo Sepúlveda" de la SSA, que congregó a lo más representativo de la comunidad científica y médica de México, el doctor Jesús Kumate rindió un homenaje al doctor Salvador Zubirán. El Secretario se refirió a la rara de gigantes a la que pertenecen Salvador Zubirán, Gustavo Baz, Ignacio Chávez y Federico Gómez, que constituyeron un momento estelar de la medicina de México y que no ha vuelto a repetirse en los últimos 50 años.



Fueron nombres con una idea muy clara de lo que necesitaba la medicina en México en ese tiempo. Habían tenido un periodo de preparación, de lucha y habían accedido por la vía del mérito a posiciones de poder. Hicieron posible la red hospitalaria de México, crearon las instituciones descentralizadas, una novedad de la administración en nuestro país que cambió fundamentalmente el perfil de la medicina.

El doctor Donato Alarcón Segovia, director general del Instituto Nacional de la Nutrición "Salvador Zubirán", leyó el documento en que se solicita el jurado que el premio "Elias Sourasky" se concediera al fundador de la institución.

Los premios de la Fundación Mexicana para la Salud tienen ya una tradición por la excelencia académica de los que ha distinguido, se otorgan cada dos años y consisten en diplomas para los ganadores, así como una cantidad en numerario que otorgan personalidades de la iniciativa privada, participantes de la fundación.

El premio "José Santos" en oftalmología, se concedió al doctor David Lozano Rechy, egresado de la Universidad Autónoma de Guadalupe, con estudios en Harvard y en la Universidad de Los Angeles.

El premio "Grupo Corso" en trasplante de órganos fue concedido al doctor Gilberto Rojas Hernández, egresado de la Universidad Michoacana de San Nicolás y con más de 26 publicaciones.

El premio "Phonson Bourd" en educación médica fue concedido al doctor Rodolfo Rodríguez Carranza, egresado de la Facultad de Medicina de la UNAM, con más de 70 publicaciones y actualmente docente en la Casa de Estudios.

En la ceremonia, el doctor Kumate estuvo acompañado por los Subsecretarios de Servicios de Salud y de Coordinación y Desarrollo en la SSA, doctor Enrique de la Parra y el doctor Miguel Ángel Martínez, jefe de la División de Asesoría y Estudios de Políticas de Salud de la Secretaría de Salud.

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Este viajecito a Acapulco estuvo de lo más inquietante. Haciendo un rápido resumen, digamos que resultó muy bien en general: Acapulco hermosísimo, si no te fijas en los contrastes espantosos entre millonarios y paupérrimos. Pero ver esa bahía y ese mar te hacía olvidar casi todo. Y también estuvo bien en cuanto a la diversión, a la compañía, al cariño. Mis amigas, como siempre, generosas, críticas, risueñas, malhabladas. A todo dar. Nuestros hijos, un poco aburridos con sus mamases, pero tratando de hacer lo que podían para tenernos paciencia y pasarla lo mejor posible.

Lo que me inquietó tiene que ver, primero, con un poco de culpas que me fui cargando por aquello de irme a gastar en la playa un dinerito que francamente me hace mucha falta para cosas cotidianas y más o menos urgentes en esta ciudad. Coqui y Anita me regañaban: "Todo mundo tiene derecho a unas vacaciones. No es pecado. No te azotes. Nos está saliendo

baratísimo". Y medio les creí y medio se me quitó la preocupación.

La otra desazón tiene que ver más bien conmigo. Conmigo y con mi cuerpo y con mi aspecto y con mi autoimagen. Porque ya sabes: en la playa el asunto es de poca ropa. En las vacaciones la rutina es estarte encuerando para ponerte el traje de baño, quitártelo, untarte cremas, volverte a vestir. Es estar viendo tu cuerpo desnudo muy frecuentemente. Y, por supuesto, el cuerpo casi desnudo de los otros.

Estar recostada en un camastro a la orilla de la alberca, o en una silla debajo de una palapa en la playa, o de plano en la arena. Estar de ociosa, porque por más libros que te lleves, nunca te puedes poner a leer del todo concentrada. Estar, sin querer, cuando tu vista no está como hipnotizada en el mar, analizando minuciosamente tu piel, tus uñas, tus pequeños o grandes granitos. Rascarte. Pelizcarte. Estar en contacto, a pleno día, con un cuerpo que la ropa de la ciudad, el regaderazo a la carrera y el frío de Contreras no te permiten ver con cuidado.

El caso es que cómo he engordado. Ya lo sabía, por aquello de que algunas de mis viejas prendas de vestir no me quedan. Pero no es lo mismo que verte en traje de baño. Seis días. Cada pasada por un espejo era una terrible sorpresa. Ya ni te digo lo que fue ver las fotos, rápidamente reveladas por Coqui. No es que esté obesa, pero ya no soy la misma. No había tenido esta panza desde que estaba embarazada; yo había logrado conservar más o menos la misma figura desde los doce hasta los cuarenta y dos años. Yo siempre me había visto más o menos aceptable en traje de baño. Y de repente, qué distinto: no sólo estoy panzona, sino chichona. Esa es más novedad todavía. La cintura bastante perdida. Y los muslos, y la incipiente pero notabilísima celulitis. Como que ya no soy yo.

Este mi paulatino engordar ha venido siendo acompañado de todo el rollo dizque feminista y lleno de autoestima: No importa, asume tu panza, quíerete, acéplate. Después de tres partos y veinte años más tarde no puedes tener cuerpito de soltera. No eres un puro cuerpo lindo, no eres un objeto sexual, no le des gusto a las modas, etcétera etcétera. Yo creía que ya, pero no. Acapulco me dijo que no. Resumiendo, mi propia estética me hacía rechazarme.

Y luego, el otro problema. Los pelos.

Yo siempre de los siempre, desde que tuve quince años, me rasuré las piernas. (Y por supuesto, las axilas) No se si será cierto que con la rasurada te crecen más, en cantidad y en grosor, yo desde chica he tenido las piernas igual de peludas que cualquier varón cejunteo y barbicerrado de ascendencia española. Y siempre me ha causado un cierto





desasosiego ese aspecto masculino de mis extremidades (Eso, sin hablar de los bigotes y las barbas cuidadosamente arregados con mis pincitas). Con años de trabajo psicoanalítico y/o feminista creo que lo superé. Lo superé, pero al mismo tiempo me seguía rasurando.

Eso significa una hora en el baño; no una navaja nueva, sino dos o tres; algunas cortadas e irritaciones inevitables; granos y pelos enterrados una semana después, sobre todo en la línea del bikini que le dicen, más extensa de lo normal, porque a mí el vello púbico me llega a medio muslo, como bermudas. Y significa afeitada casi diaria, porque al otro día ya estoy propiamente como chayote.

En mi vida cotidiana en México la solución que adopté es andar siempre de pantalones o de faldas larguísimas. ¿Pero en la playa?

Esta vez dije: viva la liberación y a la chingada con los pelos. Así soy y así me voy a manifestar. Basta de esclavitudes. Consulté con mis amigas, con mis hijos, y finalmente me dieron el permiso de no rasurarme. Y estuve ocho días en público y a pleno sol con mis piernas de futbolista. Las axilas sí me las afeité; ahí sí no pude.

Fue una sensación extraña. Desde la untada de los bronceadores, qué diferente en las piernas lisitas que en aquel matorral. Y luego, estármelas viendo. Por un lado pensaba: lo logré, qué maravilla. Me sentía feliz, admirando mi fortaleza interior. Pero no creas que mis piernas me gustaban mucho. Me gustaban más cómo se veían las de Coqui, las de Anita, las de Mariana. Por otra parte, no noté nada del otro mundo en las miradas de los otros. Nadie se me quedaba viendo ni decía mira qué horror, qué mujer tan peludísima.

Pero en última instancia, el problema soy yo y mis propios juicios. No dejé de pensar en la cera depiladora, aunque duela tantísimo. No me acabé de acostumbrar a mi nueva imagen, a pesar de mis viejas lecturas y escrituras sobre los modelos de belleza femeninos y masculinos. Mi estética más íntima es la de todo mundo: qué bonitos los cuerpos femeninos esbeltos, jóvenes, tersos. Como estatuas griegas. Qué bien se ven los

zapatos, las faldas, los shorts de mujer con piernas de mujer: es decir, depladas. Porque te pones unos huarachitos muy coquetos o unos tacones y como que desentonan con lo masculino de tus pantorrillas velludas. Tendrías que usar zapatos de hombre, o qué.

Y yo que admiro tanto a esas mujeres feministas tan libres, que no se pintan jamás ni las uñas ni la cara ni el pelo ni nada. Que se saben amar y lucir tal cual son. Que se cuidan, pero sin esclavizarse a las dietas o a los cosméticos. Que se atreven a ser como son, con su cara lavada, su ropa sencilla y cómoda, su belleza tan natural. Yo así quisiera. Y formar parte de un movimiento de veras liberador: Que nadie se rasure las piernas. Mueran los cosméticos, muera el engaño. Que nadie se pinte las uñas. Que no esté tan satanizada la gordura ni tan bendecidos los aerobics. Que podamos apreciar todas las formas de cuerpos, femeninos y masculinos. Que nos pareciéramos más a las mujeres indígenas, por ejemplo.

Pero por otro lado, está el fantasma del descuido, de la depresión. "Está muy dejada. Es una fodonga. Cómo se ha descuidado". Y entonces yo no me pinto y no sé si estoy buscando y encontrando la libertad o la fodonguez. Si soy una mujer segura de mí misma o una pobre gorda deprimida y menopáusica. Si debo trabajar psicológicamente para aceptarme tal cual estoy, madurita, jamoncita, y comprarme una talla más, y dejarme de sufrir, o bien matarme con ejercicios y dietas y cremas y tratamientos.

Aunque pensándolo bien, lo más rápido y fácil es ahorrar una lana, irme a hacer la depilación definitiva, y luego unos masajes reductivos, o mejor unas cirugías plásticas: dicen que te quitan TODA la panza, y te levantan los pechos, y que te inyecten colágeno y no te quedan arrugas y que hasta te quitan las bolsas bajo los ojos y que te vuelves a ver joven y bella, con la imagen que tenías hace tantos años... ☹

FONDA SAN ANGEL

RESTAURANTE · BAR

MAS ALLA DE LA BUENA COCINA - EN EL CORAZON DE SAN ANGEL

DESAYUNO COMIDA CENA
PLAZA SAN JACINTO 3 SAN ANGEL MEXICO TEL 548 75 08

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Con esto de la celebración de los veinticinco años de la matanza de Tlatelolco, en 1968, qué de gentes recuerda uno, qué de tristezas, qué de cosas se han escrito y se han recordado. Luis González de Alba, en su sección "La Ciencia de la Calle" que publica semanalmente en *La Jornada*, escribió una idea que me gustó mucho. Dice que es sorprendente que tantos chavos tan distintos marcharan por las calles, unidos, con el puño en alto y la efigie del Che Guevara, cuando muchos de ellos -la mayoría- no es que tuvieran una gran conciencia política ni supieran bien a bien de qué se trataba el "movimiento". Tal vez eso no era lo más importante. Lo más importante, lo que en el fondo los movía, es que estaban hartos "ante la meriendas con las tías que era México, los churros con chocolate a las siete para dormirse a las nueve". Y cita las palabras del propio Díaz Ordaz, en septiembre de 68: "Habíamos estado provincialmente orgullosos y candorosamente satisfechos de que, en un mundo de disturbios juveniles, México fuera un islote intoxicado".

Los jóvenes "marchábamos contra un islote intoxicado porque nos deseábamos abiertos al mundo y no contemplándolo vigilados por las tías". Teníamos "un malestar en las vísceras", unas enormes ganas de dejar de ser "provincianos".

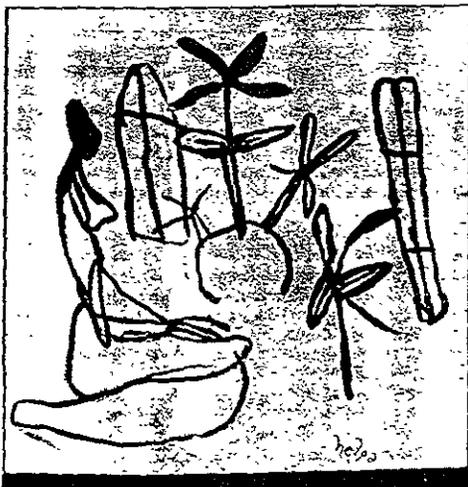
Estoy muy de acuerdo. Yo, y muchísima gente como yo, no éramos militantes activísimos en el 68. Creo que muchos de nosotros ni entendíamos bien a bien qué estaba pasando, aunque estuviéramos de parte del movimiento, por principio, y en contra del presidente y de los granaderos y de la represión. Yo, en lo personal, me la pasé todo el tiempo muerta del susto. Me daban miedo los gritos en las asambleas de la Facultad de Ciencias, me daba miedo ese aire como de guerra que se respiraba. Fui sólo a una marcha, aquella que encabezó Barros Sierra, pero sabía que más allá estaban agazapados los tanques y estaba aterrORIZADA. Además, mis papás no me dejaban casi salir de la casa.

Pero aunque no entenderíamos mucho de política, nuestro espíritu se sumó alegremente a algo que presentíamos liberador. Y en efecto, algo sucedió.

Cambiamos de ropa, de música, de actitud. Se rompió nuestra vida provinciana, dolorosamente, y nos abrimos y crecimos.

Pienso en cómo vivíamos durante los años de mi secundaria y de mi preparatoria, antes de 1968. Y cómo vivimos después. Apunto algunas cosas.

En la prepa cuatro, las mujeres no podíamos fumar. Los muchachos sí. Dentro de los salones, la cuestión quedaba a criterio del profesor. Algunos no dejaban fumar a nadie, otros, a todo mundo. Pero en los pasillos de la escuela, los prefectos



no nos permitían fumar a las mujeres. Lo hacíamos, a escondidas, en los baños. Y no era mota: eran inocentes Ralcigh con filtro, a 2.40 la cajetilla, y a veinte centavos, sueltos. Todavía no se hablaba del cáncer ni de la contaminación.

Cuando íbamos de vacaciones a San Luis Potosí, a casa de mis tíos, no nos podíamos poner pantalones. Sólo si íbamos al rancho. Pero en la ciudad, en la calle, jamás. Ahí tampoco "horror" podíamos fumar, ni en las cafeterías, ni en la calle.

Mi padre me daba permiso de fumar, a mis dieciocho, porque para entonces yo ya trabajaba. Pero sólo en lugares cerrados; si yo conservaba el cigarro prendido al salir, me lo tiraba de un manazo. ¿Fumar en la calle? ¿Eres puta, o qué? (La imagen típica, por supuesto, era la de una mujer entallada, muy pintada, fumando debajo de un farol.)

En el banco donde yo trabajaba, precisamente en 1968, tampoco se nos permitía fumar a las mujeres. Sólo en el baño. Y no se nos permitía ponernos pantalones, por muy elegantes que fueran. Teníamos que ir a trabajar de faldita, de medias y tacones. Tampoco nos dejaban ir con botas. Sólo hasta 1971, más o menos, que se puso de moda la "maxi", nos pusimos botas para el trabajo. En las primera escuelas particulares donde trabajé (1970, 71, 72), tampoco se podía ir de pantalones.

Querido Diario:

"La armonía es el silencio de los oprimidos"
(Christiane Rochefort)

Con el corazón puesto en Chiapas, llevo diez días angustiada, deprimida, sacada de onda. A ratos se me olvida, pero siempre vuelve. Trato de trabajar, hago cosas, platico de otros temas con la gente, pero siempre sale, también en los otros. Es una preocupación, un dolor, un miedo constante. Se nos rompió la armonía.

Es un trancazo enorme y sorprendente. Pensar que mientras estábamos brindando y comiendo uvas y forzando nuestra esperanza, diciendo "yo creo que este año sí va a estar mejor", los del Ejército Zapatista estaban declarando la guerra y tomando varias plazas de Chiapas.

Casi no lo podíamos creer, al otro día. Estábamos acostumbrados a que, a pesar de todo, no pasaba nada, a hacernos pendejos. Qué miedo a cambiar, a tomar medidas en serio, a ver la realidad de frente. Es como cuando te duele algo, y te haces guaje, y dices, no, yo creo que no tengo nada, aunque sepas que sí, y no vas al doctor ni te cuidas. Es mejor negarlo. Pero un día la infección explota, con pus y calentura, y el estado es grave, y hay peligro de muerte, y no te queda ya más remedio que admitirlo. Es una guerra de a de veras. Es el ejército bombardeando los pueblos. Es la gente sin casa, sin comida. Es ver los cadáveres en el mercado de Ocosingo. Es el terror y la muerte, aquí en nuestro estado de Chiapas, no tan lejos.

Leo, ansiosa, todos los días el periódico, quiero saber, quiero entender. No lo logro del todo. La información me parece fragmentada, contradictoria, incompleta. Me niego a ver a Zabludovsky, pero algunas gentes me comentan lo que sale en la TV y cómo se están deformando las noticias: me indigno.

Me consuelo, en parte, leyendo lo que escriben gentes buenas, pensantes, honestas. Carlos Montemayor, Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco, y esos periodistas españoles de *El País*, Manuel Vázquez Montalbán y Manuel Vicent. Piensan igual que yo. Bueno, piensan mucho mejor que yo, pero dicen con belleza, claridad y valentía lo que yo quisiera decir, son mi voz, hablan por mí.

Qué diferencia de esos textos con los discursos oficiales y televisivos que oímos los primeros días. Que son "profesionales de la violencia". Que los comandantes son extranjeros. Que se aprovechan de algunos pobres indios, y los manipulan, por algunos rezagos socio-económicos que hay en esa zona. Que todo es culpa de los curas de la Teología de la Liberación. Que no se les debe decir Ejército Zapatista de Liberación

Marcela Guijosa

Nacional, sino "transgresores". No son alzados, son delincuentes comunes, son facinerosos, son criminales. Son nuestros enemigos y son malos, malísimos.

Ellos, los indios de Chiapas, los más pobres de México, que han vivido soportando patadas y despojos y enfermedades y hambres todos los días de su vida, no pueden ser. Tan bonitos los inditos. Tan lindo que tejen. Tan buenos que son. Tan tontitos y tan ignorantes. Tan ingenuos, tan crédulos. Cómo crees que se van a indignar o a desesperar o a encabronar.

Cómo se parece esa mentalidad a eso otro que hemos oído tantas veces, con respecto a las mujeres. Cuando una mujer despierta de su letargo y, después de haber estado por años sometida (es decir "bien portada" y calladita), un buen día decide pronunciar una pequeña palabra: "No". No te hago de cenar o no quiero seguir viviendo así o no me vuelves a pegar. Y entonces, antes que nada, el asombro. El desconocimiento.



Querido Diario:

Marcela Guijosa

Cuando ser consciente te cansa. Cuando estás harta y dolorida de tomar decisiones, de dirigir, de saber. Cuando casi ya no quisieras pensar. Cuando ser feminista es algo que a veces duele.

Me gustaría ser un pájaro. Pero no creas que un pájaro en su árbol y en su bosque. No; a mí más bien me gustaría ser un pájaro en su jaula. Un canario muy chillador en un patio lleno de macetas de una casa de pueblo. De Pátzcuaro o de Uruapan. Con una ama cariñosa y vieja que me sacara al solecito todas las mañanas y me platicara y me cantara y que me pusiera mi alpiste y mi flor de nabo y mi agua. Que me guardara al atardecer y me tapara con un trapito.

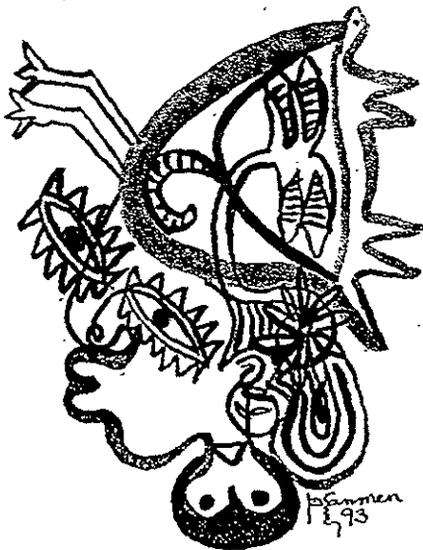
O un pajarito amaestrado, de esos de feria. "A ver, pajarito, sáquele un papelito a la señorita. Toque usted la campanita. Muy bien, pajarito". Mi rutina aprendida perfectamente: saco el papelito, me dan el alpiste.

Que podría ser también un perro de circo. Muy domesticado, muy vigilado, con comida simple pero siempre segura. Protegido del mundo y sus peligros, de aventuras y tentaciones. Aplaudido en las noches, haciendo moncerías encantadoras, sabiendo qué sigue en cada momento: ahora párate, ahora siéntate, ahora brinca por el aro. Bailar un poco, dos vueltecitas, se acabó. A dormir. Y mañana lo mismo, como todos los días.

Y si tratara de elegir una forma humana, me gustaría ser esclava. De Grecia antigua o de Egipto, de esas que vendían en los mercados. O mejor, ser una chava del harén del Califa de Granada. Viviendo en la Alhambra, rodeada de jardines y de música de agua. Acompañada siempre de hermanas y amigas, platicando, haciendo el quehacer y cantando y riendo. Sin salir nunca y sin leer el periódico ni conocer el mundo. Y sería elegida, algunas noches: me engalanaría, me perfumaría, me pondría mi esmeralda en el ombligo. Danzaría para el sultán, le contaría algunos cuentos, y yacería con él hasta el amanecer. Y luego, ya vete a tus aposentos. Sí, mi señor. Qué a toda madre. Sin planes, sin compromisos, sin compartir decisiones ni broncas. Sin tener que buscar una comunicación profunda.

O dama del siglo doce. Encerrada en una torre de un castillo de Francia, mirando por la ventanita pasar las nubes. Esperando a mi cruzado mientras bordo maravillas y canto dulces romanzas con mi laúd. O monjita de clausura, nomás rezando y obedeciendo.

O, como dice mi amiga Estela, qué padrísimo ser objeto sexual. Ser como una de las gueras de Al Capone. Existir no más de adorno, sonriente, ser rubia platina con mi vestido pegado y *strapless*, siempre de lujo, bebiendo champana y



limándome las uñas. A la hora de las discusiones algidas, de las juntas de negocios o de los peligros inminentes, te dan tu nalgada y te dicen: "Desaparece". O "esfúmate, cariño". Y tú te vas a tu cuarto a descansar, a ver la televisión o a leer tu novela de Vanidades, mientras ellos planean su próximo ajuste de cuentas.

Y claro que me encantaría muchas veces ser niña de pecho, en su cunita, hecha taco, bien abrigada. Y que tuviera sus papás. Y que fuera cargada, apapachada, amamantada. Bañada y besada, llevada y traída.

O ser osito de peluche, muy sobado, muy preferido. Dejándome nomás querer, en los brazos de un niño o en su cama o simplemente sentadito en su repisa. O ser una muñeca: ser una Barbie vestida y desvestida, peinada y despeinada, silenciosa, pasiva, actuando lo que tu dueña quiera, y a tí qué te importa, al fin que ni sufres, callada y obediente a cualquier papel y a cualquier postura.

Si Te gustaría ser pasividad absoluta, potencia pura, cuando tienes, como hoy, tanto miedo a la libertad.

La mirada suspicaz que se empieza a convertir en iracunda "¿Y ora? ¿Con quién te andas juntando? ¿Quién te anda aconsejando?"

De entrada, la descalificación, como base de los argumentos. Lo mismo que vemos en este conflicto. Por eso ha de ser que lo primero que quieren los alzados es que se les reconozca como sujetos de sus acciones, que se les nombre como ellos quieren nombrarse, que se acepte que existen y que tienen razones para luchar.

Ahorita, cuando oigo eso de que "la violencia no es el camino ni la solución", me acordé de aquella chamaca adolescente que llevaba años de ser violada y golpeada por su padrastro, y un buen día le dio al hombre veintidós puñaladas. Qué barbaridad, mija, qué violencia.

Y luego, los rumores, las otras versiones de quienes se sienten muy enterados; que si es maniobra política, que quién sabe quién está detrás de esto, que muchos han sido reclutados a fuerzas. Y las bombas que explotan, aquí, en avenida Universidad, sin que sepamos de parte de quién, y ese no entender, esa impotencia tan horrible frente a las verdades a medias que dice el radio y la televisión y que repiten ciertas señoras clase medias: "No saben ni por lo que están luchando. Son carne de cañón, igualito que los estudiantes en el 68", -y tú, mientras, lees que hay adolescentes indios con rifles de palo y que los están matando con rifles de a de veras- y luego oyes a Fidel Velázquez, que lisa y llanamente pide que se les "extermine" y sabes que a pesar de todo, hay mucha gente que prefiere que el gobierno mande bombardear toda la zona y que ya se acabe rapidito la cosa para que se nos quite el miedo

y la molestia, porque oye, eso de ya no poder ir de compras a ningún lado porque qué tal si estalla una bomba en el super, no hay derecho.

Lo bueno es que también está la otra gente. Hay muchas voces lúcidas que se alzan en contra de tanta muerte. Contra tanta muerte cotidiana e injusta que lleva durando quinientos años, contra la muerte multitudinaria y explosiva de hoy. Nos guste o no, se acaba de hacer una fractura en nuestra conciencia. Ya cambiamos: a partir del primero de enero, ya no somos los mismos. Estamos heridos. Ya no está tan fácil seguir cantando la celebración de nuestro progreso.

El Comunicado del EZLN del 6-1-94 comienza así: "Aquí estamos nosotros, los muertos de siempre. Murieron otra vez, pero ahora para vivir".

Yo quiero creer así, que esta sangre va a servir de algo, que sí tiene sentido, que sí pueden mejorar las cosas. Que en el futuro, ellos van a vivir, que todos vamos a vivir. Quiero creer que esos alzados son honestos, y sé que de alguna manera están también luchando por mí. Su indignación es mi indignación, y las aspiraciones de justicia que tienen son iguales a las mías. Sé que de hoy en adelante vamos a tener que tomar en cuenta, muy en serio, esas cosas ya olvidadas de las que ellos hablan, como la libertad, la dignidad, la democracia.

Espero en Dios que haya una negociación próxima, que se inicie el diálogo y que acabe esta guerra por favor. Pero sea como sea, esos indios alzados ya ganaron. Ya lograron que se supiera la verdad, en todo el planeta. Desgarradoramente, con sus vidas y con sus muertes, nos están haciendo oír su voz: que no se nos olvide, que no mueran en vano. ☹



Vida Cotidiana

Querido Diario:

• Marcela Guijosa •

Como no tenía nada nuevo qué leer, y las de Agatha Christie ya las leí tres veces, el otro día saqué de mi librero *La isla misteriosa*, de Julio Verne. Esa novela la leí cuando tenía doce o trece años y se convirtió en aquellos entonces en uno de mis libros favoritos. Pensé, a ver qué opino ahora, a ver si me vuelve a gustar tanto.

Y sí. La volví a disfrutar muchísimo, es realmente una maravilla. Es uno de esos libros clásicos que tanto nos han formado, con su tema clásico: unos naufragos que caen en un globo aerostático desinflado, en medio de una tormenta, a una isla desierta. No tienen nada, más que la ropa que traen puesta. Y con ingenio y con trabajo, desde cero, vuelven a inventar la civilización. Empezando por encontrar un lugar dónde guarecerse, hacer fuego, buscar qué comer.

En el primer capítulo, metida en mi cama, era una delicia oír la lluvia fuertísima que caía en mi tejado. Y pensaba: bendito sea Dios que tengo tejado. Y me arrebujaba en mis cobijas, me tomaba un traguito de té caliente, y seguía leyendo. Los naufragos, exhaustos, se refugian en unas cuevas, y tapan con piedras y con hierbas los huecos por donde se meten las fuertes corrientes de aire y lluvia. Y yo veía mis paredes y mis ventanas. Cuántos siglos de trabajo y de cultura han sido necesarios para que existan paredes, ventanas, cobijas. Y tazas, y té negro, y azúcar, y cigarros y cerillos y libros.

Qué preciosidad esa serie de detalles, que yo recordaba desde hace treinta años: Cuando no pueden hacer fuego, porque eso de frotar palitos no es nada fácil, y providencialmente se encuentran un único valiosísimo fósforo en el torro del chaleco de alguien. Con qué cuidado lo prenden, y cuidan ese fuego. Claro que un día se les apaga, y el honrado marino Pencroff está desolado, pero no contaban con la astucia del gran ingeniero Ciró Smith que, conocedor profundo de todas las ciencias humanas, une los vidrios de dos lentes, les pone aguita adentro, y ya tiene un lente que dirige y magnifica el calor del sol y que incendia las hierbas secas. Ya luego todo es fácil: ellos



sabrán usar perfectamente la yesca y el pedernal.

Y al rato no sólo tienen fuego, sino que tienen una casa preciosa, con vista al mar; campos de cultivo, animales domésticos, un horno de cerámica. Fabrican nitroglicerina, hacen caminos y puentes, y luego construyen un barquito, exterminan a todos los animales que les caen gordos, como los peligrosos jaguares, y hasta instalan un telégrafo entre varias partes de la isla.

Pues para no hacerme el cuento largo, entre reflexión y reflexión y entre trago y trago de varias tazas de té, lo terminé esa misma noche. No me quería yo dormir, no lo podía yo dejar. Eso sí es una novela con

todas las de la ley.

Claro que en esta nueva lectura me fijé en otras muchas cosas.

Primero, los personajes. Todos son lindos preciosos, buenos y sensatos, trabajadores, gringos -que más bien parecen británicos- y se dicen democráticos y antiesclavistas. Pero están perfectamente estereotipados y perfectamente jerarquizados, cual debe de ser en una novela del siglo pasado. El "jefe natural" es el ingeniero Ciro Smith. Siempre es sabio y mesurado. Siempre sabe dar el consejo oportuno y siempre encuentra la solución a cualquier problema, teórico o práctico, que se presente. Luego sigue don Gedeon Spillet, que es, digamos, un igual del ingeniero. Gedeon es un periodista, culto y bonachón. Ellos forman la clase superior.

Luego están el honrado marino Pencroff, el único que tiene ciertas pasiones, que es bueno bueno pero medio bruto, sentimental y trabajador. Y un chavito, un joven llamado Harbert es la parte tierna, débil e inexperta del grupo. Más abajo está el negro Nab, que fue esclavo pero ya es libre gracias a Abraham Lincoln, y que sin embargo sigue conservando el estatuto, el trabajo y las conductas de un esclavo. En toda la novela no hace nada más que cocinar para los demás y servirlos fielmente. Siempre se le dice "el fiel Nab".

Y lo peor es que apresan a un orangután, y lo domestican, y luego resulta que se vuelve otro mayor-domo y que es tan amigo de Nab. Se entienden tan bien. Es que son casi iguales.

Y claro que no hay mujeres, y ni falta que les hacen.

Qué molestia hubiera sido para los náufragos-colonos eso del viejerío. Además, ellas no son necesarias para nada. Muchísimas veces dicen los personajes: "¡Qué felicidad! ¡En esta isla no falta nada!" Y el honrado marino Pencroff siempre replica, suspirando: "Sólo el tabaco...".

Porque cómo sufre Pencroff los primeros tiempos por no poderse fumar una pipa. Y claro que finalmente los demás encuentran una planta de tabaco, y se lo preparan cuidadosamente de sorpresa, y tú lloras cuando un día, con toda solemnidad, le dan su pipa cargada y prendida. Ese día se afirma que, ahora sí, ya no les falta absolutamente nada en la isla. Julio Verne no habla de la sexualidad de los colonos, como tampoco nunca dice, en su casa de granito, dónde hacen de las aguas, mayores o menores. Son como ángeles; ni se pelean, ni sufren, ni se enamoran. Fuera de una leve preocupación por su futuro, de veras están absolutamente felices. Nunca hablan de alguna mujer que hubieran dejado allá en su tierra. Nadie parece tener novia, ni esposa, ni madre, ni hijas, ni amigas.

Y bueno, al final se descubre el misterio de la isla. El famosísimo capitán Nemo, que, oculto, siempre les ayudó en los momentos más difíciles. Es una especie de dios, que oye todo y está en todas partes. También es hombre y es casi todopoderoso. Al final les regala su cofrecito de joyas. Padrísimo.

Pues me encantó la novela. Que yo pudiera escribir así, con tanta información, con tanta imaginación, con el suspenso tan bien logrado...

¿Cómo sería? ¿Qué pasaría si cayeran de un globo cinco mujeres mexicanas actuales a una isla desierta? Siguiendo el esquema de Verne, tendrían que ser: una doctora en ciencias de la UNAM, cincuenta. Esa les daría clases de los neutrinos y los agujeros negros, y proyectaría y mandaría construir unos robots, movidos por energía atómica, que cortaran árboles y construirían casas y cargarán bultos pesados. Una elegante periodista, para que escriba la crónica, y sea amiga de la anterior. Una honrada y abnegada enfermera, y su joven hija, que, además de haber trabajado de obrera (para que ayude a los robots), fuera estudiante de biología (para que supiera mucho de animales y de hierbas y dijera sus nombres en latín). Y probable-

mente, una indígena de Oaxaca, porque si no, ¿quién guisaba y hacía las tortillas y el quehacer?

Y que vivieran ahí tres años. Super felices, cada una en su lugar. Y nunca lloraran ni nunca pelearan. Que no les dieran cólicos ni bochornos menopáusicos ni nunca extrañaran a sus novios ni mandos ni amantes. Que ni siquiera hablaran de hombres (ni de niños). Y que tampoco fueran lesbianas. Dedicadas a puro sembrar y construir, a puro civilizar la isla, sin ninguna pasión que enturbiara sus vidas.

Y para el rescate final, como capitana Nema, ¿a quién pondría? ¿A Lady Di? ¿A Madonna? O mejor a Rigoberta Menchú. No Tiene que ser mexicana. Ya sé, a la Guera Roffiel. O tal vez a Esperanza Bnto de Martí. Se venía muy bien manejando su submarino.



Vida Cotidiana

Querido Diario:

• Marcela Guijosa •

Con beso muy grande para Mina la colimeña.

Qué irritada e irritable he estado estos últimos días. Ha de ser la premenopausia -o *perimenopausia*, que así se dice. Y aunque hay además múltiples causas nacionales y macro y micro económicas como para estar de un humor de

perros, confieso que una de las cosas que más me tiene enojada es oír, por doquier, ciertas historias de mujeres.

Sí, lo confieso, aunque me salga de la ortodoxia feminista, aunque me critiquen y me aborrezcan, aunque sienta horrible al decirlo, lo tengo que decir: Hay muchísimas mujeres que me chocan. Las odio, me dan coraje, me tienen harta.

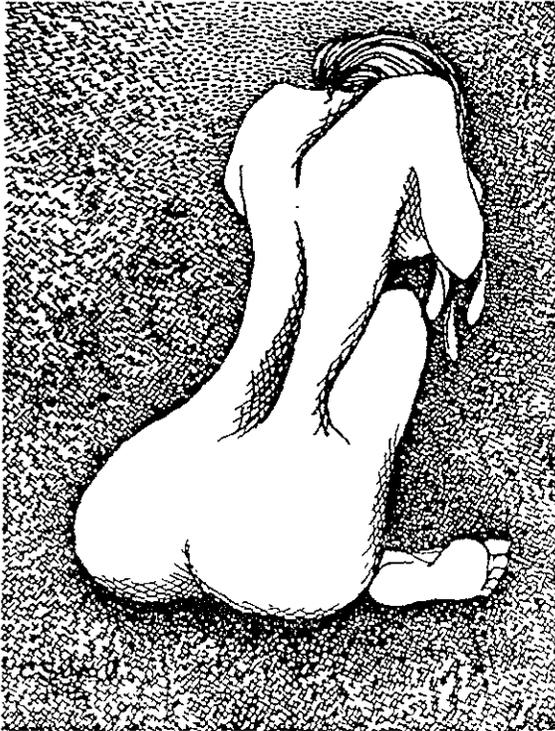
Son muchas, cercanas y lejanas, conocidas y desconocidas, jóvenes y maduras. Tienen vidas muy distintas, pero comparten algo, ese algo que tanto me imita. ¿Cómo se llamará? Por llamarlo de alguna manera, le pondré, provisionalmente, *sufrimiento hasta la ignominia con tal de tener un marido o un novio o un amante*.

También se podría llamar "*Complicidad con el enemigo*" o "*la felicidad es la indignidad*". Me asombra. Al mismo tiempo me doy cuenta de que, una vez más, se trata del hilo negro. Es el Tema Uno de Primero de Feminismo.

Pero hoy, cómo te diré, como que ya no busco ni encuentro explicaciones teóricas. Ya sé qué las hay. Lo que hoy me impresiona es que noto en muchas mujeres unas ganas de empequeñecerse, de envilecerse, de devaluarse, como si fuera adrede, como si de a veras, voluntariamente, se buscara ese destino.

Miedo de vivir. Hoy, en mil novecientos noventa y cuatro, que ya existen ciertas alternativas

¿O no? ¿Todo será determinismo social, económico, cultural, religioso, psicológico? ¿Estaromos como las viejas mujeres chinas de las novelas de Amy Tan? ¿Somos absolutamente víctimas de las circunstancias? ¿No tenemos la menor voluntad, ni la



menor fortaleza, ni la menor dignidad? ¿Estamos realmente tan dañadas?

En esta semana, aquí y allá, escuché las anécdotas siguientes (y no pongo las más gruesas):

1) El Señor Director va a ir a una cena con otros directores muy importantes y también asistirá un Señor Secretano. El Director le dice a su mujer: "Lucero, me vas a acompañar a la cena, pero pobre de tí si abres la boca.

Te prohíbo que digas una sola palabra. ¿Entendiste?" Y Lucerito dice que bueno, y va a la cena, muy arreglada, muy guapa, y le obedece.

2) Alicia, mujer ejecutiva, valiosa, simpática, inteligente, cuando está con su marido en alguna reunión se vuelve extrañamente silenciosa. Las amigas sospechan el porqué: en reuniones anteriores, siempre que ella opinaba, el marido acostumbraba decir, haciéndose el chistoso: "Ay Alicia, mejor cállate. Tú no sabes nada" o "tú ni entiendes de esto". (NOTA: De este tipo de ejemplos conozco muchos. Ya hasta parece escena de película o de telenovela, ya es un lugar común, pero sigue siendo asombrosa y multitudinariamente real. Y ellas no se ven ni enojadas ni funosas ni nada).

3) Lupita, divorciada, tiene un nuevo novio. Le cuenta por teléfono a su amiga casada, y queda de ir a verla. La casada le dice: "sí, ven a cenar, pero del galán no vayas a platicar delante de mi marido, por favor, a él le molestan mucho esas cosas, por favor, no quiero broncas".

4) Carolina me cuenta que ella no le platica a su marido de sus éxitos propios en el trabajo, sino que más bien los oculta (aunque ella sí oye y festeja los de él), porque "como que le da la impresión de que él se siente amenazado", y ella "quiere paz y armonía en su hogar".

Cuando oigo esas cosas, que tienen fama de ser muestras de "sabiduría y pru-

dencia femenina", me indigno profundamente. Pero contra ellas.

O los múltiples y cotidianos casos de las "gamucitas", madres siempre madres, abnegadas, sacrificadas, sufrientes, viviendo la vida sirviendo y preocupándose por sus retoños ya labregones, sin pensar en otra cosa, sin hablar de otra cosa. De éstas oigo frases de este tipo: "Yo no tengo lugar en mi casa". "No traigo coche, ando en camión porque Jorgito no circulaba y pues le presté el mío". "Yo

nunca puedo oír mi música: mis hijos no me dejan, dicen que qué horrible, quitan mis casets". Y lo dicen con una sonrisa,

suspirando, satisfe-

chas.

Y qué tal las declaraciones de la esposa del candidato priísta, qué tal cuando dice que, para casarse, buscó a un hombre que fuera *más que ella*, y que ella no trabaja porque él se sentiría incómodo y celoso...

Y conste que los casos anteriores no son ejemplos de mujeres impreparadas ni pobres. Todas han estudiado, tienen o han tenido un buen trabajo, ganan su propio dinero y tienen éxito profesional.

Y podemos decir que el movimiento de liberación de la mujer ha logrado avances: hoy podemos estudiar y dedicarnos a muchas más cosas que antes; algunas están ya en puestos públicos importantes, tenemos más participación en la vida política, etcétera.

Pero en lo interno, en las mentalidades y en los sentimientos, estamos jodidas. Seguimos actuando como si fuéramos inferiores a los



varones, dependiendo de ellos para saber quiénes somos, vigilándolos-angustiadas, cuidándolos, esperando que nos quieran, que por favor no nos vayan a dejar. Seguimos haciéndonos chiquitas y pen-dejas para quedar del tamaño que se necesita. Nos creemos lo que ellos dicen de nosotras, actuamos en consecuencia, aceptamos, que nuestro trabajo es menos importante que el suyo; aceptamos que no sabemos o no entendemos nada; aceptamos guardar silencio. Nos seguimos callando y nos seguimos quedando.

Por el otro lado, seguimos jugando el juego y nos encanta hacerle de mamá. Los regañamos, los queremos educar, los miramos con cara de "Ah, qué muchacho éste", mientras les servimos su comida, les lavamos su ropa y nos soplamos sus discursos fingiendo admiración. Y aceptamos humillaciones, maltratos, infidelidades. Con tal de que nos compre un anillo o una sala o un coche nuevos. Con tal de que se quede.

Y hoy no estoy enojada con ellos. Hoy no quiero despotricar contra la ideología machista o patriarcal. Hoy estoy enojada con ellas, con nosotras, con las mujeres.

Con las que no quieren un lugar de seres humanos en el mundo. Con las que se niegan a luchar por sí mismas. Con las que se devalúan, se envilecen, se traicionan con tal de tener un marido o un galán. Con las que toleran todo para que las mantengan. O bueno, si hasta hay las que los mantienen a ellos con tal de tener el bulto en su cama, la presencia consagrada, el trofeo, el pasaporte para la vida. Con las que no saben o no quieren amar a un hombre en términos de igualdad, de solidaridad, de dignidad.

Con las que no se atreven a ser lo que son, con todas esas que viven instaladas en una seguridad falsa, haciéndole el cuento de que qué bonito su matrimonio y qué bonita su familia, mientras le hacen la vida imposible al marido y a los hijos y a sí mismas por no atreverse a cuestionar nada, por no querer ver sus propios deseos y sus propias necesidades.

Muy enojada. ¿Será porque yo también soy así? Probablemente.

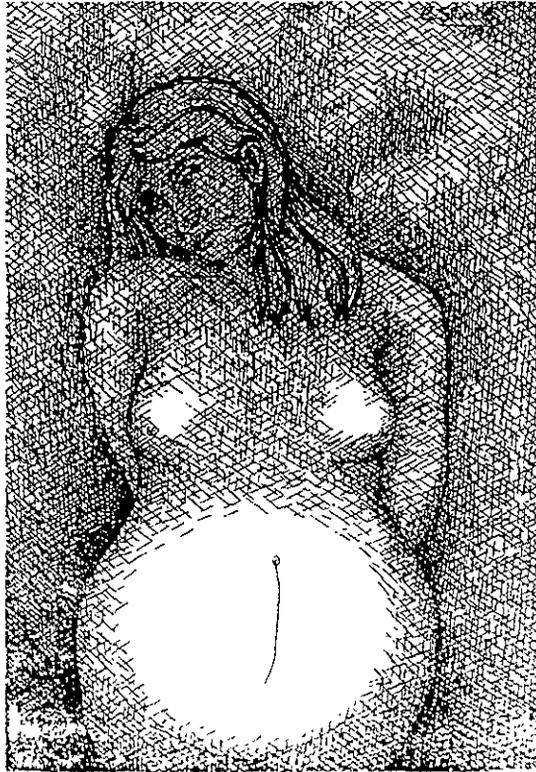
Pero no me gustan esos modos de ser mujer. No me caen bien las víctimas tramposas. No quiero ser como ellas, no me quiero parecer a ellas. No soporto la cobardía ni la indignidad disfrazada de valores cristianos. Ni aunque me prometan la canonización.

Qué hacer, qué estrategias inventar para cambiar el interior de las mujeres. Porque, por lo visto, no basta con que vayamos a la universidad. No basta con tener un trabajo exitoso o una cierta independencia económica. No es suficiente con que haya más

diputadas o senadoras o secretarías de estado, si en nuestra vida cotidiana, en el interior de nuestras casas y de nuestras relaciones amorosas seguimos, encarnadas, en la esclavitud.

Cómo haría falta una nueva educación, una nueva ética feminista. Denunciar como un mal moral, como un pecado, el humillar a las mujeres, pero también marcar como obligación ética, para ellas, el no permitirlo. Unos nuevos mandamientos: "No permitirás que nadie te menosprecie ni te veje de ninguna manera. Si lo toleras, eres cómplice, estás haciendo un acto inmoral, eres igual de culpable". Algo así como "si te dejas, es pecado".

Cómo me gustaría un feminismo que lograra inyectar nueva vida a las mujeres. Un movimiento que fuera casi como terapia, como lavado del alma, que nos devolviera una autoestima elemental, un sentimiento de valor y de poder, una luz y un arma que nos permitiera luchar contra esa cosa oscura y horrible que vive agazapada, todavía, en nuestros corazones. ☹



Vida Cotidiana

Zuerido Diario:

• Marcela Guijosa •

U ltimamente he estado de lo más santificada, practicando todos los días las mejores virtudes cristianas, que ni tan exclusivamente cristianas han de ser porque mi excelente conducta proviene más bien de ciertos rituales orientales, antiquísimos y, por ende, bastante paganos

El extraordinario I Ching, oráculo chino, lo descubrí con mis amigas hace como diez años. Me acuerdo que al principio me chocó porque lo conocí a través de una chava que lo consultaba de la forma más idiota e irritante, del tipo: ¿Me va a hablar mañana Ricardo?, o ¿me pondré el vestido verde para la fiesta de fin de año?

Siempre me han llamado mucho la atención las magias, los tarots, los oráculos y los horóscopos. Me divierten y me asombran. Pero por otra parte siempre me ha molestado la gente estúpida que cree ciegamente en ellos. En el fondo, odio fanáticamente cualquier fanatismo.

Y es que en el fondo yo he pretendido tener, durante mucho tiempo, una *mente científica*. Moderna, digamos, o sea, racionalista.

Pero con los años me he vuelto más post-moderna, que paradójicamente viene a ser una especie de regreso a lo pre-moderno, acercándome peligrosamente a lo medieval y a lo primitivo

Me gustan las oscuridades, los encuentros providenciales, los milagros que no pueden entender ni explicar. Me gustan los estados cuasi-místicos; me gusta sumergirme en la contemplación y venerar, arrodillada interiormente, el misterio.



A. S. 1995

En parte, he regresado a mi viejo cristianismo Jamás en la misma forma que antes, jamás aquella religión infantil y rígida, como libro de contabilidad, llena de miedos y de culpas Jamás de los jamases ninguna ortodoxia.

Pero, inevitablemente, me sigo imaginando una divinidad barroca y trinitaria; me sigue gustando imaginarme a Dios Padre con sus blancas barbas, rodeado de querubines. Al Verbo que se hizo carne, predicando a los pobres y más tarde crucificado y padeciente - como lo estamos todos- y resucitado después en toda su gloria, como a veces, también, nosotros. Y me gusta el Espíritu Santo, tercera persona, como lengua de fuego sobre mi cabeza, como amor que se vuelve paloma blanca

Pero yo no quería hablar de mi cristianismo, sino de los otros rituales: el I Ching y las Runas Vikingas.

Cuántas veces, mis amigas y yo hemos disfrutado de esas sesiones prolongadísimas de preguntas y respuestas. Nosotras sí sabemos preguntar. O preguntamos en general, sobre este momento de nuestra vida, o sobre algún asunto más concreto, como ¿Qué onda con mi trabajo? ¿Qué onda con mi novio Telésforo? ¿Cómo va a estar, en general, el año que viene?

A mí me salió, para 1995, "El Entusiasmo". Bendito sea Dios, porque durante muchos años me salían cosas como "La Restricción", "El Oscurecimiento de la Luz", etc. Y en efecto. O sea que tal vez este año voy a estar de mejor humor.

Siempre te responde sabiamente. Como si te conociera.

Me acuerdo perfecto de aquel día en que terminé abruptamente mi relación laboral en aquella gran empresa. El día del pleito y la corrida violenta.

Entré en mi oficina, deshecha y temblando, y lo único que se me ocurrió fue tirarme las monedas del I Ching. No me acuerdo qué hexagrama me salió. Nunca me ha vuelto a salir ni sé como se llamaba. Pero sí recuerdo que me dijo algo así como, si mi memoria no me engaña,

"El cruel hachazo ha cortado de un tajo el árbol de la morera

Pero del tronco mutilado nacerán siete brotes nuevos, siete vástagos que serán siete árboles más grandes y espléndidos que el que fue derribado".

¿Te imaginas lo consotada que me sentí? Como si me hubiera contestado mi propia madre o mi mejor amiga, como si me hubiera mandado un mensaje la propia y mismísima Virgencita de Guadalupe

Me sequé las lágrimas, recojí mis cosas, y me fui, con la esperanza renacida.

Y, efectivamente, el árbol retoñó, y las siete ramas ostían creciendo y creo que hasta empezaron a dar frutos

Muchas veces consulto mi librito, ya deshojado ya

so la Siempre de los siempre me consuela Esa filosofía oriental cómo te hace aprender, cómo te serena, cómo te mete en tí misma para que encuentres la verdad en tu interior. Cómo te invita a contemplar lo cíclico de la naturaleza: a veces las flores abundan y a veces el frío invierno no permite florecer nada; te va enseñando que la vida no es siempre igual, que hay días de lluvia y días de sol, que hay tiempos de sembrar y tiempos de cosechar, como también nos lo ha recordado la Biblia

Las respuestas nunca son desesperanzadoras; te dice "Es propicio atravesar las grandes aguas" o bien "No es propicio intentar nada ni ir a parte alguna", y así tú ya sabes qué onda, pero sin sufrir, sin asustarte.

Lo más divertido es cuando lo consulto con mis amigas. Entre todas nos conectamos y entre todas interpretamos las partes oscuras o difíciles. "Sí, Marceña, lo que quiere decir es que te dejes de pendejadas y te pongas a escribir".

Y entonces resulta una sesión de lo más psicoanalítica porque todas sabemos de las cojeras de los pies de las demás. "Esta frase ha de querer decir que ya mandes a Telésforo a la chingada, porque te está haciendo mucho daño esa relación, ¿no crees, amiga?"

Y claro que, además, te santificas, porque en todas las respuestas siempre hay enseñanzas morales. Te aconseja, para el éxito, ser prudente, ser modesto, ser recto, ser veraz. Y casi siempre, "es propicia la perseverancia".

Marta nos regaló, a Coqui, a Anita y a mí, -y yo soy la depositaria- un juego de Runas Vikingas. Estas son unas tablitas -que pueden ser piedritas- que tienen grabado un signo. Están metidas, todas revueltas, en una bolsa. Metes la mano, sacas una, muy concentrada en el asunto que quieras consultar, y luego buscas la respuesta en el libro anexo.

Las Runas son padrísimas porque el texto es muy breve y claro. En cualquier minuto que estés ansiosa o indecisa, pasas por el mueble del comedor, metes la mano en la bolsita, y rápido lees la respuesta. Y cámara, están tremendas. Te contestan adecuadamente de todas todas.

Yo el otro día estaba a punto de matar a mi primer marido por ciertas discrepancias en nuestros tiempos y modos de trabajar. Digamos que estaba funosa. Y que saco una runa y que me dice: "No es momento de exigir reconocimientos ni elogios por los logros obtenidos. Mantén la modestia, sé condescendiente, dedicado y moderado No juzgues ni seas intolerante"

Respiré hondo, me calmé y no lo maté Con el perdón instalado en mi alma, pude más tarde hablar serenamente del asunto y creo que las discrepancias se van a ir solucionando Y si no, tal vez algún otro día me salga "La destrucción", "La mordedura tajante" o "El amiquilamiento" Los dioses vikingos dirán.

En todo caso, estoy adquiriendo una sabiduría y una cantidad de virtudes morales que de veras me desconozco

Vida Cotidiana

Querido Diario:

• Marcela Guijosa •

25 de enero de 1995. Calle de Lerma. Barda trasera de la Embajada de los Estados Unidos de América. Fila de 200 personas, dos o tres ricos y casi todos los demás pobres. Un poco adelante de mí, un hombrón con sombrero me llama la atención.

Es de noche. Son las cinco y media de la mañana. Un vendedor con un carrito pasa ofreciendo café.

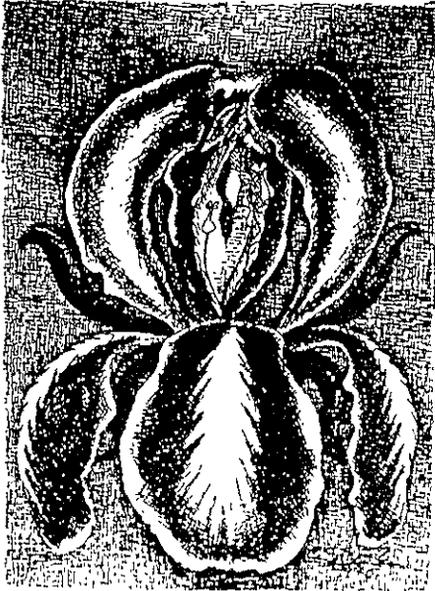
Dudo, me resisto -es Nescafé y luego donde voy a mear- pero caigo: me compro uno. Y gracias a que el vaso de unicel tiene un agujero y un chorro de café hirviendo empieza a escurrir, la gente cercana me avisa, me ayuda. Y se crea una efímera amistad que durará, palabras más palabras menos, una hora. Y usted a qué parte va. ¿Nunca había ido? A ver si ahora sí me la dan... Esta rete difícil...

Todo mundo está nervioso, asustado, también yo. Un policía de la Embajada, mexicano, pero que parece gringo por los modales, y que tiene un uniforme muy especial, con boina, pasa anotando uno por uno los nombres de los que estamos formados, y nos da un número. Me alegro entonces de no haber hecho caso del coyotito que se ofreció a cuidarme el coche y me cobró diez pesos por adelantado, y me trató de vender uno de los 10 primeros lugares de la fila por N\$ 50 00. Un muchacho balbuciente que está formado tres lugares atrás de mí, es regañado severamente por el mexican police-man de la boina. No entiendo por qué; solo oigo que "ese pasaporte no es suyo, no mienta, señor, aquí no se puede mentir". Que miedo. Me lo grabo en la mente: aquí no se puede mentir.

El señor que va adelante de mí nos cuenta que sacar la visa es una lotería, él ya ha venido varias veces y siempre le piden más papeles. ¿Qué papeles? "De mi trabajo, del taller donde trabajo, del Seguro". La muchacha que sigue se preocupa. "Ay Diosito Santo ojalá y me la den, porque sí no..."

Yo digo que sólo voy de vista turística, que sí no me la dan pues nimodo. Le pregunto a la chava, a usted si le urge. ¿Verdad? "Ay sí, fíjese que tengo que competir en Alabama". ¿Es deportista? Sí, en atletismo, diez mil metros. Le pronostico que seguro le darán la visa y ganará la competencia. La miro bien y claro que es atleta: delgada, pelo muy corto y recién lavado, fuerte, sencilla.

Me sorprende agradablemente de que abren las puertas a las e en punto. En años anteriores, te la



asabas 4 ó 5 horas en la calle. Ahora la espera es dentro, menos mal, porque el frío caía los huesos.

Otro mexicano policía, viejo y malhumorado, reparte solicitudes y te ordena entre gruñidos que engrapas tu foto al papelito blanco. Sigue el susto de la gente, porque él decide cuáles fotos sirven y cuáles no. Si las que trajiste "no sirven", te tienes que formar en la cola de las fotografías y pagar 20 pesos. Si sí sirven, te vas a sentar a unas largas bancas a llenar tu solicitud. Que bueno que trajiste tus lentes de ver; la letra es minúscula, te tardas bastante en llenarla, insisten en preguntarte, ¿no, no, no!, tachas asustada los cuadritos. Por la firma, ya terminaste.

Y entonces, una señora que está sentada a tu izquierda, un poco exigente, te pide ayuda. Bueno, más bien te pide que le llenes la solicitud. Dice "que no trajo sus lentes". Le ofreces los tuyos. Dice que no, que se la llenes tu.

No pide por favor. Bueno, accedes. A ver, a donde va. Ella va a Los Angeles. ¿A qué? De compras, dice tan tranquila. ¿Ocupación? Atiendo mi restorán "Lucha" de Zamora, Michoacán. La terminó de requisitar. Ni te pregunto si es drogadicta o nazi. Pongo no, no, no y le digo que firme en la rayita. Por supuesto, con trabajos escribe su nombre. No eran los lentes. Me dice, orgullosa y malmodiente: bueno, ¿cuánto le debo? "nada, señora, como cree".

Acto seguido, el hombrón con sombrero sentado a mi derecha, me pasa su solicitud, tímidamente, quedito, me pide ¿me la llena señor? Tiene una mirada limpia. Hay tiempo. Digo que

sí. Y lleno la de él y la de su esposa que está tanto más para allá. Son de Los Ocotes, Guanajuato, municipio de Pénjamo, no hay domicilio, no hay calle ni número, ni hay código postal. No hay teléfono. Él se dedica al campo, ella a su casa. Son robustos, medio gueros, ella tiene los ojos verdes. Tiene como 50 años. Quieren ir a visitar a sus hijos que trabajan allá y tiene siete años que no los ve, viven en en Permerville, California, no traen la dirección, no saben como se escribe, no saben escribir, ni siquiera su firma.

Termino con las solicitudes. Otro rato de espera. El campesino despidió un olor fétido penetrante. Huele feo. A sudor, a estiércol, a rancho. De repente dice, ¿usted es de aquí, ¿verdad? Luego un largo silencio, luego la terminal está bien lejos, ¿verdad? le digo que sí, que en esta ciudad tan grande todo es lejos.

Me doy cuenta entonces de que vienen directamente de la terminal, y por lo tanto de Guanajuato, de que no han descansado ni se han bañado ni han comido bien desde quien sabe cuando.

Volteo a mi alrededor y veo al 20 por ciento del público, los alfabetizados, ayudando a llenar el demás 80 por ciento de las solicitudes de los pobres, de los de sombrero y reboso, de los de bolsa del mandado con sus pertenencias, de los que en ella traen el folder sobado con sus papeles, algunos con las escrituras de sus ranchos o de sus terrenos, como si estuvieran dispuestos a hipotecar todo lo que tienen con tal de poder entrar a los Estados Unidos.

Me doy cuenta de que a mi me darán la visa y a ellos no. Mis estados de cuenta del banco, pobretones con el saldo mínimo, son sin embargo más garantía que sus escrituras. Mi cara de solvencia, mi letra perfecta, mi facilidad de palabra en la solicitud, a pesar de mi nerviosismo, frente al funcionario gringo, frente a la ventanilla ultramoderna, blindada, con micrófonos para comunicarnos, mi seguridad para responder que voy una semana de vacaciones, que no me quiero ir a vivir allá, que tengo trabajo y futuro en mi país, que no estoy hambrienta ni desesperada.

En la mañana la Embajada parecía terminal de autobuses. Predominaba un paisaje de sombreros. A las tres de la tarde, cuando vamos a recoger los pasaportes triunfadores con su visa incluida, cuando el ambiente es festivo aunque estemos todos tan cansados por la desmañanada, se ven pocos sombreros. Casi todos somos de clase media para arriba.

Mis amigos de Los Ocotes, municipio de Pénjamo, Guanajuato, no están. Ni muchos otros.

Pero sospecho que, de una manera o de otra, si quieren irse a California, se irán, mañana o pasado. Quieren estar con sus hijos y son gente muy valiente.



C. Silva C.
1975

Vida Cotidiana

Querido Diario:

• Marcela Guijosa •

Afu te va esta anécdota, peripecia o suceso que le sucedió aquí a tu servidora. No sé por qué nunca la había escrito. Hoy se me antojó.

Un día, ya hace algún tiempo -como dos años- fui a una reunión con algunos buenos amigos. Mi hermano Vicente también asistió. (Por cierto, cómo estarán esos morelianos. Cómo estará festejando su mes y medio de vida mi maravilloso sobrino Emiliano. Al rato les voy a hablar).

Bueno, cuando salimos de la fiesta, que fue en Río Nazas, en la colonia Cuauhtémoc, no era tan tarde: serían como las once y media de la noche. Vicente se iba a quedar a dormir en mi casa. Lo malo es que traíamos dos coches -dos vochos, para ser exactos. Muchísimas veces nos hemos ido en caravana, cuidándonos uno al otro, pero esta vez al buen Chentín le entró lo Guijosa con su proverbial impaciencia y dijo que qu'hueva conmigo, y como maneja mucho más rápido y mucho más hábilmente que yo, arrancó y se fue rumbo a Contreras. Allá nos vemos. Ya vas.

Yo iba muy quitada de la pena, oyendo mi radio, por alguno de los ríos que bajan hacia Reforma, cuando, en un alto, un viejo Mustang se puso junto a mí.

El conductor era un señor horrible, pero de veras horrible. Horrible de cara, feísimo, y horrible de la mirada y el gesto y la actitud. Me miraba y yo sentía que la mirada era libidinosa pero de esas feas, no de las bonitas. Me dio mucho miedo.

Al siguiente semáforo, otra vez. Pegado junto a mi coche. Insistente. Y la pendeja qué crees que hizo. Al pensar rápidamente "que coraje que no nos fuimos juntos Vicente y yo" hice una seña, viendo al espejo retrovisor, como para fingir que mi hermano venía en el coche de atrás, para que el tipo creyera, pues



Pero probablemente lo que creyó es que yo accedía a su mudo requerimiento. Porque continuó siguiéndome.

Yo arranqué y me fui rapidito rumbo a Avenida Chapultepec y agarré esos pasos a desnivel que te sacan a Revolución, por Pedro Antonio de los Santos Aceleré y dejé de ver el Mustang, así que por cierto te fallaba la luz de uno de los faros, la tenía menos intensa, desalineada y un poco amarilla, y por lo cual era reconocible desde lejos, y según yo ya lo había dejado muy atrás cuando llegaba a Mixcoac.

Pero de repente lo volví a ver. Ahí venía, pas-toreándome, atrasto, a mi derecha. No demasiado cerca. Volví a acelerar. Recordé todas las novelas de Raymond Chandler y las aventuras de Perry Mason, tratando de reconstruir algunas estrategias de escape cuando te persigue un auto enemigo.

Dar vuelta sorpresivamente a la izquierda cuando pareciera que ibas a la derecha. Pasarme un semáforo en rojo y que él se quedara. Acelerar. Como en las películas. ¿Y luego? ¿Volar sobre un precipicio? ¿Escabullirme por debajo de un tráiler?

Aunque al mismo tiempo dudaba. Cómo crees que te va a estar siguiendo tanto rato. No seas paranoica.

(Me doy cuenta de que esto sucedió mucho antes de que a mi amiga Anita le robaran el coche dos tipos con pistola, en la puerta de su casa. No estaba yo tan asustada como ahora, en el clima de miedo que tenemos en esta ciudad).

En San Antonio, di vuelta a la derecha, rumbo a periférico. Entré, volví a acelerar. Según yo iba volada. Ja, ja. Con trabajos a cien, y qué le dura un vocho por muy rápido que vaya a un Mustang aunque sea viejo. Barranca, Las Flores, Altavista. Ahí estaba el maldito faro chueco y amarillo. Atrasito, a mi derecha.

Entonces me empecé a asustar en serio. Como que sí, en efecto, con toda seguridad ese cabrón me venía siguiendo. Ya llevábamos muchos kilómetros para que fuera coincidencia y entonces empecé a pensar qué hacer.

Dos cosas no quería: ni llegar a mi casa ni bajarme del coche. No. ¿Bajarme a hablar por teléfono? Nombre, ni loca. ¿Me voy a un Sanborns o a un Vips? ¿Y si cuando me baje en el estacionamiento me apaña? No sabía qué hacer. Pero irme a mi casa, ni madres. Aunque ahí estuviera Vicente y mis hijos, yo no quería que viera dónde vivía yo.

Que haré qué haré. San Jerónimo. Se salió del periférico él también. Ay Dios. Pero... ¡claro!, en Luis Cabrera hay una estación de policía. No me puse a pensar en el miedo que me dan casi siempre los policías.

Y entonces, como en las novelas, como en las películas, giré rápida y sorpresivamente en un retorno, aceleré, me subí violentamente a la banqueta, y acabé estacionada en un pequeño hueco, exactamente en medio de siete patrullas.

Vi al Mustang por el espejo. Había hecho lo mismo que yo, aceleró, luego frenó ligeramente, me vio, y se dio a la fuga a una velocidad vertiginosa, rechinando llantas y con peligro de muerte, porque dio vuelta en sentido contrario. Pero en caridad de Dios se fue.

Suspiré, di gracias a Dios. En eso, se me acercó una mujer policía. Era una muchacha joven, guapa, simpática. Me preguntó qué me pasaba, le conté. Se portó muy cuata, me dijo que me quedara un ratito allí hasta que me calmara. Me preguntó si había visto el número de placas, le dije que no

Y aunque el horrible no se veía por ningún lado, yo como que no quería irme a mi casa. Ahí mismo, debajo de la caseta de policía -porque está en alto, sobre una especie de torrecita- había un teléfono. Le hablé a Vicente, que claro que ya había llegado. Le conté, lo llené de culpas seguramente y le dije que tenía miedo, que si no venía por mí. Dijo, primero, ah qué la chingada, y después, ahí voy.

Me fumé un cigarro con mi compañera policía, paradas las dos recargadas en mi coche, mientras esperaba. Me fui tranquilizando. Platícamos de esto y de lo otro y de qué se siente ser mujer policía. Y cuando me di cuenta, la muchacha se me soltó llorando.

"Ay Dios, ¿qué le pasa?" "Ay señora es que yo le quisiera preguntar si no me quiere de su muchacha. Sí, que me dé usted por favor trabajo en su casa."

Yo, apenada, le dije que no podía, que ya tenía yo una ayudante, que me disculpara, etcétera. Ella quería lavar, planchar, mire, lo que sea, pero por favorcito, con tal de salirse de ese trabajo, con tal de tener un lugar dónde vivir.

Y así me fue contando que ella era del estado de Oaxaca, que no conocía a casi nadie aquí, que vivía con otras compañeras policías pero que ya no aguantaba. Que unas eran lesbianas, que otras no, pero que todas eran gruesas, putísimas, traficantes, drogadictas. Además de los horrores del trabajo ése: los peligros, el cansancio, el hostigamiento y abuso de sus jefes varones. Que era horrible. Sobre todo no quería vivir con esas mujeres. Pero no tenía a

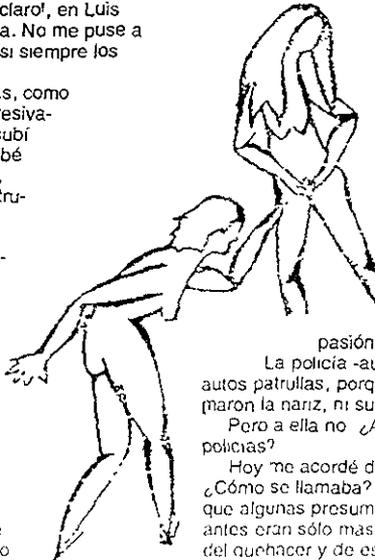
dónde ir. "Lléveme a trabajar con usted. Yo en cualquier cuartito me quedo".

Llegó Vicente. A mí ya se me había olvidado mi pequeña odisea. Me despedí apresuradamente, le dí las gracias, nos fuimos. Me quedé tocada del corazón. Casi ni quería platicar con mi hermano. Sólo pensaba en esa muchacha. Me daba vergüenza no haberla podido ayudar. Me daba vergüenza, incluso, que aunque yo hubiera podido, no me la hubiera llevado a mi casa, porque además de compasión le tenía desconfianza.

La policía -aunque sea sólo la presencia de los autos patrullas, porque los otros patrulleros ni asomaron la nariz, ni supieron nada, me salvo esa noche.

Pero a ella no. ¿A otras mujeres si les gustará ser policías?

Hoy me acordé de esa chava. ¿Dónde andará? ¿Cómo se llamaba? Pensando en ella, me dije tanto que algunas presuimos de hacer hoy actividades que antes eran sólo masculinas. Tanto que se queda uno del quehacer y de estar metido en su casa. Y a veces se nos olvida que hay cosas peores. ■



Vida Cotidiana

Querido Diario:

• Marcela Guijosa •

Ya ves que ya te había platicado del rollo de las diosas. ¿O no? Bueno, por sí no, te lo vuelvo a platicar. Lo que pasa es que leí un libro padrísimo, *Las diosas en cada mujer*, de Jean Shinoda, que me encantó. No creas que se trata de las diosas antiquísimas, de cuando las religiones veneraban primordialmente a las deidades femeninas, sino de las diosas griegas, las conocidísimas del Olimpo. Estas son diosas dentro de una sociedad y una religión patriarcales. (El mero mero es Zeus).

La autora es psicóloga, y con orientación junguiana ella afirma que estas siete diosas pueden ser tomadas como "arquetipos" o modelos del ser mujer y pueden ayudarnos a conocernos mejor.

Es decir que en cada una de nosotras predomina un arquetipo, aunque pueden ser dos o pueden ser varios, según el momento de la vida en el que estemos. Ninguno es mejor que otro, o más sano, pero según la época unos modelos serán mejor vistos que otros.

A mí todo esto me pareció de lo más interesante y lo más divertido. Al acabando de leer el libro ya estaba con mis amigas dándole cátedra y luego buscando materializando entre todas. "Y yo, ¿de cuál soy?"



Las tres primeras son las "diosas vírgenes". Estas son Artemisa (o Diana), Atenea (o Minerva) y Hestia (o Vesta). Son completas en sí mismas, son autosuficientes, saben lo que quieren, no dependen de nadie.

Artemisa es una chava que vive en los bosques, rodeada de linfas. Representada siempre con su arco y su flecha, es cazadora, pero al mismo tiempo es protectora de la vida silvestre. Artemisa es hermana de Apolo, y está asociada a la Luna. Esta Artemisa es como muy feminista. Libre y soberana, defiende a sus niñas y a las otras mujeres, y pobre del que la irrita o la desafía. También es furibunda defensora de los animales. A veces veo a mi hija Mariana como toda una Artemisa.

Palas Atenea es una deidad poderosísima. Nació de la cabeza de Zeus -o sea, no tiene madre, literalmente hablando-. Patrona de la guerra, de la filosofía y de las ciencias y las artes; sobre todo de las textiles, es la diosa de los ojos de tejuchza, y siempre va armada, con su casco y su lanza.

Las mujeres tipo Atenea no me gustan. (Será porque yo, a ratos, he sido muy Atenea, sobre todo a mis veinte años). Son esas muy inteligentes, que se



mueven con facilidad en los mundos masculinos, compitiendo con los hombres y sobresaliendo entre ellos. Ya no usan armadura: usan traje sastre, aunque siguen siendo guerreras. También son doctoras ilustres en las universidades o destacan en política. Desprecian a las otras mujeres, se burlan de las ocupaciones "femeninas". Son duras, frías y exitosas.

La tercera es Hestia, la diosa del fuego del hogar. Esta diosa nunca anduvo en chismes ni en dimes y diretes con los otros dioses del Olimpo. En Roma se le veneraba con el nombre de Vesta, y sus sacerdotisas eran muchachas vírgenes llamadas vestales.

La mujer Hestia es una mujer que vive "para dentro". Su mundo es su casa. Disfruta del trabajo doméstico como si fuera un eterno y sagrado ritual. No lo hace a regañadientes, sino como sumida en un gozoso

france. No le interesa demasiado el mundo exterior. Estas mujeres tienen su casa linda y arreglada y su comida caliente siempre, porque así les gusta, porque quieren. No porque lo tengan que hacer para alguien más, sino para ellas mismas. Son sabias, tranquilas, con mucha vida interior.

Conozco algunas "Hestias". Mi tía Peque La güera Roffiel. Mi hermana Susana, mi mamá son a veces Hestia, aunque no totalmente. Yo tengo mi "parte Hestia", aunque usted no lo crea.

Las tres diosas anteriores han elegido vivir independientes de los hombres: Artemisa se alejó de ellos; Hestia no se ocupa del mundo público y Atenea vive entre ellos, como si fuera uno de ellos.

Luego sigue otro grupo de tres: las diosas vulnerables. Hera, Démeter y Perséfone.

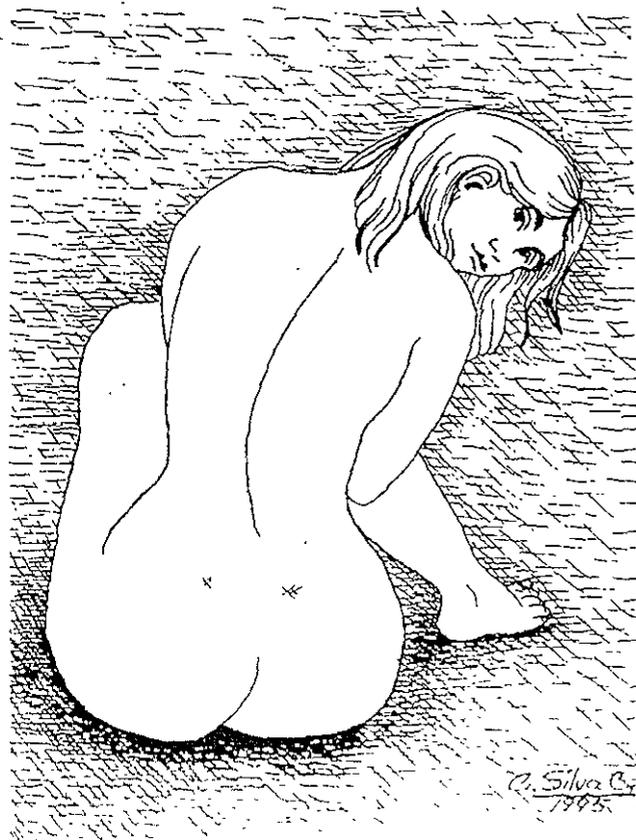
Hera (o Juno) es la esposa de Zeus. Y ese aspecto la define: ser esposa. Era la diosa protectora del matrimonio y de los partos.

Apasionada, celosa, vive haciendo corajes por las travesuras mujeriegas de Zeus, y urdiendo venganzas contra él. Y hay mujeres así, cuyo centro es ése: ser esposas. Pero más por el título honorario, por el estatus, que porque amen a su marido. ¿Conoces a alguien de éstas? Yo sí, dos tres.

La segunda es Démeter, o Ceres, diosa del campo y la fertilidad -de ahí la palabra "cereales"-, promotora de la civilización y de la agricultura. Es una de las representaciones de la vieja "Madre Tierra". Su esencia es ser madre. Es la madre de la diosa que sigue, que es Perséfone.

Perséfone (o Proserpina) es una jovencita que jugaba en el campo muy contenta cuando un día la raptó Hades -hermano de Zeus-, dios de los infiernos (también llamado Plutón) y se la llevó a vivir con él a su reino subterráneo. Démeter, al no encontrar a su hija, se sumió en una negra y profunda depresión. Se negó a "trabajar", y la tierra entonces dejó de producir alimento para los hombres. Se convirtió en un páramo desierto y helado.

Zeus tuvo entonces que intervenir y ordenó a Hades que dejara en paz a Perséfone y que la dejara regresar a la tierra, con su madre. Pero Perséfone había probado unos granos de granada del infierno, y quien comía alimento del



Vida Cotidiana

Querido Diario:

• Marcela Guijosa •

Tengo muchísima envidia del pene. Cómo me gustaría ser un hombre, un hombre muy hombre, como los hombres antes.

Qué lástima ser mujer. Porque si yo hubiera nacido varón, desde el principio hubiera tenido más prestigio.

Desde chiquita mis padres me querían querido más. Sobre todo mi padre. Y qué orgullo para mis cuatro hermanos.

Desde mi más tierna edad hubiera querido a vivir con menos miedo.

Hubiera aprendido a pelearme a los machos, a componer coches y aparatos eléctricos, a andar valerosamente en bicicleta y a jugar al trompo y a las canicas. No me preocuparía nada de mi aspecto. Me hubieran gustado llegar más tarde y me hubiera gustado estar sola en la noche en la vida.

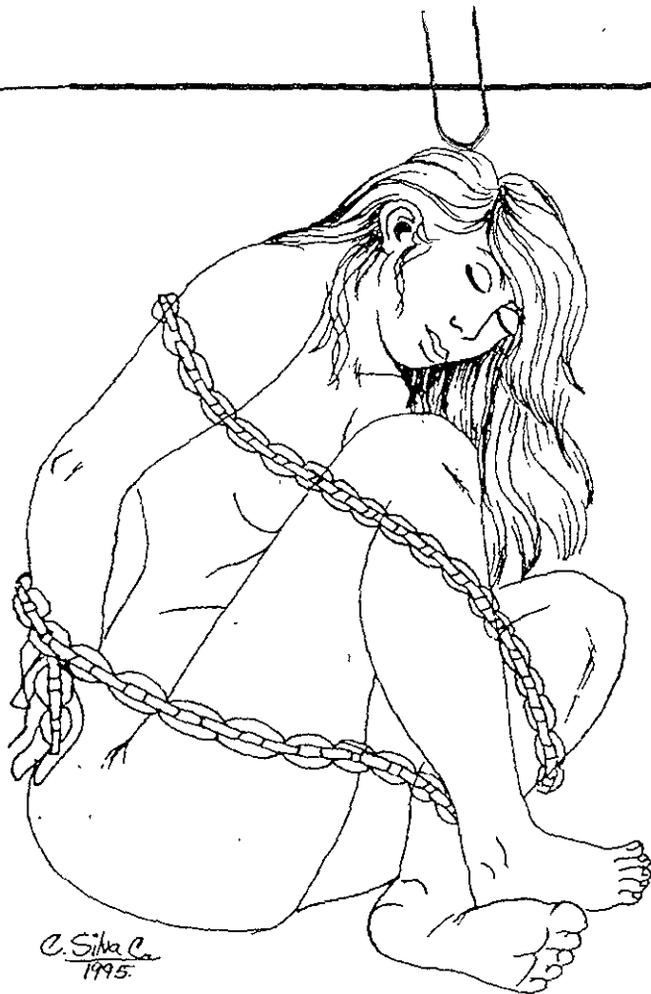
Hubiera ido sumergiéndome en la vida sin tantos peligros y sin tanto miedo. Sin tantos escrúpulos. Sin tener que necesitar el amor.

Hubiera ido aprendiendo, acomodando de mis cuates, y me hubiera gustado ir borrachado y me hubiera gustado de burros, y sería felicitada por ello. Y cada vez que sintiera calentura o ganas de ir a desmadre, simplemente me iría a hacer una puta, y le pagaría, y ya. A la que yo quisiera.

Porque tendría dinero y más dinero de lo que tengo ahora. Porque desde pequeña hubiera estado acostumbrada a ganar dinero, a haber sido adiestrada en el luchar, en el competir, en verme dignamente en el mundo de los negocios, a que se me callaran las ligueras en ninguna discusión

de trabajo y mis ideas y mis comentarios serían escuchados y apreciados seriamente y tomados en cuenta. Se me tendría confianza y me apoyarían aquí y allá para que yo continuara aprendiendo cada vez más a negociar y a cobrar lo que vale mi trabajo y mi experiencia. Y desde joven hubiera ido haciendo planes.





Tendría en mi casa, quien me espere y quien me sirva. Mi casa sería un sillón frente a una televisión prendida. Sería un refugio y un descanso, no un quehacer. Y podría yo llegar a cualquier hora.

Tendría yo hijos sin dolor y sin molestias.

Preguntaría por ellos, discutiría los lineamientos generales de su educación, y los gozaría sólo cuando yo quisiera. Tal vez, algunas veces, tendría yo que enderezárcles enérgicamente si se torcieran. Pero siempre presumiría de sus logros. Le darían lustre a mi apellido.

Discutiría los problemas grandes, y me olvidaría de los problemas chicos. Y esto aumentaría mi prestigio.

Como me costaría tanto trabajo entender a las mujeres, ya ni lo intentaría. Si no me sentía cómodo con una, la cambiaba por otra, al fin que lo que sobra son mujeres. Mejor me preocuparía de las cosas realmente importantes, como la política, las finanzas, las guerras. A eso sí que le entendería. A la bolsa de valores, a los fraudes electorales, a la fluctuación de los mercados.

Tendría yo amigos. Pero no me causarían ninguna inquietud, ningún desasosiego, porque sólo hablaríamos de negocios o nos reuniríamos para emborracharnos o para ver el fútbol.

Lo mejor es que no tendría conciencia ni tiempo para tanta pendejada. No me importaría si

los demás se sienten bien o mal o como, si tienen tristezas o miedos, si no encuentran su identidad, si tienen o no un dizque proyecto de vida, si se sienten solos o si les bajo o no les bajo la regla. No me estaría yo cuestionando todo el día, no me tendría que ver a mi misma, ni analizaría mis relaciones, mis afectos, mis destinos.

Que maravilla. Existiría tranquila, cerrada y sin ninguna vergüenza.

Y sin importar canas ni amigos, hasta el día de mi muerte, por mi pito y por mis buenvos y por la labor de toda una vida, segura siendo deseada, cotizada y apreciada.

económicos para el futuro.

Inventaría fácilmente nuevos proyectos. Mi energía estaría completamente dedicada a mi vida profesional. Me movería libre, en mi propio tiempo.

Me tardaría menos tiempo en estar lista. No me angustiaría pensar en qué me iba a poner. No me preocuparía demasiado por los kilos de más.

Me iría a trabajar, todos los días. Y estaría acostumbrada a mandar. Si no podía mandar mucho en mi trabajo, mandaría por lo menos en mi casa, en mis hermanas y en mi esposa o en mis hijos. De todos modos sería yo autoridad casi siempre, con mi cuerpo grande y fuerte, con mi voz potente y ronca.

Vida Cotidiana

Querido Diario:

• Marcela Guijosa •

(Mando besos, abrazos, cariños para Ma. Leticia Arce)

estoy como huérfana, como recién divorciada, como abandonada y sola en el mundo. Me quedé sin Pera.

Han sido dos meses y medio de ausencia. Al principio, cuando yo estaba enferma, estaba preocupada por su salud pero pensaba que iba a regresar. Me dediqué al trabajo con empeño y alegría, siempre sintiendo que sería algo pasajero.

Y hace unos días que me vino a decir que ya no va a trabajar nunca más. Que los doctores se lo prohibieron. El año pasado tuvo dos episodios de gravedad, porque le declaró diabetes, y además los arrechuchos que le dieron con las subidas repentinas del azúcar; le dio una pulmonía en enero y otra infección en los riñones, otra en noviembre.

Que muchas gracias por todo. Que tengo dañado el pulmón. Que aquí están sus llaves. Que adiós. Y muchas de la pérdida, ni siquiera me pude despedir ni agradecerle como se merecía. Yo hubiera querido más apapachos, más lágrimas, más plática que Pera es una mujer contenida, reservada, que a veces hasta parece malencarada y seca. Ya tratánla más en confianza, es muy ocurrente y cariñosa, a la madre. Pero en un momento como éste, donde ella como yo nos pusimos nerviosas, y tuvimos que hablar, además, de dinero, se vuelve solemne y



Ilustración Jacqueline Juárez

orgullosa y me resulta casi inescrutable, como si no nos pudiéramos comunicar bien. Y añádale un poco o un mucho de sorpresa y de coraje que yo vivía al mismo tiempo, porque me sentía yo como despreciada. Como que te vas y me dejas. No has de estar tan, tan enferma. ¿Por que me haces esto? Y en esta mezcla de sentimientos además es inevitable la otra barrera: surge la lucha de clases. Yo soy la patrona, ella es la sirvienta.

La sirvienta. La criada. Mi muchacha, mi ayudante, mi empleada doméstica. Como si en realidad dijera

lo que para mí han sido toda mi vida esas mujeres, y sobre todo, Perita. Perita por doce años mi casi-nana, mi casi-madre, mi casi-esposa, mi casi-hermana y mi amiga y mi compañera solidaria y mi cómplice

Cómo no voy a estar tristísima si se me fue mi principal apoyo, en muchos sentidos. Tengo mis amigas, tengo mis hijos, tengo mi trabajo, tengo mi familia querida y mi primer mando. Pero de alguna manera estoy descubierta: no tengo descanso, como si no me pudiera recargar en nadie. Mi casa deja de ser cuna y abrigo para convertirse en pesada obligación, en tiradero de pesadilla, en persecución interminable.

Ya sé que no es para tanto, que hay problemas mucho más terribles, que seguramente conseguiré otra empleada y/o me organizaré mejor. Pero ahorita todavía estoy de duelo. Extraño a la persona concreta e insustituible y se me hace que siempre la voy a extrañar. Me falta su apapacho, su sonrisa, su presencia gorda y morena y sonriente. Me falta su trabajo, por supuesto, y ese plus que le ponía a su trabajo. La rapidez y la aparente facilidad con que hacía las cosas; la limpieza en todo, el cuidado cariñoso, ese adivinarme el pensamiento y respetar tanto mi trabajo y mi sueño, ese tenerme tan consentida... ("No la quise interrumpir porque estaba usted estudiando su periódico")

He tenido dos muchachitas nuevas, haciendo pruebas para ver con quien me quedo. Lindas y bienintencionadas, pero jamás como Perita. Además de la desconfianza inicial de meter una gente nueva en tu casa en estos tiempos de tanta crisis y tanta historia que oye uno.

Y ahí me tienes desconsolada, extrañándola en cada detalle. Este arrocito está bueno, pero como el de ella, jamás. Mis plantas están regadas, mas o menos, pero me falta su mano santa, que podaba, sembraba hilitos, mataba azotadores, orugas y caracoles cabrones que se estaban comiendo el tulipan o el geranio rosa, o que cambiaba de lugar los alcazcos porque aquí les gusta más.

Y sí: extraño el trabajo, pero también extraño el cariño. ¿O será que casi siempre van junto con pegado? ¿Será que en todo trabajo doméstico como que se puede colar o simbolizar mucho amor? Darle de comer a alguien "le traje su cafecito", "le hice sus chiles rellenos", lavarle su ropa y plancharse la, tenderle su cama, embellecerle su casa, son de suyo actos muy carnosos. O por lo menos yo así lo vivo, y siempre, aunque lo pague con dinero me siento agradecida. Como si fuera un trabajo que vale mucho más que lo que te cuesta en dinero.

Y sigo medio desquiciada, enseñando a la nueva chava donde se guardan los cucharones y ahí no va la mermelada. Lupita, y esta camiseta no es de Mateo, es de Tomás, y haciendo muchas cosas yo, porque no le da tiempo de todo, pero ni modo, peor es nada. Tenemos que organizar mi vida totalmente con otro ritmo. Se acabaron para siempre ciertos valores y costumbres. Se acabó la confianza absoluta en alguien que siempre estaba ahí y te resolvía todos los proble-

mas

Ahora, otra vez pensar seriamente en los menús y tener que ir al súper cada semana porque ya no está Perita que iba al mandado diariamente y discurría que hacer de comer y mejor le doy croquetas al perro aunque no le gusten porque solo ella conseguía las cabezas de pollo tan baratas y yo además no siempre las encuentro.

Eso puede ser bueno, ya sabes, no hay mal que por bien no venga, pero que trabajo me está costando. Claro que me he apropiado de mi casa de una nueva manera, y me he sentido a ratos orgullosa de volver a ser el ama de todo, como que repapas tus cosas y tus lugares, como que disfrutas mucho cuando las sábanas te quedan perfectas y que rico huelen como que te renuevas y aunque ya no te acordabas vuelves a inventar guisos buenísimos. Como que también es otra oportunidad para que ahora tú practiques nuevas formas de amor. Y hasta tus hijos también agarran otra onda, más cooperativa, más responsable, más cariñosa, y tu primer mando te conmueve profundamente tan ayudador, como cuando llega de visita y sin que te des cuenta se mete secretamente a tu recámara y te tiende tu cama.

A ratos me atacan las vergüenzas y las culpas. ¿Por qué no puedo ser una ama de casa completa, autosuficiente, organizada? ¿Por que no eduque a los niños para que fueran más responsables y cooperadores en el quehacer doméstico? ¿Por qué no puedo ser como las mujeres gringas, o tantísimas mexicanas admirables, que se van a trabajar a la calle y pueden con todo, como verdaderas mujeres? ¿Por que yo no seré una verdadera mujer?

Y las otras culpas, las peores: por mi culpa. Pero se enfermo. A veces siento como que la exprimi, como que yo la desgasté, como que yo me la acabe. Su pulmón dañado. Ya me dijeron mis amigas que no mame, que yo la trate siempre muy bien -tal vez mejor que sus propios padres- que sus hermanos, que sus hijas y su marido. Que le pagué lo justo. Y bueno, pon tu que sí. Pero es un asunto de clase. Unas mujeres que escribimos que trabajamos en cosas muy interesantes, que podemos tener una vida humana y un nuevo modo de ser y otras que nos cargan a pulso. Que nos hacen el trabajo tedioso y pesado. Que insupportable es descubrir que para que pueda existir el trabajo artístico o intelectual de alguien, hay otro alguien que le lava los calzones y el excusado. Detrás de un gran hombre siempre hay una gran criada.

Con razón los varones divorciados rápido se vuelven a casar. Nosotras podemos extrañar el amor, la plática, la presencia cálida a nuestro lado en la cama, la lana y el estatus que nos daba el fulano. ¿Pero ellos? Cuando se quedan sin esposa seguro se han de sentir espantosamente, doblemente abandonados. Además de lo anterior, se quedan sin casa, sin agua, sin sopita caliente y sin ropita planchada. Que horror, se han de sentir como yo. Pobrecitos. Se han de sentir como que se quedan sin muchacha...

Vida Cotidiana

Querido Diario:

• Marcela Guijosa •

Una vez más qué hueva me doy de escribir cosas tan repetidas. O sea, dentro del ciclo del humor alternante, estoy en un punto mucho muy bajo en ánimo y altísimo en menopausia. Ahora sí yo creo que ya. Aunque hoy, por fin, me bajó la regla. Claro que no sé si será la última o este año continuaré con ciclos de 18, 31, 45, 23, o como este último, de 62 días.

Estos 62 días no me importarían tanto si no fuera por mi carácter. Por un lado, esa sensación como premenstrual, como de regla atorada, con pechos medio inchados y con amagos de pes, difusos, de cólico, de veras un humor agrio, como que no me conozco. Irritable, lágrima pronta, intolerante al máximo, todo me aburre, todo me choca, todo me flojera. O sea, como primida pero como ustada pero también como encabronada.

Aparentemente, ese estado de ánimo no tiene razones externas de ser bueno, sí. A ver, reacción rápida. Ha sido o este año, llevo tres meses igual. Primero perdida de peso

Grueso. A) Por el exceso de trabajo y el cambio radical de vida y B) por el abandono espiritual en que me sentí. Segundo: La muerte de H. El cáncer y la operación -histerectomía- de C. La embolia que le dio a la mamá de J. Y todo esto, en tercer lugar, combinado con las historias horribles como esa de que el marido de fulana anda con la secretaria y tuvo un bebé con ella, y fulana deprimida queriéndose suicidar. O los



otros dos dramas, tan oídos y tan cercanos, de las demandas de divorcios necesarios, llenas de acusaciones falsas, de testigos pagados, llenas sobre todo de una mala fe y un odio y una tontería que casi no puedo creer.

Y vieras cómo me pueden todas estas cosas. Empezando por las muertes y las enfermedades; me siento vieja, me amenazan osteoporosis y cánceres y embolias, me da miedo el deterioro y la muerte. Las otras broncas me dan una compasión infinita, aunque revuelta con un sentimiento de soberbia. Digo: pues claro. Para qué viven así. Para qué se casan con quien se casan. Ellas se lo buscaron. Quién les manda, con su pan se lo coman, etcétera. Y luego, un chispazo de susto: ¿Y yo? ¿Yo vivo tan padrísimo? ¿Yo no cargaré resentimientos hornbles en la matriz y en el alma? ¿Yo muy salsa?

Obsérvese el miedo metafísico de "tú te provocas las enfermedades". Por lo tanto, culpas de fumar, del colesterol, de los kilos de más, de no tener novio, de no ir al ginecólogo, y sobre todo, de "no ser positiva".

Lo bueno es que mis amigas, mi equipo doble de asesoras en salud mental, me han dado bastantes terapias. Les dije todo lo anterior, mas un elemento nuevo: esta semana mi hijo menor cumplió dieciocho años. Dije, muy contenta, que ya no tenía "niños". Tengo puros hijos adultos, con credencial de elector. Qué alivio, qué descanso, qué felicidad. Y Elena encontró ahí una clave importantísima.

Dijo que lo que pasa es que estoy en un cambio total de vida. Que lo que me pasaba era que estaba viviendo un duelo. Un adiós. Adiós a todo un modo de vivir, que se simboliza con la ida de mi querida Pera y que tiene que ver con el final de una época en que yo tenía muchacha de tiempo completo y tenía niños. O sea, para resumir, tenía la carne firme, tenía menstruaciones regulares, tenía juventud.

Y el inicio de otra. ¿Será porpíamente la tercera edad? Por eso estoy con tanto miedo. Como queréndome alorrar a lo antiguo. Por eso me cuesta tanto trabajo prestarles mi coche a mis "adulitos" que ya manejan. Por eso tengo tanto miedo al futuro y me



Foto: Rolmi Enciso

asusto tanto cuando me veo al espejo. Ahorita tengo dos o tres granitos nuevos que ya han sido clasificados por mí como verdaderos carcinomas. Y miedo a la pobreza, a las catástrofes, a leer el periódico. A la debacle nacional. Miedo al trabajo, a lo nuevo, a escribir. Miedo al fracaso y al ridículo. A salir de mi casa. Todo muy disfrazado de "hueva". Tampoco es terror pánico. Simplemente es como una pereza infinita de moverme.

Leo a Marguerite Yourcenar y digo, qué hueva; qué horror. Tanta cita griega, no le entiendo nada. Mejor agarro un Selecciones, y me siento como si fuera chiquita y mi papá viviera. Mejor releo algo conocido, y voy por mis novelas de Maigret. Y en la televisión prefiero ver "Cuán verde era mi valle", y lloro bastante, y no toliero ver otras

películas más modernas.

Y en la ya mencionada terapia, que me alivió mucho, me dijeron, para terminar, que me felicitaban. Porque dicen que hay muchísimas gentes que están igualito que yo y ni siquiera se deprimen. Ni cuenta se dan, y eso es mucho peor, porque viven con mucho más dolor y destructividad consigo mismos y con los demás, mientras presumen que qué bien están.

O sea que, hazme el favor: resúita que mi duelo es muy bueno. Que qué padrísimo que me sienta así, porque así debe ser y así voy a tener mucho más fuerzas y elementos para iniciar lo que sigue, una vez que atraviere esta temporada.

En fin. El otro día me encontré a T, que andaba arrastrando la cobija y ahora está perfecta porque fue a ver a un psiquiatra y le recetó Tofranil, un antidepresivo maravilloso. Yo estoy a punto de imitarla. Aunque no sé si mejor esperarme a ver como me siento después de esta regla y ver al ginecólogo y tal vez acabe, aunque no quiera, tomándome unos pinchos estrógenos. O qué. O seguir simplemente luchando con toda mi alma, apoyarme en mis terapias, aceptar lo inevitable y empezar a inventar, con esperanza, la vida que tendré de aquí en adelante. Además, quién quita que cuando tenga nietecitas me componga

Vida Cotidiana

Querido Diario:

• Marcela Guijosa •

A cabo de leer el nuevo libro de Rosa Nissán, *Hisho que te nazca*. (Plaza & Janés). Me gustó muchísimo. Viene a ser la continuación de *Novia que te vea, ¿te acuerdas?*

Este, también autobiográfico, comienza cuando Oshinica, la protagonista, se casa, muy jovencita. O mejor dicho, la casan, como a todas esas mujeres judías, sefarditas o askenazis, de hace treinta años... o de hace veinte, o diez, o de ahorita, porque creo que en muchos casos siguen existiendo las viejas costumbres sin cambiar ni un ápice.

De una manera sencilla, lineal, sin alardes técnicos, sino por medio de una honesta primera persona, Oshinica nos va contando, como si escribiera en su diario, pedazos de una época de su vida, que se parece muchísimo a la vida de tantas mujeres. Es un relato directo, fresco, ameno y conmovedor, de esos momentos tan claves en la biografía femenina de nuestro tiempo: matrimonio, quehacer doméstico, maternidad, más quehacer doméstico, dependencia, aburrimiento, opresión, ahogo, despertar, conciencia, divorcio, dolor y soledad. Y después, reconstrucción de una nueva identidad y de una nueva vida.

Salpicado deliciosamente de palabras en "ladino", el lenguaje de Rosa Nissán, por su sencillez, se vuelve transparente y nos lanza de lleno a la historia misma. Y nos vamos divirtiendo y enojando, nos vamos asustando y atreviendo con la protagonista. La vamos que



Cabellos Largos III

Cecilia Sánchez Duarte

riendo mucho. Sentimos que es nuestra amiga, como si la conociéramos de toda la vida.

La admiramos por su valentía. Porque Rosa-Oshinica es de esas mujeres valientes y sencillas que no tuvieron feminismos que las iluminaran en los momentos difíciles. Precisamente por lo cerrado de su medio ambiente, por no haber tenido oportunidad de estudiar mucho ni de ver modelos diferentes de

mujeres, tuvieron que salir de la opresión a punta de golpes, de muchas rebeldías solitarias, de mucha inteligencia y sensibilidad, aunque en un principio los movimientos no fueran ni muy pesados ni muy conscientes ni muy calculados, sino más bien como instintivos, como quien de una manera casi puramente animal pegara el brnco a donde está el aire, porque ya no puede respirar.

Y eso sí, después, de las primera salidas, de los primeros contactos con el mundo de afuera, por cierto muy afortunados -porque hay que decir también que Rosa es una mujer afortunada, imagínate, llegar sin querer al taller de escritura de Elenita Poniatowska- ya no puede seguir siendo la misma mujer, que se dedicaba sólo a forrar con encajes y moñitos los entrepaños de sus clósets y en las tardes a jugar canasta, aquélla que aceptaba todos los mandamientos de su religión, de sus padres y de su marido. Empieza a cambiar, contagiada de algo que la prendió para siempre y que ya nunca se le curará.

Y ahí empieza la maldición. Porque deja de "portarse bien". ¿Cómo una mujer mujer va a dejar a sus hijos con las criadas y se va a ir a estudiar? ¿Cómo que un taller literario o unas clases de fotografía? ¿Cómo que cuestionar las tradiciones? Y de ser la perfecta esposa, la madre judía modelo, con su casota en La Herradura, con tres o cuatro sirvientes, con su peinado de salón, la vamos a encontrar después fachosa, viviendo en un departamentito, aprendiendo con tantos trabajos a ganarse la vida -ella, que "no sabía hacer nada"-, sin hijos, sin prestigio, sin lugar, sin marido que la proteja y la mantenga, pagando el precio de haberse atrevido a ser ella misma.

Y poco a poquito va viviendo, como si fuera una adolescente, todas las "asignaturas pendientes", todas las cosas que le habían sido prohibidas y que le habían faltado a su tiempo. Fiestas, amistades profundas y libres, reventones, viajes, aventuras amorosas, cines, teatros, músicas, libros. El mundo. Y poco a poco, también, va encontrando su gran potencial creativo: al rato ya es fotógrafa profesional y además, escritora.

La historia de Rosa-Oshinica me encanta, porque la heroína hace lo que tiene que hacer. Resulta triunfadora. La mariposa se liberó de la telaraña, se echó a volar, y la novela acabó bien.

Cuántas mujeres conozco que se quedan en la telaraña (¿Nos quedamos?) No son tan afortunadas como Oshinica. Se quedan en matrimonios grises y opresivos, se quedan obedeciendo a sus tiranos-hijos —que casi siempre las desprecian—, se quedan devaluadas y pequeñitas para siempre, pensando que

no pueden, que no hay remedio. Y nunca dan el brnco, nunca se dicen la verdad.

Rosa sí se atreve a decirse la, y acaba bien. Claro que esto es un decir: quién sabe si será hoy más feliz que cuando la mantenía su mando y ella mientras tanto guisaba maravillosos kipes y hojas de parra rellenas y sacaba al parque a sus hijitas en su carriola. Tal vez hoy sufra mucho más que antes y trabaje mucho más que antes. Es una histona de "happy-end" al revés. Pero creo que hoy se tiene a sí misma, o por lo menos, sigue en esa apasionante búsqueda.

Cómo me gustaría que muchísimas mujeres mexicanas escribieran sus verdaderas historias. No cuentos fantásticos ni novelas ubicadas en el siglo pasado, sino la neta de sus vidas. Seguramente hay muchas heroicas y ejemplares, aunque tengan episodios y colores diferentes. Cómo me encantaría leerlas.

Porque el asunto es reconocerte y reconstruírte y reescribirte todos los días. No hacerte guaje. Elegir lo mejor que puedas, aunque existan riesgos, dolores y soledades. Dejar de esconderte en la cobardía y en la mala conciencia. Decirte la verdad. Y sola o acompañada, seguir en chinga, eso sí, porque no hay de otra.

Todo esto, hoy, para mí y para Rosa y para muchas otras mujeres, es ir entretrejiendo, letra por letra, un buen desenlace. Queremos que nuestras novelas y nuestras vidas acaben bien. ☺



Vida Cotidiana

Querido Diario:

• Marcela Guijosa •

Ultimamente he estado pensando mucho en la virtud de la tolerancia. Ya no me acuerdo si es éste o fue el año pasado el que la ONU declaró "Año de la tolerancia". No importa; todos los años deberían ser años de la tolerancia. Suena precioso, ¿no? Teóricamente, todos

quisiéramos que reinara esa virtud entre nosotros. Todos rechazamos la intolerancia en sus múltiples formas, y pensamos en horrores como los racismos, los clasismos, los sexismos. Sobre todo, pensamos en los fanatismos. La exclusión que hacen unos seres humanos de otros seres humanos por tener algunas

características que se pretenden de seres "defectuosos" o "equivocados" y, por lo tanto, "inferiores". Sobre todo, por causa de sus opiniones, de sus ideas, de sus modos de pensar y de vivir. Y se decreta que unos poseen la manera "correcta" y buena de pensar, y que los que piensen o actúen de maneras diferentes, están mal.

Leo en el diccionario "Tolerancia: Respeto a las opiniones ajenas". Si que viva la tolerancia. Que todos respetáramos a los demás, a todos.



Danzas Negras

11111111111111111111

éramos de acuerdo. Que vivan las diferencias y las pluralidades.

Lo malo es que todos somos intolerantes. En la práctica, qué difícil es. Vuelvo a consultar el tumbabubs, y me encanta la definición: "Tolerar. Sufrir, llevar con paciencia". Con razón cuesta trabajo.

A mí me cuesta muchísimo trabajo. Soy de lo más tolerante. Odio a los que no piensan como yo. Me ofendo fácilmente, por ejemplo, como te podrás imaginar, con opiniones patriarcales y machistas. Con los chistes tan "simpáticos" que a veces cuentan en alguna reunión. Con las personas que dicen "los rucos" o se insultan diciéndose "no seas indio". Con la gente que se refiere a sus trabajadoras domésticas como "las gatas".

Odio, *mea culpa*, sí, lo confieso, a los pendejos en general. A la gente que habla y piensa con puros clichés comunes como de Raúl Velasco y la gente bonita que piensa padre y es muy positiva y vale choros y sonríe como del canal de las estrellas.

Odio la ignorancia, la incultura, la vulgaridad. Odio a los ateos -no a ustedes, ateos respetables, honestos, honestantes, que se atreven a ser ateos con responsabilidad- sino a los que son ateos a lo pendejo, a esos que como no conocen a Dios dondequiera se andan negando, y hoy creen en su carta astral y mañana en reencarnaciones y al rato en los cuarzos y ángeles energías cósmicas y numerologías varias.

La lista de mis odios podría ser infinita. Hay tantísimas cosas que me molestan... Por eso, medio en broma, medio en serio, siempre digo que a mí no me gusta la democracia y que prefiero el totalitarismo. Qué cosa tan espantosa es oír y aceptar todas las opiniones ajenas. Es más fácil, mucho más fácil, en la vida, por ejemplo, imponer tu modo de pensar. *Se llaman y hacen lo que yo digo*. Cuando uno es la mamá, qué tremendo es eso de criar hijos libres y luego tener que aguantar sus críticas y sus oposiciones. Qué ganas de ser como rey absolutista.

Y lo malo es que una de las cosas que más me molesta en mis hijos y en la juventud toda es su enorme intolerancia. Los oigo hablar y me irrito profundamente. Odian ferozmente al capitalismo, al comunismo, a la ciudad de México, a los rucos, a los católicos, a los que no sean absolutamente ecologistas. Dividen los seres humanos de su edad en "los fresas" y los "no fresas". Usan todo tipo de etiquetas, (los "panzudos", los "alternativos", los "nerds") y condenan rápidamente a muchos de sus congéneres porque usan cierta ropa, porque usan cierto lenguaje, porque estudian en cierta escuela. El que un chico vaya en la Ibero en el Tec ya es motivo suficiente para no querer decirle la palabra: se tiene la absoluta certeza de que no le va a dar pena.

Y frente a ellos, yo resulto la tolerante. Les echo sermones miren, muchachos, la gente es más compleja. Hay gente de la Ibero que es a toda madre. Hay estudiantes honestos. Hay rucos que son buena onda. Y pienso que esos son los castigos que el

destino me manda, porque yo a su edad era igual o peor.

Y lo que me está pasando ahorita es que, con la vejez, creo que me estoy volviendo tolerante. Lo veo sobre todo con mis amistades. Es doble la cosa:

por un lado, muchas de sus actitudes, modos de pensar, mañas, genios y figuras, me aparecen con mayor claridad y me irritan más que antes.

¿Por qué manejas tan rápido, Anastasia, por qué no dejas más distancia entre los coches, por qué no agarras bien el volante y fijas la mirada para enfrente en vez de voltear a platicar? ¿Por qué eres tan obsesiva, amiga Trapito? ¿Por qué no te olvidas tantito de estar limpiando ceniceros? Y tú, Sofía, compañera, ¿por qué no trabajas exactamente como yo quiero que trabajes, con mi estilo, con mi ritmo, con mis criterios y mis leyes? ¿Por qué andas con ese novio, Julieta, por qué lo quieres, si a mí no me gusta, si además no te conviene? ¿Por qué te compraste, Eleonora, esos zapatos tan horribles?

Y por otro lado, el problema es que las/los quiero y las/los necesito. Ergo, me agunto. Los tolero. Sufro con paciencia sus asegunes y trato de quedarme con lo demás.

Es decir que me he vuelto tolerante a huevo. Y cómo no, si además sé que mis mañas y mis modos se me acentúan con el tiempo, y pensándolo bien, amigos míos, cómo los considero, porque qué enorme paciencia deben tener para tolerarme a mí.

Y a todos los demás, a los que no quiero, también estoy aprendiendo a tolerarlos. *Respetar*. Respetar yo creo que no significa aceptar o amar. Significa soportar. Significa tal vez que, aunque no estés de acuerdo, ni quieras estarlo, aunque en el fondo odies esa manera de pensar, te callas la boca, te guardas tu opinión, no los insultas ni los matas, cuentas hasta diez y, si viene al caso, si no te queda de otra, pones cara amable y dices, con toda serenidad, "Bueno, yo no estaría completamente de acuerdo contigo, ¿sabes?..."

O sea, fíjate que descubrimiento. Respetar no es algo agradable ni positivo ni lindo precioso ni feliz. Es más bien algo en donde sufres, pero te controlas y te aguantas. Como agradable, es más agradable y gratificante la ley de la selva. ¿Alguien te choca, te irrita, te molesta? Lo matas. (Le mientas la madre, le echas el coche encima, le gritas, lo golpeas, lo pisas, lo insultas y lo condenas, lo excomulgas, lo borras)

En cambio, qué trabajo cuesta conseguir la amistad, el amor, la vida con calidad humana. Qué trabajo cuesta la civilización. *14*



Vida Cotidiana

Querido Diario:

• Marcela Guijosa •

Ya estoy de regreso en México. Desgraciadamente no pude ir escribiendo, día con día, durante el viaje. Pero aquí lo voy a tratar de reconstruir todo.

Primero, ya sabes las ansiedades que me dan, siempre, antes de irme a cualquier lado. Hasta empacar me cuesta muchísimo trabajo, elegir qué ropa me llevaré parecería una decisión difícilísima. Como si tuviera tanto de dónde escoger.

Arreglar que me suplan en mis dos talleres. Ya ir al super, para dejarle a mis niños (que son adultos los tres) comida -pura chatarra, puros congelados y comida fácil y rápida de preparar- para una semana.

Encargos, instrucciones, aquí en la cajita les dejo el dinero, no se gasten todo, le dan de comer al perro y a la Teclia; no se les olvide regar mis plantas; por favor me ponen este fax; cualquier cosa que se les ofrezca le hablan a su madre. Despedidas interminables. Persinadas ¡Adios!

Y bendito sea Dios que, en llegando al aeropuerto, ya se había echo el clic. Ya me había yo desconectado de todo. Ya no había risas ni obligaciones. Ya solo existían mis dos amigas, Anita y Joqui, y el vuelo hacia el sureste mexicano.

Anita llevaba un maletón enorme. Yo, una mediana. Coqui un maletín pequesísimo. Pero eso sí, en la mano llevaba sus sombreros o solo para ella, sino también para nosotras. Porque es sabido que coqui le tiene una profunda aversión a que le dé el sol en la cara, le ruñan y le manchas y le puede

dar cáncer en la piel.

Yo nunca había viajado así tan lujoso. En el aeropuerto de Mérida, cuando llegamos, había un muchacho con un letrero de "Avis" que nos estaba esperando. Nuestro coche rentado estaba listo, a nuestras órdenes: un Escort dorado, automático, chidísimo.

Llegamos a Mérida en la tarde, hacía muchísimo calor. El hotel estaba padrísimo. Fiesta Americana que imitaba el estilo dizque colonial mexicano. Pero uno no puede negar que agradece esos hoteles tipo grnngo que tienen camas bien, baño bien, aire acondicionado bien, jacuzzi, hielos a granel.

Mérida tiene un sabor amable, que a veces me pareció algo ingenuo y algo cursi. Esas casonas-palacios de colores pastel -y de forma de pastel- como de Nueva Orleáns, increíbles, en el Paseo Montejo.



ranquilidad. La gente parece estar contenta sentadas en una banca de la plaza principal, mientras sus amigas devoraban hojuelas de plátano frito con ajón y chile, y yo me abanicaba como muchas otras señoras de mi edad, vimos a las familias yucatecas que paseaban muy a gusto en esa plácida y ochornosa tarde de domingo.

Muchas de las mujeres mayores usaban, muy derechas y muy dignas, su atuendo tradicional, el mestizo del blanco, con bordados de flores encendidas alrededor del cuello y al final de la falda, el fondo de encaje tejido por debajo de ésta, el rebozo dobladito acomodado en formas diferentes y elegantísimas.

Me impresionó el atuendo de los niños y niñas: ahí ya ha llegado la moda defeña-gringa de jeans, shorts y tenis. Ahí todos los infantes estaban muy arregladitos. Como de domingo, como debe ser. Los niños un poco pequeños, ya sabes, como cuando yo era chica: olanes, molininas, moños, encajes y zapaticos blancos. Todas con sus vestidos elegantes, hasta las más grandecitas.

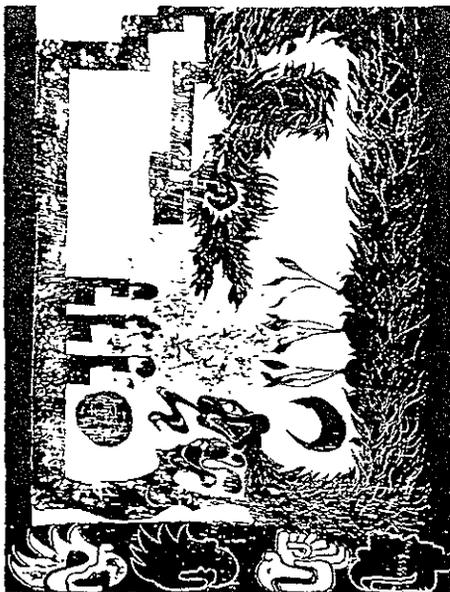
El lunes, levantadas temprano, animosas, felices, el primer gran impacto: Chichén-Itzá. Poca madre.

Chichén es sencillamente magnífico. Sobre todo esa maravilla de juego de pelota y el tan retratado y tan pujado y tan folklórico "Castillo", la pirámide enorme perfecta que ha servido de propaganda de México en calendarios, ceniceros y prendedores de plata, y que desde donde baja una como serpiente de sombra por los 35 escalones los días del equinoccio. Chichén, tan maya pero tan tolteca, tan llena de maravillosas serpientes emplumadas por doquier. Quetzalcóatl, Kukulkán, da lo mismo.

Pero Uxmal... ni modo, es mejor todavía. Yo creo que las ruinas de Uxmal son las mejores que he visto. Más que más me gustan. Yo me la pasé como menuda, sortea en la contemplación. Con ganas de llorar, de laudar, de gritar. A veces, cuando voy rápido en mi cho, en cuarta, me dan ganas de que tuviera una tanta velocidad. En Uxmal yo pensaba que me gustaría que mis ojos y mi cerebro y mi corazón tuvieran una quinta velocidad, algo muy intenso, para ver más, para estar más, para que me penetre más y no se me escape esa belleza.

Anita también se instaló en la contemplación, pero combinada con su quehacer de fotógrafa. Tomó fotos preciosas. Coqui, en cambio, tuvo que ser rebautizada con el nombre de *Indiana Jones*, porque su afán intruero y su sombrero peculiar, que no se quitó más que cuando entrábamos al hotel, le daban ese efecto de exploradora incansable. Se subió absolutamente a todas las pirámides y a cuanto templo, edificación, montículo o caminito empinado encontrara. Los alones ejercen una extraña fascinación en ella: todas las esperábamos en alguna sombría. (Yo me fui a todas esas empinadísimas pirámides cuando a veinte años, y fue suficiente. A mi edad ya no voy por esas cosas.)

También vimos, a K'uh, conjunto de tumbas chiquitas pero preciosas, con esa fachada observadamente



Serpientes Cafés

Cecilia Sánchez Duarte

llena de mascarones de Chač, que viene siendo como Tiáloc, pero maya, con sus enormes narices ganchudas. En todos lados, millones de turistas extranjeros, que vienen a dejar aquí su lana gracias a los indios de México, presentes y pasados. Porque la cultura indígena es y sigue siendo lo mejor que tiene México. Y seguimos explotando su arte y sabiduría, seguimos viviendo, en mucho, de los indios.

Y bueno, ese tipo de pensamiento me hizo sufrir grueso. Porque luego, el jueves, nos fuimos a Palenque. Ya estábamos en Chiapas. Las ruinas son maravillosas, pero lo más impresionante es el espacio, el lugar en donde están, entre verdes montañas, propiamente al principio de la sierra y/o de la selva lacandona. Te sientes realmente en un lugar sagrado, indescriptible.

Pero afuerita de las ruinas mayas, después de que extranjeros y nacionales se asombran con la tumba del Señor Pakal y con las piedras talladas y los palacios y los arcos corbelados, están los hijos de los constructores sapientísimos, los herederos de esa grandeza, los verdaderos dueños de esas tierras y de esos edificios hoy se llaman lacandonos, tzotzales o tojolabales, mismos que se están muriendo de hambre y te suplican con voz suave que les compres el jaguar de madera toscamente tallada o las carpapas labradas en tela, de cintura o las flechas con plumas o las pulseras de colores a precios insositos. (Para sublimar mi encubrimiento y mis culpas y mi desilusión impo-

tente, ya empecé a escribir un cuento que se va a llamar "El misterio de la desaparición del pueblo maya")

Además de las visitas a las ruinas de la cultura prehispánica, hubo mucho más conventos coloniales extraordinarios, como el de Izamal ¿Te acuerdas que vino el Papa a pedirte perdón a las etnias indígenas de América, hace como dos años? Pues ahí fue el numerito. Y muy bien escogido el lugar, porque es imponente la iglesia, el convento, el gran atrio rodeado de arquerías y corredores. Creo que son del siglo XVI. Y aquí ya mejor no analizo ni recuerdo la conquista ni la evangelización ni nada.

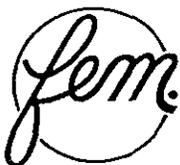
También tuvimos un día de playa, inolvidable, en un lugar llamado Chac-Tel, con su hotel Maeva. Porque nos tocó una tormenta. El espectáculo valió la pena. Cielo gris oscuro, mar rayado en verdes y negros, de pronto neblina que tapaba todo, de pronto ventarrón helado y luego lluvia tupidísima. Nos divertimos como enanas, debajo de una palapa, tomando margaritas y envolviéndonos con las toallas azules del hotel. Coqui se dedicó concienzudamente a comerse tres kilos de guanábanas frescas. Anita y yo nomás chupábamos y fumábamos. Y todas extasiadas contemplando el cielo y el mar.

Viaje precioso, feliz. Mucha plática, muchas carcajadas, juegos nocturnos de *rommy* siempre aderezados con mentadas de madre y cocteles margarita, abrazos y brindis reiterados por los cumpleaños de las tres, convivencia deliciosa, aunque tuviera algunos momen-

tos de silencio, de irritación, de desacuerdos, cosa inevitable entre tres amigas que se conocen tanto que se quieren tanto más que hermanas, y que están juntas las veinticuatro horas del día durante ocho días. Pero que sensación de descanso, de no preocuparte de nada más que de que comeremos hoy, sin teléfonos, sin trabajo, sin carreras y sin estrés.

Y no puedo más que sentirme profundamente agradecida. Porque lo mejor de estas vacaciones fue sentir que fueron un regalo, un don. Gracias a la generosidad de Anita y de Coqui, esa semana tuve una larguísima y regalada fiesta de cumpleaños. Recibí palacios y pirámides y estelas, recibí capillitas y claustros franciscanos; recibí libros para estudiar a los mayas; recibí panuchos y cochinitas y pollos pibiles y salsas picosísimas de chiles habaneros, recibí en grandes cantidades cariño y apoyo y apapacho y chistes y carcajadas debajo de tres sombreros. Recibí de regalo un gran pedazo de mi tierra: las llanuras y los mares de Yucatán y la verde selva chiapaneca, con todo y sus sapos y sus tarántulas, y sus mariposas azules, y sus árboles enormes y viejísimos y los millones de ruidos de su noche.

Y además del corazón agradecido y descansado y la confianza en que cuento con mis amigas para siempre, hoy tengo en mi casa un montón de fotos memorables, un cuento empezado, un huipil nuevo, un tigrillo de madera, que no es tigre, es jaguar, y una muñeca lacandona. 



Orden de Suscripción

Difusión Cultural Feminista, A.C.

Insurgentes Sur # 598-302

Col. del Valle, C.P. 03100 México, D.F.

Tel.: 536•92•61 Fax: 523•46•57

Nombre: _____

(Name)

Dirección: _____

(Address)

Colonia: _____ Ciudad: _____

(City)

Código Postal: _____ Teléfono: _____

(Zip Code) (Telephone)

Adjunto Giro Postal No. _____ por la cantidad de \$ 65.00 por un año de

suscripción a la revista *fem*. \$ 60 USD para suscripciones en el Continente Americano

\$ 72 USD Europa

\$ 84 USD Asia y Oceanía

Si no desea recortar la revista, fotocopie el cupón

Vida Cotidiana

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Al resumidas cuentas, yo creo que a este 1996 lo voy a declarar "Año del Desorden".

Y no me refiero a la vida nacional. Es algo particular. Desorden en mis horarios, desorden en mi casa, desorden en mi cuerpo, en mi cerebro, en todo. Ni para escribirlo y describirlo me es fácil acomodarlo. Hasta pensado es de madre y me da horror.

Desorden en mi casa. (Suspiros por Perita) Declaro que fui, he sido, soy y seguiré siendo incapaz de llevar una casa como Dios manda. Es más: ya nunca voy a poner en mi curriculum que soy ama de casa: es mucha preunción y mucho adorno. A menos que ponga "ama de casa bastante ineficaz".

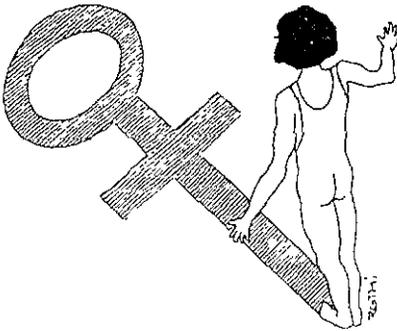
Como explicar las causas y motivos y la definición de mi caos. Para empezar, las vicisitudes y limitaciones de los horarios y los estilos de mis nuevas trabajadoras domésticas. Ya nadie en esta casa encuentra nada. ¿Dónde estarán mis jeans negros? Misterio. Las ollas desaparecen, el cuchillo filoso, la tapa de la olla express. Luego, cuando ya no las necesitas,

las encuentras en los lugares más insólitos. Primera conclusión: tu desorden es causado por el nuevo orden de otros/as.

La cosa se ha complicado porque estos últimos meses, además de una enfermedad que le dio al canino Nepal, y las consiguientes visitas al veterinario y los consiguientes tratamientos y apapachos y cambios de hábitos necesarios (.. y no siento lo malito que estuvo sino las mañas que agarró), nos hemos visto con otros problemas relativos al reino animal. Porque la Técla, felina siamesa viejecita, de trece años de edad, se infestó de pulgas. Y nos infestó a todos los demás. La bañamos con jabón especial y bastantes arañazos. Le quitamos su collar antiparásitos. Y no se le murieron todas, sino que algunas solamente se encocoraron y la pobre estaba más desesperada que nunca. Y después, por la sustancia venenosa en el pelo gatuno, acabaron por preferir otro destino y saltaron alegremente rumbo a las cobijas, sillones, tapetes, cojines o personas humanas. Total que llevo como tres meses rascándome y con el numerito repetido de la fumigación de toda la casa alternada con el uso de talcos insecticidas apestosísimos y otros baños y otros champús especiales. Creo que varios venciendo.

Pero con lo que no he podido es con el maldito ratón del cajón de la cocina. Hoy voy a cambiar la trampa de lugar. He de poder desterrar a la fauna nociva.

El otro desorden doméstico tiene que ver con mi vida laboral. Como trabajo aquí cada vez mas, ha llegado el momento en que esta casa no puede con su doble rol de casa y oficina/estudio. Talleres nuevos, nuevas fotocopias, nuevos apuntes, nuevos textos, nuevos libros de consulta que se quedan afuera. Afuera



quiere decir encima de absolutamente todos los muebles y hasta pilas en el suelo. Luego, el otro trabajo. Los proyectos, los documentos, las publicaciones infantiles para el DIF. Más fotocopias, más consultas. Folders folders folders, libros libros libros. Además de los ferns ferns ferns. Mi casa tomada y yo adentro.

En otras épocas yo enfrentaba las cosas, respiraba hondo, y arreglaba esta casa. Ahorita no puedo. Ni siquiera empezar. No sé por qué. Yo creo que tal vez es necesario este caos para que se vaya fabricando una solución. (Tu inconsciente es sabio, tu inconsciente te protegerá)

Y en todo esto, por ejemplo, tienen mucho que ver mis hijos. Ellos también se están acomodando (acomodando en la recta final, rumbo a la salida). Por lo pronto hubo una redistribución de recámaras, porque Mariana está instalando su cuarto oscuro para revelar y ampliar. Luego entonces, más movero de cosas, más arreglos provisionales, porque dónde pondremos la gran pecera de las tortugas, en el cuarto oscuro no pueden estar sin luz ni sin solecito; tal vez en el pasillo, pero tendremos que quitar la maceta grande y además encontrar un lugar para las cajas que contienen las partituras de la música del abuelo. Bueno, tal vez en el archivero del estudio pero entonces mi archivo de fotocopias de los talleres..

Todo esto va acompañado -y aquí tiene que ver el desorden estrógenos-progesterona que seguramente me traigo- de bastantes gritos y sombrerozcos que he tenido que dar a mis hijos y a mi primer marido, que viene siendo a la vez mi socio y mi patrón en los trabajos otros, para que cooperen ordenando sus pertenencias. Y están, poco a poco, empezando a cooperar.

Y algo de mi resistencia pasiva (no ordeno, no trabajo más) seguro tiene que ver con una necesidad de poner límites, de que cada quién se responsabilice de lo suyo, de un nuevo planteamiento de horarios y espacios, de salvar un poco de tiempo para mí. El desasosiego es enorme y la lucha con las culpas es gruesa, pero creo que voy ganando. ¿No hay un vaso limpio? Pues lávenlos. O no. Como quieran. ¿Dónde estará ese libro? No sé. Buscalo.

Y luego el horario de verano al cual nunca me pude acomodar. Ya no llevo a ningún niño a la escuela. Más

bien a veces les presto mi coche. Pero ya no me levanto tan temprano. (Por primera vez en mi vida, entre semana). Y entonces el sueño se va recorriendo, y más porque gracias a mis costumbres me tomo dos cafés en mis talleres y éstos son de ocho a diez de la noche, y entonces ya traigo el horario como de vacaciones, que ha de ser mi horario esencial biológico, como de búho, y me acabo durmiendo mínimo a las dos de la mañana.

Claro que eso es padrísimo a menos que tenga clase temprano, y traigo de no tener, me puedo levantar a las diez. Pero no estoy segura: las mañanas se me hacen cortísimas y recuerdo con cierta nostalgia mi fresca disposición de antes, lista para cualquier cosa a las ocho de la mañana después de llevar a los niños. Tengo que seguir pensando en un nuevo diseño de mis horarios. ¿Cuál va a ser mi tiempo para escribir?

El desorden de mi cuerpo parece que se sosiega y ya llevo cuatro meses sin menstruación bendito sea Dios. Ojalá y así siga. Me siento mejor. Y más desde que me desayuno mi licuado de jugo de naranja con nopal. Creo que el desorden anímico se va sosiegando también.

Intento sacar conclusiones. Intento tenerme paciencia. Siento que todo esto es como "tocar fondo", y que es una época de cambios muy importantes en mi vida. A veces no hay de otra: tienes que llegar a situaciones mucho muy molestas, y tienes que pasar por caos, mudanzas y derrumbes para volver a construir (¿ya empecé?) el modo en que viviré mi siguiente época. Esta que ya se está gestando. La postmenopausa. El nido vacío. La nueva libertad. La madurez.

Me da un poco de miedo. Pero suena padre, ¿no?



Vida Cotidiana

Querido Diario:

Marcela Guijosa

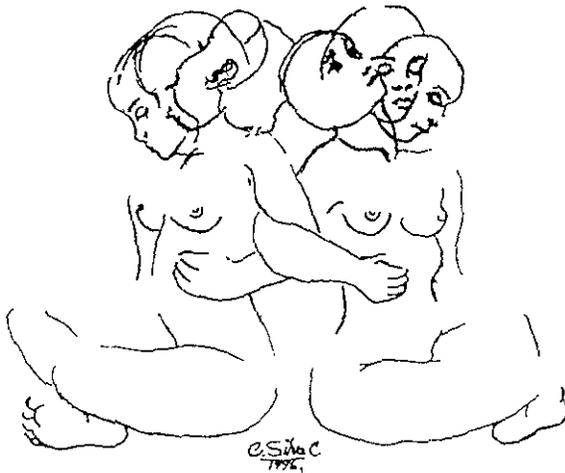
para Ana Elvira, por supuesto.

Finalmente la gripa me venció. Releo lo que escribí el miércoles y entiendo. Era un malestar que no entendía bien y que ahora sé que era el inicio del ataque de los virus.

Interpreto. querías llorar. No podías. Ahora, con la gripa, vas a llorar, a moquear, a quedarte en tu casa, encuevada, enfriada,

desconsolada. Y esa sensación que tenías de desprotección, de que necesitabas alguien que te cargara .. Pues claro. Era revivir la ausencia del padre. El padre de Anita, mi padre, todos nuestros padres.

Qué horror, con cada muerte se te reviven todas tus muertes. Gayosso, otra vez. ¿Cómo no vas a recrear otros días, otros muertos, estando ahí? ¿Cómo no se te van a volver a morir, cómo no se te van a acumular tantas lágrimas? La misma capilla, la misma escaleri-



ta, la misma cafetería. Tu cuerpo recuerda, tu inconsciente recuerda, aunque este funeral y este dolor pertenezca a don Roberto y no a don Vicente.

Tu corazón consciente se duele de la pérdida de un hombre bueno, don Roberto Ramos. No lo viste muchas veces. Pero lo conocías perfectamente, en tantísimas horas de plática con tu amiga. Su papá estaba presente siempre -y va a seguir estando-. Te sabías su biografía, sus virtudes, sus preferencias, sus dolores y sus mañas. Te preocupabas por él y lo querías. Y conociste y celebraste sus logros y hasta disfrutaste tanto por ellos, a través de su generosidad continuada en la generosidad de Anita, su hija.

Cuántas veces estuviste en la casa de Xochi, en Morelos, disfrutando de lo que él construyó; y lo conociste tanto, a través de las flores que él sembró y cultivó, de los árboles de zapote y de aguacate que él amaba, de la pequeña casa, del paisaje paradisíaco, del agua templada de la alberca...

Y alguna vez comiste en su casa de Coyocacán. Y cómo te abrumaba, con su estilo brusco y patriarcal, para que no se le notara el corazón de oro, dándote en abundancia todo lo que tenía. Sirvanle más a Marcela. Traigan la fruta para Marcela. Aní, tráele a Marcela otro postre, otro coñac, otro marrón-glacé.

Generoso, rumboso, magnánimo, son palabras que lo definen. Y que definen a Anita, su digna hija y heredera.

Y me compenetro con Anita y me contagio de su desamparo y sufro con ella y por ella. Como Anita es mi hermana, su luto es mi luto, su tristeza es mi tristeza. Se me pega su desolación.

Y como en un espejo o como en un eco, su padre es mi padre. Y sufro por el suyo y por el mío, que también era tan rumboso y tan magnánimo, que se me vuelve a morir, y cuya ausencia me vuelve a doler, de repente, muchísimo.

Y el dolor me jala para atrás, aunque no quiera, y me regreso a mi infancia y me acuesto en mi cama y me tapo con toda mi gripa por dentro y por fuera y me instalo en el recuerdo y me imagino que no hay problema, que todo tiene remedio, que soy chiquita y tengo papa.

Mi papá. Que junto a mí hay un hombre guapo, fuerte, trabajador. Inteligente, justo, simpático. Que siempre me va a proteger y a cuidar. Que me puede crear. Que se va a tra-

bajar que va a traer dinero a la casa. Que me va a llevar a dar la vuelta en su coche. Que siempre sabe lo que hay que hacer. Que me va a dar mi domingo. Que nos ampara a todos y que siempre nos amparará, como árbol inmenso, fuerte, seguro.

Porque lo otro, lo real, se vuelve a veces insoportable. Saber que eres adulta, saber que eres huérfana. Que estás al descampado. Que dependes sólo de tí misma.

Aunque, bueno, no estás sola, bendito sea Dios. Hay mucha gente contigo. Y te agarras de todos ellos, y te encargas de ellos. Y gracias a ellos puedes seguir viviendo. Aunque te sientas un poco como si fueran Hansel y Gretel, chiquitos y asustados, agarraditos de la mano, perdidos en el inmenso y oscuro bosque.

Porque el gran hueco, el enorme vacío, jamás se te cura del todo. Yo me consuelo pensando en que por ahí anda mi papá. Por ahí anda su espíritu protector, muy cerca siempre, y le rezo y le platico y le pido milagros, y lo reinvento y le quito un poco lo regañón, y lo revuelvo con Dios nuestro señor cuando digo padre nuestro que estás en los cielos y pienso que ahora me entiendo más porque puede ver completamente mi corazón. Y mágica e idólatra, pongo su foto en mi recámara y en mi coche, y lo llevo de copiloto en mis viajes y en mis noches y en mi vida, y repito sus dichos y canto las canciones que él cantaba y siento que me acompaña y me cuida siempre.

Y medio me conformo, y no les ando pidiendo ya más a los otros hombres -maridos, amores, hermanos, hijos- que lo sustituyan, porque nadie puede. Sólo en pequeños pedazos, sólo en breves momentos, y lo agradezco, porque bastante hacen, pero ellos no son.

El verdadero, el auténtico, el mítico, el perfecto y el imperfecto, mi papá, tu papa, nuestro papa, ya se fue.

Aunque se quedó metido en nosotros de otro modo, aunque lo llevemos completo metido en el alma, eternizado para toda la eternidad.

Por lo menos tenemos eso: tenemos su memoria en nuestra memoria. Tenemos miles de recuerdos. Tenemos la certeza de que su amor existió y nos hizo existir. Y algunas de sus células entretrejidas en nuestras células y pedazos de su carne en nuestra carne y todas sus herencias, y tenemos nuestra historia y nuestra vida y nuestros sueños que originaron y son parte y continuación de su historia de su vida, de sus sueños. 27

Vida Cotidiana

Querido Diario:

Marcela Guijosa

engo un gran problema: no sé de qué voy a escribir el *querido diario* para el *fem* de este mes. No tengo un tema. No me ha pasado nada especial.

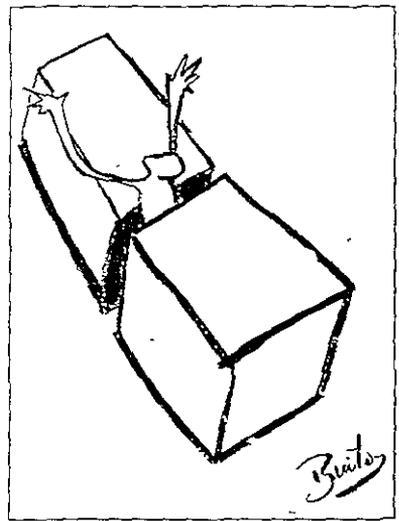
Este principio de año ha estado muy brusco. Se me ha venido encima muy rápido muy violentamente ya estoy metuda en el trabajo, después de las vacaciones tan tranquilas y caseras que pasé.

Intento pensar en algo digno de ser contado. Nada. Pura repetición de temas. Como por ejemplo el libro que leí. No me encantó muchísimo, pero tiene algunas cosas interesantes... Se llama "Vivir los cincuenta". Lo escribió Colette Dowling, aquella vieja feminista que hace como quince o veinte años publicó "El complejo de Cenicienta", y que mis amigas y yo leímos con fruición. Aprendimos entonces que más nos valía intentar volvernos autosuficientes, sobre todo en lo del dinero. Que rompiéramos con esa maldición femenina de estar esperando, soñadoras, que alguien nos viniera a rescatar de la pobreza y del fogón.

Bueno, "aprendimos" es mucho decir. Lo entendimos y lo hemos estado intentando, sin acabar de lograrlo del todo. De las mujeres de mi edad que son mis amigas, sólo una o dos son perfectas y puramente autosuficientes en lo económico. Porque a ver, ¿se cuentan las herencias recibidas? ¿Se cuentan los apoyos de los ex?

Hoy, muchas mujeres norteamericanas de las que fueron militantes feministas en los setentas, están cumpliendo cincuenta años, poco más o poco menos. El nuevo libro de la Dowling habla de esta etapa.

Yo me lo compré como parte del doctorado personal intensivo sobre la menopausia



que estoy estudiando ¿Cuántos años durará? ¿Cuántos textos voy a escribir sobre lo mismo?

En este libro viene todo un capítulo sobre el cuerpo, la salud, la menopausia, la sexualidad, las hormonas. Está bien, muchas cosas ya me las sabía, pero otras fueron novedad. Me irritó un poco la autora porque regaña a las "feministas" que durante años y años han luchado furibundas en contra de las terapias de reemplazo hormonal. A ella sí le parecen bien, y cree que tienen mucho más ventajas que riesgos para la mayoría de las mujeres.

Supongo que tiene razón. Y van otros

de unos. Yo misma he llegado a convencirme y creo que le voy a entrar a los estrógenos combinados con progesterona. Tengo cita con el doctor dentro de dos semanas. Lo que no sé es si ya la debo comenzar o cuándo. A ver qué me dice.

Pues escribiendo, escribiendo, ya llevo cuartilla y media con lo de este libro. Ya mejor me siga.

Los capítulos peores, los que me golpearon e hicieron sufrir de veras, son los que se tratan 1) del dinero, y 2) de los padres viejitos. Estos dos capítulos están muy relacionados.

El del dinero se resume en una pregunta muy simple: Tú, mujer liberada, ¿sigues siendo Cencienta, o estás ahorrande una lana para tu vejez?

El de los padres viejitos está todavía más tremendo. Conozco a varas mujeres que lo viven en vivo. La idea es ésta: que, alrededor de los cincuenta y tantos años, las mujeres creen que "ya acabaron" de trabajar. Los hijos ya se fueron, o se están yendo. Ya son independientes. Muchas de ellas empiezan a pensar, como adolescentes, "¿qué hare, qué hare?" Tienen, finalmente, tiempo para ellas. Deciden iniciar cosas, proyectos largamente deseados, por fin voy a poder. Algunas ya lograron jubilarse de sus trabajos. Se sienten bien, fuertes y saludables (están tomando sus estrógenos con progesterona). Y zas. De repente, su madre enviuada. O le da una embolia. Su suegra no puede vivir sola, porque está muy malita. Y entonces, ahora se trata de cuidar o de apoyar a la otra generación (que cada vez vive más años, sobre todo las mujeres). Y, ¡oh, hilo negro! ¿Los varones le entran a este apoyo físico, económico, emocional, doméstico, médico? ¡No, señoras y señores! Casi no.

Para muchas mujeres este cuidado significa tantas horas, que equivale a otra chamba. Y claro, sin paga y sin reconocimiento. Y luego, ya sabes, la utopía, la exigencia de siempre que la sociedad se haga cargo de los ancianos. Que hubiera programas gubernamentales de ayuda, en serio, para los viejos. Que no pese todo, una vez más, sobre las mujeres.

Yo toco madera y me muero la lengua porque mi situación es diferente. Mi papá ya se muere y mi mamá está muy bien, bendito sea Dios. Y me siento culpable de que ni la cuido mucho ni la apoyo tanto económicamente. Pero ella ya sabe que cuando se necesite, un cenicento en mi cocina no le ha de faltar.

Por otro lado, el libro no dejó de ser

gringo. Ya ves que allá se usa mucho eso de los asilos. Y aún así, las hijas son las que visitan a los viejos, los sacan a pasear, les dan terapia de apoyo, les compran lo que se necesita, hablan con los doctores, etc. En México es diferente. Y creo que tal vez es mejor.

En México somos más pobres. Cuál ahorro para tu vejez, si con muchos trabajos la lana se te va en sobrevivir día con día. Y si es necesario, mejor te traes a la abuelita a tu casa - o te vas a vivir a su casa - Compartes lo que hay, porque donde comen dos comen tres.

Y luego resulta que las abuelas son más apoyo que estorbo. Porque las viejas mujeres bien que trabajan ayudando en la casa; gusan maravillas, cuidan a los nietos. Aunque claro que no es lo mismo setenta que noventa años. No es lo mismo una viejita sana que una inválida. No es lo mismo una anciana sabia y cariñosa que una horrible vieja amarga, fregona e impertinente.

Y sin poderlo evitar, vuelvo a acanciar la fantasía de nuestro "Parque Jurásico". Chance y nos sacamos el Melate. Hemos de poder, las amigas y amigos -tal vez primos, hermanos- de la misma edad, vivir juntos en la vejez. Que nos vengán a visitar los hijos y los nietos algún domingo. Pero los demás días, acompañarnos unos a otros con las mismas pláticas y los mismos recuerdos y los mismos chistes, con nuestra gran biblioteca común, con nuestro aparato de sonido en donde oiremos las viejas canciones, con nuestras barajas en las manos artísticas, con nuestro salón con televisión y cantina y bastantes ceniceros y algún tanque de oxígeno y con cocinera, doncella, enfermera, cargador y choter de planta. Cómodamente, yo creo que en esta casa podríamos caber un is ochto o diez personas, y nada más será cosa de quitar los escalones del pasillo y construir un is rampitas. 35



Rea Orla Martínez

Hoy 21 de Mayo 77

Vida Cotidiana

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Coni, mi cuenda casinuera, nos trajo prestado un video de la serie "El Planeta Viviente", escrita y presentada por el zoólogo británico Sir David Attenborough. Este caset se llama "El primer desafío: nacer". Es un documental con muchas escenas de cómo nacen diferentes animales.

Lo acabo de ver ahorita. Me quedé absolutamente impactada. Resultó mucho más divertido e interesante, mucho más fuerte y

dramático que cualquier película de "acción" de las que renta uno los fines de semana.

Asombro, maravilla. El drama de nacer. La sabiduría misteriosa y tan diversificada de la naturaleza. Miles de formas de llegar a este mundo, en el mar, en la tierra, en el aire: partos, huevos, embriones, larvas, cachorros, polluelos, todos fotografiados magistralmente. Bravo por la tecnología moderna y los telefotos. Que vivan los camarógrafos exploradores, viva su paciencia y sus ojos y su arte prodigioso.

Me acordé de Simone de Beauvoir. Porque durante siglos, como ella explica en su *Segundo Sexo*, las viejas ideologías patriarcales han identificado a las mujeres (y a los hombres) con algunos modelos, cuidadosamente elegidos, de conducta animal. Era, por supuesto, una manipulada y mañosa identificación. Como aquella vez que una persona me recitó sentenciosamente el versito: "Tú serás la paloma para el nido, yo seré el león para el combate". O sea, querida Marcela, deja de estar combatiendo en el mundo y ya cállate y mejor vete a empollar tus huevitos.

Ellos han pretendido ser leones, tigres y águilas. Y nos han llamado, según el caso, gacelas, palomas, gallinas, toros o cacatúas. Pienso también cómo les gustaba ese mito de la mujer como la araña viuda negra, que tiene la curiosa e interesante costumbre de matar al macho después del apareamiento.

Pero mejor te cuento algunas cosas que están en el video.

En una isla del Pacífico, más de cien mil cañitejas caminan hacia el mar para desovar. Luego se mueren. El lapso del océano se truce



café por la presencia de mil millones de huevos. Esto será un suculento caldo para miles de peces y pájaros. Algunos años, ningún cangrejo sobrevivirá. Cada cinco años, más o menos, un cangrejo de cada cien mil habrá llegado a la vida adulta. Proporción final: un hijo por cada madre.

Unos erizos, muy a gusto, se reproducen: ella lanza al agua sus óvulos. El lanza al agua su semen. La divina providencia hace lo demás. Una

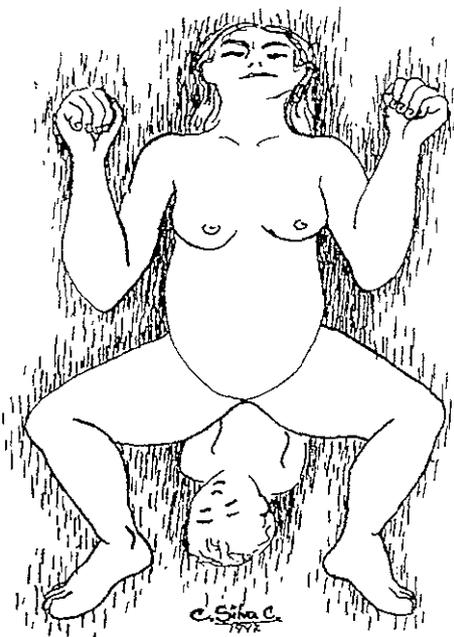
almeja gigante también se reproduce con toda comodidad. Una vez al año, un buen día, como es hermafrodita, lanza un chorro de huevos, y al rato lanza un chorro de semen que los fertilizará.

Así le hacen muchas criaturas marinas. Ella desova, él lanza su semen, y los dos elementos se juntan y se fertilizan en el agua, si Dios quiere. La desproporción de los huevos y los que finalmente sobreviven es enorme.

En los animales de la tierra, se necesitan menos huevos. La mantis religiosa nomás tiene cada vez cuatrocientos hijitos.

Unos azotadoreitos, hijos de la mariposa buho, cuando nacen de unos bellísimos huevos milimétricos se comen el cascarón. Es pura proteína. La madre no se queda a cuidarlos, pero los dejó bien abastecidos.

Luego vi una avispa padrísima. Lanza su huevo en un agujero en el suelo seco y endurecido de un desierto de Estados Unidos. Esta avispa perfora con muchos trabajos un túnel en el suelo. Luego se sienta y tapa la entrada con piedritas. Se va a



buscar gusanos. Coge un gusano casi tan grande como ella misma, lo mata, regresa al hoyo, quita las piedritas y lo mete. Pone un huevo junto al gusano. Así, cada hijo que nazca tendrá su delicioso gusano para comer. Así, como diez o quince veces (imagen inevitable, abro el zaguán, saco el vocho, cierro el zaguán, voy al súper. Regreso, abro el zaguán, meto el vocho, cierro el zaguán, guardo las cosas del súper).

Otra avispa, malvada, le inyecta a

unos pobres orugas sus huevos. Crecen los huevitos gracias a la carne de la pobre madre involuntaria. Y un día nacen, perforando y matando a la oruga.

Hay unos peces preciosos, unos ciclidos de Nicaragua, en donde el macho coopera muchísimo. Hace un hoyo, lo limpia muy bien. La pescada pone sus huevos en una roca. Cuando nacen, los toma cuidadosamente con la boca y los mete en el hoyo. Los dos alimentan y protegen todo el tiempo a sus pescaditos hasta que son autosuficientes. Estos tienen un alto índice de supervivencia.

Hay moscas heroicas que se pasan inmóviles tres semanas sobre su nido para cuidar a los huevos. Atacan furiosamente a cualquiera que se acerque. Unos ganvos del ártico, bravísimos, él y ella, agreden a los hábiles zorros que pretenden merendar unos huevitos robados del nido.

Una cocodrila constituye su nido con hojas que se puditan en un hoyo cavado a la orilla del río. Ella puede producir exactamente 11

temperatura, por la cantidad de hojas. Y si el nido está a 30° C., serán todas hembritas. Si está a 32, serán varoncitos. Si está a 31, serán la mitad cocodrilitos y la mitad cocodrilitas. Y lo más impresionante es que los críos nacen preciosos, perfectamente formados, con dientes y todo.

Escena tremenda: unos halcones tienen tres huevos en su nido. Los hijos no nacen al mismo tiempo, sino con días de diferencia. Entonces hay uno más grande. Llegan, ambos padres, a traerles comida, y el pollito más grande es el más gandalla y se come todo. El segundo come menos, pero come. Al chiquito no le toca nada. Se muere. Les vale gorro. Se lo comen, en parte, y luego lo tiran. Esto sucede en años de escasez; si hay abundancia de comida, alimentan a los tres.

Varias madres se mueren al dar a luz. Unas larvas. Unas piojas de mar. Otras, cargan fatigosamente a sus hijitos durante mucho tiempo desde la alacrana hasta la cangura.

Unos pájaros muy simpáticos, unos grajos de Florida, cuidan a los pollos entre todos. Como si la comunidad se dividiera; sólo unos cuantos se aparean, porque no abunda el alimento. Y hay muchos "solteros" que funcionan como tíos y tías solidarios y cooperadores, con la crianza de la prole. Igual hacen algunas focas, algunos patos y los elefantes. Todos ayudan a cuidar a los chiquitos.

Hay pescados machos que se "embarazan", la hembra pone sus huevos en una hendidura del cuerpo de él. El los carga y los pare a su tiempo.

Pero la campeona del parto incómodo es la muretelaga. Pare a su vastago colada patas arriba. Y cuando nace, lo tiene que cachar con una ala para que no se viva al vacío.

Que furtivama

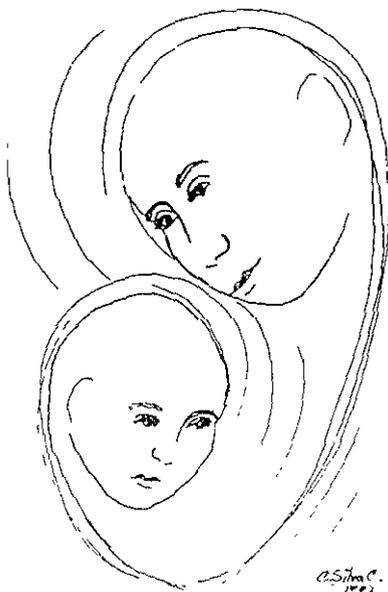
impresión la de ver tanto cascaron roto, tanto parto, tanto animalito torpe y horreroso surgiendo a la vida. Qué tentación tan grande la de filosofar, clasificar, identificar. Simbolizar. Aprender.

Porque en la familia humana, y aunque seamos personas, inteligentes y libres, también hay de todo. Hay padres, muchísimos cuya paternidad se reduce a expeler un poco de semen. Les importa poco a quién fecunden: el chiste es fecundar. Otros, además, compiten, bailando o peleando con otros machos, para obtener los favores de la hembra, y después se desaparecen. Otros pobres se mueren en el intento. Y otros muchos son cuidadores, abastecedores, constructores de nidos, defensores y profesores de sus crías.

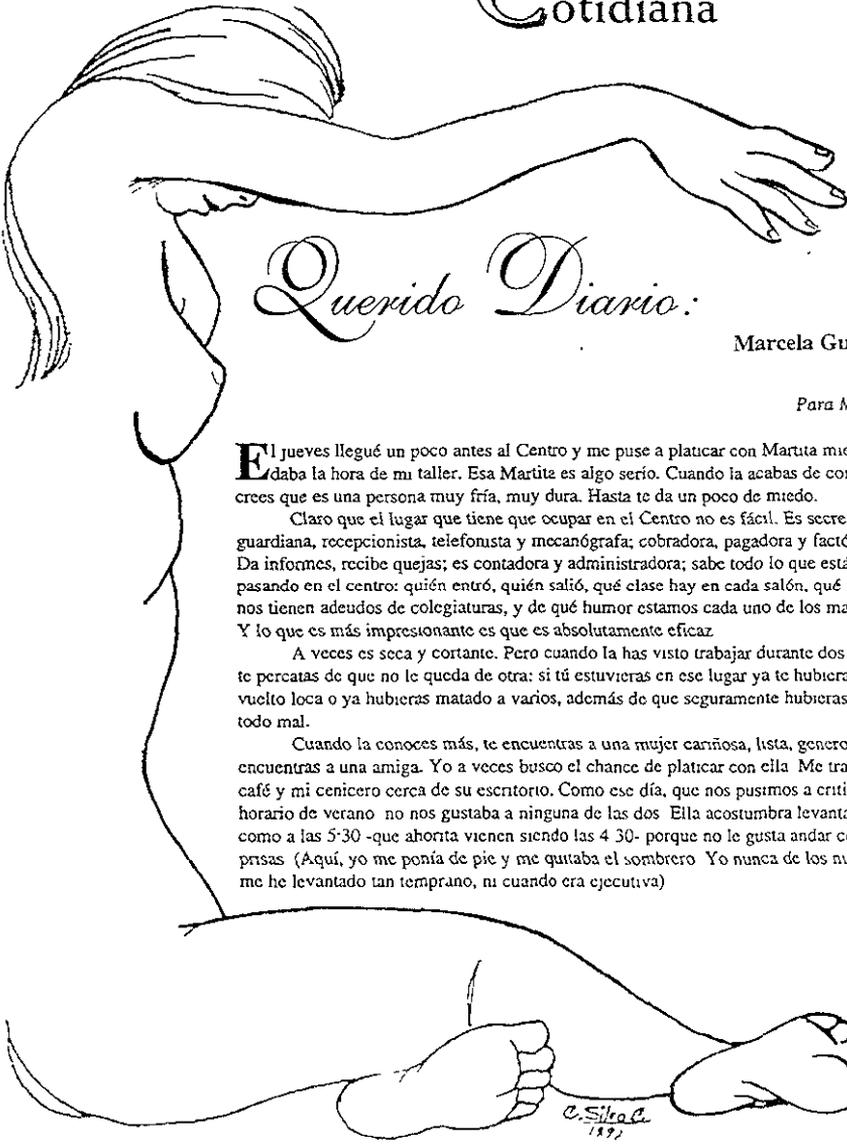
Tenemos también en nuestra especie, afortunadamente, muchos tíos y tías solidarios y cariñosos con los niños de otros.

¿Y las madres? También hay de todo. Hay las marinas y elementales, inconscientes, fecundísimas y abandonadoras. Hay las fieras guardianas de sus cachorros. Hay las que defienden a un hijo predilecto y dejan morir a los otros. Y claro que hay muchas, muchísimas, abnegadas empolladoras y amamantadoras, cargadoras, maestras, compañeras de juegos y valerosas abastecedoras y guardianas de sus bebés. También unas que son muy sabias, que saben separarse de los hijos cuando éstos están listos para vivir solos.

Y hay los ejemplos extremos. Las que sólo fueron un cuerpo usado y violado. Y existen también las que son como la pioja de mar, cuyos vástagos viven de ella literalmente, porque para nutrirse le devoran las entrañas, y al nacer e irse a vivir su vida, en vez de dejar a una quenda y veneranda jefecita, dejan un pellejo vacío, un cuerpo muerto.



Vida Cotidiana



Querido Diario:

Marcela Guijosa

Para Martita

El jueves llegué un poco antes al Centro y me puse a platicar con Martita mientras daba la hora de mi taller. Esa Martita es algo serio. Cuando la acabas de conocer crees que es una persona muy fría, muy dura. Hasta te da un poco de miedo.

Claro que el lugar que tiene que ocupar en el Centro no es fácil. Es secretaria, guardiana, recepcionista, telefonista y mecanógrafa; cobradora, pagadora y factótum. Da informes, recibe quejas; es contadora y administradora; sabe todo lo que está pasando en el centro: quién entró, quién salió, qué clase hay en cada salón, qué alumnos tienen adeudos de colegiaturas, y de qué humor estamos cada uno de los maestros. Y lo que es más impresionante es que es absolutamente eficaz.

A veces es seca y cortante. Pero cuando la has visto trabajar durante dos años te percatas de que no le queda de otra: si tú estuvieras en ese lugar ya te hubieras vuelto loca o ya hubieras matado a varios, además de que seguramente hubieras hecho todo mal.

Cuando la conoces más, te encuentras a una mujer cariñosa, lista, generosa. Te encuentras a una amiga. Yo a veces busco el chance de platicar con ella. Me traigo mi café y mi cenicero cerca de su escritorio. Como ese día, que nos pusimos a criticar el horario de verano no nos gustaba a ninguna de las dos. Ella acostumbra levantarse como a las 5:30 -que ahorita vienen siendo las 4:30- porque no le gusta andar con prisas (Aquí, yo me ponía de pie y me quitaba el sombrero. Yo nunca de los nunca me he levantado tan temprano, ni cuando era ejecutiva)

C. Silva C.
1997

Martita es soltera, sin hijos. Es una mujer más o menos de mi edad -aunque se ve más joven que yo-, guapetona, buen cuerpo, de buen ver. Y, como me platicó ese día, ella se levanta tan temprano para que le dé tiempo de hacer su cama, de prender el boiler, de hacerse su desayuno y desayunar, de bañarse y arreglarse con calma.

Luego toma el metro a las siete y pico de la mañana y hace su cotidiana travesía de Tlatelolco a Zapata.

Me estuvo contando de sus viajes en metro. Me encantaron sus observaciones. Primera cosa: las mujeres huelen rico. Todas bañadas, muchas de pelo mojado, olorosas a limpio o a perfumito. En cambio, el conjunto de varones es otra cosa. Será que los hombres tienen el humor fuerte -como decía mi suegra- o será que ellos no se bañan diario. El caso es que los otros vagones, los masculinos, exhalan un tufazo sudoroso y bastante desagradable.

Y luego las escenas que ella ve todos los días; muchachas muy arregladas, pero con sus tubos en la cabeza. Algunas sólo en el fleco. Esas se lo quitan hasta que llegan a su destino, porque se apean del vagón con todo y su tubo en la frente.

Sin embargo, hay otras muchas, muchísimas, que se arreglan en el metro. Se suben de carita lavada y si se pueden sentar, pues perfecto. Pero si no, no importa: heroicas, se plantan con sus dos pies, se sostienen gracias a los cuerpos apretujados que las rodean y, haciendo equilibrios milagrosos, sacan su espejito. Con mucho cuidado, y sin poder mover mucho los brazos, sacan una bolsita de la otra bolsita que traen colgada del hombro, y van apareciendo los cosméticos. Y llevan a cabo todo el ritual: desde la untada de crema o maquillaje, la cuchara enchunadora de pestañas -que a veces es tapita del mentolátum-, las sombras de varios colores, el delineador aplicado con toda pericia al vuelo, con una sola mano, hasta llegar al final con rímel, rubor y bilé. Peñan los ojos, hacen gestos, abren la boca, estiran los labios. Algunas también sacan los tacones de otra bolsita, se cambian, guardan las chancas, y ya se bajan del metro luciendo una excelente presentación para poder trabajar.

Dice Maruta que muchas veces reconoce a las gentes. Ya se sabe sus rutinas, porque muchas personas toman el metro a la misma hora. Como esas hermanas, que se suben por Guerrero, y que son una gordita y una flaca, comparten los mismos cosmeticos.

Cuando una acaba con la cuchara, se la pasa a la otra. Y así la sombra y el rímel y todo lo demás.

Hay una señora también que se sube con sus tres niñas, la mayorcita como de once años, greñudas ellas. Y, también en equilibrio y apretada, logra ir las peinando a todas, antes de llegar a la escuela. Primero las desenreda muy bien una por una. Luego saca un frasquito con jugo de limón, moja el peine, y las deja preciosas, una con sus trenzas, otras con sus coletitas, restiradas, impecables. Las niñas regañan a su madre: ay mamá, no me jales. Ay mamá, apúrate, ya otra vez se te hizo tarde.

Y así sucesivamente. Yo me acordé de cuando iba a la prepa, después de dejar a mis niños en la escuela, y claro que me pintaba en el coche, con ayuda del espejo retrovisor. Tenía perfectamente calculados algunos embotellamientos larguísimos, algunos semáforos conflictivos, y sabía que en esta esquina es el lápiz y en esta otra el rímel.

Cómo me gustó esta plática con Martita. Qué heroica la veo, trabajando tanto desde las cinco y media de la mañana. Y a todas las otras, que hasta en el metro trabajan. Porque verse "bellas" también es un trabajo que se les exige a las mujeres.

Y todas ellas me conmueven y me provocan tanto cariño y admiración. Pero, también, cómo me da coraje.

Me pregunto cuándo demonios la excelente presentación podrá coincidir con un pelo limpio, una cara lavada, una ropa cómoda y barata, unos zapatos que sirvan para trabajar y para viajar en metro y no para gangrenarnos los pies.

Cuándo podrán dormir o desacansar un poquito más las mujeres, en lugar de por obligación pasarse largas horas secándose el pelo con la pistola y haciéndose chinchos o crepés, depilándose cejas o bigotes, untándose y desuntándose poutings, cremas y polvos, pintándose y despintándose las uñas.

Cuándo saldremos de la esclavitud de sentir que no estamos lo suficientemente aceptables, cuándo llegará ese feliz día en que nos aceptemos al natural, bonitas sin bilé, fementinas sin ropa de moda o sin largas y espesas pestañas.

Pero bueno, querido. Aquí lo dejamos. Me tengo que apurar a hacer de comer y bañarme y arreglarme, porque ya me habló Martita por recordarme que hoy tengo junta temprano y si no me va a dar tiempo. 37

Vida Cotidiana

Querido Diario:

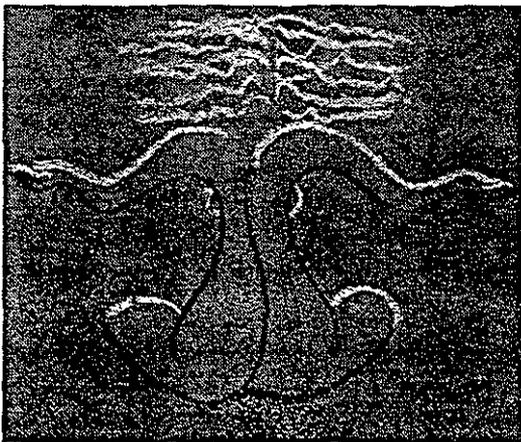
Marcela Guijosa

Finalmente, este seis de julio, sí fui funcionaria de casilla.

Cuando se supo que iban a sortear gente nacida en julio y agosto, confieso que lo primero que pensé es No por favor, que no me vaya a tocar.

Qué horror, hasta vergüenza me da Pero con la amenaza de que te lleguen este tipo de nombramientos, la respuesta normal en mí es ¡No! ¡Qué hueva! ¿Todo el domingo? ¿Desde las ocho de la mañana y hasta quién sabe qué horas?

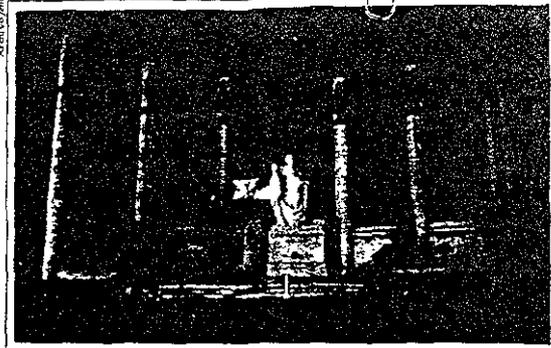
Y ahorita me percató de que estoy repitiendo una reacción muy antigua. Oída en mi casa cuando yo era chuca, por ejemplo, pronunciada por mi madre y por mis tías. Oída en mi ciudad, durante muchos años escépticos donde a nadie le interesaban demasiado las votaciones porque ya sabíamos quién iba a ganar, por las buenas o por las malas. Leída entre líneas en el silencioso desdén de muchas mujeres mayores, cuando gran parte de la verdadera femineidad consistía en no interesarte por la política porque, como el fútbol, era cosa de señores. A muchas mujeres, además, estas cosas les dan miedo. Se imaginan bandoleros con pistolas robándose las urnas o muchedumbres enardecidas rompiendo puertas y ventanas y coches y camiones el día de la votación. O quien sabe qué más se imaginan.



Pero me tocó, y a Mariana mi hija también. Recibimos una primera y rápida capacitación a domicilio, porque "no iba nadie" a los lugares señalados para ello. Y entonces los jóvenes empleados del IFE se dedicaron a ir de casa en casa a convencer y capacitar a la gente. Todavía la semana anterior seguían haciendo visitas a los funcionarios de casilla para cerciorarse de que nadie fuera a fallar.

Totil que, aunque mi nombramiento decía "Segundo Suplente" y había la posibilidad de que solo fuera a presentarme y me regresaran, ahí me tienes desde las siete cuarenta y cinco de la mañana del seis de julio cumpliendo mi responsabilidad con la Patria.

Archivo/Am



cumpliendo con mi deber ciudadano. Desde ayudar a armar las dichas urnas, porque qué difícilísimo resultó. Mientras una creciente cola de gente madrugadora se impacientaba, tanto los de mi casilla básica como los de la contigua nos afanábamos para la apertura del changarro. Nos cortamos, nos rompimos las uñas, nos ayudamos con llaves y tijeras, las armábamos mal, lo volvíamos a hacer, nos desesperamos pero lo logramos. Y el chavo que era Presidente de mi casilla me dijo Señora, no se vaya, quédese a ayudarnos por favorcito.

Y me quedé, encantada. No me podía ni me quería ir. Cuál flojera, cuál aburrimiento, si este seis de julio como que soplaban otros vientos. Me la pasé feliz de la vida, viendo a todos mis vecinos, saludándolos, reconociéndolos.

No hubo nada desagradable; no hubo casi ningún incidente. Sólo el representante general del PAN estuvo de necio chingue y chingue con que suspendiéramos la votación porque había que quitar un cartel de propaganda del PRI pegado en un poste como a 100 metros de la entrada de la casilla. Como la ley le daba la razón, no se continuó hasta que se retiró el cartel.

Todo el día fue maravilloso, aunque lo mejor fue el escrutinio. Salieron muchísimos votos para el PRJ, pero el PRD tuvo más casi lo doble. El Verde y el PAN salieron casi parejos, bajones ambos. Y los pobres PPS y PDM me daban tristeza. Tuvieron uno o dos votos en total. Los funcionarios, todos, tomamos muy en serio nuestro papel, y muy solemnes dictábamos y anotábamos los resultados en las actas. Nadie decía que bien o que lástima, nadie soltaba prenda de sus preferencias par-

tidanas porque así dice la Ley Electoral. Sin embargo, se sentía una vibra contenta, se percibía algo, unos ojos que se miraban unos a otros iluminados por la esperanza. Y los gritos y los aplausos serían después, ya en nuestras casas, o en el Zócalo.

Y cómo resumir mis impresiones. La cooperación increíble de toda la gente, sobre todo los funcionarios de casilla. Todos de buen humor, todos ayudando en lo que se pudiera, todos respetán-

dose unos a otros de una manera que francamente me sorprendía. ¿Esa es la gente que ves todos los días en el D.F., que te echa encima el coche o el microbús en cuanto puede? ¿Esa es la gente que tira la basura enfrente de mi casa y le vale madres? ¿Esos son mis vecinos que me reclaman por un coche mal estacionado o que dejan que sus gallinas o sus perros se suban a mi techo y me rompan las tejas y que por más que les suplico no pelan?

Era como la Navidad, Y paz en la tierra a los hombres y mujeres de buena voluntad. Era como un mundo utópico y feliz, donde el espíritu era totalmente antiburocrático. Esos generosos chavos del IFE, tan prendidísimos, tan de veras cooperadores, mucho más de lo que les marcaba su deber. Esos funcionarios de mi casilla, que cumplían celosos su deber pero que sabían que las normas estaban hechas para beneficio de todos y no soportaban tampoco un espíritu legalista. Esos representantes de partido, que en general se portaron a la altura. Esos supientes que -como yo- se quedaron a ver en qué podían ser útiles. Ese trabajo de todos, sin cobrar, sin interés. Ese día tan de veras democrático, tan de veras pluralista y radiante de tolerancia. Ese día que me demostró, contra muchas de mis hipótesis, que a la gente mexicana sí le importa su patria.

¿Habrá sido este tiempo tan bello sólo por ser tan corto?

¿Será que México de veras está empezando a cambiar?

¿Por qué no nos podemos quedar para siempre así, así como estuvo el Distrito Federal el seis de julio de mil novecientos noventa y siete? ¿?

Aug. 21, 2014, Sept 97

Vida
Cotidiana

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Hoy feliz, en Sanborns. Hace mucho que no venía. Es padrísimo levantarte temprano, vestirse, salir corriendo, y llegar antes de las nueve de la mañana, con tu cuaderno y tu pluma, a un café

Me instalo, pienso que desayunaré ¿Menudo jalisciense? Me encanta, pero no tan temprano. Gorditas, huevos rancheros, tamales, mmmmm, qué rico, pero no. Me decido por un waffle con tocino, manjar engordador y delicioso que casi nunca como. Pero hoy sí me voy a darme el gusto.

Escribir. Escribir, con el cuaderno a la derecha de la taza de café. Creo que es uno de los máximos placeres que puede haber en el mundo. Más a la derecha, los cigarros, y enfrente el cenicero. La mesa es lo suficientemente grande para que te quepa el café, la otra comoda, el florero, tus cuaderno, tus libros. Los sillones son grandes y cómodos; en el sillón de junto, además, puedes poner tu bolsa y tus otras cosas.

Levanto la mirada. La vista no es maravillosa, la decoración tampoco. Gente, idas y venidas, caras, gestos. Veo sin ver.

Si pongo atención, hay mucho ruido a mi alrededor. Un murmullo general, bastante fuerte, de las voces de los otros comensales. El sonido de tazas, platos, cubiertos, trastes que entrec chocan. Una musiquita horrible y anodina que afortunadamente no está a demasiado volumen, sólo contribuye a ese conjunto general que te envuelve y te ayuda, paradójicamente, a concentrarte en tu escritura. Porque finalmente es un ruido noble y anónimo que no llama tu atención.

Nadie dice oye Marcela. Nadie dice

mamá. Nadie dice maestra. Nadie se dirige a tí más que la amable y folklórica mesera, de vez en cuando ¿Le sirvo más café? Nadie te pregunta qué será bueno hacer de comer, ni suena tu teléfono, ni menos el timbre, ni te tienes que parar a abrir, recibir el gas, el cartero, dar una limosnita para una misa, correr a las testigas de Jehová porque no te interesa por el momento



escuchar la palabra de Dios. Nadie ladra porque ya tiene hambre. Ningún gato se sube a la mesa ni se rasca porque tiene pulgas. No ves ningún tiradero ni plantas sin regar ni paredes que ya necesitan pintarse ni una lejana y molesta telaraña, ni se te antoja ir por un trapito porque te está distrayendo el polvo sobre la vitrina del comedor. Ninguna voz te dice señora me da para un axión o mamá, ya me voy, me das dinero, es que voy a la escuela y después a casa de Daniel y de ahí yo creo que vamos a ir a una tocada en Rockotitlán pero yo creo que no vengo a dormir o a lo mejor sí, pero quién sabe, porque no sé si Pablo va a llevar nave, pero yo te hablo, porque a lo mejor sí llevo, pero tarde, pero si no llevo no te preocupes, es que me quedé a dormir en casa de Garibay y si me habla Alessio le dices por favor que me hable allá o que yo le hablo.

En Sanborns nadie te conoce ni te molesta. Te puedes aventar dos o tres horas seguidas de concentración a un costo barato: si no tienes dinero, te dejan estar todo el tiempo que quieras por el precio de un café. Por lo demás, no va uno especialmente a Sanborns a comer, no es mi comida favorita. Me gusta más como café y como escritorio.

A algunas de mis amistades les choca Sanborns. Les gustan mucho más otros restaurantes, otros cafés con más sabor, con más intimidad. Yo las respeto y las acompaño, sobre todo si se trata de ir a comer en serio. Pero yo, para escribir sola, prefiero mi personal tradición. Es más: ir a un café a Sanborns me parece siempre como una fiesta, y confieso que hasta me gusta el sabor de su café "americano".

Será por mi pasado. Desde que tenía dieciséis años, en la preparatoria, disfruté las delicias de las pintas mañaneras, con café y molletes, y pláticas entrañables. Luego, a los

dieciocho descubrí el encanto de leer y escribir en un café. Lo tuve que hacer porque cuando salía de trabajar del banco, y antes de irme a la universidad, estudiaba. Esto no era muy acostumbrado por las mujeres; todavía no "se usaba" que una mujer se sentara sola en un café o un restorán. Algunas amigas no toleraban hacer esto, ni siquiera para esperarme: "Mejor nos vemos en las revistas".

Pero a mí siempre me encantó. Yo en Sanborns hice la carrera. Redacté trabajos, preparé exámenes, leí miles de libros, pasé apuntes. Y aprendí a escribir cartas, diarios, poemas. También ha sido el lugar privilegiado de cien mil pláticas, casi siempre profundas y larguísimas y todas las veces enriquecedoras. Gracias a esos cafés me enamoré y me casé, y gracias a esos cafés me divorcié. Entre sus mesas me hice filósofa y me hice feminista; frente a sus tazas azules he dado y he

recibido sesiones fundamentales de terapia y he entretejido a mis más grandes amistades.

Hoy me siento verdaderamente feliz de haber vuelto. Ya extrañaba yo mucho estos ratos de soledad. Desayuné rico, me sentí libre y soberana. Pude escribir unas sesudas reflexiones y este texto, alegremente, de un tirón. Me propongo repetir la experiencia más seguido, vencer la inercia, el sueño y la pijama. Atréveme a salir de mi casa.

Ya nomás me falta comprar mi lap-top. Así no tendré que llegar a pasar los textos en limpio en la computadora. Mientras tanto, tengo mi cuaderno y mi pluma, que siguen siendo una bendición.

Y pensándolo bien, ¿para qué queremos un estudio, o una cabaña frente al mar? ¿Para qué queremos tener una habitación propia las escritoras? Sí, francamente, es mucho mejor irse a un café.



Año 21, No. 135, Octubre 1995

Vida Cotidiana

Querido Diario:



Marcela Guijosa

Aquel martes, hace ya tres semanas, estaba esperando a Juan José para trabajar. Quedó de llegar temprano. Eran como las diez de la mañana, y yo estaba tomando café, en pijama, en mi comedor. Sonó el teléfono. "¿La señora Marcela Guijosa? Le hablamos aquí del hospital de Xoco..."

La ilusa de mí lo primero que pensé fue algo como ... ¿irán a hacer un evento de mujeres? ¿Quién les habrá dado mi teléfono? ¿Querrán un taller?

Pero no. Era que Juan José, mi primer marido, estaba ahí, en Urgencias. Que se había caído en la calle y lo había recogido una ambulancia de la Cruz Roja. Que no me asustara, que no estaba tan grave. Que preguntaba por mí y que les dio mi teléfono. Que fuera yo

Asombrada, vi cómo me temblaban las manos. Pero me invadía al mismo tiempo una extraña calma. Ha de haber sido estupor, que creo que todavía no se me quita. Con una suerte de rara tranquilidad, me vestí, agarré mi coche y me fui. Pasé primero al banco, a por dinero.

Tres semanas antes, Juan José había chocado en el Periférico. El choque no parecía fuerte, pero cuando se bajó de la camioneta no podía hablar bien y tenía una mano -la izquierda- paralizada. Aquella vez, después del examen médico y la tomografía computarizada, de a tres mil pesos, dijeron: inflamación del cerebro por la sacudida, nada serio, reposo, ya está bien. Y aparentemente ya estaba bien. Pero no estaba bien: hoy se había caído en la calle, la mano y la pierna izquierdas medio paralizadas, la cara también, la boca chueca.

Llegué al Hospital General de Xoco. Se dice "Joco". Yo ni sabía bien cómo se pronunciaba. Mucho menos dónde me quedaba. El aspecto de la sala de espera es el primer golpe: igualito que en otros hospitales públicos, como el Seguro, como el ISSSTE. Gente sentada en las sillas de plásti-



Ilustración: Uredas O'Keefe

co, fijas al suelo. Y mucha más gente pa acá, o sentada en el suelo, rodeada de bolsitas, tãstes, cobijas, etc. Todos con cara de preocupación y de angustia, todos asustados y cansados, todos pobres

Me pasaron a ver a Juan José. El lugar, más que sección médica de urgencias, parecía una vieja oficina pública o comisaría. Y en un rincón, el pobre hombre estaba tirado en un camastro con colchón de plástico, sobre una mini-sábana raída y deshilachada y arrugada. Tenía conectado un suero en la vena, una sonda urinaria y una sonda gástrica por la nariz. Le habían lavado el estómago. Junto a nosotros, una vieja afanadora trapeaba. Sin que yo dijera nada, ella me decía: "Aquí no crea que siempre está así. Aquí casi siempre está limpio. Nosotras siempre trapeamos".

Me dijeron que lo habían sedado, porque estaba muy ansioso. Usaron la palabra agitado, arrebatado, exaltado, o algo así. Ya no me acuerdo. Porque ya te imaginarás: necio, encabronado, lo único que quería era salir de ahí. Hasta estaba amarrado de las manos y los

pies. Yo le platicaba, trataba de calmarlo le hacía carinitos. Y ya medio despierto del sedante, estaba todavía peor de necio

De pronto me percaté de que había un papel pegado a los pies de la camilla. Abrí mi bolsa, saqué mis lentes, y me acerqué a leerlo. Un doctorcete me vio y, furioso, gritó "¡Señora, sálgase!" Cuando yo había estado mirando con cara compungida al paciente, no me había dicho nada. Le había parecido bien. Cuando quise enterarme un poco más, era yo como una enemiga. O qué. Prohibido saber. Atónita, dolorida, me salí.

Luego me volvieron a llamar. En un pasillo me dijeron que no lo iban a hospitalizar. Luego que siempre sí. Que ya le habían tomado unas placas. Traumatismo craneo-encefálico, o sea, golpe en la cabeza. Hemorragia subaracnoidea. Inflamación de las meninges.

Inflamación del cerebro. Se contradecían, me decían una cosa y luego otra. No me explicaban bien, ni me dejaban hablar, nomás me regañaban. Cuando yo le preguntaba más al doctorcete, o le trataba de decir algo, se iba encabronando más, me hablaba más fuerte y más lento, como si yo fuera tonta o estuviera sorda. "El cerebro" Así le hablaba a todo mundo. Así creen que le deben hablar a los pobres, a los indios, a los analfabetas. O tal vez a todos sus pacientes. A gritos y a regaños, y con aire de superioridad.

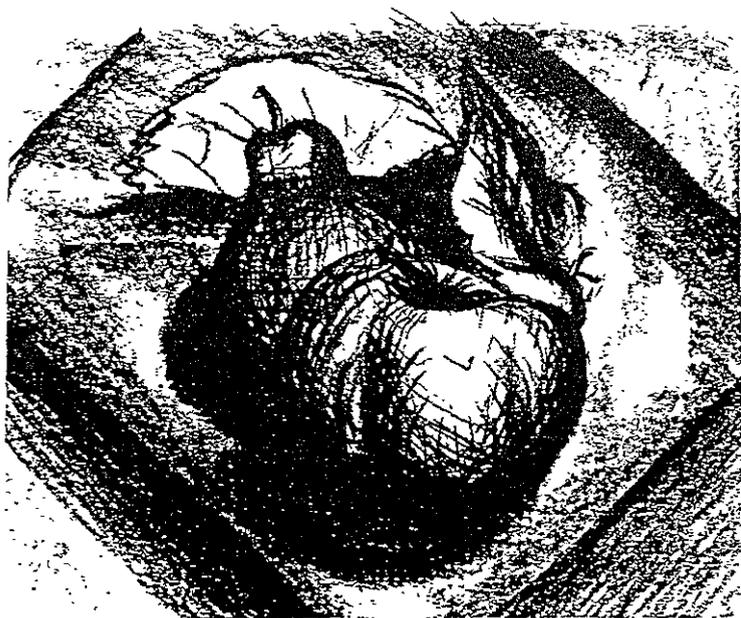
Esa es la constante. Los médicos no pueden soportar que tú quieras saber, que tú quieras decidir. En Xoco ¿y en todo hospital? el paciente no tiene ni voz ni voto. Ya no es una persona responsable de sí misma. Y los familiares son tratados igual: usted cálese, nosotros sabemos. Usted no sabe. Lo vamos a internar y punto. Usted no decide. Nosotros los médicos, dioses todopoderosos, decidimos.

Juan José, medio anestesiado, y con la lengua como dormida, en su media habla sólo me decía: "Sácame de aquí. Sácame de aquí. Háblale al doctor A. para que me saque de aquí".

"No lo puede usted sacar de aquí, a menos que venga un médico con título y cédula profesional y se haga cargo totalmente de él y se haga responsable y firme los papeles de responsiva frente al Ministerio Público" "Doctor, mire, es que chocó hace tres semanas y estuvo igualito. Un doctor lo está atendiendo, de jemele lle-



Compuhiva



Concepció Silva

var..." "No se puede. Lo vamos a internar."

Busca un teléfono. No trae tarjeta. Recorre el hospital para ver si alguien vende tarjetas. Que aquí, que aquí no, que allá, que tampoco. Que en la cafetería. Que no hay. Que afuera. Salte. Que en el puesto de periódicos. No. Que en la farmacia. Por fin. Primeros telefonazos, a Anita, para que por favor trate de localizar a nuestro doctor. Regresas a ver dónde lo pusieron. Segundo piso, hospitalizados de Neurocirugía. ¿Por dónde se sube a Neurocirugía? Para volver a entrar, desmadrito. ¿Su pase? ¿Cuál pase? El policía complicadísimo para hablar, tipo cantinflas, explicando reglas y procedimientos, regañando. Finalmente resultó amistoso y cuatísimo, y hasta lo llegué a estimar.

Lo pusieron en un rincón, afortunadamente junto a la ventana. En este cuarto-sala, como en todos, hay seis camas. Hablo con el encargado de ese piso, El Doctor. Cuando le explico lo del choque, se muestra muy sorprendido y repañón. ¿Por qué no nos había dicho antes? Le vuelvo a explicar con toda calma. Otra vez la sentencia inexorable. Se va a quedar.

"¿Me puedo quedar con él?" Regaño:

"¿Se tiene que quedar con él, señora, para que nos ayude a moverlo, a darle de comer, a golpearle su espalda porque si no, le da neumonía! ¿Se tiene que quedar a cuidarlo! Vaya con la Trabajadora Social a que le haga un pase permanente". La trabajadora social en ese momento no encuentra los pases permanentes. Que venga al rato. Que luego vaya a que se lo firme el Doctor. Ahora vaya a que se lo firme el otro Doctor, el Jefe de no sé qué. Pero siempre no, porque ahonta no está. Hasta mañana.

Apúrate. Todo te hierde. Caminas todo el piso, el olor a orines se te mete hasta el cerebro, no dejas de mirar por las vidrieras cada cuarto, a cada uno de los heridos, de los operados, de los paralizados. Mira toda esa pobre gente. Mira ése lleno de moretones y de vendas. Sigues rezando Dios te salve reina y madre, sin parar. Bajas dos pisos, caminas kilómetros de pasillos, consigues las firmas. Dentro del hospital, ningún teléfono sirve, solo el de la sala de espera. Vuelves a hablar a Anita. Que todavía no localiza al doctor. Que le mando un bip y que no se reporta. Hablas a tu casa, a avisarle a tus hijos. Luego caminas

caminas de regreso, subes a ver cómo está el hombre. Lo encuentras igual' habla lentamente, como borracho, arrastrando las palabras, está inquietísimo. "Sácame de aquí. Por piedad, sácame de aquí.... Carajo, por el amor de Dios, ¿qué no habrá una alma caritativa que tenga la misericordia de sacarme de aquí?"

Te ríes y te compadeces del pobre inocente, con su vocabulario tan barroco y escolástico. Son como las dos de la tarde. Tratas de calmarlo, de instalarlo. Sospechas, asustada, que te vas a quedar... ¿dos días, tres? El Doctor te amenazó con ocho días, luego recapacitó y dijo: no se preocupe, no es muy grave, tal vez en tres días se reponga. ¿Tres días?

Te dicen que tienes que volver a bajar para que te entreguen las pertenencias. Te dan dos bolsitas de plástico: en una está su ropa, en otra las cosas de los bolsillos. No le robó nadie ni un centavo. Sales a la calle para guardar la bolsa de la ropa en tu coche, porque no la puedes meter al hospital. Qué vacío en el estómago, qué encogimiento de corazón y qué nudo en la garganta cuando ves a través del plástico sus calzones, sus zapatos, sus llaves, su viejo monedero, su credencial de elector.

Arriba, Juan José no tiene pertenencias. Está desnudo. Sólo tiene una cortísima bata verde, vieja y rota. Mojada. La sábana única también. Se le ve todo, no lo puedes tapar. ¡Empiezas a ver a tu alrededor! Muchos pacientes están igual. Quieres una silla, para ventarte junto a la cama. Vas a preguntar al puesto de enfermeras. Te ven entre burullonas e

incrédulas. ¿Una silla? Pues busque alguna, a ver si encuentra. No hay.

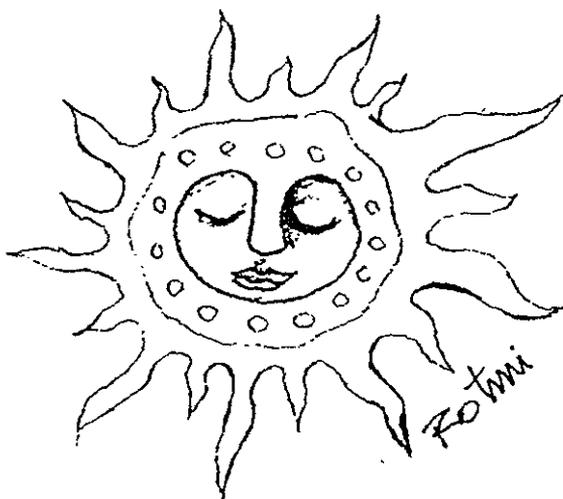
Bajo de nuevo, vuelvo a hablar con Anta y me dice el recado: que el doctor A. no puede ir a Xoco, y que además cree que debo quedarme con Juan José ahí. Que no es conveniente que lo mueva. No sé qué hacer ni qué pensar. ¿No tiene tiempo de venir? ¿Le da miedo hacerse responsable? ¿Tendrá razón y de veras es peligrosísimo mover al hombre? Odio a los doctores. Asustada, indefensa, no puedo pensar demasiado. Acabo aceptando la palabra del médico. Acepto, obediente, quedarme en Xoco.

Vuelvo a subir a mi piso. Siempre el olor intenso a orines. Observo. En la cama de junto hay un niño menudo de dieciséis años, llamado Agustín, inconsciente, inmóvil y enye-

sado. Está rodeado de cosas blancas: las sábanas, los tubos, los vendajes. Parece un angelito roto. Su hermano, como de veinte, lo cuida. Empiezo a platicar con él. Son indígenas, campesinos, de la Huasteca. El día que llegó a México, al chiquito lo atropelló un coche en la

Calzada de Tlalpan. Ha estado veinticinco días entre la vida y la muerte, en terapia intensiva. Su hermano, Elidio, se vino del pueblo a cuidarlo. Está contento porque "ya está mejorcito", ya lo pasaron a la sala, ya mueve ligeramente una mano. Ya abre lentamente los ojos. Todavía no puede hablar, pero ya mero tampoco puede respirar bien: tiene una traqueotomía. Respira por un hoyo en el cuello y ahí tiene conectado el tubo del oxígeno. Eh, soniente, me dice. "Pero yo creo que ya ve"

Inmediatamente me seduce Elidio. Me



Conmueve cada vez más. Nunca en mi vida se me va a olvidar ese campesino indígena tan listo, tan amoroso, dándole masajes a su hermano, sobándole las piernas, cuidándole los sueros y el tubo de la respirada que a veces se tapa con flemas, dándole líquidos nutritivos por una sonda por la nariz; Elidio hablándole quedadamente a Agustín, enseñándole revistas, acecándose las a la cara en cuanto el chuquito abre los ojos de mirada perdida. Eli platicándome de su siembra de maíz y de café, de su tierra, de su familia, en su media lengua, habiéndome de tú, siempre sonriente y optimista. Yo pienso que forzosamente Agustín se va a aliviar, con tantísimo cariño que está recibiendo.

Más allá, hay un señor inmóvil, que es albañil y se cayó del andamio. En la tarde, con el cuello inmovilizado y la columna lastimada, llegarán otros dos albañiles que se cayeron desde una altura de dos pisos por un derrumbe en la Pista Revolución. En la cama de enfrente, uno de ellos me platica: el derrumbe sucedió porque "el inge no supo calcular el peso de la losa, y se pandeó, y nosotros le decíamos, inge, no va a aguantar, pero no nos hizo caso y claro que se cayó." Este maestro, fornido y simpático, se llama Don Reyes.

Pero el más impresionante, por otras razones, es Alejandro, el chico de la cama de enfrente, la de en medio. Su hermano me cuenta la historia: Alejandro estaba preso en no me acuerdo cuál reclusorio y los otros presos le dieron una golpiza con tubos y le rompieron la cabeza. Ésta es la segunda golpiza que recibe, la primera vez lo acuchillaron. Lo operaron del cráneo, y ya está mejor. Los doctores ya lo quieren dar de alta pero la familia se niega, porque creen que si lo regresan a la cárcel lo van a matar. Y más ahora, porque está impedido no puede caminar ni controlar sus esfínteres Usa pañal. Consiguieron un amparo para que no lo saquen de Xoco hasta que encuentren un hospital psiquiátrico o una granja dónde meterlo. No saben qué van a hacer. Porque el verdadero problema es que, además, está loco. A ratos cree que está todavía en la cárcel, confunde a la gente, tiene delirios y es muy agresivo. Nunca supe por qué delito lo encarcelaron.

Al mismo tiempo que voy conociendo a mis compañeros de cuarto, me percateo poco a poco de que sus familiares han traído sus propias cosas: sábanas, cobijas, agua, vasos, papel del baño, toalla, jabón. Porque el hospital no cuenta con nada de esto. Le pido ayuda a

Anita, que vive cerca. Angel de mi guarda dulce compañía, me trae un maletón maravilloso: almohadas (dos), sábanas, cobijas, botellas de agua, klínex, etcétera. El policía me esculca la maleta: mientras no sea comida o bebida o ropa de calle para los pacientes, lo demás sí lo puedes meter. No me deja pasar una coca-cola para mí.

Subo, por fin teniendo bien la cama. Bajo: tengo que ir a comprar unas pastillas que necesita Juan José porque el hospital de ésas no tiene. Aprovecho para fumarme un cigarro, y comprarme un cepillo de dientes. Me muero de hambre y de sed: en la misma farmacia compro una Mirinda fría. Me tomo sólo la mitad, porque tengo prisa y no la puedo meter. Es de esas botellas modernas que se pueden volver a tapar. No sé por qué me resisto a tirar la a la basura; veo la cafetería del hospital, cerca de la entrada, veo a la dueña, y le digo, medio aturdida: "¿Se la encargo? ¿Me la puede guardar? No me la dejan subir". Me dice, sonriente, que sí.

Las medicinas me costaron caras: 180 pesos. Subo. Miro el buró de junto: me doy cuenta que también Eli le tuvo que comprar de esas mismas pastillas a Agustín. Son para el cerebro.

El tiempo pasa rapidísimo. Bajo, como a las nueve, a ver si puedo cenar algo. Llego a la cafetería, me siento, pido un café, prendo un cigarro. Hay una televisión con una telenovela. No sé exactamente por qué, pero se me llenan los ojos de lágrimas. La dueña se acerca, me trae un cenicero, me dice: "Tú me encargaste en la tarde un refresco. ¿Ya no lo quieres?" Le digo, con voz quebrada: "Sí". Y en ese momento me deshago en llanto, desconsoladamente. La mujer me da el refresco, me pregunta qué tengo, le digo que aunque mi enfermo está mejor, yo estoy asustada y cansada. Me pone la mano en el hombro, me da tres servilletas de papel y me dice: "Llora, amiga. Ten unos klínex. Llora. Dios nos hizo agujerados para no morir reventados". El Nescafé y las galletitas que me como ahí -con mi media Mirinda- me saben a gloria.

Más tranquila, subo. Mi amigo Eli me dice: "Mira, señora, te conseguí una silla". No sé de dónde la sacó. Me siento junto a la cama. La noche es larguísima, es verdaderamente un infierno. Juan José no duerme, no deja de quejarse, se quiere quitar el suero y la sonda, que le molesta mucho y se niega que se va a mear. Le explico: me re, tienes sondita no importa. No

entiende. Se destapa, se mueve muchísimo, se aplasta el suero, se desespera. Se quiere ir. Yo me la paso cobijándolo, acomodándole la mano, consoliéndolo, regañándolo.

Por fin se duerme. De repente entra un doctorcete o enfermero desconocido. Caminando rápidamente, llega a la cama de Juan José, le pellizca con toda su alma una pierna, ve que grita y respinga, y sin decir ni pío, se va. Seguro va y apunta: sí tiene reflejos y sensibilidad.

Más tarde entra un nuevo turno. Unas afanadoras gritan a todo pulmón. "¡Ya llegué, mana!" Entran y salen. Barren y trapean, prenden una luz, trasiegan con cubetas y botes de basura a las tres de la mañana. Algunas enfermeras también gritan: "¡Lupe! ¡Por aí cámbiale el suero al veintitrés!" Tanto en su puesto como en uno más allá, donde están como tres o cuatro jóvenes médicos internos, hay radios con música a todo volumen: cumbias, rock. Y como hay varios pacientes que proceden de algún reclusorio, también hay guardias vigilándolos, no sé cómo se llaman, como policías o judiciales, pero vestidos de negro. Son bastante amables, bastante cordiales. Esos tienen unas sillitas en el pasillo y una pequeña televisión, también a todo volumen. Voy y les pido que le bajen. Más tarde uno de ellos se echa a dormir, vestido y armado, con todo y botas, sobre una cama vacía. Me alegro de que una enfermera lo levante. Los familiares de los pacientes están en una sillita, o en el suelo, cabeceando, toda la noche. Como yo.

Don Reyes se queja. No tiene a nadie junto porque no le pudo avisar a su familia. En la tarde los que sí llegaron fueron los camarógrafos de Televisa, de ese programa como de *Alarma*, y lo entrevistaron. En la madrugada se queja, y tímidamente pide agua. No puede tomar agua porque no tiene ni agua ni vaso. Yo sólo tengo uno para Juan José, desechable, que con muchos trabajos me vendieron en la cafetería. Una enfermera piadosa recorta una botella vacía de suero, de plástico, y se la da. Más tarde necesita el pato, las enfermeras no lo oyen, yo se lo paso y luego lo voy a tirar. En el lugar donde se tiran los patos y los cómodos, hay decenas de cucarachas que salen por el drenaje.

La noche no parece noche. Si estás muy malo e inconsciente, bueno, qué te importa el escándalo, si estás consciente, olvidate de dormir. Claro que no es un centro de reposo. Es como un hospital de guerra, de trinchera. Es de

veras de urgencias, de vida o muerte. Y bastante esforzadas son la mayoría de las enfermeras. La mayoría son como apóstoles, como Florencias Nightingales. Una, exhausta, se termina durmiendo sentada, con la cabeza sobre sus brazos cruzados, encima del mostrador. Hay otras horribles, de espíritu burocrático. "Señora, no puede caminar por aquí por el pasillo. Usted sólo puede estar junto a su paciente. Señora, no puede usted tirar el pato en el guáter, tiene que ser en el vertedero especial. No lo puede usted enjuagar. Ni yo. Tiene que esperar a que venga una afanadora y lo lave". Gozan poniendo reglas y prohibiciones.

No hay reposo. Porque además,

Alejandro, el loquuto del reclusorio, se pone tremendo en las noches. No puede caminar, pero tiene una agilidad portentosa con las manos y los pies. Se arrastra sobre la cama y tira cosas con los pies y da golpes: pateas los objetos que están sobre el buró, la cortina del paciente de junto, tira la mesa de comer. Y habla cosas horribles, a veces a gritos, a veces como en susurros: "Mira, ése. Hazme un paro, ése. Estás en mi lista, ése". Su heroico y cariñoso hermano que lo cuida lo tiene que someter a fuerza. El enfermo lo amenaza, lo golpea, lo insulta espantosamente. La enfermera viene a ayudar y lo amarra de las manos a la cama con una maravilla de ataduras eficacísimas hechas con vendas y gasas. Lo riñe cariñoso, con voz fuerte: "¿Ya ves, Alejandro? Como no te portas bien te vamos a tener que amarrar". Luego apagan la luz. Hay un poco de silencio. De repente Alejandro sigue hablando, y te ve con los ojos fijos que brillan en la oscuridad, se dirige a tí con un tono carcelario, con un odio que te hiela la sangre. "Estás en mi lista, ése". Más tarde gritará, sin parar, cientos de veces: "Enfermera de Joco. Enfermera de Joco. Enfermera de Joco".

Dos o tres cuartos más allá, un viejito aúlla: ¡Luuuuuz! ¡Luuuuuz! Yo creía que le molestaba que le prendieran la luz, pero más bien es que llama a una su mujer cuyo nombre ha de ser Luz. Las enfermeras le gritan, desde lejos, "¡Cállese, don! ¡Duermase!". No se baje porque se va a caer! ¡Si no se está quieto lo vamos a amarrar! ¡Que no se baje!"

De cuando en cuando me asaltan las culpas. ¿Qué hago aquí? ¿Habré hecho bien? ¿Lo debería haber sacado? Pero con qué doctor, a quien le hablaré, pero me dijeron que no lo nueva.

Y por acá Juan José, quiero mear.

quero mear, quiero mear, quiero que me quiten esta chingadera, me duele horrible, me voy a mear". Le pregunté a las enfermeras si le podían quitar la sonda, que era mejor un pato, que estaba consciente, que le molestaba mucho. No. Ellas no estaban autorizadas. Hasta mañana que venga el doctor. Sin que tuviera sentido, y sin que apareciera nadie que tuviera poder para autorizar nada, se la dejaron toda la noche, lo mismo que la sonda en la nariz, con una bolsita que se llenaba de líquido y no cerraba bien y chorreaba las sábanas y las almohadas.

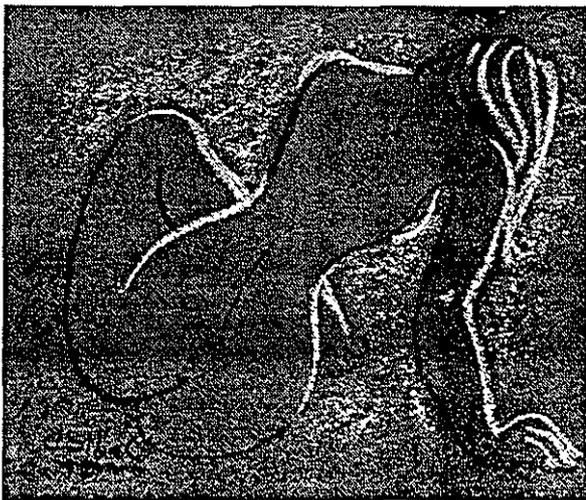
Dos días prescribieron ayuno total. Todo el tiempo el hombre se moría de hambre. El tercer día, dieta blanda. No puedo describir el aspecto y el olor de esa comida, como de perro, como de cárcel. Se la comió. Como todos los demás pacientes.

A los dos días y dos noches de horror, el jueves en la mañana, Juan José ya estaba perfecto. Ya no tenía suero ni sondas, ni le inyectaron nada más. Sólo le daban una pastilla cada ocho horas. Le suplicamos al doctor, con quien ya habíamos hecho unas ciertas migas, que nos diera de alta. Se negó sin explicar mucho y se fue. Tenía "muchísima prisa". Bajé a hablar por teléfono y lo ví en la cafetería, desayunando tranquilamente. Lo esperé. Traté de explicarle, con mis mejores modos, que no tenía caso que nos quedáramos ahí otra noche. "Es que necesita reposo". "¿Reposo, aquí, doctor? ¿Usted cree que alguien reposa aquí en las noches? Andele, no sea malito, mire, en mi casa estaría más tranquilo, usted dígame qué medicinas y yo se las doy." Se iba encabronando, como asustado, como amenazado. "Es que lo tenemos que observar". "Doctor, aquí en la noche nadie lo observa, más que yo. No ha venido ni un solo médico ni en las tardes ni en las noches. Anoche no. hubo quién nos diera un analgésico porque le dolía una mucla y nadie se lo pudo prescribir. Dejenos salir. De veras no entiendo qué sentido tiene que nos quedemos

otra noche"

Se ponía más nervioso se enojaba más. Y yo seguía cometiendo el error de cuestionarlo. "Mire, doctor, usted me dice la dieta, yo en mi casa se la puedo preparar mejor que aquí. Usted desayunó unos huevitos rancheros. ¿Vio lo que le llevaron a él de desayuno? Tenga piedad!" Final de su discurso patrnarcal, con voz solemne. "Mire señora, si su marido está aquí. es por piedad." Yo pensé ¿Pues qué aquí son monjas de la caridad? ¿Qué no es el DDF? ¿Qué no pagamos impuestos? Pero no dije nada. Continué. "Y usted habrá sido profesora de lógica, pero usted no entiende la lógica médica. El responsable soy yo, y yo no lo doy de alta hasta mañana". Se fue cobarde y violentamente. Me dejó hablando sola.

Luego, más tarde, como arrepentido, tratando de ser amable, vino a nuestra cama; dijo que el paciente se parara, que caminara y que se bañara. Como Juan José ya había visto el baño -era un baño general, con excusados y regaderas, siempre encharcado, hediondo y sucio- dijo que prefería su mígre, que después se bañaría en la casa. El Doctor también ordenó que "por higiene" se quitara esa barba. Que se rasurara. Los folículos pilosos en la cara a él no le gustaban. Nosotros ya nomás le dijimos "sí doctor, ajá, cómo no". Más tardcito, curiosamente, llegaron las enfermeras y le tendieron la



© Oscar Silva



Bibiana Duerías O'Keland

cama con dos sábanas limpias y de buen tamaño, propiedad del hospital.

La noche del jueves yo no podía ni con mi alma y lo dejé solo y me vine a dormir a mi casa. No quise que mis hijos estuvieran toda una noche ahí. Además, su padre ya esta-

ba bien. En todo caso iba a estar desvelado, pero nada más. Metimos de contrabando un paquetito de galletas y se las dejamos, porque estaba muerto de hambre. (No le dieron absolutamente ninguna medicina esa noche, no pudo dormir casi nada). El viernes a mediodía, después de miles de recorridas de los pasillos y subidas y bajadas de trámites para la salida, nos dieron de alta. El precio total: mil quinientos pesos. Me dieron un resumen, pequeño y general, con el diagnóstico y lo que le habían hecho. No me quisieron dar las placas que le tomaron ni la lista de medicamentos que le administraron. *Top secret*.

Me despedí, con lágrimas en los ojos, de Eli, le dí la bendición a su hermanito Agustín, intercambié teléfonos con Don Reyes, y les dije gracias, que Dios las bendiga, a esas enfermeras que son verdaderas santas a punto de canonizar. Y me quedé con ganas de matar a ciertas afanadoras y doctorcetes y a las otras enfermeras, las de corazón burocrático. Respecto del doctor, me quedó en el alma una mezcla de lástima y odio, pero también agradecimiento, porque finalmente Juan José sí se mejoró notablemente. Nunca sabré si gracias a o a pesar de.

Y escribo y escribo, y no acabo. Será cosa de hacer un libro. Porque la historia sigue. Berta Hiriart de mi corazón me consiguió un neurólogo chrísimo. A continuación, después de un concienzudo y desinfectante baño ya en la casa, visitamos al neurólogo, médico humano, inteligente y cariñoso (cariñoso de cariño y cariñoso de dinero). Nos mando que le

tomáramos una resonancia magnética de cráneo. Ésa cuesta cuatro mil trescientos. Pienso como no hay hospitales medianitos, para la gente como yo, tan clase media. Yo tan rica en Xoco y tan pobre en el Humana y en el Inglés. Qué onda con los trabajadores culturales que somos *free-lanz*, pero que ni siquiera ganamos lana suficiente como para pagar un seguro médico.

Y en el Hospital Inglés, tan limpio, tan elegante, en la sala de espera de Imagenología, en sillones modernos de madera de primera calidad perfectamente barnizada y cojines rojos, comodísimos, también me sentía angustiada. Los hospitales no los hospitales, tengan arreglos florales o no, pagues mucho o poco. Los ricos también tenían aquellas mismas expresiones, aquellas caras. Pero esos sufrimientos están aislados: ahí no se comparte demasiado, ahí casi no se habla la gente.

Cerca de la salida, hay una elegantísima "capilla ecuménica", para que recen personas de cualquier religión. Súper vitral de colores, altar moderno y sencillísimo, bancas enormes, poca madre, de madera preciosa. Y unas placas que dicen, "Esta capilla fue generosamente donada por: Sanborns, Carlos Trouyer, Compañía Fulana de Tal, Gastón Billeles, etc...." Los ricos también son solidanos.

La indignación fue instantánea. Jamás de los jamases se me van a olvidar esos cuatro días de Xoco. ¿Nadie podrá dar donativos para los pobres accidentados y enfermos pobres, para que haya hospitales humanos y dignos para ellos? ¿Cuánto costarán cien sillas de plástico? ¿Cien sábanas? ¿Unas jarritas y unos vasos? ¿Cuánto presupuesto tienen las instituciones de salud, y por qué, y en qué lo gastan? ¿Quién se roba las sillas de los hospitales? ¿Cuánto dinero se han robado nuestros políticos y burócratas? ¿Con Cuauhtémoc Cárdenas ese hospital, que depende del DDF, estará mejorcito?

Capilla ecuménica. Carajo. Yo pensaba en esas mujeres sentadas en el suelo. En esa gente llorosa de la sala de espera que te pedía coperacha para un ataúd. En el olor inolvidable. En Alejandro y su enfermera de Joco. En el desamparo de tanta gente, en la abnegación de esas esposas y hermanos y parientes cuidadores. En la mujer de la cafetería. En Elidio, ofreciéndome en la noche un pedazo de su torta, metida clandestinamente, misma que le regalaban los judiciales, porque nadie es tan absolutamente cábrrón. En esos médicos y esas

17

Vida Cotidiana

Navidad Tiempos:

Marcela Guisosa

Es el quinto intento de hacer un *querido diario* para decirlo, pero me está pasando: no puedo escribir. Bueno, sí escribo, pero me quedan puros textos hombres. Y eso que me estoy tomando el ácido glutámico -

con vitaminas B - y la lecitina de soya, que me dijeron que eran buenas para la memoria y que mejoraban las conexiones entre las neuronas.

Pero mi cerebro no quiere mejorar. Será el tema; decidí escribir sobre la Navidad. Pero a estas alturas ya me estoy cuestionando si habrá sido un gran error.

Yo quiero recuperar algo de la verdadera Navidad. Pero todo lo que he escrito me sale absolutamente cursi, utilitario, puros lugares comunes. Luego, platicando con mi primer marido, surgió la idea de una pastorela. Y yo me dije: ¡Eso es! Voy a escribir algo como si yo fuera una pastorecita tratando de llegar al portal de Belén. Voy a jugar con los diablos y las tentaciones. Voy a hacer un auto sacramental moderno.

Y vieras qué cosa tan solemne y aburrida me salió. Entonces, no sé qué hacer. Será que ya no hay nada que decir sobre la Navidad? Será que ya todo se ha dicho? Es más, ¿le importará a alguien? Creo que a mí sí. Pero además, no puedo reportar el fracaso de mis cuartos textos anteriores. Y me doy cuenta que me repito muchísimo, siempre estoy escribiendo cosas tipo autos sacramentales. Me encanta la eterna lucha entre lo bueno y lo malo. Tengo una mente antigua, maniquea y medieval, que le voy a hacer. Y va por pura necesidad, por



Norman Fine

sacarme la espina, insisto. Porque me encantan los símbolos de la Navidad. Fíjate: es patrisimo el tema de los pastores tratando de llegar a Belén. Significado del portal de Belén: un niño recién nacido. Un milagro. La salvación que llega. La celebración de un cambio sustancial en la historia. La superestrella que brilla como trunfo de los buenos. El coro de ángeles que canta "paz en la tierra". La multitud de pastores -pobres, humildes-

reunidos, compartiendo su buena voluntad: luz.

manera sadica, horrible. Y las carencias economicas de casi todo mundo. No hay dinero que alcance. Tratamos de cerrar los ojos cuando recordamos que hay, además, millones de personas que son mucho más pobres que nosotros.

Y aquí nos aplastan los demonios del miedo, de la desesperanza o del desánimo. O de plano, el de la indiferencia.

Llegan además los siete pecados capitales, también llamados mortales, y el diablo se mete en nuestras casas y empiezan las broncas familiares. Discusiones y malentendidos desde en dónde la vamos a pasar hasta la hueva de ver a ciertos parientes que no tenemos ganas de ver. Sabemos cómo ha sido en navidades anteriores. Surge la tentación de mejor irse a una playa. Muchos se van (a gastarse bastante dinero y a sufrir otro tipo de aglomeraciones).

Y ahí andamos todos los pobres pastores medio perdidos, en medio de tanto diablo suelto. ¿Y San Miguel Arcángel? ¿Dónde estará?

Porque angelitos chicos sí he visto. Esos se me aparecen algunos días. Llegan y me devuelven la esperanza. Me sostienen, me apachan, me plautcan, me oyen. Y nos carcajamos y nos tomamos unos tequilas y cantamos y bailamos.

Y la estrella vuelve a resplandecer. Recupero el rumbo y el paso. Me armo de paciencia, me pongo a trabajar y a escribir y hago mi quehacer y me abro y me levanto. Y me siento fuerte y valiente, y les doy en su madre a los demonios, aunque sea por un rato.

En fin. Me sigo sintiendo peregrina y trato de seguir caminando. Este texto no es que tú digas lo mejor que he escrito en mi vida, pero salió. A ver si para el año que entra encuentro un nuevo estilo de escritura, más creativo, más moderno. Ya me hice el propósito.

Por ahora, querido diario, quedas personas humanas, angélicas y divinas, femeninas y masculinas: ¡Feliz Navidad! Nos vemos en el portal de Belén. ☺



© Aním. Enecos



© Aním. Enecos

alegría, música, comida. Y los diablos, haciendo corajes porque han sido creyentes.

Por más que uno no sea creyente, el símbolo es maravilloso. Y es fuertísimo. La paradoja es que sigue siendo fuertísimo en una sociedad cada vez más atea.

O, para la mayoría de la gente, ¿la época navideña significará sólo vacaciones? Claro que también está el Año Nuevo, que viene a apuntalar la celebración de la Navidad. No sólo nace el Niño, sino que a los pocos días empieza un tiempo nuevo, diferente. Y toda nuestra parte mágico-religiosa, toda esa sed que tenemos de rituales, encuentra en esta ocasión una excelente oportunidad. Y sólo por el cambio de número del año, nosotros, tan ateos y tan científicos, jugamos a que todo va a cambiar.

Sentimos que algo se acaba y que algo comienza. Cómo no hacer propósitos. Cómo no iniciar en el corazón cosas nuevas. Cómo no reunirse con los demás para brindar por puros buenos deseos. Que haya salud, abundancia, felicidad.

Y cómo no sentir las ganas de dar y recibir regalos, de derrochar un poco, de comer cosas mejores que la comida cotidiana, de abrazar mucho a la gente, de no trabajar, de emborracharnos, de ir de casa en casa y de fiesta en fiesta.

Pero entonces aparecen los malditos diablos. No nos dejan lograr reunirnos. Nos impiden la celebración. Nos arrebatan la fiesta.

Y el horror es que a veces no llegamos a Belén.

Nos vencen por cansancio. Nos embotellamos a todas horas y en todos lados. Nos enfermamos y nos sentimos débiles y fatigados por la contaminación. No nos dan ganas de salir de nuestras casas.

Nos torturan los diablos del consumismo, hermanos de los del neoliberalismo, de una

45, 22, 102 178, Eim 98

Vida Cotidiana

Querido Diario:

Marcela Guijosa

*¡Oh, qué nueve meses
trabastes de estrechura!
¡Viva la parida,
con su criatura!*

(Vieja canción sefardita).

Estoy de plácemes. Además del año nuevo, has de saber que hay niña nueva, en noviembre pasado nació Sara Vázquez González, la primera hija de Maripaz mi sobrina, la primera nieta de Susana mi hermana, la primera biznieta de Dolores, mi madre. Por consiguiente, resumiendo, me inauguro como tía abuela. Siento muchísima alegría, pero también pasos en la azotea.

Ya he tenido una probadita de la abuelez con los dos hijos de Vicente mi hermano que nacieron siendo él ya bastante cuarentón y yo también Emiliano, el niño más maravilloso, guapo, inteligente y simpático del mundo, después de mis hijos, tiene dos años y medio. Santiago, bellísimo, aunque un poco desconocido todavía, tiene cuatro meses.

Sara —que viene siendo sobrinita de los anteriores— está divina, como todos los bebés. Y otra vez el asombro absoluto, las ganas de hincarte de rodillas para venerar el milagro que es un recién nacido: esa pureza, esa inocencia, esa perfección. Una criatura recién nacida es el sinónimo más completo que conozco de la palabra *maravilla*. Y creo que lo entenderás mejor mientras mis vieja estas



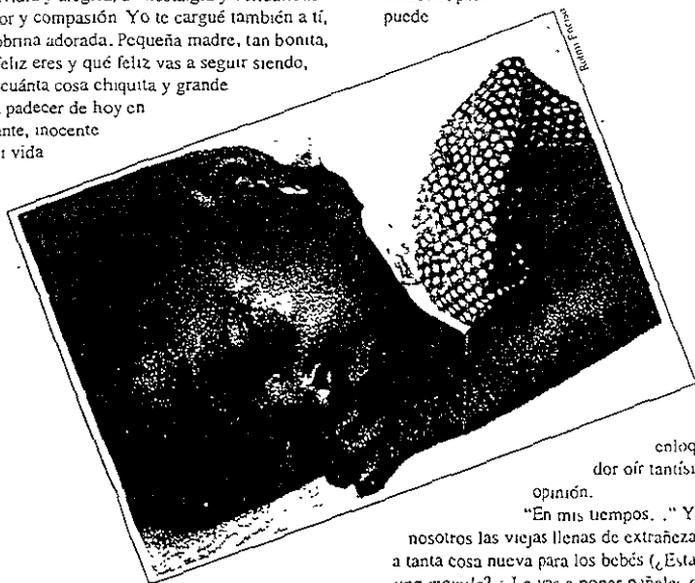
Te puedes pasar horas, arrobada, nomás viéndola. Y como describir lo que sientes al tomarla en tus brazos. El pequeño peso, el calorcito que exhala, el dulce olor. La placidez con que duerme, confiada. O los gestos, los pucheros, el esbozo de sonrisa. Los berridos fuertes y desesperados con que pide su comida, con que exige vivir. Que dulzura ca

sentimientos te provoca, qué ganas de mecerla y de abrigoarla, de protegerla para siempre. Y los otros deseos, revueltos con recuerdos, cruzados y fugaces. Las imágenes de cuando eras una *joven madre* y *arrullabas a tus niños*. El deseo de tener un nieto "propio". El de tener otro hijo -aunque ese lo desechas rápidamente-. El de ser mejor tú un bebé, y dormirte así, y que te hagan tacho con la cobijita y te carguen y te acuesten en tu moisés de tira bordada con su velito contra los moscos, en esa luz suave, en ese suave y tibio silencio.

Y frente a Maripaz, siento una mezcla de *envidia* y *alegría*, de *nostalgia* y *solidaridad* y amor y compasión. Yo te cargué también a tí, mi sobrina adorada. Pequeña madre, tan bonita, qué feliz eres y qué feliz vas a seguir siendo, pero cuánta cosa chiquita y grande vas a padecer de hoy en adelante, inocente de mi vida

fue con el doctor aquí. Luego la otra amiga y la otra, y todas querían hablar de las horas de su trabajo de parto y de su ginecólogo y su cuello borrado y dilatado y su episiotomía. Y lo peor es que de repente yo ya estaba contando pedazos del parto de Mariana.

Qué horror, pobres recién paridas. Y que difícil sustraerse a ser la abuela sabelotodo. "Mijita, no te la pongas así. Pégalata más. Aunque no tengas leche todavía, es muy bueno el calostro porque etcétera." Qué bonito que te ayuden y te aconsejen las matronas venerables, pero puede



ser
enloquece-
dor oír tantísima

opinión.

"En mis tiempos..." Y

nosotros las viejas llenas de extrañeza frente a tanta cosa nueva para los bebés. ¿Esta cosa es una *mamita*? ¿Le vas a poner *pañales desechables* desde tan chiquita?, frente a los nuevos criterios pediátricos y las nuevas enfermedades, "que Santiago tiene *reflujo*, ¿tu crees? Eso para mí que es un simple coliquito, mejor que te den tectito de años estrella." Y ahora resulta que hay niños que no toman la leche, y que hay fórmulas de soya, cómo voy a creer.

Y luego tan insegura y tan ambivalente que *esta una* con su primer hijo. Y no hay de otra que hacer oídos sordos e ir general y pedir ayuda en particular a quien más confianza le tengas, sea madre, pediatra o amiga.

Maripaz y Sara están viviendo en casa de Susi mientras la cesaria le iba de comarse. Y las tres lo están haciendo muy bien con visitas

Es inevitable la identificación, el juego de espejos.

Nace un niño y vuelven a nacer todos los años, volvemos a nacer todos, y todas las madres volvemos a parir. En el sanatorio me empecé a irritar, porque yo le preguntaba a Maripaz: "a ver, mi vida, cuéntame. Cuéntame tu cesárea, como estuvo, y todo." Y ella empezaba a hablar emocionada, y su suegra la interrumpía. Continuaba el relato, y Angel, el teltz padre, metía su propia versión. Maripaz trataba de hilar las peripetias con el anestesiólogo y el pequeño epidural y lo ampara la volvia y otros así -nomote a mi viejas como me